

# HISTORIA

DE LAS

# MISIONES FRANCISCANAS

Y

## NARRACION DE LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA EN EL ORIENTE DEL PERU

---

RELATOS ORIGINALES Y PRODUCCIONES EN LENGUAS INDIGENAS DE VARIOS MISIONEROS

---

POR EL

PADRE FRAY BERNARDINO IZAGUIRRE

De la Provincia de San Francisco Solano en el Perú, Misionero franciscano, Lector general de la Orden, ex-Ministro Provincial y Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima

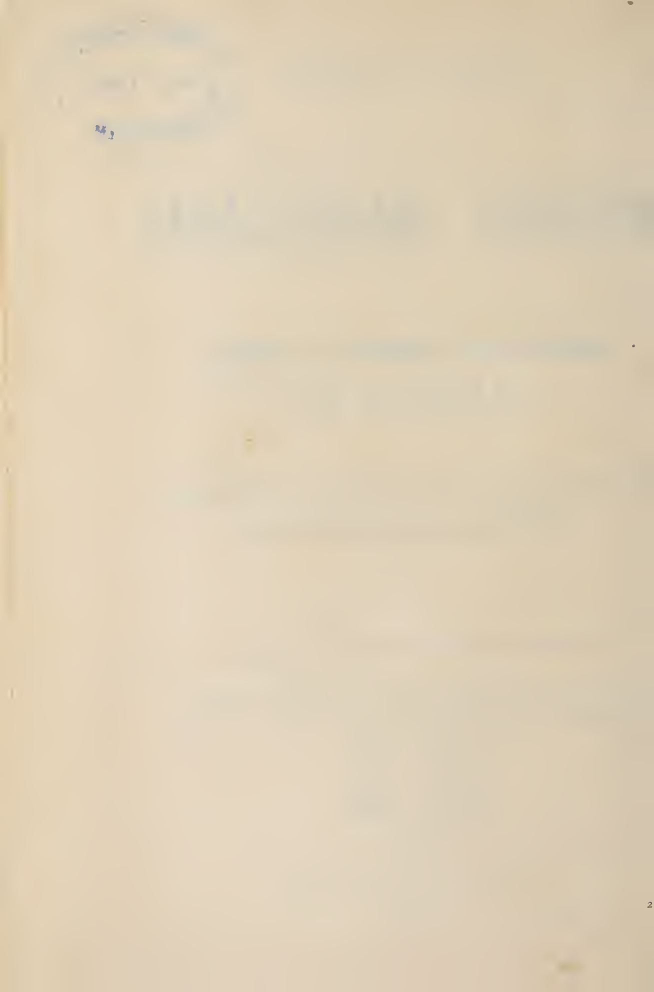
## 1619 - 1921

LIMA

LIBRERIA E IMPRENTA GIL

---

1925



# HISTORIA

DE LAS

## Misiones franciscanas y narración de los Progresos de la Geografía en el Oriente del Perú

1619 - 1921



# TOMO NOVENO

## 1785-1883



# LIBRO PRIMERO

## Historia de las Misiones bajo el régimen de los padres fray Luis Colomer, fray Alonso Carvallo y fray Manuel Plaza

---

## Independencia del Perú: lamentable eclipse de las Misiones

---

## Grata memoria del P. Andrés Herrero

---

## 1785 - 1849

Misioneros que intervienen: *Muerto a manos de los infieles:* Diego Ruiz. *Misioneros:* Luis Colomer, Pablo Alonso Carvallo, Manuel Plaza, Andrés Herrero, José Perro, [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] Guidobro, Antonio Aragonés, Sebastián Beguer, José Rodríguez, Timoteo Delgado, Juan Represa, Vicente Trejas, José Tortales, Ramón Balanzarán, José del Carmen Juan Dueñas; Juan de la Cruz Zapater, Eusebio Arias, José López, Manuel Ochoa, Cristóbal Gonzalez, Gaspar Marzet, Tomás de Alcántara, Mariano de Jesús, Ramón Basadre.



# CAPITULO I

**Extensión de las misiones de Ocopa en tiempo de los padres Sobreviela y Girbal: se inicia el movimiento de los mismos hacia Mainas, antes de las Cédulas Reales.**

## 1785 - 1794

**SUMARIO: 1.—Los tomos anteriores. 2.—Extensión en Chiloé. 3.—Extensión en el Perú. 4.—Los ideales de Francisco Requena: el motivo de las Reales Cédulas. 5.—Conducta y celo del obispo Rangel.**

1.—El lector ha visto indudablemente con agradable sorpresa la serie de tomos que preceden a éste, en los cuales predominan como narración los *Diarios*, género histórico muy meritorio por la materia y por la forma: como materia ellos contienen descripciones geográficas muy estimables en países como el Perú, extenso y en formación, pues ponen de manifiesto lo que son las regiones exploradas en el momento histórico a que se refieren; y como forma literaria, la consignación ingenua de lo que ocurre y se observa cada día en los viajes, es la que más se identifica con la verdad.

Este género se convierte simultáneamente y en virtud de los sucesos narrados en encomio natural y espontáneo del narrador: y así, con la lectura de estos *Diarios* ha debido quedar en el espíritu de los lectores una idea muy ventajosa de los misioneros, mayormente de los Amich, Menéndez, Agüeros, Real, Marín, Villanueva, Arrieta, Sobreviela, Girbal, Márquez y Dueñas.

Los sucesos a que se refieren estos *Diarios* han sido casi ignorados, aun por mis hermanos de hábito que han escrito algo sobre la materia en estos últimos tiempos; y todos los narradores y cronistas de nuestras misiones, aun de época

anterior, no los mencionan o lo hacen a la ligera y confusamente, tal vez por la magnitud misma de las empresas descritas en los *Diarios*.

Los hechos mencionados se han realizado en un período de tiempo relativamenete corto, es decir, desde el año 1772 en que verifica su expedición a la Oceanía el padre Amich, hasta el de 1784 en que lleva a cabo el padre Girbal su viaje al Pachitea, descontando la expedición del padre Busquets, coronada en 1807, como misionero de Moquegua.

2.—Las empresas realizadas en este período, y aun después hasta consumarse la independencia de la América española, están en perfecta armonía con el número y cualidades del personal religioso alistado en ese tiempo entre los misioneros de Ocopa: personal numeroso y selecto.

Para esto se habían tomado, desde años antes, todas las providencias, especialmente la de tener en Madrid un agente y un personero de las misiones, que actuara sin interrupción ante la Corte. El personero solía ser religioso hábil y despierto, en condiciones de saber todo lo que ocurría en la inmensa zona de las misiones y de sus necesidades más urgentes. Con esta providencia acudieron a Ocopa, casi a porfía, misioneros de todas las Provincias franciscanas de la Península, que se hallaban en estado floreciente.

Por eso, cuando en 1787, en el capítulo celebrado bajo la presidencia del padre Luis Colomer, subió a la prelacía de Ocopa y de las misiones el padre Sobreviela, pudieron destinarse a las misiones del Archipiélago de Chiloé treinta misioneros, figurando entre ellos hombres eminentes de la talla de los padres Alarte, Conejo, Arnao, Periano, Menéndez, Real, Marín, &.; y a las misiones del Perú cuarenta y nueve religiosos, entre ellos los padres Gallardo, Ochoa, Zurita, Gómez, Agustín Sobreviela, Llera, Giles, Méndez, Colomer, López, Girbal, &, que merecerían una mención detenida y honrosa; todos los cuales, agregados al Guardián y sus consultores, hacían un total de ochenta y cuatro religiosos.

Cuando en 1791 publicaba el padre Sobreviela en el "Mercurio Peruano" el estado de Colegio de Ocopa y de todas sus conversiones en el Perú y en Chiloé, asignaba a las misiones de Chiloé dieciocho religiosos y a las del Perú sesenta y siete, con un total de ochenta y cinco religiosos.

Los dieciocho religiosos de Chiloé se hallaban al frente de diez centros importantes: Castro, Calbuco, Achao, Chonchi, Cuqueldón, Queilán, Cuenac, Tenaun, San Carlos, hoy Ancud, Chacao y Querelmapu, que hacían de cabecera, y en torno de los cuales existían sesenta y tres pueblos, repartidos en diversas islas del Archipiélago, con población bastante nutrida.

3.—Los misioneros del Perú administraban de firme los pueblos que se habían formado, siendo de las comarcas mejor atendidas las de Huilillas, Pampa Hermosa del Huallaga, Uchiza, Sion, Valle, Pajaten, Pachiza, Jucushamba, Tarapoto y Cumbasa, que tenían al frente quince religiosos. Otro tanto sucedía con los centros de Huánuco, Pozuzo, Playagrande, Monzón, Monobamba, Huanta, Simariba, Sarayacu y el Ucayali.

4.—Consumada la supresión de los jesuítas, era intención del Gobierno de Madrid que los religiosos de San Francisco los sustituyeran en sus misiones del Perú y Chile: y asi lo fueron ejecutando los virreyes de Lima. doquiera que por la supresión mencionada quedaban las conversiones desamparadas.

En virtud de este plan, nuestros misioneros agregaron a la zona de Huaililllas la comarca de Tarapoto, Cumbasa y Chasuta, iniciando con esto un movimiento de expansión hacia la región de Mainas. Por su parte el Arzobispado de Quito trató de organizar bajo la dirección de un superior, cierto número de eclesiásticos que atendieran en lo espiritual a las antiguas misiones de Mainas. Jeberos continuó como capital de la provincia donde residía el gobernador. Estaban atendidos en esta forma Loreto, Pevas, Iquitos, Omaguas, Barranca y Borja, que correspondían al Marañón; lo mismo que Cahuapanas, Sillay, Patasa, Andoas, Laguna, Jeberos y Yurimaguas. Jeberos era una población de 2,932 almas.

En este estado se hallaban las cosas cuando Francisco Requena se vió colocado al frente de la gobernación de Mainas. Era inevitable que se estableciera una corriente de simpatía entre aquel hombre, que unía el saber profesional con la más exquisita prudencia, y los dirigentes de nuestras mi-

siones orientales, los padres Sobreviela, Girbal, Márquez &, que daban días tan hermosos y de gloria tan pura al virreinato del Perú, en su condición de misioneros.

El señor Requena vió en el Perú el porvenir físico y moral de aquellas selvas; lejos de disimular su pensamiento, trató de madurarlo, consultándolo con cuantas personas se hallaban en condiciones de aconsejarle, emitiendo luego su dictamen ante el gobierno de Madrid.

Fruto de todo esto fué el empeño de Requena en suministrar a nuestros misioneros toda suerte de auxilios para sus expediciones; y por lo mismo la compenetración, hasta donde lo permitían las circunstancias, de nuestras misiones con las de Mainas, aún antes, de que las Cédulas reales legitimaran esa situación.

La Real Cédula del 15 de julio de 1802 disponía que las "Misiones confinantes con las propias de Mainas, existentes por los ríos Napo, Putumayo y Yapura: que todas estas misiones se agreguen al Colegio de Propaganda Fide de Ocopa. que era muy preciso que los Misioneros de toda aquella gobernación y los países que debía comprender el nuevo Obispado, fuesen de un solo instituto y de una sola provincia". Sin excluir "a los que se hallan en actual ejercicio de los que pasaron de la provincia de Quito con este preciso destino... hasta que (el Colegio de Ocopa) pueda proveerlos de Misioneros idóneos. Sin que puedan separarse los Eclesiásticos, Seculares o Regulares, que sirven todas aquellas misiones o Curatos, hasta que el nuevo Obispo disponga lo conveniente".

En 1806, al año siguiente de la elección del Padre Fray Hipólito Rangel y Fayas para obispo de Mainas y antes de que éste tomara posesión del obispado, el padre Guardían de Ocopa fray Jerónimo Zurita designaba para misioneros de Mainas a los religiosos de la siguiente lista que en documento auténtico dice así:

Lista de los religiosos asignados para los pueblos de Misiones pertenecientes a la Provincia de Mainas y encargadas nuevamente a este Colegio de Santa Rosa de Ocopa por Cédula de nuestro Rey católico Carlos IV, que Dios guarde, que son los siguientes:

RR. PP. Fr. Miguel Andivielas, Superior y Presidente.
„ „ „ Domingo Payo.
„ „ „ Pedro Nolasco Baraona.
„ „ „ Sebastián Rocha.
„ „ „ José Romero.
„ „ „ Ramón Calvo.
„ „ „ Manuel Huidobro.
„ „ „ Antonio Aragonés
„ „ „ Sebastián Belenguer.
„ „ „ José Rodríguez.
„ „ „ Timoteo Delgado.
„ „ „ Juan Represa.
„ „ „ Vicente Trejas.
„ „ „ José Tortales.
„ „ „ Ramón Balauzaran.

Y Fr. José del Carmen, Procurador religioso, lego de esta Misión.

Son los mismos religiosos que están destinados por mi orden para el expresado fin, y porque conste donde convenga, lo firmo en este Colegio de Santa Rosa de Ocopa en 24 del mes de Febrero de 1806.

*Fr. Jerónimo de Zurita, guardián* (1)

5.—Era de esperar que en virtud de la Real Cédula, del celo y buena voluntad bien comprobada de los padres misioneros de Ocopa y de las expectativas que se tenían, así en España como en el Perú, en orden a la evangelización del territorio de Mainas por aquellos religiosos, éstos penetraran en gran número en dicha región, con fruto espiritual y con adelantamientos en la vida social, como había sucedido hasta en el lejano archipielago de Chiloé. Pero parece que no sucedió así, por los motivos que apuntamos en el tomo anterior, donde dimos cuenta de la índole ciertamente extraña del primer obispo de Mainas, el Iltmo. Rangel, que tuvo el triste privilegio de suscitar en torno suyo frecuentes querellas y de enajenarse voluntades.

(1) Zegers, *Refutación Documentada*, II Parte, pag. 27.

Desde el momento en que el nuevo diocesano tomó posesión del obispado, su primera providencia administrativa fué extender nombramientos de vicarios y curas al personal eclesiástico que existía en el territorio de su jurisdicción. Al padre Manuel Plaza lo nombró cura de Sarayacu, vicario y juez eclesiástico de la zona del Ucayali. Dió asimismo la jurisdicción parroquial en la misma región a los padres Márquez, Barco y Alcántara. En el Huallaga confirió los cargos de vicario y cura al padre fray Ramón Reyes e hizo párrocos a los padres Blásquez, Navarro, Represa, Prieto (1) y Pacheco: todos ellos misioneros de Ocopa.

Resultados de estos nombramientos fué la paralización de lo que en el sentido histórico y tradicional llamamos *misiones de infieles*: puesto que un número mayor o menor de sacerdotes, regulares o seculares, regentando parroquias con obligación de residencia y bajo las órdenes inmediatas e ineludibles del obispo, no forman una misión de infieles.

Aun en las misiones de Chiloé, donde era indispensable la administración parroquial, por la densidad de población concentrada en numerosas cristiandades, se arbitró el método de las misiones circulares, destinadas a exploraciones y a la apertura y ensanche de la predicación evangélica entre infieles no reducidos.

Con los nombramientos de párrocos recaídos en los misioneros de Ocopa, éstos vieron desbaratado su anterior régimen de misiones, la autoridad del superior de la misión absorbida por la del Ordinario, y por ende coartado su nativo espíritu de empresa, que solía comunicar vida y movimiento a dichas misiones.

Se ha dicho que el convento de Ocopa no atendió a las misiones de Mainas con la extensión que se esperaba por falta de personal: pero ésta no pudo ser la causa de lo acaecido, pues se tenía en Madrid a Francisco Requena, en cuyo plan entraba el envío a Ocopa de unos sesenta misioneros para atender debidamente a las necesidades de la provincia de Mainas; cosa que sin duda se habría obtenido, como se había alcanzado antes en circunstancias análogas.

(1) El mismo que más tarde intentó una entrada a Gualaquiza desde Loja.

No parece que aquí hubiese habido más obstáculos que el genio del obispo, no fácil de sobrellevar, según lo comprobaremos luego, con un testimonio sobradamente claro del padre Alonso Carvallo.

Según el tenor de las Reales Cédulas y después de estudiar la materia, creyeron nuestros misioneros, y lo creyó también Requena, que los religiosos de Ocopa debían dedicarse a la reducción de infieles, con autonomía en el organismo, conforme a las normas guardadas hasta entonces en las conversiones del Huallaga y Ucayali. Juzgaron que dicho organismo entrañaba una fuerza evangelizadora inmensamente mayor que la simple administración parroquial en regiones no civilizadas. Juzgaron que el obispo podía circunscribir el ejercicio de su jurisdicción a las parroquias ya formadas, como lo determinaban varios documentos emanados de la Santa Sede, dejando libre acción a los misioneros en las comarcas de infieles.

Pero este punto jamás fué comprendido ni otorgado por Su Señoría Ilustrísima. Como consecuencia, muchos de los misioneros se retiraron del teatro de misiones; sin exceptuar al mismo padre Girbal. Y como consecuencia vinieron los lamentos del obispo de que se veía solo para el trabajo y que los religiosos de Ocopa le abandonaban. Los más de los misioneros que no desampararon las misiones, se concentraron en el Huallaga y Ucayali. Algunos por algún tiempo siguieron en condición de curas; exponiendo sin embargo su queja, como lo hacía el padre José Antonio Prieto el 8 de Octubre de 1814 en su Memorial al rey. "Me hallo misionero apóstolico del Colegio de Santa Rosa de Ocopa, natural del Obispado de Mondoñedo: la obediencia de mi Colegio me destinó a la Provincia de Mainas, y el Ilustrísimo Señor Obispo Doctor D. Fray Hipólito Sánchez Rangel me puso cura del pueblo y misión de Canelos (1)".

Lo que decimos del primer obispo de Mainas el franciscano fray Hipólito Rangel y Fayas, es sin detrimento de sus buenas cualidades, señaladamente su espíritu de paciencia y mortificación y su incansable celo en bien de las almas;

(1) Arbitraje de límites entre el Perú y Ecuador. Documentos anexos a la Memoria, t. III, pág. LII. El Memorial fué escrito para defenderse de los vejámenes del obispo Rangel.

pues, impulsado y sostenido por estas cualidades, hizo efectiva la posesión y administración episcopal de su extensa diócesis, con las penalidades consiguientes a aquellos viajes largos y sin comodidad alguna.



**Nidos de Chiguancos, Morula**

El Ministerio de Ultramar recibió con fecha 14 de mayo de 1814 la razón de los confirmados por Su Ilustrísima. Allí aparecen recorridos, en la *Misión Alta de Maynas*, Archidona, Napo, Napotoa, Santa Rosa, Cotapino, Concepción, Avila, Loreto, Payamino, Suno, San José, Capucuy, Canelos, Andoas, Pinches, Santander: con su respectiva estadística de habitantes, que arroja un total de confirmadas 3329 almas. En la *Misión Baja del Marañón*, Loreto, Cochiqui-

# PLANO DEL VALLE DE JAUJA Y DE SUS MONTAÑAS ORIENTALES






# PERFIL LONGITUDINAL DE LA VIA DE CONCEPCION AL TAMBO

Escala vertical: 1:100,000

Escala horizontal: 1:500,000

nas, Pebas, Oran, Iquitos, Nanay, Omaguas, San Regis, Urarinas, Laguna, Chamicurus, Yurimahuas, Muniches, Jeberos, Chayavitas, Cahuapanas, Barranca y Borja; con un total de 6525 almas confirmadas. En la *Misión del Huallaga,* Santiago de las Montañas, Lamas, Tarapoto, Cumbasa, Chasuta, Pachiza, Saposoa, Piscoyacu, Valle, Sion, Balsayacu, Tocachi, Uchiza, Pueblo Nuevo, Chicoplaya, Chaclla, Muña: con la suma de 4400 almas confirmadas. Del Ucayali no consigna sino 4 bautizados y 15 confirmados.

En aquella fecha eran poblaciones de cuantía: Moyobamba con 3564 habitantes, Lamas con 2039, Tarapoto con 2033, Saposoa con 1169 y Jolopachi con 3004.

---

## CAPITULO II

### Actuación de los padres Colomer, Márquez, Barco y otros en las misiones del Ucayali.

### 1785 - 1822

**SUMARIO: 1.—Antes de la independencia del Perú. 2.—El padre Colomer. 3.—El padre Márquez. 4.—Fray Juan Dueñas. 5.—El padre José Barco y otros misioneros.**

En los primeros cuatro lustros del siglo XIX, es decir, hasta 1820, figuran en nuestras conversiones del Ucayali misioneros merecedores de todo encomio, dignos sucesores de aquellos cuyos diarios hemos publicado. Son contemporáneos de los padres Sobreviela y Girbal, llegados al Perú en la misma época, copartícipes en las mismas faenas, y por lo tanto de las mismas glorias. De entre ellos, unos sobrevivieron a la independencia y otros dejaron sus restos mortales en las arenas del Ucayali al aproximarse aquel acontecimiento.

2.—Entre estos hombres ilustres ocupa un lugar preferente el padre fray Luis Colomer, natural de Martorell en la provincia de Barcelona, que arribó al Perú en 1785. En 1787

presidió el célebre y sobradamente ruidoso capítulo de Ocopa, en que salió electo Guardián del convento y superior de las misiones el padre Sobreviela, para felicidad y gloria imperecedera de nuestras misiones.

Sucesivamente fué el padre Colomer presidente del Convento de Huánuco, visitador de las conversiones de Huánuco, Huailillas y Ucayali, guardián de Ocopa, prefecto de misiones, visitador de la provincia franciscana de Quito, de la de Lima y del convento de Ocopa.

Por encargo del virrey de Lima exploró los ríos Ucayali y Pachitea, consignando la Memoria de sus expediciones, que ha quedado refundida en los escritos de otros misioneros Terminó el nuevo camino desde Huánuco hasta Playa-grande, empezado por los padres Sobreviela y Villanueva, y trató de que se colonizase aquella zona.

El padre Colomer, en su condición de prefecto de misiones, tuvo la suerte de conservarse en armonía y santa paz con el nuevo obispo de Maynas; pues, condescendiente con las instancias y pretensiones del prelado, no quiso acibararle las primicias de su gobierno pastoral.

El padre Colomer dejó de actuar en la montaña en 1818, incorporándose a la provincia de los Doce Apóstoles.

3.—Simultáneamente con el padre Colomer empezó sus labores de misiones en el Perú el padre fray Buenaventura Márquez, hijo de la provincia seráfica de Cataluña, como lo fué el padre Colomer, y natural de Palafungel. En 1785 se incorporó a las misiones de Huánuco y en 1795 fué nombrado compañero del padre Girbal en las arriesgadas empresas del Ucayali, donde contribuyó a la fundación del gran centro de misiones de Sarayacu y de varios puntos más que en años posteriores se establecieron.

El padre Márquez alimentaba el espiritu de un apóstol con un continente de modestia e igualdad que le hizo permanecer en las misiones, sin salir de ellas, durante los veintisiete que van desde 1795 hasta agosto de 1822, en cuyo año murió entre sus neófitos.

Ejerció durante estos largos años de apostolado el cargo de presidente de las misiones del Ucayali; y no se puede negar que su espíritu evangélico, lo mismo que el del padre Girbal, fué la base en que se apoyó la prosperidad y ex-

tensión de aquellas misiones, de que daremos razón en los capítulos siguientes.

Para el ejercicio de su ministerio sagrado poseyó el padre Márquez, no sólo el quechua sino también la lengua más general del Oriente, la Pana o Seteba: sobre ambas lenguas dejó escritos concienzudos y muy estimables trabajos.

4.—Merece también en este lugar una mención honrosa el hermano lego fray Juan Dueñas, que pertenece con pleno derecho a la historia del Perú. Fray Juan tomó el hábito franciscano en Ocopa, de manos del padre guardián fray Manuel Sobreviela, en mayo de 1787. Era de Cipales en la provincia de Valladolid. Formado en la escuela de los padres Sobreviela y Girbal, actuó en nuestras montañas con sagacidad y valor, coronando con éxito feliz exploraciones envueltas en peligros, en momentos en que todo el Perú civilizado tenía puestos los ojos en ellas. Por esta causa, desde aquella coyuntura la memoria de fray Juan Dueñas resultó muy grata a todos los que amaban aquí el progreso de la vida civil.

5.—Vienen a ocupar luego un puesto particular el padre fray José Barco, hijo de la provincia seráfica de Cantabria y natural de Orduña. Hallándose en las misiones del Ucayali fué electo guardián de Ocopa; pero terminado santamente su oficio regresó a sus amadas conversiones, donde era generalmente estimado por su prudencia y condición afable.

Murió en Septiembre de 1819, en las playas del Ucayali, en viaje de Lima Rosa del Tambo a Sarayacu, entre los indios Cunibos, en la comarca de San Miguel, cerca de las bocas del Pachitea.

En orden al estado de sus restos, los libros de Contamana, procedentes de Sarayacu, hacen mención de lo siguiente: "Nota: Volviendo de la expedición que se hizo al río Tambo el 1820, el P. Viceprefecto y el padre Fray Juan de la Cruz Zapater, aportaron al Pachitea el doce de Septiembre de dicho año, y deseando trasladar los huesos del difundo P. Predicador Apostólico Fr. José Barco, hicieron toda diligencia: pero los Cunibos no querían manifestar el lugar de la sepultura, hasta que una niña inocente le avisó al Padre Viceprefecto Manuel Plaza el lugar; y habiendo sacado de la sepultura tan íntegro el cuerpo, fueron de pa-

recer que se desbaratase, para acomodarlo en un cajón, y Francisco Baldivieso, herrero de este pueblo, le diò tres torcidas o tirones a la cabeza, y fué imposible separarle la cabeza; visto esto D. Juan Márquez, huanuqueño, levantó las piernas del cadáver, con el intento de dividir el cuerpo; hasta que visto que no se podía, lo dejó, e inmediatamente se extendió el cuerpo y se puso tieso. Con esta admiración, más de sesenta personas que presenciaron fueron de parecer traerlo así a esta iglesia, llegaron conduciendo el cuerpo el día 17 de Septiembre y se mantuvo en el féretro hasta el día 20 del mismo mes, en el que se le dió sepultura eclesiástica con la solemnidad debida, asistiendo tres sacerdotes Fr. Manuel Plaza, Fr. Buenaventura Márquez y Fr. Baltasar de la Cruz Zapater".

"De cuyo suceso doy fe, con la advertencia de que dicho cuerpo estuvo enterrado más de un año, en paraje húmedo y cálido, y así se encontró incorrupto. (Firmado) Fr. Buenaventura Márquez".

Del padre Barco se hará todavía mención en las páginas que siguen.

Pudiéramos alargar estos recuerdos biográficos con los nombres y trabajos sacerdotales de otros misioneros ilustres: como son el padre José López, autor de unos *Diarios* que no han llegado a mis manos y cooperador asiduo del padre Sobreviela; el padre Manuel Ochoa, asociado a los padres Girbal, Colomer y Márquez en la fundación de las misiones del Ucayali, donde permaneció con grande edificación sin salir de aquella zona durante largos años; los padres Cristóbal González, Gaspar Marzet, Jerónimo Zurita, Baltasar Zapater, Eusebio Arias, &. Este último ha merecido elogios muy sinceros del escritor y viajero Poeppieg y del doctor Jenaro Herrera, quien recuerda que el padre Arias fué cuarenta y cinco años cura de Tarapoto, desde 1823, y que en 1842 en sede vacante fué Vicario de la diócesis de Mainas.

## CAPITULO III

**Expediciones a la región de Sonomoro y al Pangoa, por los padres Carvallo, Girbal y Ruiz: apertura de un camino y restablecimiento del pueblo de Chavini.**

**1814 - 1815**

**SUMARIO: 1.—El padre Carvallo. 2.—De Ocopa al Ucayali por la vía de Pangoa. 3.—Hasta San Miguel montados a caballo. 4.—Una llanura inmensa. 5.—Regreso a Ocopa. 6.—El padre Ruiz reitera el viaje: su "Diario".**

1.—En el número de los misioneros más notables y al par con los padres Sobreviela, Girbal, Márquez y Colomer debemos colocar al padre Pablo Alonso Carvallo. Su preparación para la labores de misionero, explorador y geógrafo era esmerada; sus trabajos merecieron el aplauso entusiasta del sabio Raimondi.

El padre Carvallo era natural de Oviedo y tomó el hábito franciscano en la provincia seráfica de Santiago. Joven corista emprendió su viaje al Perú y se ordenó de sacerdote en Chile. En 1785 le tenemos de cura conversor en Pueblonuevo: luego es vicario y guardián de Santa Rosa de Ocopa y más tarde prefecto de misiones.

El benemérito misionero estuvo en el Perú hasta el año de 1822, y pasó luego a España, muriendo en Gijón en 1854.

2.—"Por el año 1814 se pusieron de acuerdo los padres fray Alonso Carvallo, ya guardián de Ocopa, y fray Manuel Plaza, prefecto de las misiones del Ucayali, para establecer comunicaciones directas entre Ocopa y Sarayacu, por la antigua vía de Jesús María, la más corta entre el Colegio de Misioneros y las misiones del Ucayali. Ambos superiores se hallaban con entusiasmo sin límites para contribuir a los progresos de las misiones y al establecimiento de los medios más fáciles y eficaces para su desarrollo y conservación y cada uno de ellos hizo cuanto pudo para este fin, como lo veremos en este capítulo y en los siguientes.

La pintoresca y amena región del Pangoa, explorada por el gran misionero padre Biedma por el año de 1686, quedó aislada y fuera de la influencia de Ocopa desde la sublevación de Juan Santos Atahualpa. Las poblaciones de Chavini, Sonomoro y Jesús María, fundadas por aquel padre, habían desaparecido, lo mismo que el camino de herradura abierto por él. La frondosa vegetación tropical lo cubrió todo, y resultaba difícil el descubrimiento de los puntos que correspondían a las poblaciones.



**Niños Campas del Pangoa**

La apertura del camino al Ucayali por la vía del Pangoa reclamaba una exploración adecuada de aquellas montañas, y a llevarla a cabo se resolvió el padre guardián de Ocopa, poniéndose él mismo al frente de la expedición y contando con la hábil cooperación del veterano de las misiones, el padre fray Narciso Girbal y Barceló.

Los principales episodios de esta expedición se reducen a los siguientes:

La expedición salió de Ocopa el dos de julio de 1814; y pasando por Comas, llegó a Andamarca el día cuatro: en Andamarca esperaba el padre Girbal a los expedicionarios. Aquí demoraron hasta el día doce, haciendo los preparativos indispensables para el buen éxito de la expedición.

3.—Salieron de Andamarca el doce de julio, viajando aquel día hasta un punto llamado Manzanayoc, donde había unas chozas habitadas por familias de Andamarca. Desde Manzanayoc remitieron los misioneros por adelantado sesenta y ocho hombres para que arreglasen el camino, siguiéndoles ellos luego a corta distancia; y no tardaron en llegar al Portachuelo, que es el punto más elevado del camino que separa las vertientes de las aguas que bajan al Mantaro de las que van al Pangoa.

Aquí agrega el sabio y benévolo Raimondi: "Los padres Carvallo y Girbal, como dignos sucesores del padre Sobreviela, seguían las huellas de este ilustre misionero, ocupándose también de la ciencia geográfica, anotando las leguas que recorrían y la dirección del camino, por medio de una brújula, a fin de trazar después un pequeño mapa de aquel hermoso país".

A cosa de una legua de bajada desde el Portachuelo, llegaron al paraje de San Miguel, donde hallaron las ruinas de dos casas y una capilla, que pertenecieron a una vaquería de las antiguas misiones de Sonomoro. Compusieron las paredes y techaron una de las casas, que podría servirles de alojamiento y depósito de víveres.

Hasta San Miguel habían caminado los padres montados, cosa que se hacía imposible desde este lugar en adelante.

4.—Desde una altura cerca de San Miguel pudieron dominar con la vista un ancho horizonte, contemplando a sus pies una inmensa llanura, que en ese momento ofrecía el fenómeno bastante frecuente al bajar de las grandes alturas de los Andes, es decir, una espesa gasa de blanca niebla, reverberando sobre ella vivamente los rayos del sol y produciendo en los viajantes el efecto de la más sorprendente belleza.

Al amanecer el día siguiente, aún seguía el horizonte cubierto de neblina; pero pudieron distinguir tres ríos que

seguían casi la misma dirección hacia el Este. Mas, pasado un rato se fué despejando la atmósfera, y se dieron cuenta de que el horizonte cubierto de gasa que parecía una gran llanura o *pampa,* no era sino otra especie de mundo que se iba descubriendo debajo de las nubes, con cerros, lomas, pampas y ríos.

Acompañaba a nuestros expedicionarios un hombre que pasaba de noventa años; que fué criado en Sonomoro con el padre fray Manuel del Santo, el último conversor en la época aciaga de la destrucción de aquellas misiones por los Campas o Antis. Este anciano señaló en el horizonte el sitio donde estuvo el pueblo de Sonomoro y el rumbo que se debía seguir para llegar a aquel lugar.

El rumbo era hacia el nornordeste, siguiendo las corrientes del río que tiene su origen cerca de San Miguel; empeñados en llegar a aquel punto, adelantaban poco, por la necesidad de ir abriendo el tupido bosque. Por trechos fueron descubriendo huellas de la antigua ruta, y esto les dió seguridad y alientos para seguir adelante. Pasaban las noches en algunas cuevas o debajo de grandes peñascos salientes que les defendían de las lluvias.

El veintiuno de julio apenas pudieron avanzar por la excesiva lluvia. Mas lo que vino a desconcertar a los expedicionarios fué la deserción de los hombres de Andamarca, que hasta aquel momento venían abriendo el camino y conduciendo las cargas: todos se escaparon, quedando sólo los de Acobamba. La causa de esta deserción fué el miedo a los infieles, a cuyas moradas se iban acercando los viajeros: era pavor lo que se había apoderado de los andamarquinos, pareciéndoles ver por todas partes humaredas o rastros de salvajes. Para cohonestar la fuga habían acudido a su acostumbrada maniobra, que consiste en consumir de propósito los víveres, para decir que no podían seguir adelante por falta de alimento.

5.—El día veintisiete se hallaba la expedición a orillas del río Mazamerich: aquí el miedo cundió en tanto grado en los animos de los trabajadores, que unánimes declararon que no seguirían adelante. A pesar de los esfuerzos de los misioneros para convencerles de que debían proseguir la empresa, nada lograron, negándose a construir el puente so-

bre el Mazamerich, necesario para dejar expedito el camino que iban abriendo.

Viéndose en condiciones tan duras y tristes, el padre Carvallo no tuvo otro acuerdo que tomar sino volver a Ocopa con presteza, para organizar otra expedición, antes de la época de las lluvias, que llevase adelante la obra comenzada.

El día veintiocho de aquel mes de julio comenzó la retirada: el treinta y uno estaba en Andamarca: descansando aquí hasta el nueve de agosto, el once se hallaban en el colegio de Ocopa.

Con el ardiente deseo que el padre Guardián de Ocopa tenía de llevar adelante la apertura del camino hasta el Pangoa, no tardó en disponer otra expedición, que encomendó al padre fray Diego Ruiz, asociándole el hermano Víctor Alvarez y dándole trece hombres del mismo pequeño pueblo de Santa Rosa.

Habiendo salido el padre Ruiz de Ocopa el veintidós de aquel mismo año de 1814, se halla con su gente en el paso del río Mazamerich, el dos de Septiembre.

Aquí tomaron el curso del río mencionado, que les condujo al Pangoa, donde se encontraron el día doce. El padre Ruiz trazó un pequeño mapa del paraje recorrido, para que, según él se expresa, pudiese servir de guía a los que en lo sucesivo quisieran hacer viaje desde Ocopa al Pangoa.

Raimondi hace un extracto del Diario y Explicación del padre Ruiz, del cual tomamos el siguiente párrafo: "A una legua más alla de San Miguel, en un punto llamado San José, termina el camino de a bestia y empieza la espesura de la Montaña. En este lugar se pasa el río, el que se sigue hasta el paraje llamado de Utsacucho, que dista de 9 a 10 leguas. En este trayecto están la Cueva-grande y la del Perol, que son unas pequeñas salientes que prestan un abrigo contra las lluvias. En Utsacucho se pasa el río principal que baña la quebrada, sobre un puente mandado construir por el padre Ruiz, y se continúa una media legua por una ladera para alcanzar el tambo que lleva el mismo nombre de Utsacucho".

"Desde este punto hasta el Pangoa el terreno es mucho más llano y limpio, de modo que se puede marchar con

más comodidad. El camino se aleja del río principal, que no se ve hasta llegar a la confluencia del río llamado Tiguria; de allí sigue por pampas y laderas hasta el río Pangoa. (Raimondi, T. III, pág. 49)".

Agregaremos aquí, para concluir el capitulo, una descripción general de la montaña visitada, que consignó el padre Ruiz: "Toda esta Montaña, dice, se compone de una espesísima arboleda de extremada grandeza. La tierra es colorada, su temperamento sumamente apacible, las aguas, excelentes; y aunque hay algunos mosquitos no causan mayor incomodidad. No hemos visto en todo el viaje más fieras que dos venados, ni más sabandijas que tres culebras, de las cuales matamos dos. Causa dolor ver desiertas unas hermosísimas tierras, sin duda las más a proposito para el cultivo, y en donde por la benignidad del temperamento es regular se dé en abundancia toda especie de frutas. En toda esta Montaña abundan las maderas, palmas, y bejucos, con lo cual es facilísimo hacer casas en cualquiera parte. El terreno se seca fácilmente (en verano) luego que deja de llover; pero como aquí los aguaceros faltan por poco tiempo y como a más de esto se hermosean estas llanuras con la variedad de lomadas y pequeños cerros, no faltan arroyos, *puquios* y riachuelos que hacen el país más cómodo y delicioso".

El padre Carvallo no quedó defraudado en su deseo de abrir camino al Pangoa, que se logró con felicidad con el viaje del padre Ruiz: al que se siguió el restablecimiento de San Buenaventura de Chavini en la confluencia del Mazamerich con el Pangoa, realizando con este designio un tercer viaje los padres Carvallo y Ruiz, acompañados de mucha gente, en octubre de 1815.

En este viaje, en camino fácil, pudieron calcular la distancia desde Ocopa hasta el Pangoa en esta forma: de Ocopa a Comas ocho leguas; de Comas a la división de los caminos de Andamarca y San Miguel once; de aquí a San Miguel cuatro; de este lugar a la cueva del Perol tres; luego a Santa Ana cuatro y medio; de aquí a Utsacucho o Llacllac dos y medio; el resto hasta el Pangoa ocho.

---

# CAPITULO IV

**Exploración del río Tambo por el padre Plaza: el padre Plaza: el padre Carvallo es electo Prefecto de Misiones.**

## 1816

**SUMARIO: 1.—El padre Ruiz estrena la vía. 2.—Una flota de canoas: "Diario" del padre Ruiz: llegada a Jesús María. 3.—A Chavini y Andamarca: encuentro con el padre Carvallo.**

1.—Para lograr el fin de poner en comunicación el colegio de Ocopa con Sarayacu por la vía de Chavini, no bastaban las exploraciones llevadas a cabo con felicidad por los padres Carvallo, Girbal y Ruiz, en la región de Sonomoro y Pangoa y el camino abierto hasta este río: era menester explorar también el río Tambo y darse cuenta de la disposición de ánimo de los indígenas que poblaban la confluencia del Ene con el Perené y las riberas del río Tambo y estudiar la navegabilidad de este último río. Esta segunda parte del programa fué llevado a feliz término por los padres fray Manuel Plaza y fray Diego Ruiz.

El padre Plaza, mientras se realizaban las expediciones que hemos mencionado en el capítulo anterior, hizo una expedición al Tambo, en cuyas riberas reunió algunas familias de indios Piros, dando comienzo a la fundación de *Lima Rosa o Santa Rosa de los Piros.*

A principios de enero de 1816, el intrépido padre fray Diego Ruiz, que había sido el primero en llegar al Pangoa, resolvió marchar a Sarayacu por la vía proyectada; y al efecto avanzó de Chavini a Jesús María, punto situado en las bocas del Pangoa, y de allí pasó al Tambo. En este río fué atacado el 15 de enero por los indios Campas cerca de la desembocadura de un riachuelo denominado Mazamari o Mazorobeni; pero pudo por fortuna salvar la vida y llegar a Sarayacu.

2.—El padre Plaza, prefecto de misiones, informado del ataque experimentado por el padre Ruiz de parte de los Campas en Mazorobeni, resolvió organizar una expedición respetable, no en son de guerra, sino con el fin de imponerse

a los infieles del Tambo y obtener la comunicación deseada entre Andamarca y Sarayacu.

Por primera providencia dispuso que el padre fray Mariano de Jesús pasase al colegio de Ocopa para dar cuenta al padre Carvallo de la proyectada expedición. Luego hizo provisiones para cuatrocientos hombres de que deseaba constase dicha expedición.

Aprestados los víveres y buen número de hombres, el padre Plaza comisionó al padre Ruiz para que pasase a Lima Rosa con 26 en dos canoas, con el encargo de reunir en aquel punto 60 hombres más y preparar pescado salado para completar las provisiones. El padre Ruiz aceptó además la tarea de llevar el diario del viaje, que es del tenor siguiente:

"Salí de Sarayacu el día 11 de Junio de 1816 con 26 hombres en dos canoas, y el día 14 de Julio llegué a Lima-Rosa. Me ocupé con toda mi gente en las diligencias que se me habían encomendado hasta el día 28 en que llegó el R. P. Prefecto con su expedición. Aquella misma tarde se embarcó todo, y el día siguiente 29 por la mañana nos vimos reunidos en aquella playa con el más hermoso convoy que jamás se ha visto en aquellos países. Se componía éste de 326 flecheros y 30 fusileros, en 66 canoas. A las nueve y media salimos de aquel puerto, habiendo precedido una gran salva de fusilería, pero a poco rato se abrió una de las canoas grandes, por lo que fué preciso arribar a la playa, y gastar el resto del día en componerla".

"Día 30: a las diez entramos por la boca del río Tambo, y siguiendo sin novedad llegamos a dormir a una playa inmediata a la quebrada de Simpuqui".

"Día 31: por la tarde se vieron candeladas (fogatas) en los Cerros de nuestra derecha, se aportó e hicimos pascana (*noche*) en aquellas playas".

"Día 1.º de Agosto: luego que amaneció se enviaron doscientos hombres de toda arma a recorrer aquellas rancherías (*grupos de chozas*), para defender sus vidas. Llegaron al medio día al sitio de las candeladas y los Indios huyeron todos menos tres, a los que pudieron coger y traer al campamento. Estos fueron tratados con toda humanidad. Se les hizo comprender por medio del intérprete. que aquella expedición y las demás que debían seguirse, sólo se dirigían

a poner franco el tránsito del río Tambo, hacer paces con todos sus habitantes, a quienes en tal caso se harían los mismos beneficios de que disfrutan ya todas las Naciones del Ucayali, de las cuales se componía aquel numeroso ejército".

"Día 2: llegamos a una playa, en cuyos cerros inmediatos están las casas y chacras de un tal Mañuco, llamado así por ser hijo de uno de los antiguos habitantes de Sonomoro que tenía este nombre. No nos faltaban motivos para sospechar que este tal Mañuco y su parcialidad tuviesen alguna parte en las desgracias del 15 de enero; pero él, entendiendo nuestra sospecha, nos satisfizo completamente, entregándose al convoy sin reserva, trayendo consigo a su mujer y varios de los suyos; y asegurando que era enemigo de los de Mazorobeni, quienes lo habían flechado varias veces, en cuya prueba mostraba las cicatrices; que era amigo de los Padres, y que, agradecido a ellos por las herramientas que le habían dado el año anterior, había hecho junto al río el gran rozo que tenía a la vista, y que iba a sembrar maíz, plátanos y yuca para que a nuestro tránsito por allí tuviésemos abundancia de provisiones; que con el tiempo juntaría otras parcialidades amigas, que habitaban en aquellas inmediaciones, y cuando los Padres lo tuvieran a bien, se fundaría un pueblo en el mismo sitio de rozo; que a mayor abundamiento daría un hombre de su parcialidad, que subiese con nosotros hasta Jesús María; como en efecto se verificó sin advertir en éste la más minima sospecha de infidencia. Con estas pruebas nada equívocas de su buena fe, se le dieron algunas herramientas, con esperanzas de fundar el pueblo muy en breve, y seguimos adelante".

"Los días 3, 4, 5 y 6 navegamos sin otra novedad que la de ver algunos Campas en diferentes playas, sin que fuese posible coger a ninguno; cuya diligencia se hacía con el fin de hablarles y trerlos a nuestros partidos".

"Día 7: a las cuatro y media de la tarde llegó el convoy a la playa de Moroveni, en donde nos esperaban reunidos ya con los de Jesús María. Navegamos por la orilla opuesta, e iban por adelante algunas canoas chicas de infieles Piros y Conibos. Los Campas, luego que los vieron, salieron como diez a la playa desarmados y los llamaron con el nombre de Amigos. Los Conibos, que llevaban orden de entretenerlos,

mientras llegaba el resto del convoy, atravesaron el río, y se fueron derechos a los Campas, cuyo capitán se adelantó a abrazar a uno de los Conibos; estando en esto, otro de los Campas, que había quedado junto al monte, disparó una flecha que atravesó por la ingle al Conibo abrazado, y el capitán Campa se desprendió de él para unirse a los suyos. Un hermano del Conibo flechado, que estaba atento a lo que sucedía, disparó contra el Capitán Campa y lo atravesó con una flecha que entrando por la espalda salió por el pecho, de cuya herida cayó muerto allí mismo. En esto se reunieron Piros y Conibos y embistieron con los Campas, que huyeron monte adentro llevándose tres de los suyos gravemente heridos. Todo lo dicho sucedió antes de que pudiese arribar a aquella playa el resto del convoy, de suerte que aunque estábamos a la vista nada sabíamos de lo que pasaba, hasta que habiendo llegado, vimos al muerto y nos contaron lo que había sucedido. Los Campas andaban fugitivos, por aquellos montes. Los Piros y Conibos entraron tres veces a buscarlos y nos costó harto trabajo el reunirlos para pasar a la playa de la orilla opuesta, en donde pasamos aquella noche".

"Día 8: salimos temprano, y a las dos y media de la tarde llegamos a Jesús María, cuyo punto estaba ya abandonado, y sus chacras destruídas por los mismos Campas, que acabaron con todo por irse a vivir con los Mazoroveni. Dió luego fondo todo el convoy, y aquella tarde se ocupó la gente en rozar y limpiar aquel terreno, a fin de asegurar el campamento que debía permanecer allí algunos días".

3.—"Día 9: Salí yo con cien hombres para San Buenaventura de Chavini con el fin de conducir la remesa, pero como ésta aún no había llegado, me fué preciso volver la gente y seguir con doce hombres hasta Andamarca, adonde llegué el día 16. Inmediatamente despaché un propio a Ocopa y otro a Jesús María, avisando a una y otra parte de todo, suplicando al R. P. Plaza (que ya entonces había cumplido el tiempo de su Prefectura y estaba elegido Presidente de Manoa) que si no podía permanecer en Jesús María, por falta de víveres, se retirase a Santa Rosa, dejándome gente y canoas para conducir la remesa".

"Día 21: llegó a Andamarca con destino a la montaña el R. P. Fr. Alonso Carvallo, nuevo Prefecto de Misiones,

y el 27 recibí carta del R. P. Plaza, presidente de Manoa, avisándome su retirada a Santa Rosa y que quedaba todo lo que había pedido. Inmediatamente se empezó a despachar la remesa a San Buenaventura, y yo salí el 2 de Septiembre para Chavini, adonde llegué el 4".

"Día 6: salí para Jesús María con 56 hombres cargueros, y de arma".

"Día 8: llegué sin novedad a dicho puerto, en donde me hallé con un gran rozo muy capaz para un gran pueblo y sus chacras; también hallé varias casas, y entre ellas una muy grande toda guarnecida con una hermosa estacada, que la pone a cubierto de toda sorpresa. Estos son los trabajos en que se ocupó el poderoso ejército del Ucayali los 15 días que estuvo aquí acampado el R. P. Plaza, Presidente de Manoa; y con hacer ya 14 días que se retiró de aquí dicho ejército no ha habido Campa que se atreva a tocar nada de estas obras, ni creo las toquen hasta que Dios quiera que se verifique la población y fortificación de este importantísimo punto, que tanto deseamos, para asegurar de una vez esta carrera tan interesante".

"Las seis canoas y otras cosas que quedaron escondidas en estas inmediaciones, todo se halló intacto, con lo que salgo mañana temprano para mi destino de Santa Rosa y Manoa; y con esto doy fin a este *Diario*, en la futura fundación de Jesús María a la orilla derecha del río Chanchamayo (Perené), un cuarto de legua más abajo de su confluencia con el Pangoa, a 8 de Septiembre de 1816.—*Fr. Diego Ruiz*".

---

## CAPITULO V

**Severo juicio del padre Carvallo sobre el obispo Rangel. Progresos de la geografía debidos a los padres Plaza, Carvallo y Ruiz.**

**1815 - 1816**

**SUMARIO: 1.—El por qué de la nueva vía. 2.—Carta del padre Carvallo al Iltmo. Las Heras. 3.—Retrato de Rangel. 4.—Informe al intendente de Tarma. 5.—Progresos de la geografía.**

1.—Haremos por decir en este capítulo toda la verdad respecto a los afanes de los misioneros de Ocopa para abrir acceso al Ucayali por el Pangoa: pues, además de todos los fines de progreso y economía que significaba el nuevo camino, evitando los enormes recorridos de la vía del Huallaga, había en la mente de los misioneros otro motivo para aquella dificultosa empresa: este motivo impulsor era esquivar con la nueva zona de misiones la intervención del obispo Rangel, arrimándose a la jurisdicción del Metropolitano, el Iltmo. Las Heras.

Para lograr este intento, creían tener a su favor el hecho de que el pueblo de Andamarca, incluído en la jurisdicción de la Arquidiócesis, era la puerta para la nueva región misionera, que formara un todo homógeneo con la zona del Pangoa, Tambo y sus pueblos, Cavini, Jesús María y Lima Rosa, los cuales podían ser administrados fácilmente desde Ocopa. La situación era del todo diversa al no contar sino con la vía del Huallaga y Marañón, que representaban núcleos principales de la jurisdicción de Mainas, y en cuyo paso era inevitable haber de rendir pleito homenaje al Ordinario de la diócesis.

Teniendo en mira lo que decimos, apenas quedó habilitada la vía del Pangoa, escribió el padre Carvallo una carta expositiva al Iltmo. arzobispo de Lima, el señor Las Heras, dándole cuenta del camino abierto y suplicándole tomara a cuenta y cuidado la nueva zona de misiones. He aquí la carta:

2.—"Excmo. e Iltmo. Señor.—El feliz resultado de la expedición a estas montañas de Andamarca, en que es-

tá entendiendo este Colegio desde el mes de Julio del año pasado, deja ya el paso franco para que sin mayor embarazo se pueda tratar seriamente de reducir a nuestra santa fe a la numerosa nación de los Campas, de los Piros, Conibos y otras innumerables parcialidades de infieles que viven dispersos por los muchos ríos que tributan al Ucayali, y que por la demasiada distancia vivían sin esperanzas de que los misioneros pudieran arribar a su país, como ya muchos de ellos lo deseaban".

"La nueva comunicación que se acaba de dar al Ucayali proporciona a los misioneros el poder llegar desde este Colegio a los primeros infieles de la nación Campa en nueve o diez días, de aquí a los Piros del Ucayali en tres y desde este punto a las misiones de Manoa en ocho. Para conseguir esta comunicación, tantos años deseada, se dispusieron dos expediciones: la una desde Manoa por el río Ucayali arriba y la otra desde Andamarca por tierra, siguiendo las riberas del río Pangoa, hasta el punto donde se une con el Chanchamayo (Perené). En el Tingo (confluencia) de estos dos ríos se halló un pueblecito de cincuenta y seis almas, infieles de la referida nación Campa, que recibieron a los PP. Fr. Diego Ruiz y Fr. Mariano de Jesús con extrañas demostraciones de agrado. Legua y media más abajo se une a estos dos ríos el Apurímac (Ene), aumentando con las aguas del río de Jauja (Mantaro), y otros que bajan de estas serranías, y desde allí toma el nombre de Tambo".

"En todas las riberas de éste hasta su confluencia con el Ucayali se hallaron diversas rancherías (chozas) de Campas, los cuales, aunque al principio manifestaban algún miedo y se huían, viendo que se les trataba con cariño y se les regalaban herramientas y otras frioleras de que gustan mucho, quedaron muy contentos y no sabían separarse de los religiosos".

"La expedición que salió de Manoa con el R. P. Prefecto (Plaza), a cada paso del Ucayali se encontraba con infieles, Remos, Amahuacas, Conibos, Piros y otros que pueblan las márgenes de este abundantísimo río. Todos desean reunirse en poblaciones y que se les envíen misioneros; pero no siendo conveniente por ahora aumentar los pueblos de

misiones por la escasez de religiosos (1) y de medios para su subsistencia, sólo se fundó uno con el nombre de Santa Rosa de los Piros, cerca de la confluencia de los referidos dos ríos Tambo y Ucayali (Tambo y Urubamba)".

"En este río dejaba el R. P. Prefecto reunidas ciento treinta familias, trabajando sus chacras, cortando maderas, y aprontando lo necesario para la fábrica de Iglesia y Convento, mientras que dicho padre subía el río Tambo a encontrar la expedición que iba de Andamarca: y a su regreso se prometía hallar ya reunidas hasta doscientas familias".

"Esta misión interesante servirá muchísimo para conservar la comunicación del río Tambo, y para emprender desde ella la reducción de todos los Campas y Amages, que desde los años cuarenta y dos del siglo pasado en que mataron a todos los misioneros (2) de sus reducciones, no se ha vuelto a saber de ellos hasta ahora. Concluída la dicha población de Santa Rosa, se irá formando otra de Campas en el Tingo (confluencia) de Chanchamayo (Perené) y Pangoa, para facilitar la navegación del Tambo. Aseguradas estas dos misiones, se podrá fácilmente solicitar el restablecimiento de las antiguas del Cerro de la Sal, del Gran Pajonal y demás que se perdieron en la insurrección del rebelde Juan Santos Atahualpa".

3.—"Todas estas misiones confinan con los partidos de Jauja y Tarma, por cuya razón se deben considerar como misiones del Arzobispado, y para evitar gravísimos inconvenientes, suplico a V. E. Iltma., con el mayor rendimiento, a mi nombre y de todos los individuos del Colegio que vivamente lo desean, se digne recibirlas bajo de su protección, reconociéndolas comprendidas en el distrito de esta Diócesis.

(1) A la sazón había en Ocopa 68 religiosos: 12 en el convento, 12 en Chiloé, 4 en Manoa, 4 en Mainas, 6 en Huánuco, 7 en Huailillas, 2 coristas, 10 legos, 11 donados. Los misioneros de mayor nombradía eran: Carvallo, Zurita, Real, Maturana, Arnao, Conejo, Cazo, López, Barco, Márquez, Colomer, Arias, Lasala, Leceta y Dueñas. Así consta por una *nómina* auténtica que se conserva en el archivo del arzobispado de Lima. A esto llama el padre Carvallo escasez de religiosos. Y adviértase que en el obispado de Mainas y sus linderos (Manoa, Huailillas, Huallaga y Pozuzo) había 21 misioneros.

(2) Es una distracción del padre Carvallo; pues si algunos misioneros fueron muertos en la fecha que menciona, los más se retiraron con prudencia y salvaron la vida.

Porque si el Señor Obispo de Maynas da en la majadería de que siendo él Obispo de Maynas le pertenencen también estas nuevas, todo se perderá; pues los religiosos causados de sufrir sus impertinencias se resfriarán enteramente, y pedirán su retiro, como ya lo han verificado muchos y por esta misma causa".

"Esta declaración, que en otras circunstancias parecería impertinente, ahora se considera de absoluta necesidad para la tranquilidad de los misioneros, que, perseguidos abiertamente en el Obispado de Maynas, desean verse libres de lidiar con un Prelado, que cada día pretende un desatino e intenta un nuevo modo de incomodarlos".

"Dios Ntro. Señor Gde. la importante vida de V. Exa. Illma. muchos años.—Colegio de Ocopa y Julio 31 de 1815.—Fr. Paulo Alonso Carvallo.—Excmo. e Ilmo. Sr. Dn. Bartolomé María de las Heras Dignísimo Arzobispo de Lima".

Como verá el lector, sin duda con verdadera sorpresa, no es fácil juzgar con mayor rigor a un prelado eclesiástico, que lo hace aquí el padre Carvallo al obispo Rangel. Sin embargo, no faltan comprobantes de que la severa crítica del misionero no es errada ni calumniosa; e intencionalmente hemos querido dejar para este lugar el testimonio de los autores de la *Historia de las Misiones de Ocopa*, que, si bien con palabras moderadas, dicen lo mismo que declaraba el padre Carvallo. He aquí su inculpación contra el obispo:

"Ocasionó algunos sinsabores a los Padres de Ocopa, el Iltmo. Sr. D. Fr. Hipólito Sánchez Rangel, primer obispo de Maynas, quien queriendo organizar parroquias y dar curas respectivos a los pueblos de su diócesis pretendió despojar a los prelados regulares de su jurisdicción. Obligó a los misioneros de este Colegio a abandonar la iglesia del hospicio de Cocharcas de Huailillas o Cajamarquilla, & (1)".

4.—El padre Carvallo no sólo comunicó al Iltmo. Las Heras los trabajos realizados con felicidad en la apertura del camino al Pangoa, sino que hizo entrega de dicho camino a la autoridad de la intendencia, que a la sazón era don José Gonzalez de Prada. Le remitió una copia del *Diario* de las expediciones realizadas, adjuntando un oficio en que le comu-

(1) T. II. Cap. V.

nicaba que la expedición útima dejaba embarcado felizmente en Jesús María al R. P. Fr. Diego Díaz con la mayor parte de la remesa para la misión de Manoa y nueva fundación de Santa Rosa de los Piros. Que las utilidades que ofrecía el camino abierto se hallaban a la vista, pues se había afianzado la amistad con los Campas, se había explorado y estudiado prolijamente todo el río Tambo, se habían obtenido informaciones de todas las parcialidades que poblaban sus márgenes, las cuales se hallaban divididas con inveteradas discordias, cosa que hacía imposible una gran invasión de los mismos, por ser irrealizable su concordia; que asimismo se habían estudiado los modos más prácticos para reducirlos a la fe y a la vida civilizada.

Daba razón el padre Carvallo al intendente de la fundación llevada a efecto en Jesús María, y pedía el apoyo del gobierno para dicha población y dotación para el fuerte que se había construído en ella; asegurándole que esperaba concluir en el verano próximo todas las obras de fortificación: que ya tenían sementeras, casas para los moradores, cuartel, iglesia y convento.

Agregaba que se instruía a la gente en el manejo del fusil; pues las armas de fuego eran la más eficaz defensa contra los indígenas, con cuyo temor se abstenían de inventar invasiones y ataques.

La comunicación del padre Carvallo estaba firmada en Chavini, el diez de septiembre de 1816.

5.—Ahora daremos una corta mirada retrospectiva, para apreciar los adelantos obtenidos por los padres Plaza, Carvallo Busquets y Ruiz en las últimas exploraciones, ajustándonos a las sabias reflexiones que en este punto hace Raimondi.

De los documentos consignados se colige, en efecto, primeramente que el río Tambo es navegable en canoa o balsa durante las cuatro estaciones del año: así se deduce, no sólo de las célebres expediciones realizadas por el padre Biedma, sino también de la última ejecutada por el padre Plaza, nada menos que con una flotilla de 66 canoas, sin experimentar desgracia alguna y llegando con toda felicidad al embarcadero de Jesús María.

El señor Raimondi añadía en sus días que causaba verdadero pesar el poco o ningún interés que se había manifestado en el Perú por esta importante ruta para penetrar al río Ucayali, tratándose de uno de los puntos más poblados del Perú, como es la hermosa vega de Jauja y Huancayo.

"Para conocer, dice Raimondi, toda la importancia de esta puerta de entrada al gran valle de Amazonas, basta recordar que desde el año de 1686 el P. Biedma había fundado las poblaciones de Sonomoro y Chavini en la fértil montaña del Pangoa y la de Jesús María en la confluencia del Pangoa con el río Perené; había abierto un camino de herradura hasta este último punto, que era el embarcadero, de donde ya sin el menor obstáculo se podía seguir el viaje por agua al Ucayali".

"Pero lo que no se concibe es que, después de todos los esfuerzos de los padres Plaza, Carvallo y Ruiz para rehabilitar y poner al corriente este importante camino, restableciendo las antiguas y ventajosas poblaciones de Chavini y Jesús María, y después de haberse hecho, hasta 1820, siete viajes por esta misma ruta, sin molestia alguna de parte de los infieles, no se haya tenido el cuidado de mantener abierta tan fácil como interesante comunicación, habiendo quedado ese bello país completamente abandonado, al extremo de perderse hasta la tradición de los sucesos de una época tan reciente, pues hay personas que ponen en duda la navegabilidad del Tambo".

Con las exploraciones reiteradas del padre Girbal, así al Tambo como al llamado *Parobeni* (el Urubamba de hoy), unidas a las de los padres Plaza, Ruiz y Carvallo, quedaron aclaradas las ideas geográficas relativas al sistema fluvial que se desenvuelve en aquella extensa región; punto que se acabó de esclarecer con el atrevido viaje del padre Busquet, resultando que el río que figura en los mapas con los nombres de *Para o Parobeni* es el llamado más arriba *Vilcomayo, Hillcomayo* o el río *Santa Ana*, hoy denominado Urubamba.

"Faltaba, dice Raimondi, coordinar todos los datos que se tenían sobre aquella hermosa comarca, llamada a ser algún día un nuevo emporio de riquezas. El inteligente padre misionero Alonso Carvallo se encargó de este trabajo, re-

dactando en 1816 una interesante memoria, que lleva por título: *Noticia Geográfico — Histórica que manifiesta el Estado de las Misiones de Infieles del río Ucayali, perteneciente al Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa*".

"Si se exceptúan las posiciones geográficas de latitud y longitud, que no merecen mucha confianza, este trabajo es muy precioso por su sencillez y claridad (T. III, págs. 56 y sigts.)."

La descripción a que se refiere Raimondi y de la que hace tanto aprecio, se reduce a una razón sucinta que da el padre Carvallo de los ríos nuevamente explorados por los misioneros y de los cuales se obtuvo más clara y distinta noticia: estos ríos son: el actual Urubamba, explorado por los padres Busquet, Monserrat y Girbal, cuyas aguas hacen venir del Valle de Santa Ana, dándole sin embargo el nombre de Parobeni; el Tambo, que pierde su nombre al juntarse con el Urubamba y cuyo caudal de aguas procede de los ríos Apurimac, Perené y Pangoa; el Apurimac, que se une con el de Jauja o Mantaro que entra a la Montaña por las Misiones de Huanta y por la tierra de Infieles Antis; el Pangoa, que se junta con el Mazamaric y desemboca en el Perené aunque el padre Carvallo aún llama a este río con el nombre de Chanchamayo; Mazamaric, que nace en San Miguel a cinco leguas al Este de Andamarca; el Chanchamayo o Perené, que nace cerca de Tarma y se aproxima al Cerro de la Sal y corre hasta formar el Tambo con los otros afluentes.

Estas noticias, a pesar de su aparente sencillez, en aquella fecha representaban una larga serie de viajes y observaciones, cuyo valor, como decimos, podía apreciar debidamente un hombre experimentado en la materia como don Antonio Raimondi.

El resto de las noticias consignadas por el padre Carvallo van incluídas en el documento que sigue.

# CAPITULO VI

## Descripción geográfica de los pueblos y fundaciones del Ucayali.

## 1818 - 1822

**SUMARIO: 1.—Dos redacciones de un mismo informe. 2.—El calco del padre Leceta. 3.—Sarayacu. 4.—Canchahuaya. 5.—Los Piros. 6.—Los Shipibos: Charasmana del Piequi. 7.—Contamana. 8.—Los sensis de Chunuya.**

1.—El padre Carvallo escribió un *Informe* que manifiesta los progresos de las misiones del río Ucayali. desde el año de 1771, en que se dió principio a su restauración, y el estado en que se hallan, con mapa del verdadero curso de este río, según las observaciones hechas en estos últimos años. Noticia cronológica de la fundación de cada pueblo de estas Misiones, presentada al Secretario de Estado y del Despacho de. Gracia y Justicia de Indias, por el Padre Fray Buenaventura Bestard, en Madrid 21 de Noviembre de 1819. Su autor Fray Pablo Alonso Carvallo, Prefecto y Comis. de Misiones".

Calco y ampliación de este *Informe* del padre Carvallo es la *"Breve Noticia* del Estado de las Misiones de Manoa en la Pampa del Sacramento, sus progresos y adelantamientos, con un discurso cronológico de sus naciones bárbaras, ríos, costumbres y el Estado en que se hallaban el año de 1820. Escrita por el Rvdo. Padre Fray Jerónimo de Leceta, Misionero Apostólico del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa. Quien la dedica al Iltmo. Señor Dr. Dn. Jorge de Benavente, dignísimo Arzobispo de Lima. Colegio de Ocopa, veintidós de Diciembre de 1837.—Fray Jerónimo Leceta (1).

(1) El *Informe* suscrito por el padre Carvallo existe en el archivo de Indias de Sevilla; una copia autorizada del mismo, perteneciente al archivo de San Luis de Shuaro, se encuentra en mi poder para los fines de la presente publicación, y además ha conocido la luz pública en el Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia, t. XII, y en la Revista Histórica de Lima, t. III. La relación del padre Leceta se halla en el archivo arzobispal de Lima.

2.—El *Informe* del padre Carvallo es abreviado y sucinto, como solían ser los que redactaban por aquellos tiempos con destino a la Corte de Madrid; la *Relación* del padre Leceta es ingenua y amenizada con cierto número de circunstancias personales. Toda la parte ampliada se halla en armonía con los antecedentes del autor, que pasó de la condición de lego al estado sacerdotal en edad provecta y siendo por esta causa mediana su cultura. A pesar de esto, en gracia de la amenidad de su relato le daremos preferencia en estas páginas, tomando de ella todo y sólo aquello que hace a nuestro propósito. Es como sigue:

3.—"Después de haberse perdido las Misiones de Manoa y Cerro de la Sal, con las vidas de sesenta y cuatro religiosos que las servían (1), se determinó por el Supremo Gobierno se estableciesen por todos los medios que dictase la prudencia del Colegio de Ocopa las expresadas misiones. Con esto, en el año de mil setecientos noventa y uno, se destinaron once religiosos de probada virtud y celo, que, olvidando lo pasado, por el bien espiritual de aquellas almas sumergidas en el abismo de ofuscadas tinieblas, pasasen a Manoa y explorasen las verdaderas intenciones de aquellos bárbaros; fueron allí bien recibidos y obsequiados, y conocieron podían restablecerse en aquella misión. Con esta favorable noticia se acopiaron las herramientas y demás útiles necesarios, y volviendo los mencionados obreros y habiéndolos recibido los gentiles Setebos y Cunibos con demostraciones de alegría, se dió principio a la restauración y fundación del pueblo de *Sara-Yacu*, que en el mapa se coloca a los 6° y 35 de latitud, 302° y 15 (2) de longitud, en un sitio muy a propósito junto en la quebrada del mismo nombre, distante poco menos de una legua del *Ucayali*. Desde este mismo tiempo comenzaron a agregarse a esas misiones algunos cristianos de las provincias de Mainas, que habían sido sacadas de estos ríos, según el método de conquista o reducción que ellos observaban; de estos cristianos con otros que sucesivamente se fueron agregando, resulta hoy un pueblo muy respetable, que sirve de terror a los mismos infieles, y se sacan para que sirvan

(1) Este número podrá no ser exagerado contando entre las víctimas los cristianos auxiliares de los misioneros.
(2) La medición generalmente va inexacta.

de compañía en los pueblos que se van conquistando, y quedan con ellos los misioneros con otros soldados que la piedad del Estado ha designado para que guarden a los Padres en alguna invasión que quieran los gentiles hacer".

"Los Setebos con seiscientos cuarenta y cinco familias, inclusos con algunos de varias naciones, se han agregado a este pueblo y experimentamos cada día nuevo aumento".

"Ahora pocos años conociendo los padres conversores que los Setebos y Cunibos no tenían buena armonía entre sí y no se avenían a vivir juntos en el expresado pueblo, de común acuerdo de padres resolvieron fundar otro pueblo para éstos dejando a aquéllos solos en Sara-Yacu: pero habiéndose inundado el sitio donde (se hizo) esa primera fundación de Cunibos, se trasladaron al que hoy ocupa con la advocación de *San Antonio de Cancha-huaya,* junto a la quebrada del mismo nombre a los 6° 5 de latitud, 302° y 44 de longitud. Su conversor el Padre Fray Buenaventura Márquez, (1) misionero de fervoroso espíritu y celo apostólico, ha sido flechado muchas veces y milagrosamente escapado, muchas veces entregado a las fieras y botado al río; fué mi compañero y mi maestro".

"Consta su población de trescientas quince familias de Cunibos, treinta y dos matrimonios de cristianos viejos, con su relevo de seis soldados y un cabo. Se descubre en medio de dicho pueblo un cerro bastante elevado, y hay vetas de cobre y plata. A lo lejos al Norte hay una nación de gentiles bastantemente indigesta".

5.—"La nación de los gentiles *Piros* que habita en lo más alto del Ucayali se extiende por los ríos *Paru, Yami o Yanatiri, Tambo* y *Cuja*, a la distancia de más de cuatrocientas leguas. Luego que tuvieron noticia de las nuevas fundaciones vinieron muchos a ver a los misioneros, a quienes pusieron (asechanzas) juzgando los matasen, pero los Cunibos observaron venían de paz, aunque los infieles se armaron en el río con fuertes parapetos; llegando a las dichas misiones preguntaron con ansia en dónde estaba el Padre, y viéndolo le pidieron les diese herramientas, que éste es el

(1) El apellido de este ilustre misionero aparece en dos formas, Márquez y Marqués.

primer saludo que hacen, y eso con imperio, y cuidado que no se les dé. Ellos le dijeron, nosotros no venimos a matarte, como lo han hecho los Cunibos con tus compañeros, nosotros te defenderemos, pues venimos con cuatrocientos hombres armados y queremos que nos hagas (cristianos) para vivir contigo, pues nuestros padres y abuelos os querían mucho: ¿quién no creyera a primera vista a éstos que vienen con piel de oveja, si la experiencia no nos dictara que son lobos feroces y crueles, pues a pocos días, o meses, o un año, hacen su conciliábulo para matarnos? Por fin, por esta vez, ellos



**Grupo de Piros**

obsequiaron al padre con cosas muy preciosas, como en recompensa de las que ellos recibían de su mano, con algunos tejillos de oro y plata que traían por adorno pendientes de las narices, orejas y labios, cuyo uso es general en todos estos habitantes; cristianos y soldados ansiosos de ver el oro y plata, preguntaban por intérpretes adónde había de aquel metal, y respondían que en sus tierras".

"Al año inmediato bajó otro convoy de *Piros*, muy respetable, y se establecieron en el *Ucayali*, y se les mandó un

misionero para que los asistiesen y observasen las máximas de su venida, por si viese rastro y disposición de quererse reducir por medio de la predicación y persuasiva, mas no tuvo efecto por cuanto se enfermaron con la variedad del clima y se fueron diciendo que los Padres los habían embrujado, y que iban a consultar con los de su nación para matarlos. Por esto y otras ridiculeces que el demonio les sugiere han dado la muerte a muchos misioneros; no por esto aterró a los operarios del Evangelio, sino que revestidos de más fervor y celo, y viendo que a tropel venían más *Piros* gentiles, se dió principio a fundarles un pueblo que hoy existe con la advocación de *Nuestra Señora del Pilar de Bepuano* (1809), a los 6° 55 de latitud, 302° y 18 de longitud, entre el *Ucayali* y una gran laguna que fué antiguamente cauce del mismo río. Consta de trescientas sesenta y cinco familias de *Piros* y treinta y dos matrimonios de cristianos *Panos*, con su padre misionero, con su respectivo relevo de seis soldados y un cabo".

6.—"Los Shipibos gentiles se extienden por el río *Pisqui* y *Aguaytia:* eran enemigos irreconciliables de los Setebos y Cunibos, pero los padres conversores consiguieron amistarlos con su mucha paciencia y sagacidad; se fundó el pueblo de los celosos misioneros Fray José Barca y Fray Tomás Alcántara y hoy existe con el nombre de *San Luis de Charasmaná* (1813), a los 8° 18 de latitud, 302° y 2 de longitud, a los cuatro días de subida por dicho río desde su confluencia con el Ucayali. Consta su población de trescientas familias de Shipibos y once matrimonios de cristianos".

"En este pueblo estuve yo cuatro años y meses (1) de conversor trabajando en la viña del Señor con infatigables tribulaciones, recorrí todo su continente hasta las inmediaciones del gran *Pachitea*, bauticé a muchos tanto párvulos como adultos, entre ellos al curaca principal de la nación Shipiba; en la visita que hice recorriendo los bosques del interior del monte, adonde de común tienen sus rancherías, y también en las márgenes del río Ucayali, les persuadí a todos los gentiles (después de proponerles las verdades de Nuestra sa-

(1) Y así aparece en los libros parroquiales correspondientes a Charasmaná que se guardan en Contamana, en los cuales se ve la firma del padre Leceta.

grada Religión) que se reuniesen a su pueblo con sus paisanos que estaban allá y tendrían todo lo necesario para el sustento temporal. En efecto, a mi regreso para el pueblo, traje un convoy de Shipibos gentiles, como de más trescientas personas de todo sexo, y estando yo gozoso de esta nueva mies, y como ovejas errantes unidas al aprisco con su pastor, aconteció que, o ya fuese la novedad del nuevo clima o que el común enemigo de nuestras almas se valiese de alguna de sus astucias diabólicas para impedir la reducción de aquellas infelices almas, les entró una epidemia de calenturas malignas que se morían en pocos días de cinco y seis personas; en este funesto acontecimiento y dolor que me acompañaba, no tenía otro asilo que dirigir mis preces al Señor, se dignase aplacar aquella tempestad, y reuniendo a los pocon cristianos que tenía hice rogativa sacando al patrón del pueblo y una imagen de la Madre de Dios; nada más podía hacer por ser únicamente un mero corista confitado sin ninguna otra representación. En esto el reyezuelo o curaca, que estaba en el pueblo, y los mayores me dijeron era conveniente se volviesen a su pueblo y rancherías dándoles algunas herramientas, y de no hacerlo así se temía algún tumulto que ya empezaba a oírse y peligraba mi vida; así lo hice despidiéndolos con harto dolor mío".

"Son estos infieles blancos y rubios a la manera de nosotros, de carácter afable, su pelo rubio es áspero y por ser extraodinario de los demás los llaman diablos y brujos: son temidos de los Setebos y Cunibos por lo que los miran con respeto, por ser nación grande y valerosa. Dominan y navegan el Ucayali con potestad, trajinando con su comercio y mucha sal que tienen en su tierra. Se les ha visto oro y plata sacado o robado a los Setebos o Casibos".

"Considerando yo la mucha distancia en que está esta población con las naciones del centro del continente, y en cualquiera invasión que intentasen los Shipibos infieles contra mí y juntamente la nación de los casibos que estaba inmediana con ésta, que son muy feroces y antropófagos, parecióme conveniente fundar otro pueblo de Shipibos en la boca del dicho río a la confluencia del Ucayali, y comunicando este mi nuevo plan al Comisario Prefecto de Misiones el R. P. Fray Manuel Plaza residente en Sara-yacu, el que desde

luego lo aprobó, pero con respecto a que a la sazón se estaban tratando otros nuevos proyectos de vasta entidad, no tuvo efecto hasta la conclusión de todos sus negocios".

7.—"No obstante habilitó otro pueblo de Cunibos que sirviese como de escala y seguridad a los conversores, que hoy existe, con advocación de *San Buenaventura de Cuntamaná.* (1811) a los 7° y 13 de latitud, 306° y 9 de longitud en el mismo río Ucayali: consta de once matrimonios de cristianos y quinientas cincuenta y seis familias de Cunibos. En este pueblo estuve de misionero conversor; esta nación es muy numerosa, sumamente indigestos (sic) en su trato, muy valientes guerreros que atemorizan a muchas naciones del Ucayali y son cuasi dueños de él".

8.—"En el año 1800 pacificó el Comisario Prefecto de todas las misiones, Fray Manuel Plaza, misionero de grande y elevado espíritu, y a quien se le deben los adelantamientos de todas las misiones por sus grandes conocimientos y la mucha versación y aplauso que tiene con los infieles y cristianos, le ha hecho muy meritorio al Colegio y recomendable a sus grandes distinguidos méritos condecorándole como Comisario, Prefecto y Reformador de todas las misiones. Este conquistó la nación de los Sensis, que divididos en tres parcialidades, Ynubu, Runubú y Cascas, comprendían en número más de tres mil almas, pero en las epidemias que padecieron quedaron reducidos a poco menos de la mitad. Estos se hallan ya reunidos, a excepción de los del partido de Runubú, que asustados de tanta mortandad se mantienen en la frondosidad de los montes y salen pocas veces a visitarlos, aunque poco a poco van perdiendo el miedo y no tardarán en reunirse en el pueblo de *Chunuya* (1800), a los 6° y 3 de latitud, 302° y 53 de longitud. El sitio de esta reducción es de los mejores del Ucayali, muy fértil y mucha canela fragante y un picante activo, aunque sus canutos o ramos (son) toscos; para llegar a él se sube el caño de Sahuaya, se atraviesa una laguna como de una legua de maleza y luego sube por la quebrada Chunuya, o se va por tierra, gastando en todo esto un día desde Sara-Yacu en tiempo de creciente y algo más cuando el río está bajo. Este pueblo es muy reciente y ha experimentado tantos reveses respecto de la mortandad, que no se ha podido organizar a

nuestra entera satisfacción, hasta el próximo año venidero, que entonces se contribuirá a la civilización e instrucción de sus naturales; esta nación está totalmente desnuda y en el recato y pundonor con que deben de andar se ha trabajado mucho, y no obstante todo nuestro celo se venían a nosotros desnudos ambos sexos".

---

## CAPITULO VII

### 1791 - 1820

### Prosigue la narración del padre Leceta.

**SUMARIO: 1.—Lima—Rosa de los Piros. 2.—Apertura del camino y otros sucesos en la región del Pangoa: muerte del padre Ruiz. 3.—Los Mayorunas. 4.—Los Capanahuas. 5.—Los Remos. 6.—Los Amahuacas. 7.—Hotentotes o Puinahuas. 8.—Cashibos. 9.—Shipibos. 10—Piros. 11.—Campas.**

1.—"Conociendo el Colegio de Ocopa lo demasiado dilatada que se hallaba la nación gentílica de los Piros del centro de nuestras misiones, y que era muy útil y ventajoso para facilitar otros nuevos proyectos formarles un pueblo en las inmediaciones de los ríos Paru, Yanatiri, Tambo y Cuja, y para el efecto se le comisionó al expresado Comisario Prefecto Fray Manuel Plaza, el que subiendo el Ucayali hasta los expresados puntos, gastando en esta navegación dos meses, fundó el pueblo que hoy existe con la advocación de *Lima-Rosa* (1815) á los 10° y 30 de latitud, 303° y 40 de longitud, cerca del famoso Ucayali".

2.—"El Colegio de Ocopa, con acuerdo del Supremo Gobierno, vió que era preciso para sostener esta misión y aproximarlos a las misiones del Gran Pajonal, cerro de la Sal y Sonomoro, se hiciese la apertura por la vía de Andamarca (anexo de Comas e inmediato al Colegio) y distante de Jesús María once leguas (punto en donde fuimos flechados y hablaré en su lugar), y hacerse la entrada de los misioneros por aquí, y para más seguridad se formó un fuerte para terror de los gentiles, que está inmediato sobre las ruinas de la antigua misión de Chavín, a los 11° 40 de latitud, 302° y 24 de longitud, en cuyo establecimiento se

ha trabajado sin perder instante ni fatiga con dieciséis mil pesos de gastos".

"Facilitando todo el Guardián de Ocopa Fray Pablo Alonso Carvallo, el año mil ochocientos quince mandó al Padre Fray Diego Ruiz emprendiese el viaje desde los hospicios de Andamarca para la Apuriema hasta el de Jesús María, en donde están establecidos en todo su continente los Campas gentiles, hasta el Tambo o *Mazamerí,* observase las máximas de estos bárbaros y avisase todo lo que ocurriese. En efecto bajó con un donado y catorce soldados en las balsas, hasta llegar a la comunicación con los expresados Campas, quienes recibieron a los huéspedes con singular alegría (y después lo flecharon). El Padre bautizó a algunos y los obsequió con herramientas, con lo que quedaron todos gustosos. De aquí bajó dicho Padre Ruiz hasta *Lima-Rosa,* que lo recibieron los Piros muy gozosos y como admirados no lo hubiesen muerto; en este pueblo estuvo de mansión quince días, después de los cuales se despidió de ellos y dejándoles al donado para que los asistiese, emprendió su regreso de subida por el río hasta el sitio de los amigos Campas, que gustosos y contentos lo volvieron a recibir; asegurando el Padre Ruiz de que estos prófugos Campas del cerro de la Sal estaban ya bien dispuestos y de buena fe, se regresó al Colegio a dar parte a su prelado de las últimas nuevas y acogida que le hicieron los Campas; al Colegio le pareció no perder tiempo que se le presentaba de reducirlos a la fe católica, y extender la palabra del Evangelio hasta el Cerro de la Sal".

"Descansando como un mes en su Colegio de las fatigas que le ocasionó el cansancio de su expedición, le dió orden el Prelado, que proveído suficientemente de herramientas se volviese a los Campas, de aquí a Lima-Rosa, y de este punto hasta Manoa, centro de nuestras misiones, y tratase con el expresado Comisario de misiones el plan y comunicación de fundar un pueblo en Jesús María, y para esta empresa ardua confería comisión al R. P. Fray José Barco y Fray Jerónimo de Leceta (que era yo), previo su consentimiento como Superior en este negocio y Prelado. El Comisario Padre Plaza, como experto en estos negocios y águila veloz y penetrante, no llevó a bien este negocio, aunque loable, sin que precediesen otras disposiciones de más maduro acuerdo, y conociendo

la intrepidez y viveza tanto del súbdito como del Prelado de Ocopa, el Comisario Padre Plaza confirmó el parecer del guardián por una mera condescendencia".

"Surcamos de Manoa para Lima-Rosa todos tres operarios, cada uno en su canoa con nuestro respectivo relevo de seis soldados y un cabo, con doce hombres de tripulación, y convoyados llegamos a los dos meses y tres días al expresado Lima-Rosa con bastantes trabajos. En éste les propusimos a los amigos Piros la expedición que íbamos a emprender, también lo llevaron a mal, asegurándonos que nos iban a flechar, que lo sabían a punto fijo; esta conferencia la tenían los gentiles Piros con mi compañero el Padre Barco, que era muy eximio en la lengua de ellos, y le pareció como preciso consultar todo este tan importante caso con el Padre Ruiz; éste probaba con razones a su parecer convincentes, que los Campas no estaban de mala fe por lo que había sucedido, y que no creía el dictamen de los Piros, y viendo el expresado Padre Ruiz que en un todo éramos opuestos a emprender la expedición contraviniendo a lo dispuesto por los superiores, dijo que el iría solo. Al fin nos resolvimos a ir y reconciliándonos todos, y comulgando juntamente los cristianos, nos hicimos a la vela con ochenta gentiles Piros, y llegando ya a los Campas nos aseguraron los Piros otra vez que estaban los enemigos con insignias de guerra, pero el Padre Ruiz poco experto, aunque los veía nunca llegó a creer, y al Padre Barco le dijo que no lo desamparase por lo que pudiese acontecer, y que con su canoa y la mía les siguiésemos el rumbo yendo unidos tras del, y mandó virar al timonel, rápidamente se aproximó a la margen del río adonde los enemigos nos esperaban para devorarnos, y en un momento fué flechado el compañero Padre Ruiz, los dos timoneles, cinco heridos, quedando nosotros salvos, y ellos se huyeron al monte. No me detengo en expresar todas sus circunstancias por menor por no abultar este discurso.

3.—"Las naciones esparcidas por el río Ucayali de que tenemos noticia cierta son los *Mayorunas*, que ocupan el ángulo que forma el Ucayali. Es nación muy numerosa y merece con propiedad el nombre de nación, porque habla un dialecto enteramente distinto de los demás; parece gente dócil e industriosa, por lo que se ha observado en varios de esta

nación no ser difícil reducirlos a punto de religión. Confinan desde Sara - Yacu al Sur".

4.—"Los *Capanahuas o Busquipanes*, a cuya reducción se dió principio el año de 1817, con poco o ningún fruto por la epidemia que les acometió luego que sacamos algunos a nuestras misiones, se atemorizaron y se volvieron a sus rancherías. Andan totalmente desnudos sin diferencia de sexo, y por una especie de piedad comen a sus parientes, ahumados o asados como hacen con las demás carnes del monte, y esto para ellos es una comida agradable, y la sangre la beben como nosotros el vino".

"Están divididos en diferentes parcialidades y hablan un idioma que entienden los que hablan la lengua Pana; dan noticia de una nación muy numerosa que vive reunida en pueblos grandes a orillas de otro gran río como el Ucayali, que corre Norte Sur al Oriente de su país; se presume que éstos sean algunos establecimientos portugueses por el Marañón. También avisan de otra nación vecina que los hostiliza para robarles sus mujeres".

5.—"Los *Remos:* éstos se extienden desde los cerros de *Canchahuaya* hasta *Abuján*, parece nación crecida y valerosa, habla un dialecto poco diferente de los Sensis a quienes son parecidos, y viven en lo interior del monte y rara vez salen al Ucayali por miedo de los Cunibos. Estos les dieron asaltos para robarles niños y mujeres, y después de muchos sangrientos asaltos nada pudieron sacar sino funestos acontecimientos y pérdidas de gente.

6.—"Los *Amahuacas:* éstos ocupan todo el país entre los dos grandes ríos *Cuja* y *Uyacali* y los colaterales *Tamaya* y *Shipiria;* los Piros y Cunibos cautivan muchos destos, y por las noticias que nos dan y lo que se ha observado en algunos de ellos, inferimos que son dóciles, alegres y de fácil reducción pues no se advierte en ellos aquella estupidez que es tan característica en todos los individuos destas montañas. Todas las naciones dichas pueblan la ribera derecha del Ucayali, la izquierda habitan las siguientes".

7.—"Los *Hotentotes* ó *Puynaguas*, de quienes no se tenía la menor noticia, se les han puesto estos nombres por cuanto no se ha podido averiguar a qué nación o tribu pertenezcan, ni cuál sea el nombre que los distinga de los demás.

Por sucios y asquerosos se les han comparado a los Hotentotes de Africa, y los Panos los llamaron *Puynaguas,* que es una expresión indecente: su natural postura es estar echados, las manos cruzadas como usan las comunidades en sus capítulos, su vestido es sumamente ridículo, vestidos de medio cuerpo abajo de piel de animales, guirnalda en la cabeza o turbante, poco o nada hablan y de genio indigesto (sic), y parecen hechos de mármol y unos entes. Sus mujeres son muy humildes y medio recostadas sobre sus rodillas como demostración de saber la voluntad de sus maridos; jamás estando con nosotros procuraban ir a la pesca ni caza, siendo en ellos muy propenso este ejercicio, no pedían ni solicitaban la comida ni la recibían de otro alguno que no fuese de nosotros, su agradecimiento era dar palmadas y alguna demostración con la cabeza, y las mujeres una especie de besamanos".

8.—"Los *Casibos:* nación bárbara, cruel y el terror de todas estas naciones, están esparcidos por el cerro y el río *Pachitea, Shipiria,* y *Aguaytía,* llegan hasta las playas de nuestro Ucayali, como yo los he visto cuando bajé de Lima-Rosa; no pierden ocasión de hacer daño a cuantos por sus inmediaciones transitan; son incapaces de reducción, según nos parece, pues sabiendo ellos que yo estaba en Pisqui muy inmediato a ellos, jamás vinieron por herramientas. Yo quise hacer una expedición a ellos y los Shipibos me contuvieron, diciendo que me matarían, como lo hicieron muchas veces con los Padres. Por fortuna no usan de canoa ni otra alguna embarcación, y así no pueden hacer daño sino a corta distancia; está averiguado y nos consta con verdad que son antropófagos, motivo que los hará siempre irreductibles, no siendo a la fuerza. Usan éstos la circuncisión de los chiquitos a un mes de nacidos, con cuchillo de piedra".

9.—"Los *Shipibos* se extienden por el Pisqui desde la reducción de Charasmaná hasta sus cabeceras; hasta estos últimos años vivían muchos desta nación por las riberas de Aguaytia y a las espaldas de Cuxiabatay, nación de los Setebos y otra nación no distante la que hasta ahora no se ha descubierto, y continuamente se hallan perseguidos los Shipibos de los Casibos.

Los *Casibos:* éstos ocupan el resto del Ucayali desde dicho *Canchahuaya* hasta *Parucaucha* en los puntos que se señala en el mapa. Son útiles en el tránsito del río porque socorren a los pasajeros con lo necesario, se han familiarizado con los cristianos y con los que viven desde el Pachitea arriba, que antes de esta época nadie se atrevía a bajar a las misiones; son serios, formales en su carácter y hablan la lengua Pana".

10.—"Los *Piros:* se extienden hasta el *Paru, Yumi* o *Yanatiri,* hasta donde deja de ser navegable, pero los más viven por las riberas del *Curario* que ahora se conoce solamente por las noticias que ellos nos dan, que se presume sea el *Paucartambo* o el *Beni,* o acaso uno y otro, o el mismo que en los establecimientos portugueses llaman Yavarí; este mismo río, según una relación que nos han hecho los Cunibos, tiene comunicación con el Ucayali por el caño o río *Tamaya*".

11.—"Los *Campas, Andes* o *Antis,* se extienden desde las fronteras del Cuzco hasta las de Tarma, divididos en muchas parcialidades o tribus; es nación muy numerosa y llave maestra que encierra el dominio y facilidad del tránsito para todos los demás puntos de la montaña. Estas son las de las riberas del río *Perené* y *Euene,* son sus nombres *Quimire, Nixandaris, Cerro* de la *Sal, Sonomoro, Pichaña, San Tadeo de los Andes* y el *Gran Pajonal.....*".

---

## CAPITULO VIII

### Prosigue la narración del padre Leceta

### 1791 - 1820

**SUMARIO: 1.—Progresos de las misiones. 2.—Estado de la Religión. 3.—Nuevo plan de conquista. 4.—Esclavos. 5.—Matrimonios. 6.—Comercio. 7.—Ritos y costumbres. 8.—Enfermedades y exequias.**

1.—"Si se tiene presente el estado en que se hallaba el Ucayali en sus principios, y se compara con el estado actual que indica la relación que antecede, se conocerá fácilmente los adelantamientos de su conquista: se han pacificado seis

naciones de *Setebos, Cunibos, Shipibos, Sensis, Piros, Chunuyas,* que hasta ahora se conservan en buena armonía con nosotros, y aun entre éstos se han bautizado innumerables, cuya mayor parte muriendo en el estado de la inocencia consiguieron su salvación, y los adultos aunque por lo común perseveran en su barbarie, por lo tocante a la religión siempre se distinguen entre los protervos de su nación de tener otros sentimientos de trato, política y civilización; tenemos la satisfacción y de que no poco nos gloriamos, que a la hora de la muerte nos piden el bautismo y dan muestras manifiestas del conocimiento del verdadero Dios, como expondré lo que me sucedió con un gentil Shipibo que tenía en mi pueblo. Al regreso a mi pueblo viniendo de Sara - Yacu y entrando por mi pueblo pregunté al capitán cristiano que le había encargado el cuidado, qué novedad había: me dijo, el curaca: su amigo está enfermo de bastante gravedad. Me dirigí en el instante a verlo y le dije: pues, ¿qué trabajos son ésos? Y me contestó: me muero, bautízame para que me vaya al Cielo. Me afligí de verlo en tan infeliz estado y le dije: ¿Es posible que en un tan apurado estado me pidas el Bautismo? ¿tú sabes la gran disposición que se requiere para recibirlo dignamente? ¿No me has visto a mí y a mis compañeros exhortaros para que lo recibieseis en las playas y bosques, haciendo frutos dignos de penitencia? Cierto es, me dijo: yo soy uno de los mayores de la nación, y se nos está prohibido nos bauticemos so pena de morir flechados, y así bautízame: mira que yo he fundado este pueblo con mi gente estando el papa Barco. Me contestó con sus reflexiones y le dije que sí lo haría; y preparándolo unos tres días lo bauticé, y murió a los siete".

"Tenemos también la ventaja ahora de tener abierto el paso para emprender la reducción de todos sus infieles por estos vastos países para todos los puntos que queramos dirigirnos y trabajar en el cultivo de las naciones cuando las circunstancias exijan, contemporizando con los infieles en todos sus caprichos. El sistema que se ha obsevado ahora, lo que antes no se podía, ha sido el más activo y vigoroso cortando de raíz la demasiada libertad de que abusaban los gentiles, dejándola en los términos que prescribe la razón. Sin embargo, yo conozco que si los misioneros pudiésemos presentarnos

a la vista de estos infieles de un modo que sin dejar el agasajo que los debe hacer siempre amables, estuviésemos apoyados en una fuerza disimulada, que nos hiciese al mismo tiempo respetables, podríamos valernos de aquellos arbitrios que la oratoria cristiana permite a los ministros del Evangelio para aterrar a aquellos oyentes indóciles a quienes mueve más la conminación que la persuasiva. Cuando a estos infieles se les habla de los artículos de nuestra religión con la suavidad y dulzura que se acostumbra lo escuchan como una fábula graciosa y dicen que somos brujos, hijos del diablo y que estamos llenos de chicha; y qué tal impresión hará en nosotros estos dicterios, y por quién nos sacrificamos, etc".

2.—"Desde el año de mil setecientos noventa y uno en que se dió principio a la reconquista de Manoa, hasta el ochocientos veinte, se han bautizado innumerables, tanto adultos como párvulos, resultando de estos muchos cristianos nuevos, pero criados muchos de ellos en la barbarie por quedarse en la patria potestad, sin otra noticia de los misterios de la fe y conocimiento de la religión que el muy confuso, el que se les puede pegar con la comunicación de los misioneros y cristianos viejos; los infieles neófitos que están avecindados en las misiones tienen alguna mayor instrucción por el trato más continuo con los misioneros, pero como ellos no quieren parar en los pueblos de su residencia, poco aprovecha el celo por mañana y tarde con que se les llama a la doctrina a golpe de campana, y para cebarlos más a este piadoso ejercicio se les reparte a los muchachos y muchachas sus cascabeles, agujas, anzuelitos, chaquiras y otras especies, y con este cebo e industrias vienen también sus padres y otros que no lo son: también se adelantan los muchachos que los infieles voluntariamente los ofrecen a los padres y otros que se rescatan a sus padres fácilmente se amoldan a nuestras costumbres y hablan después nuestro idioma sirviéndonos de intérpretes con los de su nación.

3.—"Es indudable que los adelantamientos de las misiones han sido ventajosos como he demostrado arriba en mi discurso, pero si se va a observar que cien años que llevan en su conquista, los innumerables trabajos y fatigas que han padecido los misioneros, lo expuestos que están a que los maten los infieles, como se ha visto en tan crecido

número que han muerto, con harto dolor y sentimiento de cuantos lo han oído; los gastos tan exorbitantes que se han ocasionado y que de necesidad imperiosamente se exijan, con otras ocurrencias todas de mucho gravamen y peso, he formado el nuevo plan de reducción para su conquista previo el dictamen de su señoría Iltma., en su más altos conocimientos y consideraciones, y es que en consideración de tener ya las misiones en tan feliz estado, el mucho trato, comunicación y familiaridad con los gentiles, la facilidad de hacer y deshacer con ellos a nuestra entera satisfacción y llevarlos de una a otra parte pueden sacarse cien gentiles o más hasta la capital de Lima tomando su señoría Iltma. a su cargo la mitad de ellos y la otra mitad a cargo del Supremo Gobierno, y todos de uno en uno distribuirlos a aquellos sujetos de la mayor condecoración; éstos procurarían darles el trato y alimento igual que ellos, sin permitir los dediquen en servicio ninguno particular, mas antes con el mayor agasajo y cariño, como sujetos de quienes esperamos harán feliz y prosperar a toda la América; procurarán instruirlos en sus casas por medio de un maestro que les enseñe a leer, escribir y contar, y juntamente doctrinarlos por el tiempo de año y medio, nada más. Después se remitirán éstos a las misiones para que se vean como en espejo en ellos sus parientes, amigos, con todos los de su nación y otras tribus; referirán todo lo grande que han visto y suntuosidad de edificios, casas, etc., y dirán aquello sí es vivir y no la miseria y trabajos que padecemos en nuestras tierras, metidos entre los bosques como feroces animales; esto precisamente los estimulará a todos, y se harán sociables, y civilizados como nosotros. Conseguido esto y dejando aquéllos en su país, se sacarán otros de igual número, y veremos en seis o siete años conseguir la conquista de todas sus colonias".

4.—"Los *Esclavos*, de que voy a hablar, en este mi informe, y de qué sean es preciso advertir, que todas las naciones, que no han sido pacificadas hasta ahora, tienen continua guerra, con aquellas que están más inmediatas y aun las ya pacificadas, practican lo mismo con los que viven en lo interior del monte, sin que los Misioneros hayan podido disuadirles de esta clase de crueldad".

"Se ha observado en estos países, son más con notable exceso los hombres que las mujeres..... a esto se agrega la poligamia tan autorizada en estos salvajes".

"Luego que entran por algún camino éstos, o ven vestigios de gente por el monte los asaltan, y se ven precisados a hostilizar a los vecinos de noche; entran a las casas, matan a los viejos y aseguran las mujeres y niños y se reparten después cada cual desta presa; éstos son los que llamamos *esclavos*, y los que se toman en la guerra, destos nos venden los varones siendo chicos por un hacha, machete y cuatro cuchillos, con agujas y anzuelitos, y también venden a sus propios hijos".

5.—"En orden a sus matrimonios, es un contrato natural que hacen los contrayentes: *te quiero, me quieres;* y esto lo hacen aun cuando tengan una o dos más, que esto para ellos es materia parva...."

6.—"Son estos gentiles muy industriosos y grandes *comerciantes*, pero toda su factura, negociación o cargamento no ascenderá entre nosotros a una docena de pesos, no porque se carezca de efectos de mucho valor, riqueza y muchísimo mérito, que entre nosotros valieran muchos miles, sino que ellos no apetecen ni el oro ni la plata, ni aspiran a más grandeza en este mundo sino chaquiras, y ya son hombres ricos y de estimación entre los suyos. Por adquirir estas cosas andan medio mundo, vendiendo canoas, tejidos, flechas con sus arcos, aves, medicinas, bálsamos, cera, cacao, resinas, etc.; los Piros son muy gitanos para estas negociaciones, pues saben dar gato por liebre y los engañan muy bien a los Cunibos y a otras naciones".

7.—"*Costumbres y ritos de los gentiles:* el continuo ejercicio de los gentiles es la pesca, la caza, las flechas, arco, canoas, y sus tejidos de algodón bordados. Tienen sus guerras continuas con aquellas naciones que son sus enemigas; son muy diestros en hacer los arcos y flechas con una idea de extremada curiosidad, son largas, de vara y tercia, de caña muy fina y una tercia hasta la extremidad de palo de chonta, que éste es muy sólido, todo lleno de lengüetas cortantes por ambos lados, y en la punta o extremidad de acero o piedra cortante, y en otro extremo de arriba una hermosa pluma para romper el viento y su dirección; cuando sale del arco es

muy veloz y tiene de alcance poco menos de un tiro de bala, algunas naciones las envenenan, pero son muy pocas, y esto lo hacen por lo común en las guerras".

"Sus casas las tienen adornadas de flechas, arcos y macanas que parecen sala de armas: la macana es la figura de una espada con dos filos muy cortantes, es de palo de chonta, y a la manera de un bastón se pasean con ella, y cuando las circunstancias que exigen tiran un tajo y dividen la cabeza o parte de un hombre. Usan de otra diabólica arma para despedazar la cara; viven en sus casas de doscientos y más juntos todos de una misma tribu, todos parientes, y a las márgenes del río Ucayali, cosa que pueden observar quien sube y baja por él, o si vienen de mala o buena fe para batirse con ellos, por lo que tienen a la mano sus canoas en sus astilleros".

"En sus casas son grandes, aunque de poco o ningún adorno, y están situadas a los cuatro vientos rodeadas de hamacas preciosas, y tienen como trofeo los huesos, calaveras y cenizas de sus parientes, amigos y otros personajes que se han distinguido entre los de su nación, y fueron valientes guerreros, y cuando se hallan afligidos o emprenden alguna expedición, toman sus cenizas y las echan en las viandas para que se les infunda valor, y también lo hacen en sus fiestas mezclándolo con la chicha. Están adornadas de un ejército de animales y aves, unos monstruosos, y otros, como las aves, preciosas: y tienen particular arte y maña de domesticar a toda clase de animales aunque sean feroces por naturaleza.... Son muy dados a la bebida y son peligrosos y temibles y de ordinario amenazan a los Padres los han de matar por brujos, y de hecho por sólo sus embriagueces los han flechado, y otras veces dicen que los quieren mucho, y los defenderán de los Cunibos, que éstos tienen por vicio el matarnos".

"Tienen determinadas funciones en los días de cumpleaños y en celebridad de algún personaje, y forman sus bailes y no se nota en ellos ninguna desenvoltura, mas antes son serios en estos y maniobran honestamente: su música y canto es muy lúgubre, sus instrumentos de altos y bajos son sonajas, timbales, bajones y la lupuna, todos los cuales están compuestos con idea, hechos de materiales del país, sus voces más

infunden exequias de muerto que diversión, y la letra que precede al baile es compuesta de aves y animales. Las mujeres en la compostura de su adorno es un traje para nosotros lo más ridículo, sus caras, piernas, brazos, pechos, todo pintado de colores, y guirnalda en la cabeza que parecen unas fantasmas, en esta postura sale al teatro y en la compostura de sus giros a compás poco o nada se fatiga a causa de la lentitud con que anda, pues hasta finalizar el baile, que durará lo de una contradanza entre nosotros, andará dos varas; los hombres se presentan con más aire y bizarría, son serios y respetables, sus adornos el arco y flecha, turbante en la cabeza ricamente (recamado) de flores y una como lanza en la mano, éste hace bastante ejercicio, y en fin acaban la función con un gran sainete: salen dos hombres con sus capuchas en la cabeza, su cusma y macana, hacen callar la música, y todo en gran silencio, lo rompe uno de éstos y habla a gritos como un predicador y en su discurso que hace a los que están presentes se reduce a gritar haciendo ademán con piernas, cabeza y manos como que quiere embestir a todos y se calla: entra su compañero y se reduce a lo mismo. Veamos ahora el significado de esto, y es referir lo valiente que ha sido en la guerra, lo mucho que ha pescado y otras boberías, y se acaba la función con grande algazara celebrando lo bien que lo han hecho, y empiezan a beber".

"Son verdaderamente antropófagos y algunas naciones andan totalmente desnudas; tienen algunos ritos mosaicos, pues usan la circuncisión y sus exequias las hacen como los Judíos y comen echados y recostados unos sobre otros, no comen animales inmundos, no se acercan a sus mujeres cuando están (de mes) ni éstas hacen ni tocan nada, sino están acostadas o sentadas, y les sirven la comida: amarran a sus difuntos las manos y los pies. A los chiquillos luego de esta operación que les hacen con cuchillo de piedra, les ponen en un dedo chico la flecha y en el otro una canoita chiquita para manifestar en esto la destreza con que las ha de manejar siendo grandes, y conforme va creciendo él le van agrandando".

"Son muy propensos a bañarse, pues todo el día están en el río, de donde les proviene estar siempre con tumores llenos de pudre. No se nota en ellos que tengan idolatría al-

guna, y solamente hacen una veneración al fuego, los huesos que tienen en sus casas y los llaman para que los saquen de algún peligro; asistiendo yo a un enfermo Cunibo en Cuntamana que estaba a mi cargo, vi una grande hoguera pegada a su cama y estaba desde su lecho muy reclinado, cosa que el fuego sólo era bastante para matarlo, y con mi compañía del relevo de mi tropa que eran siete hombres procuré quitar todo aquel aparato, y se me opuso toda la gente de la casa sin bastar mis razones y me dijeron: déjalo que está rezando, no lo turbes; yo instaba haber si lo podía reducir a que se bautizase, porque lo veía muy malo, el enfermo conmigo muy indigesto (sic); me salí y al otro día murió sin Bautismo".

"Las mujeres que se ven próximas al parto salen precipitadas al río con otras sus camaradas, y acabando de parir se purifican muy bien con bebidas y se fortifican con caldo de tortuga y mono, observan su madre y parteras, si es bonito o no, o si está con alguna monstrusidad el infante, que en este caso lo botan al río y quedan tan serenos; si no tiene alguna deformidad se van a casa, y hasta que la madre tenga leche lo alimenta otra".

"El veneno que por providencia de Dios no lo usan para darlo a nadie aunque lo usan para las flechas, expondré el modo con que lo hacen: cuando carecen del se reune toda la tribu y nación y hacen grandes comidorras y bebidas, y juntando los ingredientes que son unas yerbas, preparan una casa abandonada y nombran a dos mujeres ancianas con todos los parapetos de ollas grandes; todos les hacen las exequias como que van a morir en honor del veneno, lloran y se lamentan sobre las infelices mujeres, las que están tan contentas y gozosas, no obstante saber de cierto que van a morir, todos las abrazan y se despiden, y cerrándolas y tapiando todas las puertas ponen el aposento como un calabozo; emprenden las dos laboriosas viejas en dar fuego a las ollas, e hirviendo tarde y noche con el bao que exhalan las ollas, quedan muertas tendidas en el suelo, y aseguran dichos gentiles que muchas veces las han encontrado en huesos y cenizas. Por la mañana llega la turba y abriendo con furia todas las puertas ven aquellos espectáculos y con mil ceremonias diabólicas las entierran en el mismo sitio donde murieron, y luego se reparten el veneno entre todos los de la nación".

8.—"Son sus enfermedades por lo común, la caracha, tumores, evacuaciones y calenturas malignas, y estos accidentes no son muy prolongados, pues les duran de once a veinte días, con lo que acaban sus días; se experimenta en ellos mediante su enfermedad, no aquellos sentimientos naturales de todo enfermo, pues ni se quejan ni se afligen, por nada de este mundo, hablan muy poco, y en un todo son muy raros. Tienen por lo común todas estas naciones sus médicos y gustan sus parientes y enfermos que los llaman; éstos a la verdad son gente ociosa y unos bárbaros bufones con que los engañan con sus embustes: llegan éstos y reconociendo al enfermo lo primero que dicen es que lo han embrujado y que está de mucha gravedad, y para decir esto hace muchos visages con la cara poniendo la vista en el enfermo y dando vueltas por la casa, haciendo gestos dice a los circunstantes que está muy enfermo, y esto aunque no tenga sino un mero cansancio o dimanado de su grande ociosidad; por último manda que les den un purgante de caldo de mono y que lo sangren, llega el sangrador muy serio y tomando los brazos empieza a mordiscones como una fiera, rompe la vena y le chupa la sangre; el paciente grita naturalmente y dicen que es bueno y esto aunque esté muy malo".

"Cuando conocen que ya se muere, o a lo menos que está en mucho peligro, preparan diligentes todo lo necesario para sus exequias: adornan muy bien una canoa nueva y llenándola de víveres, como para emprender un grande viaje, le ponen sus flechas, armas y macana, después se forman en la casa unos veinte hombres todos desnudos, y en figura de contradanza andan al rededor de toda la casa dando fuertes alaridos a la manera de perros, hasta que expira, o por mejor decir matan al enfermo: después sus concubinas con otras mujeres agarran al enfermo (que por orden natural podía vivir dos o tres días o más, o mejorarse) lo ponen entre sus faldas estando sentadas, y a gritos, sollozos, besos y mordiscones lo matan ellas mismas".

"Después forman su conciábulo y consultan si se enterrará o se echará río abajo, si ha sido buen pescador o buen guerrero lo echan río abajo. Después de esta función rompen todo lo que hay en la casa, la queman toda por los cuatro extremos, y se van a otra casa a llenarse de chicha, y a sus pa-

rientes y mujeres del difunto las hacen se embriaguen bien y por la mañana se levantan a llorar, y esto antes de amanecer, y esto dura por tres días, y se van a vivir a otra tierra lejos".

---

## CAPITULO IX

### Concluye la descripción del padre Leceta.

### 1791 - 1820

**SUMARIO: 1.—El río Ucayali. 2.—Pescados. 3.—Montaña Real y sus producciones. 4.—Aves y animales. 5.—Un documento del padre Carvallo.**

1.—"El río Ucayali es el más célebre y respetable en todos los de su clase, y el que se conoce por este continente desde su origen, que es *Paru, Yami* o *Yanatiri,* hasta la confluencia con el *Marañón* tiene cuatrocientas leguas de curso y forman unidos los dos ochenta leguas de boca, según observaciones de peritos náuticos; en su profundidad por partes puede navegarlo una fragata de cuatrocientas toneladas".

"Tiene este río cuatrocientas islas, y colaterales ciento veintitrés; los del Janeiro lo navegan con buques grandes, y nosotros en canoas bastante capaces y llevamos en cada una hasta catorce remos, que son unas palanquetas; no usamos de vela por la mucha escasez de vientos, en las canoas traemos buenos cargamentos. La construcción de las canoas es de un solo palo sin elaboración alguna ni añadidura con su coraza a popa para resguardarse del agua y sol: las canoas las construyen los gentiles con mucha facilidad, pocas líneas ni compases del arte usan para perfeccionarlas y así luego que el palo lo echan en tierra lo queman hasta el grado de dejarlas corrientes labrándolas con hachas. Su precio corriente con que las venden los gentiles son cuatro hachas, tres machetes, seis cuchillos y cuatro espejos".

"El río viene muy pacífico y se experimenta poca rapidez, y sólo en tiempo de invierno por las avenidas de la sierra y sus cabeceras viene muy rápido y furioso, arrancando muchos árboles y desencanjándolos de su centro, y abraza

hasta la extensión del monte de extremo a extremo. Por esta causa tenemos que virar de rumbo, buscando menos corriente, y de subida es muy penoso".

"Son muy eximios y diestros los gentiles en su navegación y maniobra de las canoas y rara vez naufragan, y si conducen a los Misioneros los cuidan con el mayor desvelo, cuidado y reverencia, excediéndose en estas demostraciones más que los cristianos, y así jamás ha habido ejemplar que navegando con ellos ninguno se haya ahogado, ni perecido en el río, pues si ocurriese algún acontecimiento al momento tratan de echarlos a los hombros y sacarlos del precipicio: y lo mismo sucede cuando caminamos por el monte, que por lo excesivo del calor nos fatigamos, y al instante nos echan a los hombros, y de trecho en trecho se remudan los gentiles y procuran traernos fruta, miel y agua, para que nos refrigeremos; lo que hacen esto porque a la verdad son caritativos y en prueba de ello de todo lo que tienen nada es suyo ni menos tienen propiedad, y acontece que si ellos tienen hacha, machete, cuchillo, etc. y ven que un hermano no tiene, en el instante se lo dan, aunque sea su mayor enemigo: a dos sujetos, les di a uno un vestuario porque se hallaba desnudo, y a otro un cuchillo y a pocos días los veo a los dos que nada tenían, y les dije: ¿pues qué habéis hecho de ello? si el pobre no tiene nada y se lo dimos".

"Las mujeres de los gentiles y sus muchachos están tanto o más diestros en manejar una canoa, y navegar con sus víveres y comercio con mucha bizarría y destreza, y si las circunstancias lo permiten tabién el arco y flecha, y muchos hombres no teniendo ellos armas por casualidad, no se atreven a acercarse a ellas para violarlas o robarlas, porque las temen".

2.—"Este célebre río es sumamente abundante de toda clase de pescados, en su magnitud hay muchos y de extraordinaria clase: la vaca marina, que es como un taurón, su magro un equivalente a la vaca, su manteca muy rica y sin dejo ninguno: la tortuga o charapa, de tres y cuatro arrobas, su gusto y blancura a la gallina, y sus conchas asadas con ácido de limón un bocado delicado. Estas tortugas salen en tiempo de verano a las playas y ponen sus huevos en los arenales, y los tapan, y a pocos días el Sol los vivifica y la madre por instinto sale del río y los conduce al agua, como la gallina

a sus polluelos. Los gentiles en cuyo tiempo bajan a las playas y hacen sus ranchos para recreo, a la manera que nosotros tenemos las casas de campo para recreo; éstos andan muy solícitos con sus muchachos en esta diversión: recogiendo los huevos y sus crías, que son preciosas y ellos las comen y nos traen a nosotros, pues en todo nos hacen participantes, al modo que un padre con sus hijos. Las crías o polluelos vienen en sus canastas, y sazonadas es una comida muy rica y parecidos a los caracoles de Europa, que salen en las matas o arbustos cuando llueve".

"Tenemos la corvina como la de Lima; cosa superior; salmonetes, el zúngaro, que es lo mismo que la merluza de Europa: el paco, el lenguado: pescados chicos como el barbo, anguilas, truchas, bagres: éstos están en las lagunas e islas; y echando doce o quince de las raíces del barbasco, que es una yerba, salen los peces como borrachos y atontados a la superficie del agua, y a canastos se echan a la canoa: y esto es una gran diversión para nosotros. En Maynas y el río Huallaga de Huánuco pescan así, y los cholones y hibitos, no tienen sino de esta clase de pescados chicos".

3.—"La montaña es sumamente vistosa, y de extraordinaria hermosura y grandeza; su extensión y grande frondosidad de espesura de árboles y de todo vegetal es de mucha admiración".

"Si el Supremo Legislador y Autor de todo el universo de quien somos y dependemos, puso toda la naturaleza creada con tal orden y armoniosa compasión, que no hay quien no la medite con atención, que no quede absorto y como fuera de sí; ver todo el espíritu vegetal cómo se anima y recibe su existencia por el reflujo de los elementos que los perfecciona, tienen aún mis gentiles una razón nada dudosa que quien les da este ser y substancia, ha de ser una causa Suprema, y superior al alcance de todo humano entendimiento. Que vengan los filósofos del día á ver esta armoniosa máquina de esta montaña, capaz de convencer no a unos hombres literatos, sino aún los mismos gentiles de esta verdad".

"Los cedros sumamente elevados (1) y de esta madera

(1) Raimondi establece que en el Perú no existe la conífera *Cedro;* y los árboles llamados aquí con dicho nombre pertenecen a las *cedreláceas,*

hacen las canoas; la caoba, que estos reinos no la conocen y es más singular, jaspeado, y en Europa de sumo valor y muy costosa; árboles hay que producen leche, estilando este licor y la tomamos nosotros haciendo arroz con leche; la canela, superior, aunque sus canutos toscos; el palo de Campeche, el el palo de cruz, o de sangre; otras clases de árboles, cuyas cortezas sirven para todo tinte; hay un árbol de cuyo líquido se saca la cera superior aunque blanda, pero blanca, y sin chorrearse: árboles, adonde las abejas forman sus ricos panales, son muy diminutos y no pican como las de España; árboles que estilan muchos bálsamos y resinas, como el incienso y el copagua, la carasa, la fístola y de toda clase de purgantes".

*Producciones:* algodón, tabaco, arroz, caña, añil, pimienta, almendra, maní, menestras, plátanos, yucas, piñas, manzanas, naranjas, dátiles, el palmito, limones".

4.—"Aves innumerables: los pavos reales, puajís, monos de variedad de clases; loros, chirrieles, son chicos muy preciosos, silban y bailan en la maroma, de figura y color, como los loros; el trompetero, pájaro precioso y éste hace unos trinos sonoros, por la vía de otras".

"Hay infinidad de animales feroces, como el tigre, osos, jabalíes, cerdos de monte, leones, gatos monteses y otros muchos animales".

---

## CAPITULO X

### Los mapas de los padres Manuel Sobreviela y Alonso Carvallo.

### 1791 - 1818

**SUMARIO: 1.—Trabajos geográficos de nuestros misioneros. 2.—La carta geográfica del padre Sobreviela. 3.—La del padre Carvallo. 4.—La de don Amadeo Chaumatte.**

1.—Habiendo llegado a obtener cierta perfección relativa los planos de nuestra región oriental en los días del solícito padre Carvallo, como fruto de los incesantes trabajos de

---

o a la *Swietolonia Mahogani*, o a la *Cedrela Odorata*, de fruto y corteza fétidos y madera aromática.

toda una serie de misioneros, como fueron los padres Amich, Agüero, Sobreviela, Girbal, Márquez, Colomer, Plaza, Busquet, Ruiz y Carvallo, parece conveniente dar razón en este lugar de los dos mapas que han conocido la luz pública con más aceptación y aplauso de los geógrafos del Perú.

Por lo que hace al padre Sobreviela, ningún elogio más cabal que el del sabio Raimondi, tributado en la ocasión en que estudia el precioso plano del misionero. "El ilustrado padre Sobreviela, dice, descuella entre todos los Misioneros que han recorrido la inhospitalaria región de los bosques, situada al Oriente de la majestuosa Cordillera de los Andes del Perú, y es uno de los que más han contribuido al progreso de la ciencia geográfica. Este entusiasta Misionero había asociado a la tarea impuesta por su sagrado ministerio la del estudio de la geografía del Perú, principalmente de aquella hermosa parte, cubierta de extensos y primitivos bosques, regada por innumerables ríos, y poblada de distintas naciones de Indios infieles, que constituyen la inmensa región que se conoce en el país con el nombre de Montaña".

"El padre Sobreviela, no sólo recorrió personalmente una gran parte de aquella bella comarca, descubriendo países desconocidos hasta entonces, fundando nuevas poblaciones y surcando el río Huallaga en toda su extensión, sino que comunicó su entusiasmo por esta clase de trabajos a otro impertérrito Misionero, el padre fray Narciso Girbal y Barceló, el que hizo casi en la misma época importantes exploraciones en el río Ucayali y en las antiguas misiones de Manoa, perdidas por la sangrienta escena del año 1767".

2.—Por este orden y en esta forma elogia Raimondi la penosa y utilísima labor geográfica de nuestros misioneros, dignos de eterna memoria. En cuanto al padre Sobreviela, el trabajo que más renombre le ha merecido es su carta geográfica, publicada con el título de *Plan del curso de los ríos Huallaga y Ucayali, y de la pampa del Sacramento, levantado por el P. Fr. Sobreviela, Guardián del Colegio de Ocopa*. La carta fué dada a luz en 1791 en el periódico "Mercurio Peruano" que corría a cargo de Sociedad Académica de Amantes del País".

"El mapa del padre Sobreviela, dice Raimondi, que tiene el mérito de haber sido grabado en Lima, da una clara idea de la extensión del territorio, que ha sido el teatro de los infi-



MISIONES del UCAYALI
LIMA
Rio Marañon
Paseo
Cerro
HUANUCO
Tarma
Jauja
OCOPA
LAMAS
Moyobamba
Xeberos
R. Pastaza
RIO HUALLACA
La Laguna
RIO MARAÑON
País de los Maparies N.B.
PAJONAL
Rio Perené
Rio Pachitea
Cabivos N.B.
Rio Eni
R. Tambo
Rio Apurimac
RIO UCAYALI
Remos N.B.
Capanahuas N.B. ó Busquipanis
R. Guanacha
Campas ó Antes N.B.
Amahuacas N.B.
Rio Paru, Yami ó Yanatiri
Rio Cuja
Nota.
Notas

de la [illegible] o de los mi-

nitos trabajos, de la pequeña y pacífica cruzada de abnegados Misioneros, que regaron con su sangre aquellos vírgenes bosques en su paulatina conquista y reducción de infieles".

Como lo hemos apuntado en otro lugar de nuestra Historia, cuando don Francisco Requena tuvo en sus manos el mapa de Sobreviela, experimentó una alegría sin límites, que no tardó en comunicar, mediante una amigable misiva, a su autor; pues veía que con este trabajo se llenaba un vacío deplorable, como era no tener el Perú un solo mapa reciente de sus más hermosas comarcas.

No participaba de la misma alegría ni del mismo entusiasmo el intendente de Tarma, Urrutia y las Casas, a quien mortificaron mucho los defectos y omisiones que halló en el mapa de Sobreviela, defectos en que reparaba el célebre autor del informe sobre Chanchamayo, algunos años después de publicado el mapa, esto es, en 1808; cosa que sucede generalmente con todas las cartas geográficas elaboradas en su período de estudio, que necesariamente son de transición; cosa que ha sucedido aun con el mapa colosal del sabio Raimondi.

3.—El 31 de noviembre de 1819, el padre fray Buenaventura Bestard presentaba en Madrid al Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia de Indias un Informe sobre el estado de las Misiones del Ucayali acompañado de un *mapa del verdadero curso de este río, según las observaciones hechas en estos últimos años*: su autor fray Pablo Alonso Carvallo, Prefecto y Comisario de Misiones.

Don Antonio Raimondi cita este trabajo cartográfico con el título de *Misiones del Ucayali y verdadero curso de este río, según las observaciones hechas en los años de 1811, 1815, 1816, 1817 y 1818, por los PP. Misioneros del Colegio de propaganda fide de Santa Rosa de Ocopa, en las expediciones que se hicieron en dichos años, para abrir la comunicación del río Tambo y reconocimiento de otros países.*

Uniendo ambos títulos, no cabe duda que el mapa mencionado y editado por Raimondi es el del padre Carvallo, que le dió la última mano como también su nombre, en su condición de prefecto, aunque recopilando en su trabajo los datos y observaciones de sus compañeros de labor.

El mapa de que hacemos mención consigna ríos que no están señalados en el del padre Sobreviela; coloca el río Uca-

yali en posición más verdadera que aquél, si bien exagera la última curva hacia el Norte; trae el río *Guanacha* y el *Alacrán*, a cuyo nombre acompaña la nota: *navegado año 1818;* lleva variado el curso del río *Zapote;* señala una comunicación del Ucayali con un río llamado *Cuja*, punto que se ve no haber estudiado los misioneros, sino que lo consignaron por referencias.

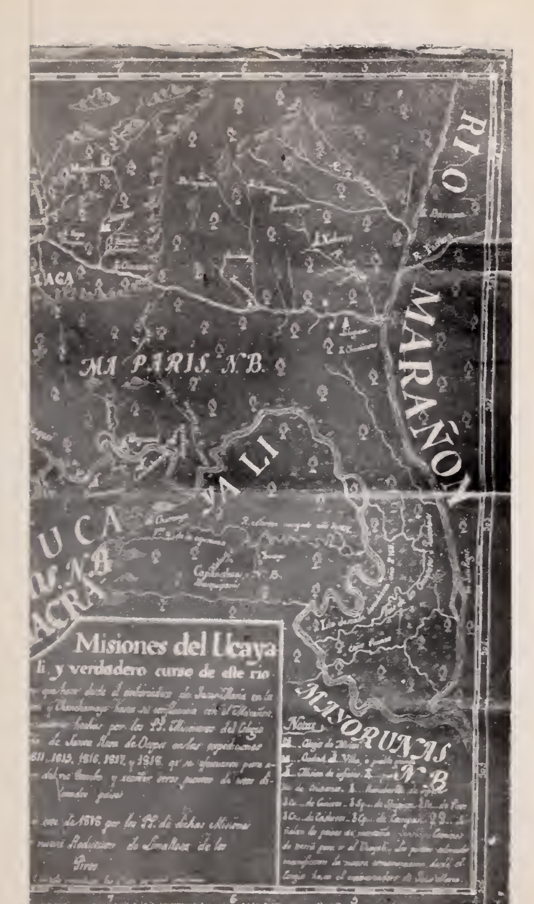
4.—En 1830, cuando los conocimientos sobre nuestro oriente habían progresado notablemente y eran del dominio de los estudiosos los datos sucesivamente suministrados por los misioneros exploradores, el cónsul de Francia en Lima, D. Amadeo Chaumette des Fossés, resolvió hacer nueva edición del mapa del padre Sobreviela, introduciendo en él las enmiendas necesarias y agregándole los datos obtenidos en fechas posteriores a su primera edición en 1791.

Esta edición agrega al Ucayali varios ríos; Baquea, Tamaya y Shipahua por la margen derecha, Santa Catalina y Zapote por la Izquierda; lo mismo que no pocos pueblos fundados después de 1791: tales son: San Antonio de Canchahuaya, fundado en 1794 con infieles Cunibos por el padre fray Buenaventura Márquez; Nuestra Señor del Pilar de Bepuano en 1803 por el padre fray Pedro Pablo García; San Luis de Charasmaná en 1809 por los padres fray José Barco y fray Tomás Alcamaza; Chanuya y San Buenaventura de Cuntamana en 1806 por el padre fray José Barco, perfeccionado en 1811; Lima Rosa o Santa Rosa de los Piros en 1815 por el padre fray Manuel Plaza; San Buenaventura de Chavini en 1818 por el padre Carvallo. Además se consignan los nombres de algunos lugares, como Rumiyacu, Ruaboya, Putoquenia, Paubiti, Auroya, Unini, &.

He aquí algunas referencias históricas sobre los mapas de los padres Sobreviela y Carvallo: mapas que ciertamente son una de sus glorias más legítimas; siendo tan justo y conveniente que el misionero contribuya simultáneamente al bien espiritual de las almas y a los adelantos de la geografía (1).

Debe agregarse por vía de anotación que también el obispo Rangel tuvo alguna mano en el mapa del padre Carvallo, dedicado por éste a su Ilustrísima; y es de presumir que el

(1) Véase Raimondi, t. II, pág. 418; t. III, págs. 104, 107.


RIO MARAÑON
MAPARIS. N.B.
YALI
UCA
MAYORUNAS N.B.
Misiones del Ucaya-
li, y verdadero curso de este rio
Notas

yali en posición más verdadera que aquél, si bien exagera la última curva hacia el Norte; trae el río *Guanacha* y el *Alacrán,* a cuyo nombre acompaña la nota: *navegado año 1818;* lleva variado el curso del río *Zapote;* señala una comunicación del Ucayali con un río llamado *Cuja,* punto que se ve no haber estudiado los misioneros, sino que lo consignaron por referencias.

4.—En 1830, cuando los conocimientos sobre nuestro oriente habían progresado notablemente y eran del dominio de los estudiosos los datos sucesivamente suministrados por los misioneros exploradores, el cónsul de Francia en Lima, D. Amadeo Chaumette des Fossés, resolvió hacer nueva edición del mapa del padre Sobreviela, introduciendo en él las enmiendas necesarias y agregándole los datos obtenidos en fechas posteriores a su primera edición en 1791.

Esta edición agrega al Ucayali varios ríos; Baquea, Tamaya y Shipahua por la margen derecha, Santa Catalina y Zapote por la Izquierda; lo mismo que no pocos pueblos fundados después de 1791: tales son: San Antonio de Canchahuaya, fundado en 1794 con infieles Cunibos por el padre fray Buenaventura Márquez; Nuestra Señor del Pilar de Bepuano en 1803 por el padre fray Pedro Pablo García; San Luis de Charasmaná en 1809 por los padres fray José Barco y fray Tomás Alcamaza; Chanuya y San Buenaventura de Cuntamana en 1806 por el padre fray José Barco, perfeccionado en 1811; Lima Rosa o Santa Rosa de los Piros en 1815 por el padre fray Manuel Plaza; San Buenaventura de Chavini en 1818 por el padre Carvallo. Además se consignan los nombres de algunos lugares, como Rumiyacu, Ruaboya, Putoquenia, Paubiti, Auroya, Unini, &.

He aquí algunas referencias históricas sobre los mapas de los padres Sobreviela y Carvallo: mapas que ciertamente son una de sus glorias más legítimas; siendo tan justo y conveniente que el misionero contribuya simultáneamente al bien espiritual de las almas y a los adelantos de la geografía (1).

Debe agregarse por vía de anotación que también el obispo Rangel tuvo alguna mano en el mapa del padre Carvallo, dedicado por éste a su Ilustrísima; y es de presumir que el

(1) Véase Raimondi, t. II, pág. 418; t. III, págs. 104, 107.

Misiones del Ucayali, y verdadero curso de este rio

Levantado en ano de 1818 por los PP. de dichas Misiones

Mar del Sur

Lima

Rio Huallaga

MA PARIS. N.B.

CASHIVOS N.B.

Rio Pachitea

R. Apurimac

RIO UCAYALI

REMOS N.B.

PAMPA DEL SACRAMENTO

RIO MARAÑON

MAYORUNAS. N.B.

RIO CUJA

Notas

mejor trabajo del padre Carvallo llegase a manos del Señor Obispo; y creíble, por tanto, que dicho trabajo haya pasado a Lugo al ser trasladado el señor Rangel de la diócesis de Mainas a aquel obispado.

---

## CAPITULO XI

**Independencia del Perú.—Lamentable eclipse de las misiones del Oriente.—Heroísmo del padre Plaza.**

**1821 - 1828**

**SUMARIO: 1.—Continúa la narración anterior: importancia de Sarayacu. 2.—Independencia del Perú: retiro de misioneros. 3.—Grave enfermedad del padre Plaza. 4.—Viajes arriesgados y heroicos del mismo padre. 5.—Triste estado de las misiones.**

1.—Hemos visto en los capítulos que preceden que los misioneros, en el justo anhelo de abreviar los días para llegar desde Ocopa a Lima Rosa del río Tambo y de allí a Sarayacu, realizaron con felicidad algunas jornadas desde Andamarca hasta el Tambo.

Esta ruta tenía en aquella época el peligro de siempre, la animosidad de los Campas, que eran muy numerosos y se extendían desde Chanchamayo y Paucartambo hasta el Perené, Ene y Tambo. Era de temer que estos indios, de espíritu varonil y en ocasiones vengativo, quisieran impedir el movimiento de los misioneros por la ruta mencionada.

Por esta causa, se pensó acertadamente que era menester un punto fortificado cerca del río Pangoa, para cubrir el movimiento de los padres e imponer el respeto debido a los indios. El gobierno de Lima dispuso para estos fines que hubiera guarniciones en los tres pasajes de Uchubamba, Comas y Andamarca y libró dos mil pesos para la construcción de un fuerte en San Buenaventura de Chavini, sobre los escombros de la antigua conversión del mismo nombre. Esto sucedía en el año de 1815.

Desde aquella fecha se hizo un viaje anual de Sarayacu a Chavini, llevando lo necesario para la manutención

de la gente apostada en el fuerte. La navegación desde Sarayacu al puerto de Jesús María se hacía en mes y medio; y el resto se hacía por tierra hasta el Pangoa. A la vuelta, siguiendo las corrientes del río Tambo y Ucayali, sólo se empleaban quince días para llegar a Sarayacu. Hasta el año de 1820 se realizaron siete de estos penosos viajes.

Lo narrado aquí hace concebir una justa idea de la importancia que a la sazón había adquirido la misión de Sarayacu, convirtiéndose en un centro de donde podían ser servidas las demás misiones del Ucayali, y aun otros centros más lejanos, como era San Buenaventura de Chavini. Sarayacu iba convirtiéndose rápidamente en un centro donde se producía de todo, para los padres y para los neófitos, con abundantes sembríos, con fundición y ferretería, con alambique, trapiche, &. Aún hoy se hallan colgadas de una gruesa viga las hermosas campanas fundidas allí por nuestros misioneros.

2.—Mas aquel gobierno viril y heroico de los misioneros del Oriente debía sufrir durante no pocos años un lamentable eclipse. He aquí los hechos.

Proclamada en Lima la Independencia del Perú en julio de 1821, el Superior de Ocopa dispuso que siete religiosos europeos que acompañaban al padre Plaza en el Ucayali, sosteniendo todo el peso de aquellas misiones, saliesen de aquélla y abandonasen los trabajos de la conversión de infieles. Recibida la orden, algunos de aquellos misioneros pasaron a Ocopa por la vía del Pangoa y algunos emigraron al Brasil: el mismo padre fray Baltasar Zapater, que fué por muchos años como el alma de las fundaciones del Ucayali, viéndose sin recursos y sin esperanza de conseguirlos, en 1823 pasó por el Amazonas al Brasil.

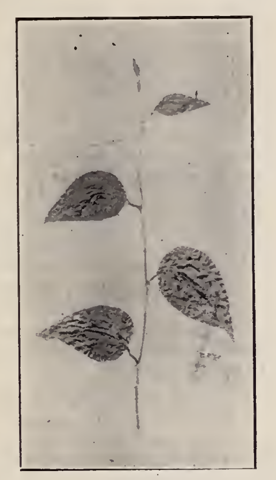
Esta orden concidía con una paralización general del gobierno de las misiones; de modo que ni la autoridad suprema de la nueva República estaba en aquellos críticos momentos para organizar subsidios en favor de los religiosos conversores ni para protegerlos contra las incursiones posibles de los salvajes; ni la autoridad religiosa de Ocopa se creía en condiciones de seguir administrando las misiones sin el apoyo indispensable de los poderes nuevamente constituídos.

El hecho es que el padre fray Manuel Plaza, único misionero americano en el Ucayali, quedó por una parte solo,

sin sus compañeros de trabajo en su labor apostólica; y por otra sin ningún auxilio de parte de las autoridades peruanas.

En toda aquella extensión del hermoso pero solitario río Ucayali, no tenía el padre Plaza con quién hablar la lengua castellana, ni quien le ayudase en la administración y manutención de siete pueblos indígenas.

Para no verse privado de los medios de subsistencia para sí y para sus neófitos organizó la producción de azúcar y



**Zarzaparrilla**

melados, la recolección de zarzaparrilla y otros productos, que luego remitía a la frontera del Brasil, donde eran cambiados por hachas, machetes, cuchillos y demás herramientas de que necesitan con más urgencia los indios, especialmente cuando viven reunidos.

Pero no bastaron todos los esfuerzos del padre Plaza, pues, viéndose sin la asistencia inmediata del padre conversor,

abandonaron los puntos donde se habían congregado y se internaron a los bosques para vivir simplemente de la caza y de la pesca, según su primitiva usanza.

Sólo permanecieron constantes los neófitos de Sarayacu, adonde también concurrieron algunas familias de los demás pueblos dejados por los indios: éstos hicieron grata compañía al padre Plaza, quien consagró sus energías a la conservación de la fe y la piedad de aquel centro privilegiado del Ucayali, donde aún se ostenta piadosa y benéfica la mano del Señor,

El Padre Plaza escribió al subprefecto de Moyobamba, exponiéndole la situación desolada en que se encontraba y suplicándole tomara a su favor alguna providencia, pero no recibió respuesta a cuatro cartas que le dirigió.

El día 31 de enero de 1835 tuvo sin embargo la satisfacción de salir al encuentro del teniente británico Guillermo Smyth y de sus compañeros de expedición Lewe, Azcárate, (1), Beltrán, & y de hospedarlos durante un mes, en Sarayacu, con satisfacción verdadera, así de parte de los expedicionarios, como de parte del padre Plaza, que luego tuvo el gusto de acompañar al teniente hasta Yurimaguas por la vía de Nanta.

3.—Lo que el padre Plaza sufría en aquella soledad tal vez era sobre las fuerzas humanas: y la afección moral no tardó en alterar los humores, apoderándose de él una fiebre infecciosa y maligna, que le tuvo en estado letárgico por quince días. La aflicción de los neófitos era mucha, y rodeaban inconsolables a su amado padre.

Era el día décimoquinto del letargo cuando los tristes neófitos llevaron a la habitación del enfermo una imagen de María Santísima, la rodearon de luces y se pusieron al pie de ella, de rodillas y en actitud suplicante, pidiendo con su fervor infantil la salud del enfermo.

Estuvo de Dios que en este momento despertase de su letargo el padre Plaza; y viendo aquel espectáculo conmovedor, fué tal el júbilo que se apoderó de su espíritu, que luego se le retiró la fiebre y no tardó en recobrar la salud.

(1) Don Ramón de Azcárate, ilustrado marino vascongado, comparte con otros dos españoles, Sebastián Lorente y Nicolás Rodrigo, la gloria de haber iniciado en Lima un acertado y seguro movimiento de instrucción pública, después de la Independencia.

4.—Ya en plena posesión de las fuerzas corporales, pensó en remediar su crítica y desesperante situación, aun valiéndose de medidas extraordinarias. El estado de ánimo del padre Plaza en esta coyuntura se colige con claridad de una nota lúgubre, de puño y letra del mismo padre, que hallé en su libro viejo y destrozado de partidas bautismales de Sarayacu, que dice así:

"El día quince de Diciembre de mil ochocientos veintiocho: con inexplicable dolor salí de este pueblo; por la suma miseria en que me hallaba: pues la gran República Peruana se desentendió de todas las representaciones que hizo la Intendencia de Mainas, para socorrer las necesidades de estos infieles, quienes, como son tan estúpidos, maquinaron mi muerte, y como ya son diecisiete los Religiosos que han sacrificado sus vidas, tuve a bien retirarme a mi convento, para dar fin a mis tristes días. Si éstos me diesen la muerte *in odium fidei*, sería yo dichoso; pero sólo en su enfado cuando no les socorren con herramientas; y por tanto no se me debe imputar a veleidad, ni poca constancia: pues me he visto en la misería, habiendo enajenado todos los trastecillos de mi uso, en el espacio de ocho años que existe sin estipendio alguno, y por ser verdad, lo firmo en dicho día, mes y año.—*F. Man. Plaza*".

En efecto, pasó de Sarayacu al Amazonas, siguió su curso hasta las bocas del Napo, luego surcó las aguas de este río, llegó al pueblo de Santa Rosa en el Ecuador y de allí partió para Quito. Empleó en este viaje cincuenta y cuatro días.

En Quito reunió con ofrendas de personas benévolas mil quinientos pesos; con esta suma pasó de Quito a Riobamba, tomó un camino que conduce a las misiones de Canelos, adonde llegó sin novedad, y embarcándose en el Bombonaza, llegó en cinco días al Pastaza y salió de Yurimaguas; tomo las aguas del Huallaga y luego se introdujo en el Chipirana desembarcando en Yanayacu. De aquí pasó por tierra al río Santa Catalina, cuyas aguas le condujeron al Ucayali. Dos días de navegación en este río bastaron para que llegase a su querido pueblo de Sarayaccu y se reuniera con sus amados feligreses después de ocho meses de ausencia.

Con los socorros que trajo del Ecuador, realizó su hermoso plan, como fué la fundación de Belén cerca de Sarayacu, la de Tierra Blanca algo más al norte y la de un puertecito en el río Santa Catalina, a fin de conservar la comunicación con Yanayacu y el Huallaga.

Tierra Blanca aún hoy se conserva en situación bastante floreciente.

5.—Pero dicho se está que todos sus esfuerzos, aún suponiéndolos gigantescos, no bastaban para evitar la ruina y la desolación en las conversiones del Ucayali, relativamente inmenso e inconmensurable y muy poblado de indigenas de diversas tribus.

No sólo era un hecho que aquellas muchudumbres de indios volvían a sus antiguos usos y costumbres, sino que hubo temor de que hubiera algún levantamiento, cuyas consecuencias podían ser la muerte del misionero y tal vez de los neófitos adictos a él.

Por lo que pudiera ocurrir, el padre Plaza adiestró a unos veinte feligreses en el manejo de las armas de fuego y mantuvo a su lado aquella milicia, que infundiese algún respeto a las hordas desmandadas.

Así el benemérito padre Plaza mantuvo sin extinguirse la sagrada llama del apostolado seráfico en las orillas del Ucayali, de modo que puede asegurarse que en tres largos siglos la Orden de San Francisco ha mantenido sin interrupción sus hijos en la ardua labor de las conversiones del Oriente. (1).

(1) Al propio tiempo el padre Fray Eusebio Arias, también ecuatoriano, permanecía en calidad de cura en la zona del Huallaga correspondiente a Tarapoto, acompañado del padre Ramón Basadre.

# CAPITULO XII

## Vicisitudes del Colegio de Misioneros de Ocopa

## 1823 - 1849

**SUMARIO: 1.—Abandono de Ocopa. 2.—Ocopa, colegio de instrucción. 3.—Se restablece la comunidad de Ocopa. 4.—Lamentos del Ilustrísimo Arriaga. 5.—Elogios a Ocopa en el congreso del 49.**

1.—El colegio de Ocopa fué desamparado en 1823 en circunstancias muy aciagas. Los autores de la *Historia de las Misiones de Ocopa* (1) consignan que, después de la batalla de Ayacucho, los religiosos que formaban la comunidad de Ocopa perdieron las esperanzas de continuar sosegadamente en el colegio con el nuevo régimen de la República y con la grande oposición que se descubría contra el elemento español residente en el país: por esta causa se retiraron casi todos hacia el Cuzco.

A los pocos meses, el general español Rodil, fortificado en el castillo del Callao, lanzó un manifiesto acusando al general Bolívar de haber quitado la vida a los padres de Ocopa. Bolivar envió al coronel Santa Cruz a Ocopa, para que condujese a los religiosos existentes allí hasta el Callao, a fin de que Rodil se convenciese de la falsedad de los informes recibidos respecto a los padres de Ocopa.

Afirma aquella *Historia*, cuyos autores eran contemporáneos de los hechos que referimos, que Rodil recibió a los religiosos a balazos, viéndose éstos constreñidos a refugiarse en el convento de los Descalzos de Lima, que eran sus hermanos.

Así con estas circunstancias, quedó sin comunidad el colegio de Ocopa, de tan gloriosa historia.

2.—Consumado el hecho de haber quedado sin religiosos aquel venerable santuario, donde reposaban las cenizas de tan esclarecidos varones, el gobierno de la República dió un decreto supremo el primero de noviembre de 1824, eri-

(1) Tom. II, cap. VI.

giendo el convento de Ocopa en colegio de instrucción pública, disolviendo al efecto la comunidad de misioneros.

Pasó al frente del colegio un benemérito sacerdote, Dr. José Manuel Pasquel, que en la fecha era párroco de Concepción y más tarde llegó a ser arzobispo de Lima.

El buen sacerdote puso empeño en que los padres que habían abandonado Ocopa volviesen a lo que fué su convento y fuesen sus coadjutores en la enseñanza: mas no acudieron a su llamamiento sino los Padres Fray Jerónimo Zurita y Fray Mariano Gil, dos religiosos legos y el donado apellidado Amorós.

Funcionaba el colegio con la cooperación de estos misioneros, cuando los colegiales mataron al hermano Amorós, con el deseo de apoderarse de una cantidad de dinero que guardaba como vicesíndico de los Padres. De resultas de esto enfermó de gravedad y murió también el padre Zurita y se retiraron de ellí los demás religiosos de quienes se ha hecho mención (1).

3.—En marzo de 1836, el presidente de la República, don Luis José Orbegoso, recapacitó los beneficios que del colegio de Ocopa había reportado la nación, durante su larga y honorífica historia, y los bienes que aún podía producir su restauración; y procedió a derogar el decreto del año 1824, autorizando al Ilustrísimo Jorge Benavente, arzobispo de Lima, para que enviase un comisionado a Europa, encargado de traer religiosos que estableciesen la comunidad de Ocopa. (2).

El comisionado fué un hombre a todas luces benemérito, el padre fray Andrés Herrero, perteneciente al colegio de Tarija, comisario general de toda la América Meridional, nom-

(1) Lo más sensible es que en esta emergencia debieron desaparecer un gran número de documentos del convento de Ocopa, cuyo archivo se halla casi exhausto de papeles de algún valor histórico.

(2) Mientras llegaban dichos religiosos, el arzobispo Benavente tuvo la satisfacción de ver que concurrían a Ocopa algunos antiguos misioneros que se habían retirado a la provincia de los Doce Apóstoles, entre ellos el padre Leceta, quienes restauraron en parte aquel edificio deteriorado durante la estada de los colegiales, entablaron la vida común y dieron comienzo al ministerio sacerdotal. La documentación correspondiente se halla en el archivo arzobispal de Lima, donde figura el célebre padre Guatemala como candidato a la guardianía de Ocopa.

brado por su Santidad el Papa Gregorio XVI; religioso para quien debía ser dolorosa la angustiosa situación que atravesaba Ocopa, madre de su colegio de misioneros de Tarija.

A la venerada memoria del padre Andrés Herrero consagraremos luego en el presente libro siquiera un capítulo, que tiene bien merecido, como que fué el principal inspirador, promotor y ejecutor de la resurreción de Ocopa, gestionándola con celo y sagacidad con los altos poderes de la República del Perú.

El padre Herrero, habiendo pasado a Europa en 1837, logró que ochenta religiosos de la Orden franciscana, entre sacerdotes, coristas y legos, se embarcasen en Génova para las Américas, es decir para Bolivia, Chile y Perú.

De estos religiosos llegaron a Ocopa diecisiete en febrero de 1838.

Y ¡cómo varían las cosas! Catorce años antes, en 1824, los religiosos de Ocopa abandonaron su dulce morada con el corazón angustiado, como si saboreasen la amarga hiel del más duro destierro, sin protesta de nadie, tal vez con la complacencia secreta de no pocos. Ahora en 1838, vuelven los nuevos pobladores de Ocopa entre las aclamaciones de los pueblos del hermoso valle de Jauja y con demostraciones del más sincero aprecio de las autoridades eclesiásticas y civiles.

4.—Instalado el colegio con la vida regular que exigen las santas leyes de la Orden, la primera atención de aquellos santos religiosos y apostólicos misioneros no fué emprender reparaciones en la fábrica deteriorada del convento y buscar alguna comodidad en él; la primera y más solícita mirada fué el Oriente, a la región amazónica, al Ucayali, en cuyas soledades debía aún sobrevivir un misionero, desde el año de 1821 hasta aquel de 1838.

¿En qué estado se hallaba la montaña?—Nos lo dirá con voz lastimera el que a la sazón era obispo de Mainas, que se expresa de este modo: "A mi ingreso al obispado me hallé sin misioneros, sin curas conversores, sin colegio de Ocopa, y sin un seminario de clérigos en toda la extensión de la diócesis; en una palabra, encontré una iglesia desierta y puesta a discreción del enemigo común".

"De aquí mis amarguras, de aquí mi dolor. Si miraba hacia las montañas me representaba multitud de ovejas que, aunque no están en el redil, tengo el deber de reducirlas a imitación de Jesucristo, Supremo y Buen Pastor, y en fuerza de habérseme señalado ese territorio por comprensión del obispado. Si volvía los ojos a los pueblos de neófitos, reparaba una deserción incontenible, y en tanto número que no falta quien la compute en 150,000 almas. De sólo el Ucayali han desaparecido ccuatro curatos, según me lo escribe el padre Plaza, y en el Putumayo han caído por tierra dos templos y se han hecho habitaciones de fieras, sin haber sido posible recoger de ellos otro útil que una campana. Prolija y al mismo tiempo lastimosa sería la narración de los muchos conversos que se han vuelto a los desiertos a mantenerse de la caza y de la pesca, como sus padres....."

"Yo bendigo al Señor que en mis días ha hecho revivir el colegio de Ocopa, exclusivamente destinado a la reducción de infieles....(1)."

5.—La nación peruana no se contentó con restablecer la comunidad de Ocopa por un decreto gubernativo; quiso concederle en 1849 existencia legal con aprobación del congreso. En esta ocasión, no pocos representantes prodigaron muy justas alabanzas al colegio de Ocopa, con la mesura y ponderación de los que emitian su pensamiento en la asamblea más augusta de la nación.

Trascribiremos aquí las palabras sinceras y llenas de verdad del Señor Vega:"...Yo como diputado de una provincia, que toca con las inmensas montañas, donde habita una multitud de hombres separados de toda civilización y religión, debo sostener con todos mis esfuerzos tan importante objeto.... Téngase en cuenta, que los padres de Ocopa, religiosos franciscanos, al dejar su país natal, al atravesar los mares, al dirigirse a tierras enteramente desconocidas, no traen ningún objeto ni especulación propia; no vienen a buscar riquezas ni destinos, sino sólo a trabajar por el bien de sus semejantes, atrayéndolos a la religión santa de Jesucristo y

(1) Oficio al Ministerio en 1840, dirigido por el Obispo de Mainas, José María de Arriaga.—Taurel, *Colección de Obras selectas del Clero contemporáneo del Perú*, t. I. p. 117.

a la moralidad de las costumbres. Por sus votos solemnes profesan la abnegación de sí mismos, la pobreza y la obediencia ciega a las autoridades civiles y eclesiásticas, de que depende el colegio de Ocopa, que es la casa donde se juntan para dirigirse de allí a las montañas, en que yacen idólatras inmensas tribus, que no sirven ni a Dios ni a la sociedad peruana. ¿Y qué recompensa se les espera de las grandes fatigas, hambres, necesidades y riesgos de la vida, tanto por la ferocidad de los idólatras, cuanto por lo mal sano de las ardientes montañas? Ninguna por cierto, sino lo que el cielo da a los buenos sacerdotes, que trabajan por el bien de las almas. Por la historia y relaciones de los viajeros, sabemos la infinidad de sacerdotes evangélicos que han sido muertos por los indios inciviles, tan sólo porque los predicadores han tratado de persuadirlos de que se separen de los vicios y abominaciones en que se hallan encenagados: los que han logrado escapar de esta calamidad cien veces repetida, han enfermado o han muerto por la inclemencia e insalubridad de aquellas vastas montañas, logrando algunos alcanzar a recogerse a su colegio de Ocopa, para curarse de sus males, siendo reemplazados por otros hermanos suyos del mismo colegio. En la montaña de Chachapoyas se hallan civilizadas y reducidas a la religión de Jesucristo muchas naciones infieles que ya han formado pueblos e iglesias; beneficio debido sólo a la constancia, a la persuasión y al ejemplo de los misioneros. Ciertamente el señor Quintana ha dicho que no es posible conquistar estas naciones con las armas, porque esta violencia repugna a la religión y a la civilización. Yo agrego que aunque se mandaran veinte mil hombres a conquistarlos a la fuerza, sería imposible el conseguirlo, porque aquellos habitantes no tienen domicilio fijo y, errantes como las fieras, se mudan de un lugar a otro, sin que nadie pueda apercibirse de su paradero. La tropa iría consumiéndose por el hambre y por la mala calidad de aquellas montañas ardientes y húmedas. Luego no hay otro medio más, que el de la persuasión, el de la dulzura y el ejemplo de costumbres puras, para atraerse la voluntad. Desde la conquista acá los religiosos son los que han ganado muchas almas para Dios y la sociedad en todas las diferentes montañas de que abunda el estado del Perú. Se necesita una fuerza superior, un auxilio de Dios, para

abandonarse a la religiosa misión de convertir almas en aquellas estériles montañas: estas virtudes están reconocidas desde siglos atrás en los misioneros de Ocopa, y tambien están reconocidos los frutos que han producido sus trabajos y la sangre que han vertido, a manos de aquellos mismos a quienes han ido a hacer el bien. No dudo un solo momento que el proyecto de ley que se discute será aprobado por una cámara tan religiosa y católica, que protege la religión de Jesucristo y la civilización de aquellas tribus que habitan el territorio del Perú, como yo lo apruebo con toda la efusión de mi alma (1)".

Y en efecto fué aprobado por el congreso el proyecto de ley que decía: "Se restablece el colegio de *Propaganda Fide* de Santa Rosa de Ocopa, fundado por real cédula el 2 de Octubre de 1757 y aprobado por Clemente XIII en 18 de agosto de 1758, y pueden ser admitidos en él los religiosos franciscanos que vengan de Europa con el santo y noble objeto de convertir a los infieles, reduciéndolos al seno de la iglesia católica".

---

## CAPITULO XIII

**Grato recuerdo del padre fray Andrés Herrero, comisario general de Sud-América, que contribuyó al restablecimiento del Colegio de Ocopa.**

**SUMARIO: 1.—Noticias biográficas. 2.—Virtudes heroicas del Padre Herrero. 3.—Alto predicamento en Roma. 4.—Sus empresas heroicas como prefecto y Comisario Apostólico. 5.—Su santa muerte.**

1.—El padre fray Andrés Herrero nació en España, en la ciudad de Arnedo, de la provincia de Logroño, en 1782, De los ocho hermanos que fueron, cinco abrazaron el estado religioso o eclesiástico. Cursó los estudios mayores en Zaragoza, uniendo la estudiosidad con la devoción más acen-

(1) Taurel, obra citada, t. I. pág. 212.

drada, pasando todos los días su mejor y más gustoso rato al pie de la virgen del Pilar en su hermoso santuario. Así cultivó su vocación religiosa que había sentido en su inocente alma desde los más tiernos años, y no tardó en abrazar el instituto franciscano, con la bendición de sus padres, que no se creyeron con título para retener mucho tiempo en el mundo aquella alma angelical, que había nacido para fructificar en la escuela de las virtudes evangélicas, cual es la religión. Entró en la provincia de Burgos, y concluído santamente su noviciado y hecha la profesión religiosa, coronó con éxito glorioso una carrera brillante en el estudio de las ciencias eclesiásticas.

2.—Mas, si fué notable por el primor de sus estudios, lo fué mucho más por sus singulares virtudes. El padre Corrado en su obra: *El colegio franciscano de Tarija y sus misiones,* las describe por estas palabras: "Mientras se aplicaba con suma diligencia y maravilloso provecho a las ciencias humanas, con mayor ahinco se esforzaba en progresar cada día más en el camino de la perfección religiosa. Manso y humilde de corazón, juzgábase indigno de poder vivir entre los hijos del seráfico Patriarca: su recreación era lavar y remendar las ropas sucias y andrajosas de los enfermos; su mayor gusto servir a todos los frailes, hasta al último de los conversos, al ínfimo de los donados. Santamente enemigo de su carne, la maceraba con cilicios y disciplinas; y desde aquellos primeros años de su vida religiosa adoptó la severa costumbre, que conservó fielmente hasta la muerte, de mezclar la escasa ración de su diario sustento con alguna cosa desabrida, para no dejarse engañar nunca por el seductor sentido del gusto. Su trato pacífico y modesto, su voz suave y un tanto pausada, su mirada apacible, su andar grave, y hasta su risa manifestaban (como nos han testimoniado los que tuvieron la felicidad de conocerlo) el fondo del alma buena con que el cielo lo dotara (1)".

Puso el sello, así a su ciencia eclesiástica como a su virtud religiosa, el sacerdocio, que atrajo sobre su alma pura la plenitud de los dones del Espíritu Santo; y desde que recibió tan alta dignidad, se consideró obligado a no buscar sino

(1) Págs. 302 y 303.

la gloria de Dios, la prosecución de la obra de Jesucrsito y el bien de la Iglesia Católica; para esto deseó vivamente la conversión de los infieles a la fe cristiana, y con este fin obtuvo licencia para pasar a las Américas y dedicarse a las misiones de infieles.

El año de 1810 se instaló en el colegio de Moquegua, de donde partió después a la misión de los Mosetenes y luego a la de Inugas, empleándose en este ministerio por espacio de quince años, y los últimos con el cargo de prefecto de misiones. Penetró hasta el Beni y el Bepi, visitó a los Yuracarés, Chismanes y Cavinas. Durante su ministerio tan lleno de privaciones tuvo el consuelo de formar con los indígenas algunas poblaciones; y enardecido en el deseo de promover aquellas misiones, escribió a Europa cartas inspiradas en el celo más puro y ardiente para atraer a aquellas vastas soledades apóstoles llenos de la caridad de Jesucristo.

Mientras el padre Herrero se dedicó a la conversión de los infieles en los lustros que corren desde el año 1810 al año de 1825, habíase paseado con aire triunfal el pendón de la libertad y de la emancipación por los numerosos campos de la América española. Por eso "el apostolado del P. Herrero es tanto más admirable, porque ejercido en los borrascosos años de la revolución, cuando los misioneros, sobre no hallar en el Gobierno y en los pueblos cultos favor ni protección alguna, se venían por lo contrario expuestos cotidianamente a mil vejaciones, a los insultos, a los despojos, al encarcelamiento, al destierro. Mas, nuestro valeroso misionero nunca se intimidó ante los peligros y dificultades: no se arredró; quedó firme en su puesto, sufriendo y esperando. Pero, cuando llegó a ver que el huracán de la revolución había asolado los Colegios, destruído las misiones, fugado los misioneros, dispersado a los neófitos; su alma generosa casi desfalleció, no pudo tolerar tanta aflicción, *poco faltó* (son sus palabras) *que no pidiese a Dios la muerte*".

"El iris de paz había aparecido en el horizonte americano: acababa de nacer la República de Bolivia; y el P. Herrero salió entonces de las montañas. Una espina cruel atravesaba su corazón; un pensamiento grande dominaba su alma. Para realizarlo, no pudiendo volver a su antiguo colegio que

ya no existía, se agregó a este de Tarija, a donde llegó a fines de 1828. El pensamiento que le ocupaba era el de reparar las ruinas de la casa de Dios, de congregar las dispersiones de Israel (1)".

En estos términos describe el padre Corrado la decisión del siervo de Dios de intentar la reinstalación de los conventos de misioneros franciscanos de Sud-América, que el vendaval de la revolución había dispersado.

3.—Para emprender esta grande obra, el padre Herrero contaba no sólo con su ilustración sacerdotal que le hacía benemérito ante los poderes de la tierra, no sólo con su virtud acrisolada que le hacía superior a las humanas dificultades; contaba también con el alto predicamento en que se hallaba su nombre en la Curia romana.

Quiso la Providencia que nuestro padre Herrero hubiera sido condiscípulo, amigo y compañero de viaje a América del celebrado padre Cirilo de Alameda y Brea, que, pocos años después en 1817, mientras el padre Herrero se hallaba internado entre los salvajes de Bolivia, fué nombrado general de la Orden por el papa Pío VII; que luego fué sucesivamente arzobispo de Cuba, Burgos y Toledo y que al fin fué cardenal de la Iglesia Romana en su ancianidad venerable en 1858.

El padre Cirilo tenía en gran concepto al padre Andrés Herrero, venerando profundamente sus virtudes apostólicas.

Sin embargo, para decir la verdad llana el padre Herrero no contó para su empresa con otro apoyo que una ilimitada confianza en el auxilio divino.

4.—Con esta confianza característica de los varones de Dios, en 1833 dejó Tarija para poner en La Paz en manos del Supremo Jefe de la República un memorial en que describió el estado de los neófitos de la zona salvaje y los beneficios que reportaría a la joven nación el restablecimiento de las misiones franciscanas con sus antiguos colegios, surtidos de misioneros europeos. El general Santa Cruz aceptó la propuesta y dió curso a las gestiones del padre Herrero.

En consecuencia, viajó a España con señales milagrosas de la protección de lo alto; luego en 1834 entraba en Roma, para tener una cariñosa audiencia del Santo Padre Gregorio

(1) El padre Corrado, obra citada, pág. 305.

XVI, de quién obtiene no sólo la facultad de llevar misioneros a América, sino el nombramiento no esperado de Prefecto y Comisario General de Misiones en Sud-América, oyendo luego de boca del augusto representante de Jesucristo en la tierra aquellas solemnes palabras: *Ite in Americam meridionalem, predicate Evangelium omni Creaturae; Id a la América Meridional, predicad el Evangelio a todas las gentes.*

Para venir a América con los misioneros colectados no tenía el P. Herrero dinero disponible; cuando inesperadamente, Domingo Giodani, rico y honrado comerciante de Génova, sin más motivo que la alta idea que formó de la virtud del P. Herrero y de su empresa apostólica, le franquea su buque en condiciones cómodas para el viaje de todos los misioneros, quienes en abril de 1835 pisaban el territorio boliviano.

Al año de haber llevado a Bolivia los primeros restauradores de las misiones, vuelve el P. Herrero a Europa para aumentar el personal de aquellos apóstoles; y en esta ocasión se pone en marcha a América con ochenta y tres religiosos, que desembarcan en la costa peruana en 1837, remitiendo con destino a Ocopa diecinueve de ellos, y diez de Chile, al colegio de Chillán; los restantes fueron repartidos en Bolivia entre los colegios de La Paz, Tarata, Tarija y Sucre.

5.—De esta manera, antes de terminar sus hermosos días tuvo el celoso padre Herrero el consuelo de ver realizada la restauración de los colegios de misioneros en Sud-América con gozo de la Iglesia católica y de la Orden franciscana, con aplauso aún de los supremos gobiernos de los respectivos países y con verdadera ventaja de la civilización y no menor utilidad de la raza indígena.

Realizada esta obra sin renunciar al proyecto de un tercer viaje a Europa, se puso a recorrer los territorios de misiones de Bolivia, desde Acaro hasta las Salinas; y enfermo y exhausto de fuerza se pone en camino para Tarija.

"Mas aquella vida preciosa iba destruyéndose de día en día, de hora en hora. El 2 de Agosto de 1858 subía la solitaria cuesta de Mendoza (distante más de catorce leguas de Tarija), acompañado de un joven misionero y seguido de algunos neófitos de Salinas. Sintió desfallecerse; pidió le desmontasen, y se sentó al pie de un árbol. Poco después levantó

los ojos empañados al misionero que lo sostenía en sus brazos: era la postrera mirada, la última despedida. Su grande alma desembarazada ya del mortal ropaje, volaba al cielo".

"La oscura muerte de Fr. Andrés Herrero en la yerma montaña de Mendoza, es un retrato de la del gran Javier en la desierta islita de Sanción".

"Dos años y nueve días antes, el P. Herrero había escrito: *Protesto no descansaré hasta que logre morir entre aquellos mis pobres neófitos; porque creo que para mí será éste uno de los favores más grandes que pueda recibir en este mundo, y una de las pruebas más evidentes de las misericordias del Señor para conmigo. Y con razón; porque por testimonio de un buen testigo sabemos que si en alimentar con palabras de vida y cuidar de la familia que se le ha encargado fuese sorprendido de la muerte el siervo fiel y prudente, éste será sin duda constituído sobre todos los bienes, es decir será colocado en la gloria del Señor.* Dios le cumplió sus deseos, y piadosamente creemos que le cumpliría sus esperanzas".

"Los neófitos salineros compusieron el venerable cadáver de su amado padre en su féretro hecho de ramas de árboles, y le cargaron en sus hombres hasta Tarija (1)".

(1) El padre Corrado, págs. 312, 313.—Pueden verse algunas circulares del padre Herrero como Comisario General de Sud-América, en la obrita *Collectio Statutorum &. pro Missionibus, Burdigalex, 1853,* desde la pág. 197 hasta 214, donde sin hipérbole es comparado a Zorobabel como restaurador de la casa de Dios.



# LIBRO SEGUNDO

## Historia de las Misiones bajo el régimen de los padres fray Manuel Plaza y fray Crisóstomo Cimini

---

## Heroicas exploraciones del Pachitea, Palcazu y Pozuzo

---

**1834 - 1852**

*Misioneros que intervienen*: *Laureados con el martirio*: Antonio Gallisano, Crisóstomo Cimini, Amadios Bertona, Feliciano Moretín. *Misioneros*: Manuel Plaza, Crisóstomo Cimini Eusebio Arias, Mariano de Jesús, Domingo López, Pabon, Luis Bieli, Alfonso Roa, Antonio Rosi, Antonio Brigatti, Vicente Calvo, Juan de Dios Lorente, Francisco Avellana, Elías Simonelli, Santiago Pasés, Felipe Martínez, Fernando Pallarés.

---

# CAPITULO XIV

**Exploración de varios ríos orientales por los marinos ingleses Guillermo Smith y Federico Lowe y el ingeniero peruano Pedro Beltrán con el teniente de fragata Ramón Azcárate, cooperando nuestros misioneros padres Plaza, Arias, López, Pabón y Mariano de Jesús.**

**1834 - 1835**

**SUMARIO: 1.—De Lima al Pozuzo. 2.—Del Pozuzo a Sarayacu por el Huallaga. 3.—Comarca de Santa Catalina. 4.—El Ucayali. 5.—Sarayacu: gobierno del padre Plaza. 6.—Los Sensis. 7.—Los Piros, Casibos y Remos. 8.—Despedida del Ucayali.**

## I.—*De Lima al Pozuzo*

Don Antonio Raimondi dice en relación con este viaje: "En el mes de junio del año 1834, llegaba al Callao el navío británico *Sumarang,* al mando del Capitán Paget, el que después de tres meses tenía que regresar a Inglaterra, habiendo terminado el tiempo de sus servicios. Hallábase en este buque el inteligente y abnegado teniente D. Guillermo Smith, el que habiéndose entusiasmado con la lectura de algunos escritos del R. P. Plaza, sobre la región del Mairo y del Pachitea, concibió la idea de ver aquellos lugares y bajar en seguida al Atlántico por el Ucayali y el Amazonas. Así, en vez de regresar cómodamente a su patria en el navío que había servido, prefirió emprender un arriesgado y trabajoso viaje a través del Continente americano".

El teniente Smith manifestó su deseo al cónsul general de su nación, Mr. Belford Hinton Wilson, el que tomó el más vivo interés en proteger la empresa y allanó todos los obstáculos, levantando una subscripción entre sus compatriotas, para cubrir los gastos más indispensables, y obtuvo del presidente de la república, que lo era en aquella época D. Luis José Orbegoso, la promesa de que protegería la expedición".

"El teniente Smith, obtenida la autorización de sus superiores, escogió a un joven y activo oficial, D. Federico Lowe, para ayudarle en su peligroso viaje. El gobierno del

Perú, por su parte, creyó conveniente nombrar una comisión de oficiales peruanos, para que formaran parte de tan importante expedición, y eligió al sargento mayor de ingenieros D. Pedro Beltrán y al teniente D. Ramón Azcárate, los que debían regresar desde Mainas para dar cuenta de su comisión.



**Teniente de fragata Ramón Azcárate**

Los expedicionarios salieron de Lima el 20 de septiembre de aquel año de 1834; recorriendo no sin notables percances y grandes dificultades el Cerro de Pasco, Huánuco y Panao, de donde pasaron al Pozuzo, y donde se convencieron de que no podían pasar de allí al Mairo, para emprender la navegación del Palcazu y Pachitea y entrar en el Ucayali.

### II.—*Del Pozuzo a Sarayacu pasando por el Huallaga: descripción de la comarca del Huallaga por don Pedro Beltrán*

Hubieron de retroceder y emprendieron el viaje por el río Huallaga, del cual hace descripciones muy interesantes

don Pedro Beltrán en su *Diario de viaje*. Ofrecemos a los lectores algunos de sus párrafos, por tratarse de una época en que no abundan las descripciones de nuestro Oriente, especialmente las relacionadas con nuestras misiones franciscanas.

"Los habitantes del Huallaga son robustos, bien formados y un poco más trigueños que los indios serranos. Desde Caracol hasta Chazuta visten el mismo traje, tienen casas de la misma especie y producciones del mismo género. En el idioma, costumbres y aun en las enfermedades endémicas hay algunas diferencias. Las casas tienen la forma cuadrangular: las paredes son de palos amarrados con bejucos, y los techos de palma: ninguna tiene más de una pieza, y no hay dos en que haya una pared común, a excepción de las de los curas".

"El algodón, cacao, café, zarzaparrilla, vainilla, cascarilla, cera de palma y de laurel, caña de azúcar y gran número de otras raíces y resinas se dan en mucha abundancia. Desde Caracol hasta Sión y el Valle, se habla el idioma cholón, de allí hasta Lupuna y Pachiza el ibitos, y de éste hasta Chazuta el quechua. Este último se ha generalizado en el Huallaga y sus tributarios, en donde muchos entienden también el español...."

"El cumplimiento que dos personas de igual categoría se hacen cuando se han dejado de ver algunos días, es el de tomarse y besarse la mano recíprocamente al encontrarse por primera vez. Esta ceremonia la practican los hombres y las mujeres entre sí: rara vez un hombre y una mujer, pero nunca un menor de edad con su mayor; éste se contenta con dar la mano a su inferior, y permitir que se la bese".

"El temperamento no es insoportable como se dice generalmente: los aguaceros y algunas veces el calor del medio día molestan un poco, pero las mañanas y tardes son siempre agradables".

"Estos hombres desconocen enteramente las relaciones que los unen a los jefes superiores, inclusive los de Moyobamba, y de la autoridad suprema no tienen idea alguna: en lo demás obran como máquinas que se resisten a aquello para que no están preparadas, cediendo a las cosas de costumbre sin

examinar la causa de que emanan, ni el resultado que pueden tener, sino porque el misionero se lo enseñó así, único ser a quien ellos respetan".

"En todos los pueblos de que hemos hablado no hay sino tres sacerdotes: el P. Fr. Domingo López en Saposoa, el P. Fr. Eusibio Arias en Tarapoto, el P. Fr. Mariano de Jesús en Chazuta: de los cuales el primero fué mandado a Moyobamba, para desempeñar ese curato; resultando que desde Juana del Río hasta Chapaja no oyen nunca misa y que los que nacen en esos pueblos se bautizan por casualidad. Ellos claman con anhelo por auxilios espirituales, y la religión que es el único punto de contacto que tienen con nosotros, va desapareciendo; de modo es, que si duran mucho tiempo como hasta aquí, volverán a ser lo que eran antes que fuesen los misioneros, y sucederá con ellos lo que con los del Ucayali".

"...El Chipurana es un río pequeño; los derrumbes causados por las crecientes y por los vientos hacen dificultosa su navegación. Puede decirse que desde este río principia el territorio ocupado por tribus enteramente salvajes. Anduvimos en él hasta que entramos en el Yanayacu: éste con menos agua y más palos en su seno, es mucho más molesto: es preciso partirlos para poder pasar y arrastrar las canoas que tocan en tierra con mucha frecuencia; maniobra para la que es necesario que estén los peones casi siempre en el agua. Las noches las pasamos en las pequeñas playas que hay en las orillas de estos dos ríos: en ellas hacían los indios ramadas de palmas, entre las que colocaban sus mosquiteros, poniéndose así al abrigo de la intemperie y de la horrorosa plaga de zancudos".

"El 18 llegamos al puerto de Yanayacu, después de habernos dicho Ruiz, en la víspera, que el cura de Chasuta le había asegurado reservadamente que no pasaríamos a Santa Catalina, porque sublevados los *Campas* contra el P. Plaza, venían a matarnos".

"El 10 a las seis de la mañana mandamos a Ruiz con dos hombres, con el objeto de remitir una carta mía al padre Plaza y de enviarnos gentes para conducir nuestras cargas. Ruiz llegó el mismo día, y cumplió con ambos encargos; y

el 20 continuamos nuestro camino con la gente que nos mandó, y con el auxilio de los víveres que trajeron éstos, pues nosotros ya no teníamos qué comer. En Yanayacu hay muchos mosquitos de día e innumerables zancudos de noche. Y estábamos al abrigo de un pequeño *tambo*".

"El 21 llegamos a Santa Catalina después de haber pasado la noche anterior en un *tambo* colocado en la mitad del camino, que consta de diez leguas. Este es regular: pequeñas desigualdades en el terreno, algunos arroyos que le atraviesan, y uno que otro pantano, lo hacen poco molesto. El bosque es elevado, y los árboles que los vientos derriban sobre el camino lo alargan bastante, porque es preciso dar vueltas para salvar estos obstáculos. El gobernador, el alcalde y demás personas y autoridades del pueblo, súbditos todos del padre Plaza, nos recibieron con mucho cariño; nos hicieron presentes de *chicha* y algunas frutas".

"Dos tarapotinos, que acaban de llegar de Sarayacu, nos dijeron que los setebos que se hallan en el caño de Santa Catalina les habían preguntado por los ingleses y que, según lo que ellos habían observado, debíamos tener mucho cuidado para resolvernos a hacer nuestro paso por ese punto. Uno de los indios del pueblo nos dijo que los infieles del Ucayali les habían prevenido a todos los del pueblo, que si nos acompañaban hasta allá, los matarían a ellos y a nosotros".

"El 22 no nos creímos seguros allí, tanto por lo mucho que interesaron a aquella gente las cosas que se llevaban para los infieles, cuanto porque no teniendo los de este pueblo una autoridad a quien respetar, a excepción del padre Plaza que se halla tan distante, podían cometer un atentado, seguros de la impunidad. Esto nos hizo areglar nuestras armas, no salir de casa y dormir con alguna precaución. Las canoas que había en el puerto de Santa Catalina no eran suficientes para contener nuestras cargas, y aunque la gente que habíamos traído de Chasuta estaba contratada hasta Sarayacu, resolvimos esperar la contestación del padre Plaza. Mientras tanto los de Chasuta nos precisaban a seguir adelante o a que los dejásemos regresar, poniéndonos de este modo en una situación bien difícil, porque si continuábamos el viaje, teníamos que abandonar nuestras colecciones, armas e instrumentos, dejándolos expuestos a perderse; y si permitíamos que estos

hombres se volviesen, perdíamos nuestro único punto de apoyo, que era el puerto de Yanayacu, y en caso de tener que regresar, no podíamos hacerlo. Fué pues necesario detenerlos, primero a fuerza de obsequios, y después haciéndolos embarcar con Ruiz y que navegasen por el Catalina hasta encontrar la contestación del padre Plaza, como sucedió en efecto".

"El 29 en la mañana nos avisó el gobernador el regreso del que había conducido la carta a Sarayacu: nos presentó y nos dijó que el padre Plaza nos aguardaba gustoso, y que mandaba un hombre de su casa con auxilios bastantes para conducirnos a su pueblo".

## III.—*Descripción de la comarca del Santa Catalina*

"El 30 llegó en efecto trayéndonos la (siguiente) carta don Esteban Ruales: "Señor don Pedro Beltrán.—Sarayacu, "24 de enero de 1835.—Mi deseado y esperado señor: En este instante que acabo de recibir su apreciable, remitida del puerto de Yanayacu, he determinado vayan dos canoas al encuentro, para que aligeren las cargas y vengan con algún desahogo. El conductor es don Esteban Ruales, quien los dirigirá a este punto, en donde tendré el gusto de estrecharlos en mis brazos así a U. como a los demás compañeros de quienes soy con el mayor reconocimiento fiel y verdadero amigo.—Fr. *Manuel Plaza*".

"El 31 emprendimos nuestro viaje llenos de júbilo: el río Santa Catalina es poco más o menos como el Yanayacu: es preciso arastrar continuamente las canoas pero tiene menos palos en su seno".

"En la tarde del día primero de febrero encontramos a Ruiz que el Padre Plaza había hecho regresar acompañado de los infieles del pueblo de Llapaya, de quien nos habían contado tantas falsedades. En la mañana del siguiente día fuímos recibidos en Llapaya por el padre: le acompañaba todo el pueblo: él nos abrazó afectuosamente: dos mujeres nos condujeron abrazados hasta la casa que nos tenían preparada, repitiéndonos muchas veces que éramos sus amigos y los hombres nos dieron la mano, y nos dijeron algunos cumplimientos en su idioma. Luego que estuvimos en la casa, el padre nos dijo

que los que se declarasen amigos de uno de nosotros, se obligaban a acompañarnos y tomar parte en nuestros riesgos: que para esto era preciso una ceremonia; que algunos querían ser nuestros amigos y que hiciésemos con ellos, lo que ellos hiciesen con nosotros. A cada uno se nos presentó un salvaje, nos abrazaron, tomaron después nuestras manos que pasábamos alternativamente de sus pechos a los nuestros, y repetimos muchas veces la palabra amigo, mientras la ceremonia duró. Este pueblo consta de cinco casas y otras tantas familias. La forma de las casas es elíptica; los materiales de la misma naturaleza que los del Huallaga, y más cómodas que las de éste. Sus habitantes de la nación pana tienen mucho esmero en pintarse la cara, las manos y piernas, con *huito* y *chambo,* formando dibujos graciosos; tienen agujereados el interior de la membrana que forma la división de la nariz, y las orejas en diferentes partes. El traje de los hombres es un saco largo y sin mangas; el de las mujeres la *pampanilla* (pollera corta que les cubre de la cintura a la rodilla). Tanto los hombres como las mujeres llevan el pelo largo y suelto; tienen grande aprecio a las *chaquiras,* que es su principal adorno, y de las que llevan las mujeres aretes, gargantillas y pulseras. Estas últimas las usan también de dientes de mono. En el agujero de la nariz se cuelgan un pequeño rosario, semejante a la argolla que en algunas partes ponen a los bueyes. Se mantienen del mismo modo que los del Huallaga, con la diferencia de tener pesca y caza más abundantes, mejores y más armas para conseguirlas; pues a más de la cervatana tienen la flecha, arma favorita y de la que saben hacer muy buen uso. También se sirven de la *macana* en sus combates particulares. La macana es palo de chonta, regularmente de 6 a 7 cuartas de largo, de dos dedos de grueso, 4 o 6 de ancho por la parte ofensiva y 2 o 3 por la empuñadura; tiene dos filos, y está adornada hasta la mitad con fajas e hilos envueltos. También ponen por la empuñadura un aza de hilo que desempeña las funciones de dragona, y este instrumento se maneja con las dos manos. La nación a que pertenecen es la dominante en el Ucayali; hacen continuas expediciones contra los mayorunas, remos, capanahuas, amahuacas, campas y casibos. Conservan relaciones de amistad con los sensis, sipibos, cunibos, y

pirros. En sus campañas matan todos los viejos que encuentran, a los hombres a quienes pelean en sus batallas, y a las mujeres y muchachos los hacen sus esclavos, se sirven de ellos y los venden a otros por herramientas u otras cosas de necesidad. El valor es la única cualidad que se aprecia entre ellos, y la venganza su afecto más vehemente.

"...En el nacimiento se reunen los ancianos y dan al niño el nombre de un animal regularmente, y lo soplan muchas veces, para que se separen de él las enfermedades. En dos o tres hojas escriben los ancianos algunos caracteres, y guardan este libro. El padre del recién nacido se mantiene inmóvil en un lado de la pieza, en donde permanece hasta que restablecida la mujer lo sirve algunos días".

"Cuando mueren, en los últimos momentos le entregan sus deudos el libro que en el día de su nacimiento escribieron los ancianos. Si tiene hijos, aconsejan a éstos el valor y la venganza. Después de expirar, los deudos se visten con lo más roto y sucio que tienen: el mayor de los hijos le corta un pedazo de talón que guarda como reliquia: rompen todos los muebles pertenecientes al difunto, menos las herramientas de sembrar que las entierran con él, porque dicen que necesita de ellas para hacer su chacra en el lugar adonde va. El cadáver se sepulta en la misma casa: los deudos lloran tres veces sobre él, y luego se van a vivir a otro lugar distante".

## IV.—*El Ucayali*

"El 3 a las diez de la mañana salimos de Llapaya por el caño de este nombre, y después de atravesar la laguna del caño de Santa Catalina, entramos de once a doce del día en el gran Ucayali. Su ancho, por lo que nosotros creemos, es en la mayor parte el de tres mil varas. El padre Plaza nos aseguró que había lugares en donde era de una legua. Corre muy sereno, y creemos tenga gran profundidad: no nos fué posible puntualizar nada de esto, por la falta de instrumentos. Sus vueltas describen curvas muy suaves: en las crecientes trae grandes empalizadas, y cuando hay vientos fuertes se forma un oleaje que hace volcar comúnmente las canoas: riesgo que se corre cuando se pasa de una orilla a otra o cuando se nave-

ga de bajada, que es preciso hacerlo por el medio. En la subida hay otro riesgo de no menos importancia. En tiempo de creciente el agua se come la tierra que sostiene las raíces de los árboles que están en la orilla, y como la navegación se hace por ella y es lenta, no siempre se puede evitar que a la caída de uno de éstos se llene la canoa de agua, si no la toma una rama y la echa a pique. Si el árbol ha quedado retenido en la orilla, la resistencia que hace al agua forma una corriente por la punta, que cuesta gran trabajo salvar. Venciendo inconvenientes de esta naturaleza, navegamos hasta las cinco de la tarde, en que llegamos a unas casas que se hallan frente al caño de Tipisca. Por este caño hay un camino que conduce a Sarayacu, haciendo el viaje mucho más corto; pero es muy pantanoso, y la parte que hay que andar por tierra es intransitable en tiempo de aguas. Las casas en que pasamos esa noche, son como las de Llapaya (pertenecen también a Setebos o Panos)..."

"El 4 a las siete de la mañana continuamos nuestro viaje hasta el Ucayali por Sarayacu, disfrutando de la magnificencia de este río y de la hermosura del bosque que, extendiéndose desde sus orillas, cubre las pampas del Sacramento, teniendo en su seno la despensa común de muchos miles de hombres. Después de haber caminado una hora, divisamos a la izquierda la montaña, en cuya inmediación habitan los Sensis, que perdimos de vista poco tiempo después. Antes de amanecer llegamos a Moncasuna: lugar que se halla a la orilla derecha del río: hay en él cuatro casas de Setebos, que con el mismo objeto que los de Tipisca habían ido a Llapaya (a una fiesta)".

### V.—*Descripción de Sarayacu: gobierno del padre Plaza*

"El 5 a las seis de la mañana salimos de allí; a las ocho entramos en el caño de Sarayacu; a poco rato pasamos el puerto de la pequeña población de Belén y a las diez desembarcamos en Sarayacu. Todos los hombres del pueblo habían sido mandados por el padre a las inmediaciones del Pachitea, a traer zarzaparrilla, y el padre fué recibido por las mujeres y muchachos con mil demostraciones de júbilo: repicaron las campanas, y la sala y corredores de su casa estaban llenos

de gente, que corría de nosotros con terror, siempre que nos acercábamos. El padre Plaza les dijo que éramos cristianos como ellos, y que nos abrazasen, lo que hicieron en efecto, pero no nos permitían acercar a ellos sino cuando el padre estaba presente. Su temor se disipó y llegaron a familiarizarse tanto con nosotros, que nos fastidiaba ya la repetición de sus visitas".

"Este pueblo es el mejor de todos los que habíamos conocido hasta entonces en la provincia de Mainas. La iglesia es bastante buena; sus altares regularmente adornados y bien provista de todos los útiles para su servicio. La casa del padre es de tapial, espaciosa, cómoda y abundante de habitaciones. Las demás casas del pueblo son como las de Huallaga. Sus habitantes Setebos o Panos: hay algunos Sensis, Conibos, Piros, y pocos Remos, Capanahuas, Campas, Puinahuas, y muy rara vez se encuentra uno que otro Casibo; de quienes a excepción de los Setebos, Conibos y Sensis, todos los demás han sido esclavos".

"Una de las máximas del Padre Plaza ha sido comprarlos, educarlos en su casa y casarlos con personas de Sarayacu, resultando así que una gran parte del pueblo se compone de familias, cuyos padres han sido libertos por él y por consiguiente son adictos".

"El padre, sin más que su genio extraordinario, domina la comarca hace más de treinta años. Principió obedeciéndolos para después mandarlos. Se introdujo en Sarayacu; vivió con ellos igualándose en todo a sus costumbres, aprendió a hacer uso de sus armas, y los acompañaba en todas sus expediciones. De este modo se granjeó su aprecio, conocieron su superioridad, y levantó su trono sobre el sepulcro de cincuenta y ocho de sus compañeros que han sido asesinados, y algunos devorados por las diversas naciones que habitan en el Ucayali, Pachitea y Pajonal; y aún existen en Sarayacu algunos de los asesinos de los misioneros....El padre es completamente tolerante: predica, da buen ejemplo y permite en Sarayacu hombres que no siguen la religión católica, que por consiguiente no van a la iglesia, ni asisten a las funciones religiosas".

"Un Sensi, a quien el padre quería mucho, se hallaba en este caso: trataba al padre con mucha familiaridad, le obedecía en todo, pero no obraba como los cristianos en lo relativo a asuntos religiosos".

VI.—*Los Sensis: excursión del padre Plaza a esta nación*

"Los Sensis se distinguen en todo de las demás naciones que habitan aquellos lugares: usan una pintura permanente que echada una vez en el cutis, no se quita nunca. Las mujeres por lo regular tienen pintadas dos cintas azules, que naciendo de los hombros se reunen debajo del esternón. Todos los de estas naciones se visten en Sarayacu del mismo traje que los Setebos, pero no en su país, en donde viven completamente desnudos. Esta nación es la más belicosa, y además de la flecha y macana usa el *chasutino* y asimismo el escudo o por otro nombre *viche*".

"El *chasutino* es un arma que tiene dos varas, poco más o menos de alto: se compone de un palo de figura cónica con tres o cuatro astas de venado, colocadas sobre una misma línea en la parte más gruesa, que es también su parte ofensiva. La punta sirve para clavarla en el suelo. El escudo es una circunferencia de bejuco, en la que se apoya un círculo de cuero de cervi-cabra: su diámetro es el de dos tercias de vara poco más o menos: tiene también dos asas por la parte inferior para asegurarlo en el brazo, y su adorno se compone de plumas colgadas al rededor".

"La macana es más pequeña que la que usan las otras naciones. Cortada la vara de que forman sus arcos ofrece una sección elíptica, y sus hábitos y modo de vivir no se parecen en nada a los Setebos: ni usan el *mazato* sino cuando están en Sarayacu, y sus creencias religiosas no son como las de los Panos. No estamos bien al cabo de lo que ellos piensan de la religión; pero el padre Plaza nos contó que viendo caer un Sensi muchos rayos, pateaba irritado amenazando a la Divinidad con sus flechas y que decía no ser inferior al fuego que veía. Los Sensis son respetables no sólo por su valor, sino también por su crecido número; pero, como todas las demás naciones del Ucayali, no conocen más jefe que los pa-

dres de familia, viven errantes y sólo tienen algún respeto a los ancianos, de que resulta que pocos se ponen de acuerdo para una misma empresa".

"....Durante el tiempo que estuvimos en Sarayacu vimos hacer algunas justicias a los magistrados que el padre Plaza tiene puestos allí: una de las que más nos llamó la atención fué la que hizo el gobernador a un Sensi que acusaba a su mujer de infidelidad".

"El Sensi se presentó al padre ya armado, y le manifestó la falta de su mujer, y que habiendo sido cometida con un esclavo, en su concepto no debía ser pecado el matarlo. Era digna de verse aquella escena en que el padre presenciaba con serenidad y sin inmutarse las contorsiones más raras y oía las amenazas más feroces, hasta que cansado el hombre quedó tranquilo, esperando la respuesta: el padre llamó entonces al gobernador y le mandó hacer justicia. El gobernador hizo poner en el cepo al delincuente, y dando un látigo al ofendido, le permitió castigase la ofensa con su mano, lo que verificó como fácilmente puede considerarse. Desde este día andaba el Sensi con su mujer, llevándola a todas partes y no atreviéndose a confiar más en ella".

"Los que no estan sujetos al padre, castigan esta falta aplicando una pena horrorosa a la mujer. A la que encuentran infraganti, la atan a un árbol que siempre está cubierto de hormigas (palo hormiguero); luego la azotan, sacuden en seguida el árbol para que las hormigas le caigan encima, y la dejan allí 23 horas. Pocas veces sobreviven estas desgraciadas a tan grave castigo".

"Con este motivo nos contó el padre la expedición que algunos años antes había hecho sobre los Sensis, y la prueba que éstos exigieron de él para considerarlo como amigo".

"Emprendió su viaje con gran número de sus neófitos, de los que le abandonó la mayor parte; llegó por fin con algunos Panos a las casas pertenecientes a esa nación, y puestos en relación con sus habitantes les dijeron que no podrían ser sus amigos, si no tenían bastantes pruebas de su valor. El les ofreció todas las que quisiesen, y entonces se salieron todos de la casa en que estaban, dejándolo solo, y después de hacer dos o tres entradas en ella, armados con sus *chasu-*

*tinos, macanas y viches,* metiendo gran ruido y, en actitud amenazante; observando que el padre aún estaba sereno, vinieron otros armados de arcos y flechas y entraron de igual modo en la casa, templados los arcos y puestas sus flechas en estado de ser disparadas: últimamente colocados a alguna distancia de él, lanzaron sus flechas que cayeron muy inmediatas al padre, pero sin tocarle. Observando entonces que la serenidad que el padre había manifestado al principio no había sido perturbada por sus maniobras, le abrazaron todos, y desde entonces se manejan como amigos de él y como aliados de las naciones que están bajo su protección".

"En otra ocasión que fué de visita a esa misma nación, llevándoles algunos obsequios, lo recibieron llenos de contento, lo precisaban todas las mujeres a que tomase la chicha que ellas habían hecho...."

## VII.—*Los Piros, Casibos y Remos*

"De las demás naciones la Pira es la que se distingue por su mal carácter: son ladrones, asesinos y muy astutos".

"Los Casibos son la plaga más destructora de las naciones inmediatas. En tiempo de verano se vienen hasta las orillas del Ucayali cazando a los Setebos, Conibos y Piros, que se introducen en el bosque para matar animales. Remedan perfectamente a los cuadrúpedos y aves, y de este recurso se valen para engañar a los cazadores y cazarlos a ellos. No solamente se comen a las personas que no son de su nación, sino que se matan entre sí; y con este objeto avisando antes a la mujer la muerte del esposo, al hijo la del padre, y al contrario, asisten los deudos al banquete preparado con la carne de su relacionado, de la que obtienen la presa de preferencia, como la cabeza, los talones y demás partes membrosas. No tienen amistad con ninguna otra nación; no les es posible proporcionarse herramientas para fabricar canoas, y de aquí un bien a la humanidad, porque sólo tienen pequeñas balsas, con las que no les es fácil dar caza en el río a las canoas de las otras naciones. Siempre que encuentran alguna canoa, procuran atraer a las personas que van en ella, con demostraciones de cariño y amistad, pero, una vez en su poder, les aseguran muy afectuosamente y como si les dieran una noticia satisfactoria,

que no han de desperdiciar nada de sus cuerpos, lo que hacen en efecto. No tienen otra arma que la flecha. No hemos visto sus arcos, pero sus flechas tienen casi el doble de largo que las de las otras naciones".

"El padre Plaza nos contó que un muchacho de ocho a diez años perteneciente a ésta y que tenía él en su casa, persiguió un día a otro menor con el objeto de matarlo; reconvenido el agresor, dijo al padre que tenía hambre, e igual contestación había dado a su amo otro Casibo a quien se encontró en el momento de extender el arco y cometer el homicidio, acción que le costó la vida y que demuestra la imposibilidad que hay de tener amistad con tan feroz gente".

"El padre hizo venir a Sarayacu a uno de ellos, esclavo de un Conibo, el que nos miró con mucho desprecio, se incomodó porque le veíamos con atención y salió de la pieza en que estábamos luego que le dirigimos la palabra".

"Hay en Sarayacu hombres y mujeres pertenecientes a la nación Rema en mayor número que de las otras, con quienes los Panos están en guerra, porque es la que más frecuentemente sufre las incursiones de los vecinos de este pueblo, y todos son esclavos o libertados por el padre Plaza. Tienen pintura permanente como los Sensis, pero sólo en la cara, y nunca en el pecho. Sus armas son la macana y la flecha; la vara de que es formado su arco tiene figura cilíndrica y sin ningún adorno. En lo demás son como los Sensis. Hay otras muchas naciones en el Ucayali; pero nosotros no hemos podido adquirir idea exacta sino de éstas".

## VIII.—*La expedición se despide del Ucayali*

"Desde que nos reunimos al padre Plaza, nos aseguró que se verificaría el viaje tan luego como pasasen las aguas, y nosotros estuvimos llenos de esperanza, hasta que al día siguiente de nuestra llegada a Sarayacu, se informó de los recursos con que contábamos para satisfacer los gastos que teníamos que hacer, y admirándose de que hombres tan pobres hubiesen emprendido viaje tan costoso, nos hizo ver lo imposible que era cubrir los gastos con lo que teníamos. Ya sin recursos de ningún género, resolvimos pasarle (una) nota:

"Expedición de Pachitea.—Sarayacu, febrero 6 de 1835. —Al R. P. Fray Manuel Plaza.—R. P.: Como he dicho a su P. R. en mi anterior, los que componemos esta expedición tenemos que dar cuenta a nuestros respectivos gobiernos, de lo más pequeño de lo que ha sucedido durante el tiempo de nuestra comisión, y como V. P. nos ha dicho en la mañana de este día después de examinar los efectos que tenemos para continuar nuestro viaje bajo la protección de V. P. y con sus auxilios, que no sólo no eran lo bastante, pero ni aun lo necesario para la compra de los víveres que necesitamos en dicha expedición, después de deducir lo indispensable para la conducción de los señores Smith y Lowe hasta el Pará, y la del teniente Azcárate y la mía, hasta Moyobamba, espero que V. P. se digne repetirme en contestación lo que nos tiene dicho de palabra, pudiendo agregar, si fuere de su agrado, las reflexiones que sobre el particular y en virtud de sus conocimientos puede hacer.—Dios guarde a V. P.— *Pedro Beltrán*".

"Que fué contestada con la (siguiente): Señor Comandante.—Misión de Ucayali.—Sarayacu, febrero de 1835.— Al señor don Pedro Beltrán: Impuesto del contenido de su nota, del día de ayer, debo decir que con la mayor prolijidad me he hecho cargo de los efectos que han conducido para emprender el viaje por el Pachitea; y como para esta gran obra se necesita llevar doscientos o trescientos hombres de este país, es imposible el que los referidos efectillos puedan sufragar ni aún el acopio de vívires para manutención de los que nos acompañen; pues de este punto al Pachitea se cuentan de quince a veinte jornadas y al Mairo ocho a diez, y en una expedición semejante debemos hacer cuenta con los atrasos y otros obstáculos que siempre ocurren. A más de lo dicho, la estación presente es muy rigurosa, pues la inundación de los ríos no da lugar a poder tener seguro campamento, siendo sólo el tiempo más oportuno el de los meses de agosto, septiembre y octubre. Todo lo que pongo en su noticia, para que el supremo gobierno disponga lo que más fuere conveniente. Dios guarde a Ud.—*Fray Manuel Plaza*".

"De esta última se colige el pequeño gasto que hay que hacer para empresa tan grande; y de lo que nosotros hemos visto, resulta que fácilmente se podrá conseguir en los

días del padre Plaza; porque faltando él, encontraríamos frecuentes celadas y tendríamos que derramar mucha sangre"

"El padre Plaza continuó favoreciéndonos en cuanto estaba a su alcance en los treinta y cuatro días que estuvimos con él, en los que conocimos bastante bien la diferencia de fortuna que hay entre los habitantes del Ucayali y los del Huallaga. Los primeros tienen en su seno la vaca marina. Es un pez que tiene la caja del cuerpo de figura elíptica, la cabeza parecida a la de la vaca de tierra, con la diferencia de que sus ojos y orejas son muy pequeñas y el hocico muy abultado, la cola es un sector del círculo, y tiene dos aletas en los costados. Los otros tienen muchos peces, y en su orilla se encuentra con frecuencia la *charapa* o tortuga de agua dulce. En tiempo de verano hacen aceite del huevo de la charapa y matan la vaca marina sin otro objeto que el de hacer manteca, la que venden en cambio de herramientas y otras cosas a los brasileños que se hallan en Taratinga. También les venden sus canoas, que, por ser de mejor madera que las que hay en el Marañón, tienen en mucho aprecio".

"Pasamos treinta y cuatro días en Sarayacu, observando la apostólica conducta del padre; quien, como a sus hijos, manda, cura, socorre y enseña a todos los habitantes del pueblo. Tuvimos mucha amistad con los infieles: nos trataban con cariño mientras permanecimos en su compañía e hicieron muchas demostraciones de sentimiento a nuestra despedida".

"El día 6 de marzo emprendieron su viaje para el Marañón los señores Smith y Lowe, y el 10 salimos nosotros para el Huallaga acompañados del padre Plaza.....La noche del 10 dormimos en Llapaya y navegamos el río de Santa Catalina desde el 11 hasta el 14, en que llegamos al punto del mismo nombre. Pasamos allí el día 15 recibiendo como en todas partes los favores que el padre nos prodigaba. Los indios lo miran con una adoración extraordinaria. Su llegada a uno de esos pueblos es la señal del contento....Los días 16 y 17 los empleamos en andar el camino que hay de Santa Catalina al puerto de Yanayacu....El 19 al anochecer volvimos a ver el Huallaga y el 20....llegamos a Yurimaguas, en donde es cura el doctor don Julián de Casti-

llo Rengifo....Hasta aquí nos acompañó el padre Plaza, del que nos despedimos con gran sentimiento el día 23".

"Los Panos siguieron con nosotros, y ese día entramos en el río Paranapuras que surcamos hasta el pueblo de Muniches, en el que pasamos la noche".

"El 24, 25 y 26 subimos este río, en el que dejamos a la derecha el camino que conduce a la ciudad de Jeveros, cuya población es de tres mil almas...que tiene por cura al R. P. Pabón, de la orden seráfica, quien también desempeñaba entonces las funciones de gobernador político..(Larraburre y Correa, T. 2, pág. 113, T. 11, pág. 22) (1).

---

## CAPITULO XV

### Se reanudan las misiones orientales.—Viajes de los padres Plaza y Cimini.

### 1840 - 1847

**SUMARIO: 1.—El encuentro con el padre Plaza. 2.—Expedición al Pachitea. 3.—Navegando el Pachitea. 4.—Los Cashibos. 5.—El Yungaroyacu. 6.—Vuelta a Sarayacu.**

1.—Instalados en Ocopa los religiosos remitidos por el padre Andrés Herrero en el año de 1838, sin pérdida de tiempo se pusieron al habla con el padre fray Manuel Plaza, pidiéndole datos del estado en que se hallaban las misiones, y ofreciéndose a hacerle compañía y ayudarle como era debido en su apostólica tarea.

El amable lector puede figurarse la alegría que inundaría el corazón del padre con aquellas nuevas, que prometían poner término a su largo cautiverio. Dió respuesta a las cartas, haciendo reseña de lo sufrido por él y de los desme-

(1) Por lo que hemos seleccionado de la relación del señor Beltrán, verá el lector el renombre de que gozaba justamente el padre Plaza en la región de nuestros salvajes orientales, y al propio tiempo formará concepto del aislamiento en que se hallaba dicho misionero, que no era sino relativo, pudiendo ponerse en comunicación con regular número de religiosos y sacerdotes en la comarca del Huallaga.

dros padecidos en los antiguos centros de misiones; pero dando esperanzas seguras de la facilidad con que podían emprenderse las tareas suspendidas.

Hubo mutua alegría de una y otra parte con estas noticias, y en Ocopa se hicieron los preparativos del caso para entrar a las montañas con lo necesario para tal empresa. Y en 1840 se pusieron en marcha para el Ucayali el padre fray Crisóstomo Cimini (1) y el lego fray Luis Bieli, ambos italianos.

Después de larga travesía llegaron estos dos religiosos al Ucayali, causando allí general regocijo y expansión indefinible al padre Plaza. Llegó también allí el hermano Alfonso Roa, donado de estimables prendas y dotado de religiosas virtudes, que se había dedicado en el Cerro de Pasco a recoger limosnas, para atender con los útiles necesarios a las misiones que debían ser reanudadas.

Y vistas las buenas cualidades que acompañaban al hermano Roa para aquel oficio de limosnero le encomendaron lo continuase, y en efecto salió del territorio de misiones para seguir la misma ocupación, tan ventajosa para las misiones. Y a este empleo dedicó el resto de su vida, remitiendo en breve espacio desde el Cerro doce cargas al Ucayali: desde Huánuco siete cargas y contribuyendo más tarde con sus limosnas a la apertura del camino que conduce de Muña al Pozuzo.

2.—En cuanto al padre Plaza, era natural que sintiese nostalgia de respirar ambiente civilizado; por lo cual trazó una expedición al río Pachitea, para de allí pasar a la ciudad de Huánuco, evitando los peligros y dispendio de tiempo inevitables con la vuelta por el Huallaga. Emprendió su viaje en el verano en compañía del padre Cimini.

Las circunstancias de este viaje las relata el padre Plaza en un *Diario* (1) que escribió y que verá el lector a continuación:

"Muchos años son que yo tenía el proyecto de abrir un camino un poco más cómodo que el del río Huallaga para sa-

(1) El apellido de este benemérito padre y mártir de nuestra montaña es Cimini, que en italiano suena como en español Chimini.

(1) Este *diario* y los que publicaremos en seguida se hicieron del dominio común en "El Comercio" de Lima, desde el No. 938 en adelante.

lir de este punto a la ciudad de Huánuco; pero jamás pude lograr el que se realizasen mis deseos por falta de recursos, pues en todas partes si no hay con qué nada se hace. Me animé aún más en estos últimos tiempos, cuando vino a mi compañía el padre Fr. Juan Crisóstomo Cimini, individuo del colegio de Ocopa, y hallábamos la empresa no solomente útil a los habitantes de los pueblos inmediatos a Huánuco por varios artículos que habrían podido extraer de estas montañas, sino sumamente provechosa para el adelantamiento de misiones, y para reducir algunas de las tantas almas que ha-



**Río Palcazu**

bitan en las márgenes de los ríos Pachitea, Palcazu, Pozuzo y Huancabamba, las cuales están sentadas en tinieblas, y en sombra de muerte; pero siempre se nos imponía el mismo obstáculo. Por el mes de Junio estuvo en esta el ilustrísimo señor doctor don Juan María Arriaga, dignísimo obispo de Mainas, y yo le comuniqué mis designios suplicándole al mismo tiempo que se dignase contribuir con alguna limosna, para efectuar la expedición premeditada. Aprobó nuestra determinación su señoría ilustrísima, y nos entregó gustoso

una buena cantidad de tocuyos con otros varios objetos, para el pago de los indígenas que nos habían de acompañar. Luego que recibimos este socorro nos pusimos a preparar un buen acopio de fariñas, que es el único recurso que hay en estas partes para una navegación algo dilatada, componer las canoas, y algunas armas de fuego que teníamos en nuestro poder; y estando ya todo listo, bajamos al río Ucayalí para emprender nuestra marcha el día 13 de septiembre".

"El 14 se pasó en trasportar las cargas de fiambres, bebida, de los remeros, etc. del pueblo al embarcadero, se alistaron las canoas, y como a las tres de la tarde salimos de ese punto, y llegamos al anochecer a la Yarina, corta población, donde hay unos quince matrimonios de la nación de los Setebos. El 15 salimos al amanecer, y aportamos en la tarde en la playa de Chanchahuayu, pueblo habitado por unas pocas familias de Cunivos. El 16, continuando nuestra ruta, pasamos el río Cuschabatai, notado en el mapa del R. P. Sobreviela con el nombre de río Manoa, y dimos en tiempo en la playa de Baranto, donde los Cunivos flecharon a los padres Salcedo, Cabello, y Santa Rosa, hace ya más de ochenta años. El 17 pasamos el río Chunaya en el pueblo del mismo nombre habitado por los Cunivos; y el 18 llegamos a Contamaná, población abandonada de los mismos desde el año 20, pues es preciso advertir que los moradores del Ucayali no tienen lugar permanente; hoy hacen su pueblo en un punto, y mañana ponen sus trastos en una canoa, y se van a vivir a otra parte conforme les da la gana".

"El 19 llegamos a Cashivoya, y el 20 bajo la embocadura del río Pisqui, en cuyas márgenes tiene tres pueblos regulares la crecida nación de los Shipivos. En las cabeceras del Pisqui se encuentran minas de sal de muy buena calidad, y diferentes colores, pero es dificultoso el sacarla, porque las canoas no pueden llegar hasta la salina por razón de la mucha corriente y de las grandes piedras que tiene el río en su centro".

"El 21 pasamos la noche en Shanuya, el 22 en Roabaya, el 23 en Yerteboya, el 24 en Cansimaxi, y el día siguiente en la embocadura del pequeño río Cayaría, donde habita una gran parte de la nación Rema; desde Cayaría llegamos en siete días a la confluencia del Pachitea; con que de Sarayacu se cuentan 18 jornadas de surcada hasta este último,

y se puede ir aún en quince días si se apresura la marcha, lo que nosotros no podíamos hacer a causa de las muchas canoas que venían en nuestra compañía".

3.—"Llegamos pues el 3 de octubre a la desembocadura del Pachitea, e hicimos nuestro campamento en una playa muy espaciosa que se encuentra enfrente del río. Allí nos detuvimos por espacio de tres días para esperar a algunos de nuestros compañeros que se habían atrasado, y también para proveernos de caza y pesca, las que se hallan en esos parajes en mucha abundancia. La mañana del día seis se formó toda la gente, y se numeraron 220 hombres, a cuya cabeza se puso don Narciso Sinacaisha, gobernador del pueblo de Sarayacu. Los indios iban armados de arco y flecha, menos unos 20 de ellos que cargaban fusil. El Pachitea desemboca en el Ucayali de Sur a Norte; hallándose un poco crecido tiene 7 cuadras de ancho poco más o menos; su profundidad es mucha por lo que se puede calcular del exterior, pero nos fué imposible saber cuánta sea precisamente por falta de instrumentos".

"Entramos en el río Pachitea el día 7 de octubre con toda la comitiva referida en 30 canoas de todo tamaño, y para precaver algún acontecimiento imprevisto de parte de los Cashibos, dispusimos que dos canoas pequeñas fuesen siempre de avanzada, las que cumplieron exactamente con su comisión. Después de haber andado más de seis horas fué preciso aportar por la mucha lluvia que caía; y porque ya se aproximaba la noche, nos quedamos allí al abrigo de una ramada que se formó a propósito, de hoja de caña brava. El día siguiente proseguimos nuestra ruta, y como a las tres de la tarde dimos fondo en una isla de bastante magnitud bajo la embocadura del río Calliseca, que entra en el Pachitea por la derecha. En la misma banda reparamos que el monte era transitado por los infieles".

"El día nueve continuamos la surcada, y aportamos al anochecer en otra isla llamada Huani-Nasi. Allí se encontró una flecha de los Cashibos, no sé si llevada por la corriente, o dejada por ellos cuando iban a hacer la pesca. Este día no ocurrió cosa digna de notarse, sólo se vieron varios caminos de infieles en las dos márgenes de un riachuelo que desemboca por la derecha; y una balsa cortada (mejor fuera decir

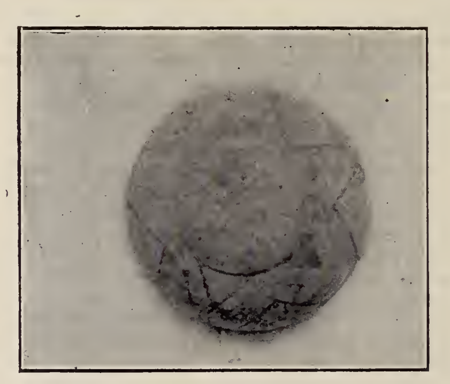
mascada) con hacha de piedra, compuesta de cinco maderos medianos, de que se valen para bajar por el río, y chimbar (1) a la banda opuesta, porque los Cashivos carecen de canoas. El 10 sucedio lo mismo que en el día anterior."

"El 11 por la mañana hallamos una chacra de plátanos a la orilla izquierda de donde sacamos una corta provisión. Cerca del medio día los de la avanzada repararon que los Cashivos atravesaban en tres balsas de una banda a otra del río. Llegando a este punto, saltamos algunos a tierra, y fuimos a reconocer el monte para ver si podíamos hallar sus casas. Seguimos por el bosque como una hora por una vereda de los infieles, y viendo que nada parecía, regresamos al río, en cuya orilla derecha encontramos una chacra muy grande de maíz, sembrado sin método ni regla, por lo que no podrá dar fruto ninguno, o lo dará en muy escasa cantidad. Ese día pasamos la noche en una playa inemdiata".

"El día doce salimos muy temprano, y a corto trecho encontramos chacras de plátanos, papas, yucas y papayas, todo en muy corta cantidad, menos la papaya, la que abunda mucho en todas las chacras de los Cashivos. A cosa de las once los de la avanzada oyeron ruido de gente dentro del monte a la orilla izquierda mientras iban a pasar; los infieles despidieron una flecha, la que no causó lesión alguna. Llegamos en seguida nosotros, entramos en el monte y no vimos a nadie, pues los Cashivos tomaron las de Villadiego; sólo hallamos una chacra de plátanos, donde había también escasa porción de algodón. Volvimos a las canoas, pasamos a la banda opuesta, y mientras nos disponíamos para continuar la marcha, asomaron tres Cashivos a la otra banda del río, uno de los cuales preguntaba a gritos: qué gente éramos, adónde íbamos, y por qué. A lo que contestó primero el gobernador Sinacaisba, que éramos cristianos, que íbamos con buena intención sin hacer daño a nadie, y que no tuviesen recelo. En seguida les hablé yo exhortándolos a que se hicieran nuestros amigos, y que serían socorridos con herramientas, y otras cosas que son de necesidad para la vida humana. Quedó un rato suspenso el orador Cashivo, consultó el partido que había de tomar,

(1) Chimbar es peruanismo derivado del verbo quechua Chimpay, pasar de una margen a otra.

y después nos ofreció el hacerse amigo a la vuelta inmediata del río, por ser el lugar más a propósito. Aquí sucedió una cosa que da a conocer la estupidez y la degradación de esos infieles de todo el resto del género humano; y es, que mientras yo estaba hablando, se me acercó un perro, y el Cashivo me preguntó ¿qué laya de gente es esa que tienes a tu lado? Le contesté lo que era y seguimos adelante, nosotros por el río, y ellos por el monte. Llegamos al punto convenido, lejos de encontrarnos con gente, vimos que los Cashivos habían in-



**Cerámica de Cashibos**

cendiado los ranchos de sus habitaciones, dos de los cuales quedaban aún en pie y ellos se habían internado monte adentro. Allí se encontraron varias esteras de palma mojadas de sangre, y porción de cabello humano. Este día nos quedamos en la embocadura de la cueva de *Cuñuc-yacu,* (1) que entra por la izquierda; y se le dió ese nombre por tener un manantial de aguas termales cerca de la confluencia".

(1) Palabra compuesta quechua: *cuñuc,* caliente, *yacu,* agua.

"El día 13 por la mañana hallamos a la banda izquierda el río Pichis, (1) que es de los más caudalosos tributarios del Pachitea. A las diez descubrimos siete u ocho balsas a orillas de la misma banda, por las que inferimos que en el monte habría alguna emboscada. Fuimos a reconocer el sitio, y encontramos seis ranchos recién formados: estando a media cuadra de los dichos, comenzaron a salir hombres gritando descompasadamente, y arrojando una lluvia de flechas sobre los nuestros: éstos se resistieron al principio, los fugaron en seguida, y cogieron a cuatro: de ellos dos párvulos y dos adultos: los párvulos fueron bautizados inmediatamente. Los Cashivos no hirieron más que a uno de los nuestros por la destreza de éstos en hacer quite a la flecha, y por ser el arco de ellos demasiado grande, la flecha asimismo desproporcionada y sin pluma en la parte que no ofende, por lo que no se le puede dar buena dirección. En las habitaciones de los Cashivos se encontraron varias hachas de piedra, cuchillos de la misma sustancia, cestos de bejuco bien trabajados, esteras de palma que les sirven de cama, una escasa porción de hilo de algodón, unas pepitas silvestres de las que usan en lugar de la chaquira, y otras frioleras semejantes. El mismo día al anochecer dieron noticia los de la avanzada que habían visto otra ranchería de infieles, por lo que determinamos seguir al día siguiente".

"El 14 por la mañana cercaron los nuestros dicha ranchería, y el primer saludo que recibieron de los Cashivos fué un flechazo en el pecho al que iba delante. Viendo éstos que las cosas iban de mal en peor, descargaron sobre ellos con tal vigilancia, que casi concluyeron con todos, y prendieron a 14 entre grandes y pequeños. De allí proseguimos la surcada, y a cosa del medio día dejamos a mano derecha la embocadura de un río de regular magnitud, a la izquierda varias chacritas de plátanos y maíz con algunos ranchos de infieles. La tarde ese día acampamos en una playa a la orilla derecha".

5.—"El día 15 pasamos muy temprano un riachuelo a la izquierda, a quien se dió el nombre de Santa Teresa, por su

(1) Los viajeros confunden aquí con el Pichis alguno de los pequeños afluentes del Pachitea.

mismo día. En todo el resto de la jornada no ocurrió novedad alguna, sólo se vieron chacras, caminos, balsas y ranchos de infieles, como en los días anteriores. El 16 dejamos varias quebraditas que entran en el Pachitea de una y otra banda, y a las cinco de la tarde llegamos a la confluencia del río Pozuzo (1). Desde este punto se descubre a la distancia de dos leguas el tan nombrado y deseado cerro de San Martín; aunque a mi entender los que desean ir a él fundan en vacío sus esperanzas. Nosotros no fuímos porque no teníamos motivo alguno para ir".

"El 17 proseguimos la surcada por el río Palcazu, dejando el Pozuzo a la derecha; en el tránsito encontramos dos quebradas que confluyen para la izquierda, y otra a la banda opuesta; también hallamos dos balsas, y algunos caminos de infieles. A las nueve del día llegamos al Mairo, que es una quebrada tan corta que en la confluencia apenas tiene bastante agua para dar de beber al viajero. Desde Mairo hasta el antiguo pueblo del Pozuzo abrió un camino suficientemente cómodo el R. P. Fr. Luis Colomer, individuo del colegio de Ocopa, hace ya como cincuenta años".

"Nosotros nos internamos en el monte para ver si podíamos hallar algún vestigio del antiguo camino, pero no nos fué posible; buscamos si por acaso había algún palo cortado con hacha de fierro; y tampoco se halló nada, sólo vimos dos ranchos de infieles en la misma forma que los que habíamos hallado en el Pachitea, y un camino de los mismos, el cual se iba ensanchando progresivamente, conforme que lo seguíamos . A eso de las dos de la tarde se levantó un temporal muy recio y nos vimos precisados a volver a las canoas. En la orilla derecha del Mairo formamos un cruz de un sauce, y mandamos derribar un palo con hacha de fierro para que constase que habíamos llegado hasta ese punto. En seguida regresamos a la embocadura del Pozuzo. Mientras tanto se iban acabando las provisiones, la gente que nos seguía estaba ya muy desanimada, y resuelta a volverse atrás; por lo que tomé el partido de regresar desde allí a esta de Sarayacu. El P. Fr. Juan Crisóstomo Cimini se determinó surcar el río

(1) En este punto confunden el Yungaroyacu con el Pozuzo, error que les obligará días más tarde a tomar la vuelta para Sarayucu.

Pozuzo hasta donde le fuese posible con dos canoas medianas, y 15 hombres en su compañía".

"El día 18 de octubre yo bajé la confluencia del Pozuzo y llegué a Sarayacu el 26, y mi compañero ese mismo día siguió aguas arriba. A corta distancia de la desembocadura encontró una balsa construída de la misma madera que las de los Cashivos. También salvaron tres malos pasos causados por las grandes piedras que se hallan en el medio del río muy bajo, aunque se pueden evitar fácilmente arrastrando la canoa por la orilla; pero estando crecido el río pasa la canoa por el medio sin peligro ninguno; así les sucedió cuando volvieron de bajada. La tarde aportaron en una playa donde oyeron gritos de gente, pero a nadie vieron".

"El 19 continuaron la surcada, y como a las 10 del día encontraron un rancho a la banda izquierda, mucho más grande que los que se habían visto hasta entonces; hicieron ruido en los bordes de la canoa para ver si asomaba algún hombre y saber qué gente era, y no apareció nadie. A corto trecho vieron tres balsas como las anteriores, en seguida encontraron varias chacras y purmas (1) a uno y otro lado del río con las mismas producciones que las del Pachitea. Este día pasaron la noche en una pequeña isla, en cuya inmediación había dos ranchos de infieles".

"El 20 salieron a la madrugada, y desde el punto de la salida continuaban las chacras, balsas y ranchos como en el día anterior. Al medio día se hallaron en la desembocadura de un río, que entra por la derecha, poco menor en magnitud que el principal que seguían. Allí estuvieron un rato suspensos sobre cuál dirección debían tomar; pero el padre Cimini, fundado en que el río que viene del pueblo del Pozuzo había de tener chacras en sus márgenes, de los vecinos de dicho pueblo, en que había de haber palos cortados con herramientas y en otros cálculos que él hacía, y no viendo allí más que vestigios de infieles, se resolvió a seguir por la izquierda, dejando el mencionado río de la derecha, el cual, según vimos después en el diario del señor don Pedro Beltrán, dado a luz en Arequipa el año de 1840, es el mismo río de Pozuzo, y el que surcaron es el Huancabamba. A corta distancia vieron una chacra

(1) Plantaciones abandonadas en que va predominando la selva.

de plátanos, donde hallaron la mitad de un arco igual y uniforme al que habíamos visto en el Pachitea, de lo que se infiere que son Cashivos también los habitantes de Huancabamba y Pozuzo (1)".

"El 21 y 22 siguieron la surcada, pero inútilmente, porque ya habían perdido la dirección para salir a Huánuco. La tarde del 22 hallaron el río muy bajo, de suerte que era forzoso arrastrar las canoas en algunos puntos: a esto se añadía la falta de provisiones, por lo que determinaron regresar, lo que efectuaron saliendo de Huancabamba el 23 de octubre, y llegando a Sarayacu el 29, bien entendido que en el Ucayali andaban día y noche, por ser un río que proporciona una navegación libre de todo riesgo".

"Los hombres entre los Cashivos andan enteramente desnudos y las mujeres adultas usan un taparrabo de cuatro dedos de ancho, de hilo o de algodón muy mal tejido, o bien de una hoja silvestre, que aquí llaman *achari*, de que forman también la cuerda para sus arcos. No tienen otra arma que los arcos y la flecha. El arco de ellos tiene hasta dos varas y media y aún tres de largo, es llano en la parte interior, y en la exterior tiene la figura de un semicírculo. Las flechas, del mismo modo, muy desmedidas, y no las guarnecen de plumas. No usan pintura alguna, como las demás naciones del Ucayali, y tienen siempre guerra abierta con todas ellas. Hablan con poca variación el idioma cunivo, el cual se puede decir que es general en el Ucayali, a excepción de los Maparis, Puinahuas, Piros y Campas, que tienen cada uno el suyo distinto de los otros. Los Cashivos son antropófagos, y no sólo se comen a los de otras naciones, sino también a sus mismos deudos, como consta de lo que sucedió en esta expedición, y es, que mientras bajaban el Ucayali murió uno de los párvulos que habían cogido. Luego que le vió muerto una mujer adulta, agarró al parvulito y ya lo iba a descuartizar para asarlo a la candela; acción que causó horror a todos los circunstantes".

"El río Pachitea no tiene ninguno de los malos pasos que se encuentran en el Huallaga, y lo mismo sucede en el Pozuzo unido al Huancabamba, a excepción de los tres de que hice

(1) Es mucha la confusión con que habla el padre Plaza en materia de ríos: los viajes posteriores aclararán el punto.

mención anteriormente. Tiene bastante provisión así de caza como de pesca, especialmente cerca de la confluencia con el Ucayali. No tiene la plaga de zancudos, y no hay tampoco muchos mosquitos. Desde Sarayacu hasta el antiguo pueblo del Pozuzo se puede llegar en menos de 30 días, y de bajada en menos de 12. Todo lo que pongo en noticia de su señoría ilustrísima, para su inteligencia y gobierno.

*Fr. Manuel Plaza.—Fr. Juan Crisóstomo Cimini.*

---

## CAPITULO XVI

### Nuevas exploraciones del padre Cimini y del padre Plaza

### 1842

**SUMARIO: 1.—A la Capital. 2.—El Pozuzo. 3.—Percances en el río Pozuzo. 4.—Tempestad. 5.—El equívoco del año anterior.**

1.—No les convenía a los misioneros de Sarayacu ignorar las condiciones en que se hallaba la vía del Palcazu y Mairo para salir a Huánuco sin pasar por el río Huallaga. Y teniendo en cuenta la importancia de esta obra, el padre Plaza dispuso el año 1842 que el padre Cimini saliese del Ucayali al Huallaga y volviese a Sarayacu por la vía mencionada, para dar cuenta del estado de esta ruta.

El valeroso misionero dió cumplimiento a este plan con toda presteza, tino y habilidad. Los pormenores de este viaje se hicieron del dominio público por la prensa de Lima y contribuyó a su notoriedad el conde de Castelnau, al publicar las memorias de su expedición al Ucayali.

El hecho se hizo público en la prensa con el título de *Segundo viaje de los PP. Fr. Manuel Plaza y Fr. Crisóstomo Cimini, por los ríos Pozuzo y Pachitea.—Relación dirigida por el padre Plaza al Obispo de Mainas, y es como sigue:*

1.—"Ilustrísimo y reverendísimo señor obispo de esta diócesis de Mainas.—En cumplimiento del artículo 7.° del superior auto de Visita de U. S. I., me cabe el honor de ha-

cerle una relación breve del viaje que yo y fray Juan Crisóstomo Cimini, mi compañero, hemos realizado por los ríos Pozuzo y Pachitea con el fin de avivar las casi perdidas misiones de las pampas del Sacramento".

"No habiendo surtido pleno efecto la expedición que hice el año anterior para trasladarme a los pueblos de la sierra por la vía del Mairo, de cuya apertura han de resultar, si Dios fuere servido, tanto la reducción y civilización de los infieles de las pampas del Sacramento, como el comercio de las producciones del país; dispuse que dicho padre Cimini y el hermano Roa marchasen a Huánuco por el Huallaga, a fin de que tomando de aquella ciudad el camino de Chaglla y Muña, me encontrasen en el antiguo pueblo del Pozuzo. Designamos, pues, el 30 de agosto para este encuentro, el que si bien no se ha verificado, creo no obstante que está bosquejado el camino mencionado del Mairo y notadas las dificultades que hay que allanar, según la narración del padre Cimini, que es como sigue:"

"Habiendo salido de Sarayacu el 4 de abril, llegué a Huánuco el 4 de junio; y lo hubiera verificado en menos tiempo, si no me hubiera sido preciso demorarme diez días en los pueblos de Santa Catalina, Chasuta, Juanjuí y otros puntos del tránsito. De Huánuco pasé a la capital del Perú para proveerme de algunos efectos necesarios para cubrir los gastos de la expedición y para ir sosteniendo estas misiones. Allí se emplearon unos quinientos pesos, que fueron el producto de cera, tabaco y otras frioleras extraídas de estas montañas, como también del estipendio de algunas misas que habíamos anteriormente aplicado. Hecha esta diligencia, pasé al colegio de Ocopa, donde fuí socorrido con una limosna de cien pesos. De allí me trasporté al Cerro de Pasco para reunirme con el hermano Roa, quien durante mi ida y regreso de Lima había colectado de la piedad de los fieles la limosna de cien pesos en dinero, y la de cerca de doscientos cincuenta en efectos, compuestos en su mayor parte de fierro. Resulta pues, que de todo lo expresado viene una remesa que importa mil pesos poco más o menos, inclusive los gastos de fletes y conducciones."

"El 14 de agosto salí del Cerro, después de haber encargado al hermano Roa que condujese la carga por el río Hua-

llaga, pues yo dudaba si podría o no navegar el Pozuzo, y si se verificaría mi encuentro pactado con el padre Plaza. El 16 llegué a Huánuco, donde el señor subprefecto, don Jorge Durand, tuvo la generocidad de franquearme tres cartas para las autoridades de los pueblos del tránsito, a quienes encargaba me auxiliasen con víveres y gente que me acompañase hasta el punto donde pudiese embarcarme. Esta recomendación tuvo en parte su efecto. Partí, pues, de Huánuco el día 18 acompañado de un joven moyobambino avecindado en esta misión, y de tres indios que conmigo habían surcado el Huallaga, y pasamos la noche en el pueblo del Valle. Al siguiente día anduvimos las ocho leguas que de un camino regular hay del valle a Panao. Allí nos demoramos un día para dar lugar a que el alcalde nombrase algunos hombres que me acompañasen, conforme a la orden de la subprefectura; pero nuestra detención fué sin resultado. El 21 llegamos a Chaglla, distante tres leguas del pueblo anterior, y tratamos de proveernos de cancha, queso y papas, pues a la sazón no se encontraba otra cosa. Conseguí asimismo que el alcalde me diese seis hombres, que fueron conmigo al embarcadero. De Chaglla nos trasladamos a Muña, que dista diez leguas de un camino bastante malo. En aquel punto se nos unieron cinco hombres más. El camino que hay desde Muña hasta el Pozuzo es progresivamente áspero y fragoso, a excepción de cortos trechos; grandes cuestas, dilatadas bajadas, laderas muy angostas, saltos y pantanos componen la mayor parte de las dieciséis leguas de que consta, y casi todo está cubierto de bosques. Llegamos a Pozuzo el día 25 en el punto que llaman Yanahuanca, donde existen todavía los escombros de la Iglesia del antiguo pueblo."

*2.*—"En Pozuzo se hallan en el día diez o doce casas, y sus vecinos son de los pueblos Muña, Chaglla, Panao y Huánuco. Habitan allí al lado de sus chacras de coca, que en aquellos lugares se da con más abundancia que en la quebrada Chinchao; y me aseguraron también era de mejor calidad. Ese terreno produce del mismo modo plátano, yuca, maíz, camote, frejol, caña dulce, naranja, papaya, limones, piñas y otras cosas de la Montaña. En el ámbito de las paredes de la iglesia antigua han formado una capilla pequeña, donde se congregan todos los vecinos en los días festivos a rezar el santo rosario

y otras devotas oraciones. El 26 celebré en dicha capilla el santo sacrificio de la misa, a que asistieron todos con particular devoción, y entre el concurso se hallaba un anciano, de quien me refirieron que hacía el espacio de diez años que no había oído misa. Continuamos nuestro viaje y llegamos como a las tres de la tarde a la confluencia de los ríos Huancabamba y Pozuzo, que descubrimos a distancia de dos leguas de un camino enteramente cubierto de bosques. Yo había determinado construír una balsa en la unión de dichos ríos; pero no fué posible encontrar en aquel sitio los palos de balsa, ni en la calidad, ni en la magnitud necesaria, por lo que al día siguiente tuvimos que caminar a pie otras dos leguas, ya por dentro del bosque, ya por la orilla del río hasta cosa de medio día, hasta una playa que llaman "Sereno", punto donde suelen bajar por su pesca los moradores del Pozuzo. En él había muchas balsas, pero a la banda opuesta, y el río no nos franqueaba vado. Con todo, uno de los indios se animó a pasar nadando a la otra orilla para cortar las balsas necesarias, y ejecutó esa maniobra con facilidad increíble. Entretanto mandó a otros, que bajando por la margen del río hasta donde les fuese posible, reconociesen el sitio y los obstáculos que pudiesen oponérsenos. Ya estaban los palos de balsa prevenidos, cuando este explorador volvió con la triste noticia de que era imposible salvar con la balsa uno de los malos pasos, que había observado estrecharse mucho la madre del río, por correr con mucha rapidez y hallarse en medio de una peña que sobresalía como dos cuartas de la superficie del agua, y esto nos obligó a desistir de la obra comenzada, y proseguir nuestro camino por tierra el día 28, en que anduvimos poco más de dos leguas, venciendo los estorbos que nos presentaba la naturaleza, los que nos parecían insuperables. Llegamos por fin a un paraje muy a propósito para formar nuestra embarcación; y en consecuencia, sin perder momento, construímos una balsa compuesta de siete maderos de regular magnitud."

"La mañana del 29 nos despedimos con harto sentimiento de los diecisiete hombres que nos habían acompañado hasta ese punto, siete de los cuales pertenecían al pueblo de Chaglla, cinco al de Muña y otros tantos al de Pozuzo. Me embarqué, pues, en la balsa con los cuatro compañeros que habían salido

conmigo de Huánuco, y atravesamos un espacio dilatado hasta las tres de la tarde, en que llegamos a la embocadura de un riachuelo que desagua por la derecha, sin otra novedad que la mojada. Allí se estrecha el Pozuzo, corre con tanta rapidez, y levanta tan grandes olas, que nos hicieron creer que éramos perdidos. Hallándonos en medio del mal paso, se ladeó la balsa, de manera que la parte izquierda iba metida como tres cuartas dentro del agua, y no llegó a volcar enteramente, porque inclinándonos al lado opuesto la sosteníamos. Mis zapatos, una cartuchera, varios chismes y una escopeta de dos cañones que habíamos comprado para defendernos de las acometidas de los infieles, hicieron toda nuestra pérdida en dicho tránsito. A corta distancia, entramos en otro peligro, donde dió la balsa contra una peña situada a la margen izquierda, y al retroceder se sumió hasta ser cubierta del agua, de modo que nuestra cama, mi breviario, libros, papeles todo quedó empapado. Pasamos, pues, la noche en aquel punto, al abrigo del cielo y sin resguardo alguno de ropa."

"El 30 por la mañana agregamos a nuestra balsa un palo de mayor magnitud por cada lado, para que resistiese el choque de las piedras, y no se sumergiese con tanta facilidad. De ese modo proseguimos la bajada, y a cosa de las dos y media de la tarde llegamos a un sitio de mayor riesgo que los anteriores. El río está allí lleno de enormes peñascos, de los cuales muchos sobresalen a la superficie de las aguas."

"Tiene mucho declive y corre muy impetuosamente, lo que nos obligó a descargar la balsa y dejarla a merced de la corriente. En seguida, cargando los trastos que pudimos, caminamos adelante por la orilla derecha; y habiendo andado poco menos de una legua, encontramos la balsa atravesada en una piedra. La aseguramos con soga del bosque y pasamos la noche en aquel paraje. Mi situación entonces era lo más triste y melancólica que puede imaginarse, pues me hallaba en medio de precipicios extraños y desconocidos (porque el río que había navegado el año pasado no era el Pozuzo, como se verá después), con sólo cuatro hombres, en tierra habitada de antropófagos, casi faltos de comestible y sin esperanza de verme ya con el padre Plaza, el que únicamente hubiera podido redimirme de las angustias que me cercaban. Me pareció,

pues, que en tales circunstancias no me quedaba otro partido que retroceder, y así lo propuse a mis compañeros. Pero ellos, cansados de los trabajos y molestias de un camino tan largo y casi impracticable y confiados en que llegaríamos muy en breve al río manso donde se nos presentaría una navegación pacífica, no quisieron convenir y me precisaron a seguir adelante."

"La mañana del 31 volvimos a embarcarnos, y después de haber salvado varios malos pasos, dimos en uno igual en todo al del día precedente. Descargamos, pues, la balsa y la dejamos atada a la orilla izquierda. Seguimos por tierra, y a distancia de dos cuadras vadeamos una quebradita, que tenía poco menos de una vara de profundidad. En fin, a cosa de un cuarto de legua, encontramos una playa, donde hicimos una enramada con hojas del bosque para pasar la noche. En el entretanto mandé a uno de los indios fuese a soltar la balsa, y a otro que estuviese prevenido, para que al llegar ella, echándose a nado, la tomase con la soga, por medio de la cual la tirásemos a la orilla; todo lo cual se ejecutó diestra y felizmente."

"El 1.º de septiembre apenas habíamos comenzado a andar, cuando la fuerza de la corriente nos arrebató contra dos peñas, y por poco no fué sumergida nuestra embarcación. Con mil trabajos pudimos sacar a la orilla los pocos chismes que nos habían quedado, chorreando de muchos de ellos agua. Amarramos en seguida la balsa, y a vivos esfuerzos la hicimos retroceder para sacarla de las peñas y bajarla con sogas. Ya la teníamos casi en salvo, cuando la violencia de la corriente la arrastró al medio del río, obligándonos a soltar las sogas con que la sosteníamos y a caminar por tierra."

3.—"El 2 muy temprano nos pusimos en marcha, y como a las nueve del día llegamos a un paraje, donde había todo lo necesario para fabricar otra balsa. Al medio día del 3 fué ésta concluída, y embarcados en aquella hora nos entregamos al arbitrio del agua. Después de media legua llegamos a un sitio, en que por las muchas piedras que se hallan consecutivamente en el centro del río y por la desigualdad del terreno, caen las aguas con ruido espantoso, y se levantan

muchas veces, causando un vacío y un lleno, que bien lo describió el poeta de Sulmona cuando dijo:

*"Heu mihi, quanti montes volvuntur aquarum*
*"Jam jam tacturos Sidera Summa putes*
*"Quante diducto subsidunt agore* (yo diré: *flumine valles*)
*"Jam jam tacturos tartara nigra putes."*

"El riesgo lo pasé yo por tierra; mas los indios, temerosos de perder nuevamente su embarcación, bien asidos de la balsa, se arrojaron al peligro, del que salvaron por misericordia de Dios. De allí descendimos por un corto trecho a otro mal paso, pero no entramos en él por haber ya declinado el sol. Nos quedamos, pues, en la orilla izquierda."

"El 4 por la mañana observamos atentamente el peligro, y conociendo la imposibilidad de pasarlo por embarcación, a causa de hallarse un peñasco muy grande en medio del río, a cuyo lado no corren sino que se precipitan las aguas, nos vimos precisados a asegurar la balsa con el objeto de bajarla poco a poco; pero en lo más impetuoso de la corriente se rompieron las sogas y desapareció la balsa. En tal estado conferencié con mis compañeros sobre el partido que debíamos tomar: yo proponía el regreso con más vehemencia que la vez pasada; porque me persuadía ser un exceso de temeridad el querer continuar la navegación de un río que a cada paso nos presentaba nuevos y mayores obstáculos, en circunstancias en que nuestras provisiones estaban ya reducidas a cuatro libras de arroz y tres de garbanzos; pero ni mis razones, ni la presencia de las dificultades fueron suficientes para que ellos se conviniesen en emprender la contramarcha propuesta, que a la verdad, habría sido sumamente ardua. Por lo tanto, procedimos de común acuerdo a caminar por tierra, abandonando la idea de volver a formar balsa. Aquel día llegamos al anochecer a una playa muy corta, donde hicimos alto, después de trabajos y dificultades inexplicables. Unas veces subíamos por escarpados peñascos, asiéndonos con pies y manos, o bien agarrándonos de alguna raíz, si por fortuna la hallábamos; otras veces asegurábamos una soga a los árboles para descolgarnos por ella, y no faltaron otras ocasiones en que arrancándose súbitamente las raíces o arbolitos que nos sos-

temían, tuvimos que rodar juntamente con la carga de chismes proporcionada a nuestras fuerzas. Cuando caminábamos por la margen del río, nos era preciso meternos en agua a veces hasta la cintura, o pisar descalzos las piedras encendidas por el ardor del sol, causándonos esto ciertamente un dolor intolerable. Tres días duraron estos padecimientos, a los que se agregaba el hambre, a lo que el máximo de los Doctores (Epist. ad Eust. de cust. virginit.) llamó: *intestinorum rugitus et inanitas ventris pulmonisque ardor*. Ya estábamos acostumbrados a emprender el viaje sin tomar bocado y a acostarnos sin cenar, pues sólo al medio día tomábamos una refacción tan escasa, que en vez de satisfacernos, irritaba más nuestra hambre.

"La mañana del 7 llegamos a un paraje desde donde divisamos las pampas del Sacramento. Comenzaban al mismo tiempo a desaparecer poco a poco los cerros, y el río a correr pacíficamente. Entonces cobramos ánimo y pusimos manos a la fábrica de una balsa, que fué concluída a las diez del día siguiente.

"En la misma hora nos embarcamos, y a cosa de las dos de la tarde llegamos a las espaciosas Pampas de Sacramento, donde creímos vernos en un mundo nuevo separado de todo comercio humano y habitado sólo por animales semirracionales, de una prodigiosa multitud de cuadrúpedos, y una infinidad de pájaros, cuyos vistosos colores y armoniosos cantos recrean la vista y el oído del viajero solitario. Nuestros ojos, que por mucho tiempo no habían visto sino tres varas de cielo, cerros escarpados y precipicios que hacían helar la sangre dentro de nuestras venas, no podían saciarse de dar vueltas al horizonte, sin más obstáculo que un semicírculo de cerros por el lado del Pozuzo, los que deberían desaparecer muy en breve. Este delicioso espectáculo, si bien nos hizo olvidar por entonces nuestros pasados trabajos y futuros peligros, de ningún consuelo nos servía respecto del hambre que nos apuraba. Continuaba su curso el río, que se ensancha libremente por la llanura, se divide en muchos ramos y consecutivamente forma muchas islas. A las cuatro de la tarde abordamos en la orilla derecha, donde encontramos una vereda de infieles. Este incidente no nos permitió hacer

allí mansión, antes bien nos obligó a empeñar nuestra ruta; no desembarcamos sino a las siete de la noche.

9.—"El 9 al romper el alba nos sobrevino un recio aguacero que duró hasta el medio día. A las ocho entramos en el río Palcazu, que trae su origen del Cerro de la Sal; corre muy tranquilo y tiene tan doble caudal de agua respecto del Pozuzo. A las diez de la noche abordamos en una isla, donde a poco rato la corriente del río nos precisó a trasportarnos con mucha prisa a la margen derecha.

"El 10 proseguimos nuestra ruta, y como a las siete dejamos la embocadura del río Pichis, tan ancho y profundo como el que navegamos. A poco trecho intentamos tomar algunos de los varios peces que cruzaban a la margen del río, y no pudiendo, apelamos al anzuelo, que nos proporcionó un zúngaro, y el que, con embargo de que carecíamos de la sal, nos fué demasiado sabroso y consolatorio. A las dos de la tarde vimos una chacra de plátanos y papayas, que hubieran mitigado nuestra hambre, si el temor de las flechas de los cashibos no nos hubiera hecho continuar nuestro itinerario por el lado opuesto del río, lo que practicamos a poco menos de media noche.

"El 11 navegamos desde muy temprano, y a proporción que avanzábamos comenzamos a encontrar balsas, puertos y chacras de infieles en ambas márgenes del río. Varias veces en ese día echamos en vano el anzuelo, mas a las tres de la tarde nos hallamos a la boca de una quebrada de bastante magnitud por la orilla izquierda, donde saltaban innumerables peces. Convidados de este medio, arrojamos de nuevo el anzuelo, y en menos de un cuarto de hora cogimos cuatro de veinte libras de peso cada uno poco más o menos. Luego los charqueamos para que no se corrompiesen, y continuamos hasta las siete de la noche, en que paramos junto a una isla que hallamos bastante para descansar seguros de algún asalto de una sorpresa de infieles.

"El 12 antes de amanecer nos pusimos en camino, y después de tres vueltas de navegación observamos a la izquierda una chacra de maíz en estado de cosecharse, y no viendo habitación, ni otros vestigios que indicasen haber gente, subimos a ella para proveernos de su fruto. Estando ya den-

tro de la chacra, al extender la mano para coger el maíz, se me aparecio por delante un cashivo a distancia de veinte pasos, vestido de una cushma teñido de amarillo y colorado, y un trapo en la cabeza que figuraba un bonete."

"Afortunadamente no tenía él ni arco ni flecha, y no bien nos dejamos ver, cuando así él como nosotros echamos a correr, nosotros al río y él al bosque. Y nosotros, que en cada salto parece que andábamos dos y tres varas, estuvimos en menos de cuatro minutos en la mitad del río. A las tres de la tarde del mismo día tocamos el río que habíamos navegado el año anterior bajo el errado concepto de que fuese el Pozuzo, y a las dos cuadras de la confluencia de éste con el Pachitea hallamos los ranchos formados por los indios del padre Plaza, quien había ya regresado de Sarayacu ocho días antes.

5.—"El motivo de habernos equivocado el año anterior acerca del río Pozuzo, ha sido porque ninguno de los que componía la expedición conocía aquellos lugares, y porque el mapa, único guía que teníamos, no señala muchas quebradas y ríos que desaguan en ambas márgenes. En el número de los ríos hay dos tan caudalosos que pueden navegarse ocho y diez días con canoas medianas. Por otra parte, habiendo llegado a la boca del supuesto Pozuzo, nos hallamos frente a un cerro, que creíamos ser el de San Matías, por la distancia casi idéntica con que está anotado en el mapa. No es, pues, sino uno de aquellos que forman la sierra de San Carlos. Por consiguiente, el padre Plaza ha seguido también en el presente año la dirección que tomamos en el anterior, y por lo mismo su expedición ha tenido la propia suerte. La tarde del doce a la puesta del sol volvimos a continuar la bajada, y no abordamos sino a las nueve de la mañana del diez junto a una playa, donde la charapa había hecho su ovación. Sacamos de allí del seno de la arena una buena cantidad de huevos de aquel anfibio; y prosiguiendo nuestra navegación sin interrupción entramos en el Ucayali el día 15 a las cuatro de la mañana. Después de tres vueltas llegamos a Masisea, lugar situado a la margen derecha del río, donde viven unas cuatro familias de la tribu de los Cunivos. En aquel sitio desamparamos la balsa, compramos una canoa, nos proveímos de todo lo necesario y pasamos el resto de la jornada con la noche siguiente. El 16 an-

tes de amanecer nos dimos al remo, y a las dos de la mañana del 21 de septiembre desembarcamos en el caño de Sarayacu.

"En el diario del año pasado se nos dijo que los hombres entre los cashivos andan enteramente desnudos y que las mujeres so usan sino un taparrabo, y fué verdad respecto de aquellos que vimos entonces; pero la experiencia de este año nos ha demostrado que usan también ellos como los demás infieles del Ucayali de la cushma, esto es, de un saco largo sin mangas, con tres aberturas, una para meter la cabeza y las otras dos para los brazos. Las mujeres usan igualmente la pampanilla, especie de polleras que las cubre desde la cintura hasta las rodillas. Además del arco y de la flecha manejan la macana que les sirve de espada en sus combates. También se dijo que desde este punto, Sarayacu, se podía llegar al antiguo pueblo del Pozuzo en treinta días y volver en doce; pero esto era por creerse que el río que navegamos entonces fuese el verdadero Pozuzo. Ahora que se ha visto lo contrario, y se ha observado que es muy desigual la distancia que media de uno a otro punto, debo decir que para ir de Sarayacu al Pozuzo quizá no bastan cuarenta días y para la vuelta, quince".

"Tal es, pues, señor Ilmo., la narración que me ha hecho el P. fray Juan Crisóstomo Cimini de las circunstancias que han tenido lugar en su camino. Por lo que toca a mí, he de agregar: que salí de Sarayacu el día veintidós de julio acompañado de ciento cincuenta hombres, y llegué a la unión del Pachitea con el Ucayali el día doce de agosto. En varios puntos del tránsito se me fueron reuniendo partidas de Sensis, Shipivos, Cunivos y algunos Remos, de forma que al acercarme al Pachitea, era doble mi comitiva, respecto de la que llevé de Sarayacu. El 18 entré en el Pachitea en treinta y ocho canoas de todos tamaños, y el día siguiente junto a la playa Camarasquin me salieron al encuentro ciento catorce cunivos, que noticiosos de mi viaje se habían adelantado a esperarme con provisión de charapas o tortugas de agua dulce. Después de cinco días arribé a la embocadura que equivocadamente juzgamos el año pasado ser el Pozuzo, habiendo tenido en el tránsito varios encuentros con los antropófagos, que al sólo estallido de un fusil, arrojaban sus balsas, arcos, flechas, y huían precipitadamente. Entré, pues, en el dicho río

el 25 de agosto y proseguí la surcada hasta el primero de septiembre en que se me hizo imposible la continuación de ella, al pie de unos cerros muy elevados, porque el río no tenía ya hondura, y era preciso ir arrastrando continuamente las canoas con indecible trabajo. En tal estado me resolví con el mayor sentimiento a regresar, y en consecuencia ingresé a Sarayacu el 17 de septiembre, y con la vuelta del referido padre he determinado salir de Sarayacu el veinte del venidero abril, con el convoy necesario para que, llegando al punto del Mairo, siga el P. fray J. Cimini por tierra en compañía de cincuenta neófitos, avivando el camino antiguo del Mairo al Pozuzo, y yo seguiré por los caudales del río hasta el mismo Pozuzo con las embarcaciones, para de ese modo tener más conocimientos. Pienso también salir hasta Huánuco, para que los neófitos conozcan esos lugares y salgan en adelante con las preciosidades de la montaña y se aficionen al tráfico que deseamos."

"He tenido la honra de presentar a U.S.I. personalmente este diario, de cumplir con la visita que ofrecí hacerle y de besarle la esposa. Réstanos ahora que U. S. I. me dé su bendición para regresar a la parte de su rebaño que me tiene encomendada.—Jeveros, noviembre 12 de 1842.—B. L. M. de V. S. I. su más humilde súbdito y capellán.—*Fr. Manuel Plaza.*"

---

## CAPITULO XVII

### Siguen las exploraciones de los dos misioneros PP. Plaza y Cimini.

### 1843

**SUMARIO: 1.—Habla el padre Cimini. 2.—En el río Pozuzo. 3.—La canoa a pique. 4.—Con el padre Plaza.**

Como se colige de lo referido, llegado a Sarayacu el padre Cimini contó al padre Plaza todo lo acaecido, y los mil peligros en que se vió en medio de las encrespadas olas del Pozuzo. Mas el padre Plaza atribuyó el dictamen y el susto

del padre Cimini a falta de práctica y experiencia; y en 1843 organizó una nueva expedición para salir por el Palcazu al Mairo y del Mairo a Huánuco; expedición que también resultó desgraciada, habiéndose destrozado en ella cuatro canoas, perdiéndose todos los víveres y una cantidad de objetos de la montaña que habrían deseado llevar a Lima.

Así lo verá el lector en el *Tercer viaje de los Padres Fray Manuel Plaza y Fray Crisóstomo Cimini a los ríos Pozuzo y Pachitea.—Relación del padre Cimini:*

"Siéndome de absoluta necesidad el apartarme por algún tiempo de las misiones del Ucayali para cumplir con los deberes sagrados a que voluntariamente me sujeté el día de mi profesión, y a petición de personas respetables y muy interesadas en la apertura del camino del Pozuzo, me veo en la precisión de dar una noticia sucinta de lo ocurrido en la expedición del año pasado".

"Salimos de Sarayacu el día 26 de abril el M. R. P fray Manuel Plaza y yo, conduciendo en nuestra compañía unos doscientos hombres en 40 canoas entre pequeñas y grandes. Llegando a la encamada de Cuntamaná sondeamos el río Ucayali, y se halló tener veinticinco varas de profundidad; su ancho en este punto podrá ser de 1.500 poco más o menos. Me parece inútil relatar los pormenores ocurridos desde este punto hasta la confluencia del Ucayali con el Pachitea, por haberse anunciado con alguna extensión en el número de "El Comercio" al que me refiero. Después de entrar en el Pachitea, no obstante hallarse éste algo crecido por la estación del tiempo, y casi imposible de detener nuestra canoa en punto donde pudiésemos fondear, quiso la Providencia que por un apoyo de bonanza echáramos la sondalesa, y resultó tener 13 varas de hondura y 300 de ancho".

"Desde allí continuando nuestra ruta llegamos en ocho días a la desembocadura del Lluya-Pozuzo (1) nombre que se dió al río que se ha seguido los años anteriores por equivocación, y en el tránsito no pareció ninguno de los antropófagos; sólo sí se encontraron de trecho en trecho balsas, pumas y chacras en las dos márgenes del río, en una de las cuales conseguimos tomar un corto socorro de plátanos, a causa

(1) *Luella* es mentira en quechua; y *Luella-Pozuzo* viene a decir Pozuzo equivocado.

de que sus chacras apenas les dan para su subsistencia, de donde puede inferirse el crecido número de habitantes que allí se hallan. En confirmación de esto, al día siguiente, siendo como las cuatro de la tarde, quedamos sorprendidos al oir entre el monte una grande algazara, la que fué correspondida por los nuestros: no podemos aquí demostrar cuál sería el motivo, porque no salieron, pero nosotros inferimos que ellos, habiendo visto el número de gente que nos acompañaba, se amedrentaron y huyeron".

"Continuando nuestro viaje nada notable hallamos que advertir, lo uno por lo pacífico del río, y lo otro por lo despoblado de aquellos lugares; a los seis días de camino hicimos alto con todo nuestro convoy en una pequeña isla de las varias que se encontraban formadas por el mismo río, en la que sufrimos una demora de cuatro días por una grande creciente. Al cabo de éstos proseguimos nuestra marcha, y al día siguiente nos hallamos frente a la desembocadura del río Pichis, que, como dijimos en nuestro diario anterior, parece ser tan caudaloso como el que navegábamos. Más adelante volvimos á encontrar algunas chacras, entre las cuales una nos suministró unas 25 cabezas de plátanos, con las que fuimos socorridos".

2.—"Saliendo de este punto con dirección al río Pozuzo, a los tres días de navegación sin mayor novedad ni cosa que advertir llegamos a él. Allí se descansó un día, en el que me dirigí con una sola canoa por el Palcazu a reconocer el Mairo. Como a dos horas de haber navegado llegué a la confluencia de los dos ríos el uno llamado Mairo y el otro Palcazu. Me introduje por el primero, para ver si podía hallar un vestigio de puerto antiguo. Desembarqué en la orilla derecha, en la que me pareció hallar dicho puerto, según está delineado en el mapa, pero todas mis diligencias salieron frustradas, en atención a que hace más de cuarenta años que ese camino no es transitado, y de consiguiente todo es pura montaña.

"Regresé al punto donde había quedado mi compañero, el M. R. P. Plaza, el que, instruído de todo lo arriba dicho, dispuso que al día siguiente prosiguiésemos nuestra marcha por el Pozuzo. En efecto, salimos, y nos era preciso caminar tan lentamente, que apenas podíamos avanzar dos leguas o tres escasas en los primeros cuatro días. Demás parece adver-

tir cuál fuese el motivo por qué no podíamos avanzar más terreno que el referido, pues ese río del Pozuzo es tan sumamente correntoso y pedregoso, que es casi intransitable desde su misma confluencia con el Pachitea".

"Al quinto día, siendo como las dos de la tarde, una de las primeras canoas vió en la orilla derecha del río cuatro Cashivos, los que se hallaban enteramente desnudos. Se les invitó a que nos esperasen para obtener nuestra amistad, pero fué en vano porque huyeron inmediatamente. Nosotros hubiéramos seguido su dirección, no tan solamente para atraerlos, sino también para orientarnos de todos aquellos lugares, habitaciones, costumbres, y qué número de habitantes podrían existir en aquellos parajes; pero no lo juzgamos conveniente en atención a que los antropófagos son muy traidores, y a que nuestras canoas padecían notable daño; pues continuando nuestro viaje otros seis días consecutivos ya no podíamos avanzar más que 4 o 5 cuadras en todo el día, porque llegando a los cerros es tan estrecho ese río, su corriente tan precipitada, sus peñascos en medio y en todo él tan sumamente elevados, que si, como antes he dicho, era intransitable cuando tenía como una cuadra de anchura, aquí es intransitable enteramente. Sólo el espíritu que a mi compañero, el R. P. Plaza, acompañaba era capaz de hacer caminar las canoas por tamaños peligros; tanto, que nuestros bogadores, desalentados ya, unos se volvían, otros, sólo por el afecto que a dicho padre profesaban, continuaban adelante; pero siempre aterrados, y más principalmente cuando conocían que todos nuestros esfuerzos eran inútiles por no poder llegar a ver logrado nuestro intento".

3.—"Al cuarto día de nuestra marcha llegamos a un sitio en el que queriendo esforzar mi canoa, ésta se fué a pique perdiendo cuanto tenía adentro, a excepción de un baúl y del breviario, que por la destreza y por lo bien que nadaban los indios de mi compañía se pudo libertar. En estas aflicciones y riesgos continuamos dos días más hasta que llegamos adonde fué necesario discurrir de qué modo podríamos volvernos o esforzarnos para ir caminando por la orilla a fin de introducirnos en la montaña, porque en ese lugar, ya del todo intransitable, se encuentra a la banda izquierda del río una vertiente como de vara y media de altura en que las

aguas se precipitan con grande violencia: a la derecha una peña viva como una pared muy elevada: el medio está ocupado por dos enormes peñascos de alto de seis a siete varas, entre los cuales se forma un canal en extremo correntoso, por lo que nos fué preciso pararnos. Entonces me resolví a abrir un camino como de siete a ocho cuadras por el monte; lo puse en práctica, y pude avanzar hasta tres cuadras de distancia. Yo quería hacer conducir dos canoas de las más pequeñas por este sitio para introducirlas y ver si podía avanzar más adelante para salvar todo este mal paso, pero mis intentos todos los hallé inútiles luego que llegué al punto dicho, en el que ya era imposible hacer subir las canoas por lo intransitable y muy elevado del monte".

"Angustiado al ver tantos peligros y dificultades me hallé en la precisión de reunirme con mi compañero; pero me restaba todavía que sufrir, porque en ese corto tránsito de la travesía del río tuve la desgracia de que volcase una de las dos canoas, de la que ni por la habilidad, ni por los esfuerzos que hicimos, pudimos salvar los útiles que contenía. En fin, logramos librarnos, y pasamos al otro lado donde se hallaba el M. R. P. Plaza, quien, todo exánime y angustiado, se vió obligado a disponer que regresásemos; lo que verificamos al día siguiente, en el que pareciéndonos que hubiesen ya terminado nuestros infortunios, vimos con bastante pena voltearse otra canoa, y dividirse de medio a medio: pero aquí fué donde experimentamos el grande amor que los indios nos tenían. Inmediatamente se arrojaron entre las precipitadas corrientes, y sacaron todo cuanto dicha canoa conducía. Volvimos a quedar tranquilos al ver que ninguno había perecido. Continuamos nuestra marcha, y al día venidero, como aún no habíamos podido llegar a sitio donde el río no tuviese peligro alguno, volvimos a perder otra canoa. Desde ese punto no tenemos nada de particular que anotar, más que a los dos días de camino salieron algunos de los infieles, y dispararon sus flechas contra los de nuestro convoy, sin que éstos sufrieran la menor lesión. De allí me adelanté con dos canoas de las más chicas, y llegué al pueblo de Sarayacu, después de haber navegado ocho días y cinco noches".

4.—"Pasados ocho días llegó el padre Plaza con toda la gente, el que dispuso volviese yo a salir por el acostumbrado

río del Huallaga. En efecto, salí de Sarayacu el 18 de julio y llegué a ésta de Huánuco el 13 de septiembre, en donde mi corazón se halló entre la angustia y el placer: angustiado por verme obligado a cumplir con uno de los votos que a mi religión me liga, que es el de la obediencia, pesada carga, y por cierto, con más escollos que todos los anteriores, pues en ésos caminaba sin la más mínima responsabilidad, pero en ésta gravita sobre mí un peso insoportable, poniéndome al frente de una comunidad, en la que se necesita más particularmente de la gracia para dirigirla por el verdadero camino, sin que mis amados hermanos se hallen precisados a sufrir mis nulidades: y placentero, por encontrarme con el R. P. Antonio Rossi, el que pasaba en mi lugar bajo la custodia del M. R. P. Plaza; alegría que ensancha mi espíritu por saber que esta misión continúa haciendo todos sus esfuerzos para ver logrados todos cuantos planes hasta ahora hemos practicado, porque no dudamos un punto de que el Supremo Gobierno mirará esto con un interés muy particular, ya dando órdenes a los pueblos inmediatos para que éstos suministren todos aquellos recursos que estuvieran a su alcance, ya también contribuyendo con aquello que le pudiera convenir. Demás me parece hablar al público, ni tampoco hacer presente lo útil que sería a la República la apertura de este camino, tanto por las ventajas que al mismo país resultan, cuanto por hacer civilizar una parte de hombres incultos, y lo que es más, por la sagrada obra de atraer a nuestra sagrada religión a una gran multitud de desgraciados que gimen bajo el yugo de la ignorancia. Para todos estos fines y para los que, como he dicho, no era necesario invitar a esta República a que se esforzara y contribuyera con todo aquello que le permitan sus fuerzas, así como siempre me veré en la precisión de manifestar a la faz de las gentes el grande amor con que he sido recibido en los pueblos del Cerro y Huánuco, de los que por órgano del hermano Ildefonso Roa ha sido socorrida la misión con porción de útiles aparentes para dicho fin, unos suministrando parte de estos útiles, otros con su persona y haberes, y otros con sus intereses. Yo no cesaré de rogar al Dios de las misericordias para que a éstos les dé el don de la perseverancia y a los otros les aumente su

fervor, en tal manera que todos reunidos logremos ver realizadas todas nuestras empresas.—Huánuco septiembre 23 de 1843.—*Fr. Juan Crisóstomo Cimini*".

---

## CAPITULO XVIII

**Relación del padre Plaza.—Viaje a Lima; es electo obispo de Cuenca.**

**1843 - 1846**

**SUMARIO: 1.—Nuevos operarios. 2.—Relación al Obispo: fundación de Santa Rita de Masisea. 3.—Salida del Ucayali. 4.—Ovación en Lima. 5.—El obispado.**

1.—Mientras el padre Plaza estaba en sus afanes de salir del Ucayali, llegaban a las plácidas riberas de aquel río nuevos misioneros, llenos de ardor apostólico, algunos de los cuales serán digno asunto de esta narración en capítulos posteriores. Entre aquellos misioneros figuraban los padres fray Antonio de Rossi, fray Antonio Brigatti, fray Juan de Dios Llorente, fray Vicente Calvo y fray Francisco Avellana, y los legos fray Elías Simonelli y fray Santiago Pases.

El padre Rossi fué destinado a la conversión de Tierra Blanca, donde levantó un convento de buena capacidad, construyó una hermosa capilla sobre las ruinas de la anterior y dotó al pueblo de una fragua, a fin de disponer de las herramientas necesarias para el cultivo de las tierras.

El padre Brigatti pasó a Santa Catalina, que era el paso obligado de los que viajaban del Huallaga al Ucayali. Era punto donde no faltaba un buen núcleo de indígenas, a lo cual se agregó que pasado el *divortium aquarum* hacia el Huallaga, se pobló en aquella coyuntura Yanayacu en las márgenes del río del mismo nombre, concurriendo allí algunos indios Cahuapanas y otros de Santa Catalina, de Balsapuerto y Chasuta. El pueblo fué formalizándose y el padre fray Felipe Martínez le edificó más tarde iglesia, denominando al pueblo San Cristóbal de Yanayacu.

El 15 de agosto de aquel año de 1843 drigió el padre Plaza una relación de los sucesos del río Ucayali al Ilustrísimo diocesano, don José María Arriaga, fechada en Sarayacu y del tenor siguiente:

Mi respetado prelado:

"Por la gran obligación que tengo de participarle anualmente el estado de estas misiones dirijo esta relación de los acontecimientos de mi viaje hecho por el Pachitea, con la intención de recalar al pueblo antiguo de Pozuzo, siguiendo por el mismo río que entró mi compañero el P. fray Juan Cimini, con tanto trabajo el año anterior. Salí de este punto en compañía del referido padre fray Juan con doscientos neófitos el día 25 de mayo del presente año con toda la provisión necesaría, y aportamos con toda felicidad a la embocadura del Pozuzo el 13 de junio, sin que en el tránsito del Pachitea nos hiciesen daño alguno los antropófagos Cashivos, quienes nos han dejado el paso libre, que era lo que deseábamos. El 13 de junio, después de reconocer el puerto del Mairo, y alucinados con la vana esperanza de abordar en el punto que deseábamos tanto, seguimos el Pozuzo, del cual desde la confluencia del Pachitea la subida es peligrosísima; pero esto no obstante, seguimos con insoportable trabajo diez días hasta el último puerto, en que hicieron la cuarta balsa, y no vieron ni se hicieron cargo de los precipicios del río, los cuales son intransitables desde este punto; y habiendo hecho todos los esfuerzos necesarios no sacamos más fruto que la pérdida de cuatro canoas, que a nuestra vista se hicieron pedazos, con la pérdida de los intereses que llevábamos de la misión, y por un milagro de la Divina Providencia escaparon con vida los peones o bogas que iban en dichas canoas; por lo que determinamos regresar sin pérdida de tiempo, y si la subida fué trabajosa, mucho peor fué la bajada; pues por evitar los peligros tuvimos que volver a pie por unos peñascos, que con mi compañero íbamos a gatas, y a los dos días, que ya eran menos peligrosos los raudales del río, se embarcó el padre Juan en compañía de cuatro bogas y tomó la delantera, por hallarse sin ropa para defenderse de la plaga de los zancudos que mortifican en el Ucayali; quedándome yo hasta que se

reuniesen dichas canoas que bajaban muy despacio, y luego que se reunieron las canoas, bajé sin novedad hasta el río, y aporté al nuevo pueblo que se va formando al frente del Pachitea, en donde encontré treinta familias de la nación Shipiba, Coniba, Remos y Amahuacas, muy entusiasmados por hacer su población, a los que, habiéndose señalado los sitios para sus casas, les dí a todos los varones hacha, machete y un cuchillo, y a las mujeres chaquiras, agujas y otras bujerías que necesitaban. Al mismo tiempo nombré jueces que los gobernasen, y que de hoy en adelante se llamará el pueblo de Santa Rita de Masisea, según la súplica de varias personas del Cerro de Pasco, de todo lo cual quedaron muy agradecidos, y ofrecieron tenerme a prevención los víveres necesarios para mi vuelta, que se verificará para el venidero julio, Dios mediante, para lo que he remitido con el padre Juan seis indios de confianza, para que éstos salgan del Pozuzo por tierra el primero de agosto, con el auxilio de los Panaos, Chaglla y Muña, y en ese mismo día saldré a encontrarlos, desde el puerto del Mairo, que es lo más acertado, para conseguir el fin que tanto se desea, y que para mí ha sido éste un proyecto que desde que ingresé a estas misiones conocí ser muy necesario para el adelantamiento espiritual y temporal. Mas los padres que gobernaban el Colegio de Ocopa en aquel tiempo se oponían con pretextos frívolos que nunca me convencían, y por último me mandaron emprender las expediciones por las cabeceras del Ucayali a salir al pueblo de Andamasca, que era mucho más dificultosa que la que ofrecía el Pachitea, y no obstante verifiqué el año 14 con toda felicidad, poniendo expedito el transito, de modo que en siete años consecutivos entraban los socorros sin novedad alguna hasta la mutación del gobierno. Yo en la presente ocasión estoy comprometido, primeramente, con U. S. I., que sin merecerlo yo me ha socorrido con más de trescientos pesos en útiles para los gastos; el señor cura mayor de Loreto con más de doscientos, y me ofrece dicho señor don Bruno de la Guardia socorrerme mientras dure la expedición. El señor cura de Yurimaguas, don Julián del Castillo, también ha contribuído con setenta pesos, y las personas devotas de Cerro de Pasco, que tanto apetecen la apertura del Mairo, han contribuído gratuitamente con muchas limosnas, y me sería muy vergonzoso el no contribuir con mi

palabra, que sólo la muerte separará de mi imaginación lo que he emprendido, y por esto suplico nuevamente a que se inte-




**Padre Plaza**

rese por conseguir el auxilio de los Panaos, Chaglla y Muña; pues según pienso redunda no sólo en beneficio de estas mi-

siones, sino también de nuestra República, si remitiesen un sujeto inteligente en mineralogía, y otro en la botánica, porque hay muchas preciosidades así en lo mineral como en lo vegetal".

"Pongo a la discreción de US. esa relación, para que haga lo mejor que convenga, que con todo se conforma este su atento y humilde súbdito Q. B. L. M. de US. I.—*Fr. Manuel Plaza*".

3.—Ahora acompañaremos al padre Plaza en su arriesgado viaje para salir de las soledades del Ucayali a Huánuco y a Lima.

Sin arredrarse el abnegado misionero por el descalabro que padeció en el Palcazu en su primer inteno de salir por este río, volvió a emprender la misma ruta de 1844, encargándose esta vez de la dirección de viajeros don Cipriano Meza, muy práctico y conocedor de los ríos y caminos de la región. En esta coyuntura salvaron todas las dificultades, llegaron del Pachitea al Mairo sin novedad; "desde el Mairo se abrió un camino de veinte leguas hasta Yanahuanca, las cuales se han reducido a ocho, después de bien estudiado el terreno. En las cuatro leguas que hay desde el punto de Mairo hasta los cerros, habitan los infieles Lorenzos, muy pacíficos y tímidos, que huyen apenas oyen el menor ruido (1)".

4.—De Yanahuanca pasaron a Huánuco el padre Plaza y fray Luis Bieli, de donde el lego se fué a Ocopa y el reverendo padre Plaza bajó a Lima.

5.—Lima recibió al celebrado misionero con una ovación en que tomaron parte el Congreso, el Gobierno, la prensa y la aclamación pública. El Congreso asignó al padre Plaza y a los que le sucedieren en su calidad de prefecto de misiones, tres mil pesos anuales, tanto para la subsistencia del misionero residente en Pozuzo, como para atender a la conservación del camino del Pozuzo al Mairo.

El infatigable conversor de infieles no permaneció en Lima sino hasta el siguiente año de 1845, en que volvió al Ucayali por la vía del Mairo.

El día 28 de septiembre del año siguiente de 1846 tuvo oportunidad de recibir en Sarayacu al expedicionario Castelnau y sus compañeros, y de saber la triste muerte del padre

(1) Historia de las Misiones de Ocopa, t. II, cap. VI.

fray Román Bousquet, que formaba parte de la expedición, quien terminó sus días en la cascada Loneriato del río Urubamba, llevado en la balsa al abismo, mientras rezaba con voz perceptible la recomendación de su alma al Criador.

6.—En el año de 1846 el primer Congreso nacional de la república del Ecuador designó para obispo de Cuenca al padre Plaza, y recibidas las bulas de institución en agosto de 1847, fué a gobernar la católica y piadosa diócesis que el Señor le deparaba, teniendo a la sazón setenta y cuatro años de edad.

Vivió el amable Pastor al frente de su rebaño unos ocho años, durante los cuales entró repetidas veces al territorio de infieles colindante con su diócesis. Sus muchos y longánimos trabajos, padecidos por la salvación de las almas, le habrán merecido la retribución condigna en el coro de los confesores y propagadores de la fe.

---

## CAPITULO XIX

### Intentos de explotar el valle de Chanchamayo.

### 1842

**SUMARIO: 1.—Tarma y Chanchamayo. 2.—El informe del intendente Urrutia. 3.—*Manu militari*. 4.—Los Campas.**

1.—Aún permanecía el padre Plaza en el Ucayali, cuando en 1842 se presentó la oportunidad de que los misioneros de Ocopa interviniesen en Chanchamayo.

Era de interés nacional adquirir para la agricultura el fértil valle de Chanchamayo; pero existía un obstáculo para lograrlo, y era la vecindad de los indios Campas, que dominaban todo lo que corresponde hoy a San Ramón, la Merced y Nijandaris.

No se ignoraba en Tarma y Acobamba lo que había sido para la agricultura, durante el coloniaje y antes de la sublevación de Juan Santos Atahualpa, el valle de Chanchamayo y aun las márgenes del Paucartambo en el Cerro de la Sal.

Raimondi, siguiendo el *Informe* del Intendente Urrutía, lo describe en los términos siguientes:

"Desde la fundación de los nuevos pueblos en las márgenes de los ríos Chanchamayo y Perené, esta bella cuanto fértil región había ido en continuo progreso; pues además de los pueblos de conversiones se habían poco a poco plantificado grandes haciendas, cuyos importantes productos daban lugar a un activo comercio".

"No se tiene hoy la menor idea del floreciente estado en que se hallaba toda la montaña de Chanchamayo a principios del año 1742. Baste decir que, en los terrenos actualmente habitados por los salvajes, había productivas haciendas de caña, cacao, café, coca, etc".

"Así según el intendente Urrutia (*Informe al virrey del Perú:* 1808), el mismo lugar de Chanchamayo era entonces una hacienda de caña dulce y de coca del colegio de Santo Tomás de Lima. A la izquierda existían la hacienda de Desabamba de Don Pedro Suárez y la hacienda de Tabaco de don Juan de Bazo y Trujillo. Cerca de Chanchamayo habían establecido los Misioneros franciscanos el pueblo de Sauyria, cuyos habitantes tenían chacras en terrenos muy fértiles".

"En el inmediato valle de Vitoc había tanta población que se erigió un curato con este nombre, con los anexos de Sivis, Pucará y Collac. En aquella comarca había además la hacienda de *Chontabamba* de D. Juan del Villar; la de Colpa de los Ordóñez, de Jauja; la rica hacienda de Marancocha, de D. Bernardo de Oliva; *San Fernando*, de D. Juan Carbajal; y la de *Nuestra Señora del Carmen*, de D. Juan José Gurmendi. Siguiendo las orillas del río Chanchamayo se notaban otros hermosos fundos. Así en el pueblo de Quimiri, distante tres leguas de la confluencia del río Chanchamayo con el Tulumayo, tenían los padres Misioneros y algunos particulares grandes cañaverales. En el pueblo de Nijandaris, situado un poco más abajo de Quimiri, había una bella hacienda de cacao, coca y achiote, de D. Agustín de Salcedo, y más alla en el Cerro de la Sal, había otra con iguales cultivos, perteneciente a Baltasar Cortijo, casado con una viuda chuncha del lugar. En esta floreciente época, no solamente estaban pobladas las orillas del río, sino también hacia el Norte

del Cerro de la Sal, hasta Huancabamba, Parara y Lucan, donde existía una extensa hacienda perteneciente al Señor Conde de las Lagunas, y en la parte elevada hacia la vaquería de *Tumaque*". .. ..

"Aquellos silenciosos bosques, hoy día habitados tan sólo por pequeñas tribus de salvajes, eran centro de grande actividad; y se había entablado el comercio con los mismos infieles, quienes cambiaban los ricos productos de la Montaña, por víveres y objetos de nuestra industria. Internaban carne salada, quesos, ají, aguardiente, herramientas, &, y regresaban con valiosas especies de la Montaña multiplicando de este modo sus capitales".

"La ciudad de Tarma, situada a la puerta de esta feraz región, iba continuamente prosperando; pues sus habitantes mantienen un activo tráfico con la Montaña, obteniendo grandes provecho de su lucrativo comercio. *Hasta los Chunchos*, según dice Urrutia, *llegaron a establecer su viaje a Tarma para vender o cambiar sus frutos, regresándose muy confiados a sus reducciones, surtidos de cuanto necesitaban en el país*".

"Pero ¿quién hubiera dicho que tanta prosperidad debía desaparecer en muy poco tiempo, bajo la mano destructora de estos mismos chunchos, tan sólo por instigación de un hombre ambicioso y cruel? La hermosa montaña de Chanchamayo, poblada a pricipios del año 1742 de numerosas y bellas haciendas, cayó desde su apogeo, en un mar de desgracias; siendo poco después teatro de escenas sangrientas, que sembraron por todas partes la destrucción y la muerte. Este bello país, que había sido conquistado poco a poco a la virgen Naturaleza, volvió nuevamente a quedar bajo su dominio, después de haber gozado unos pocos años los beneficios de la civilización (1)".

3.—En la época a que nos referimos, en el empeño de franquear de nuevo a la civilización el pingüe valle de Chanchamayo, las autoridades de Tarma y Acobamba procedieron en el asunto *manu militari*, apostando en la confluencia de Chanchamayo con el Tulumayo dos compañías, apoyadas por dos pequeños cañones. Las compañías disparaban a todo indio campa que asomaba en el paraje.

(1) *El Perú* T. II. Cap. XXVI.

El arzobispo de Lima, Dr. Francisco Javier de Luna Pizarro, y el prefecto de Junín quisieron que nuestros misioneros acompañaran a los expedicionarios; y cuando los padres Fernando Pallarés y Antonio Gallisans llegaron a Tulumayo el diez de septiembre de aquel año, hallaron a las compañías en el entusiasmo de disparar sus cañones a los campas, de quienes ningún daño habían recibido en la presente coyuntura.

Cometieron también el desmán de pasar el río Tulumayo con el intento de robar muchachos campas para su servicio; a cuyo intento los campas correspondieron con certeras flechas, hiriendo a algunos de ellos.

Para prestar los útiles auxilios espirituuales a estos heridos pasó el padre Gallisans el río Tulumayo, acompañado de algunos individuos de la guarnición de Tarma, asegurando el movimiento de la balsa en un cable atravesado de una ribera a otra. Fuéles bien a la ida pero al regreso el cable se hallaba inservible; y sin su auxilio y debido a la gran corriente del río naufragó y se ahogó el padre Gallisans con dos cristianos.

Esto sucedía el 28 de noviembre de 1842.

4.—No se contentaron con lo hecho los indios campas, que son varoniles y astutos, y llegan a crueles y vengativos cuando han recibido injurias no merecidas: se apostaron estos campas en puntos bien escogidos del campo inmediato a las expediciones, y sin cesar les arrojaban flechas con que quedaban heridos no pocos y necesitados de asistencia.

Retirado el padre Pallarés, después de la muerte de su compañero, al convento de Ocopa, les sustituyeron el padre Vicente Calvo y el lego Amadeo Bertona, auxiliando con celo y caridad a los heridos, pero sin aprobar los métodos que empleaba la expedición.

Todos los empeños que en esta ocasión se hicieron para ganar la voluntad de los campas, a fin de asociarlos al cultivo de los campos, fueron inútiles; lo mismo que los viajes y gestiones que más tarde hicieron con este intento los padres Cimini y Rossi, a súplicas de los vecinos de Tarma y Acobamba.

---

# CAPITULO XX

## Influencia de los misioneros franciscanos del Perú en Sud-América.

## 1849 - 1883

**SUMARIO:** **1.—Antecedentes. 2.—Extensión de los misioneros por la República. 3.—Extensión al Ecuador y Colombia. 4.—El padre fray Pedro Gual. 5.—El padre fray José M. Masiá. 6.—Los padres Cortés y González. 7.—El santuario de Ocopa.**

1.—Aunque los religiosos mandados a Ocopa por el padre fray Andrés Herrero bastaron para instalar de nuevo una comunidad de franciscanos en aquel santuario y para emprender las primeras y más urgentes labores del territorio de infieles. no bastaron para hacer frente al inmenso trabajo apostólico que todavía pesaba sobre Ocopa.

Por esto el padre Cimini. Guardián de Ocopa en 1843. envió a Europa al padre Pallarés. quien pudo traer diecinueve religiosos europeos que aumentasen el personal de los obreros evangélicos. entre ellos el padre fray Pedro Gual.

Las misiones que aquellos varones de Dios predicaron en Lima tuvieron inmensa resonancia social. y abrieron una nueva era de ministerio sacerdotal en el Perú. ese ministerio que el pueblo peruano suele distinguir como el característico *de los padres Descalzos.*

Dado el bien espiritual y social que estos nuevos hombres produjeron en Lima. era natural el deseo de las demás poblaciones peruanas para disfrutar del mismo: para esto era preciso que las comunidades de misioneros se multiplicasen por la República.

2.—Por esto se realizó en esta era de nuestras misiones una expansión de su ministerio sacerdotal enteramente peculiar y diversa de las anteriores.

Antes hemos admirado el colegio de Ocopa extendiendo su acción de propagador de la fe a todo el Oriente peruano. sin excluir los inmensos territorios de Mainas: a Bolivia. dando allí origen a la fundación de muchos centros de misiones: a Chile. donde los hijos de Ocopa realizaron una la-




Padre Gual

bor verdaderamente prodigiosa; a la Oceanía, hasta donde llegó la actuación apostólica de Ocopa.

Ahora la extensión es de otro modo: la acción sacerdotal de los misioneros procedentes de Ocopa invade la sociedad peruana, primero en Lima, luego en el Cuzco, luego en Arequipa, después en Cajamarca, y así sucesivamente en el espacio de pocos años.

Esta extensión del ministerio sacerdotal regenerador coincide con la extensión del organismo regular y religioso de los misioneros, adquiriendo conventos y formándose comunidades en todos los puntos mencionados.

3.—La fuerza de expansión no se contiene en los términos del Perú, sino que pasa a las Repúblicas del Ecuador y Colombia. En aquellas naciones se realizan los mismos prodigios de conversión que en el Perú; también la sociedad experimenta una mudanza inesperada; y al par con el ministerio sacerdotal de los misioneros que día por día abraza mayor extensión de territorio, surgen nuevos conventos y comunidades, y se establecen en el Ecuador y Colombia las bases de las que hoy forman dos provincias de la Orden.

De donde resulta, que son deudores a Ocopa de inmensos beneficios sociales y políticos, Bolivia con el colegio de Tarija, Chile con el colegio de Chillán y las misiones de Chiloé, Ecuador con la actual provincia franciscana y Colombia por una razón análoga.

No parecerá creíble, pero fué un hecho, que el Perú oficial se opuso repetidas veces a la extensión de los misioneros en la República. Que los misioneros empleasen el ardor de su celo y sus ingentes energías en civilizar las Pampas del Sacramento, lo conocían por santo y bueno; pero, que no decía bien ver a esos misioneros en poblaciones cultas, ocupando púlpitos, encabezando procesiones y removiendo conciencias.

Aquí hubo de parte de algunos personajes de las altas esferas oficiales buena dosis de espíritu de secta; pues se echó mano aun de dicterios y de acusaciones calumniosas.

4.—Para superar semejante oposición, fué menester que en el escenario de los misioneros apareciesen hombres superiores, que unían a la virtud austera y sólida del religioso, el resplandor del talento cultivado y el irresistible ascendiente

del que ama con nobleza a sus semejantes y dispone de medios para hacerles un bien positivo y real.

Esto sucedió colmadamente en la época afortunada que describimos. Entre aquellos hombres superiores, entre aquellos religiosos de austera virtud, entre aquellos talentos cultivados, con un desenvolvimiento intelectual adaptado al medio ambiente, entre aquellos varones de Dios que amaban al prójimo y podían prestarle servicios de alta utilidad, se contaba indudablemente en la primera línea el padre fray Pedro Gual.

Vemos que este religioso de incansable pluma figura en Ocopa en el capítulo electoral de 1849, en el cual es nombrado Guardián de aquel celebrado colegio de misioneros.

Desde esta fecha acompañan al padre Gual grado por grado los más elevados cargos de su instituto, hasta ser nombrado definidor general de la Orden y asistente al Capítulo en 1862.

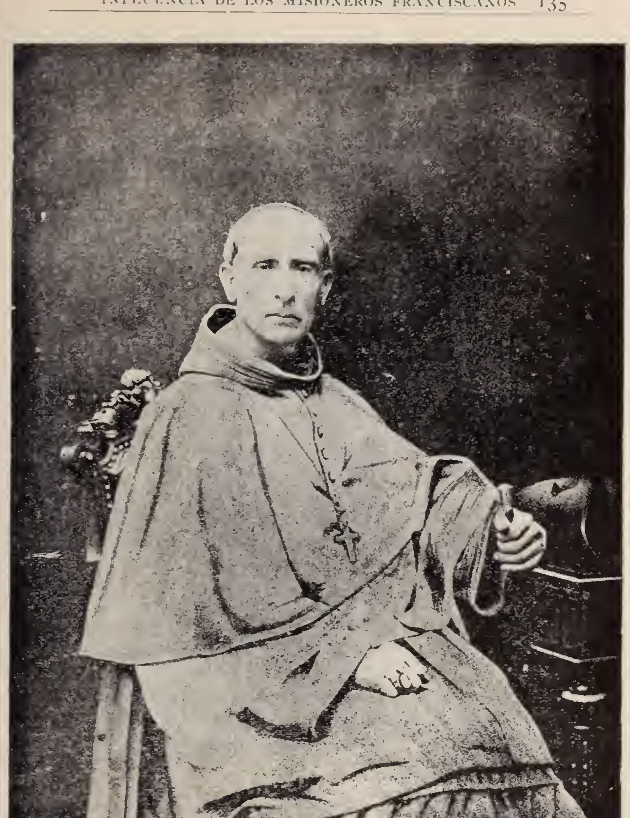
Su espíritu organizador extendió, como lo tenemos dicho, las comunidades de misioneros al Cuzco, Quito, Arequipa, Cajamarca, Guayaquil e Ica.

Asistido de una voluntad de hierro, jamás consintió en relajación alguna, aun de las pequeñas reglas de la Orden; condición que hacía del padre Gual un perenne acicate de observancia en los sagrados claustros de los misioneros; y de aquí trascendía fuera del convento la influencia de aquel espíritu recto y firme, contribuyendo a la santificación de muchas almas y de muchos hogares.

Por otra parte el padre Gual se colocó a gran altura con su pluma en el teatro de la polémica religiosa: era difícil que los elementos jansenistas y sediciosos que a la sazon pupulaban en el Perú, pudiesen levantar la voz con éxito, teniendo por seguro que el padre Gual no dejaría pasar la ocasión sin fustigar acremente el error y sin sofrenar la pluma saturada de herejía o de cisma.

El Padre Gual dió en el Perú días de santa holgura al dogma católico y a la piedad religiosa y cristiana.

5.—No faltó por otra parte quien secundase, y tal vez con ventaja, al reverendo padre Gual, en su labor de propagar la religión y sanear las costumbres: pues simultáneamente con el padre Gual empezó a descollar aquel apóstol y



Padre Masiá

misionero fray José María Masiá, singular gloria de los misioneros y garantía de la protección divina para todos los peruanos.

También el padre Masiá subió muy pronto por la escala de los más altos cargos de la Orden, y luego el Señor le deparó la alta dignidad episcopal en el Ecuador.

Si el padre Gual defendió con su pluma los derechos de la Iglesia católica y los fueros de la fe en el Perú, el padre Masiá hizo caer sobre el pueblo peruano como un rocío celestial los beneficios y las dulzuras de esa misma fe, hermanando admirablemente la rectitud del apóstol y las efusiones de la caridad más intensa (1).

6.—El Señor completó el hermoso número de aquellos varones esclarecidos, dados a los misioneros en condición de lumbreras, con los padres fray Leonardo Cortés y fray Bernardino González. También estos dos beneméritos religiosos ejercieron en el Perú sin interrupción los más elevados cargos, y tuvieron ante la sociedad esa distinguida aceptación que es la base del buen nombre, y suele serlo también del fruto que produce su ministerio personal y aun la comunidad que honran con sus virtudes y talentos.

Estos dos padres gobernaron los colegios de misioneneros en la época de su mayor extensión, cuando su jurisdicción comprendía las tres repúblicas del Perú, Ecuador y Colombia (2).

7.—Mientras en esta forma se propagaban y consolidaban las comunidades de misioneros en las tres repúblicas mencionadas, el colegio madre, el santuario de Ocopa no perdía su primitivo carácter de misión de paz, de soledad y retiro,

(1) Después de la santa muerte de este varón ejemplar, tuve el consuelo de publicar su *Biografía*, en un volumen, que hoy casi se halla agotada. Esta obra fué benévolamente mirada en la *Postulación de las causas de beatificación y canonización de los Siervos de Dios* en nuestra Curia Romana, motivando que se iniciara el proceso ordinario de su beatificación en la curia arquiepiscopal de Lima, que hoy se halla avanzado.

(2) También tuve ocasión de dar a la prensa una sucinta *Biografía* del padre fray Leonardo Cortés, junto con las reseñas biográficas de los padres fray Pío Sarobe y fray Juan Zulaica.—De la personalidad del padre fray Bernardino González tendremos ocasión de hablar un poco más por extenso, cuando incluyamos en la presente Colección su *Ojeada sobre la Montaña*.

donde se hallaba como en su propio centro la virtud religiosa, que suele sorprender agradablemente y cautivar por el contraste a los que sólo conocen el bullicio mundano.



**Padre Pío**

En Ocopa continuaron siendo modelos de perfección evangélica toda una serie de varones, los más de los cuales intervinieron en las misiones del Oriente, y de los cuales ten-

dremos ocasión de hablar. Los que más han merecido los respetos de cuantos los conocieron, por su gran recogimiento y acendrada piedad, han sido los padres Francisco Espoy y Pío Sarobe.

---

## CAPITULO XXI

### Actuación del padre Cimini en las misiones del Ucayali.

### 1843 - 1849

**SUMARIO: 1.—Guardián de Ocopa y Prefecto de misiones. 2.—Viajando por los ríos. 3.—Viaje al Ucayali con el padre Calvo. 4.—En Sarayacu.**

1.—Dimos cuenta de que el padre fray Crisóstomo Cimini y el hermano lego fray Luis Bieli fueron los primeros que en 1840 entraron al Ucayali y dieron al padre Plaza la agradable sorpresa de abrazar de nuevo a sus hermanos.

Fray Luis Bieli era un excelente religioso que llegó a una venerable ancianidad, después de haber servido con toda lealtad a las misiones y a Tierra Santa, y tuvo una muerte edificante en el convento de los Angeles de Lima.

En cuanto al padre Cimini, hemos visto que desde el primer momento que se puso en Ucayali a las órdenes del padre Plaza, se distinguió por su prudente habilidad en realizar viajes y exploraciones las más arriesgadas, que coronó con venturoso éxito.

No sólo se distinguió por sus exploraciones, sino que descubrió desde el primer momento una prudencia consumada y dotes que revelaban en él un verdadero don de gobierno.

En el año de 1843 le fué preciso dejar el teatro de sus fatigas de misionero y volver a Ocopa, para hacerse cargo de la guardianía de ese convento. Luego recayó en él mismo el gobierno de las misiones; y en el capítulo electoral que se celebró en Ocopa en 1849, en el cual fué nombrado guardián

de aquel convento el padre Gual, el padre Cimini fué reelecto Prefecto de las misiones mencionadas.

2.—Por los años de 1848 los vecinos de Tarma y Acobamba abrigaban más que nunca la esperanza de entrar en la posesión de los terrenos del valle de Chanchamayo; y a más de esto, la nación acariciaba la idea, bastante peregrina, de utilizar a los indios, especialmente a los campas, como braceros para los trabajos de la costa.

Para lograr ambos intentos, era necesario ponerse al habla con los campas, que moraban en el Perené, en el Pichis, en el Apurímac y en el Tambo, formando un núcleo respetable, extensísimo, compacto, de perfecta unión de miras; agregándose que les animaba un espíritu altivo, en un cuerpo sano, robusto y bien desarrollado.

Para intentarlo no se halló persona más a propósito que el padre Cimini; a quien suplicó el prefecto del departamento de Junín que lo tomara por su cuenta y a pecho. En consecuencia vimos al padre Cimini con el padre Rossi emplear treinta y seis días en recorrer aquellos ríos y en buscarles la cara a los campas.

Pero todo fué inútil, pues los campas presentaron verdadera resistencia y aun quedó herido de sus certeras flechas el popero de la canoa del padre Rossi.

3.—Electo el padre Cimini prefecto de misiones en el año de 1849, hubo de emprender el penoso viaje al centro principal de las mismas, que a la sazón eran las riberas del Ucayali.

Salió de Ocopa con el padre Vicente Calvo y el hermano Magín Espoy.

No dejaba de presentar a los misioneros aspecto severo y amenazante uno de esos largos y peligrosos viajes, aun cuando los más de ellos los repetían con bastante frecuencia.

Nuestros viajeros empiezan por recorrer el uniforme valle de Jauja, pasado el cual y después de larga y penosa ascensión, dominan las áridas *pampas* de Junín; luego respiran el aire tenue del elevado Cerro de Pasco, tiritando de frío por el cierzo helado; bajan de la frígida *puna* para recrearse con el apacible valle de Huánuco; de seguida es menester entrar en el abrupto cauce del enojoso Huallaga,

cuyo quebrado lecho e inquietas aguas amenazan a cada paso con la muerte.

Aquí el padre Calvo, el héroe de la montaña a quien admiraremos muy pronto, pero que en esta ocasión es novel viajero, empieza a temblar de miedo y pavor; de manera que desconfiaba ya de llegar a su destino creyendo cada instante ser el último de su vida. A la verdad no eran infundados sus temores, pues desde Tingo-María hasta el sitio denominado el Pongo, son en número de cuarenta y dos los pasos difíciles que hay que vencer, y el menor descuido del timonel y aun de los mismos remeros basta en cualquiera de ellos para hallar una muerte segura en tan espantosos abismos. Así lo reconoció muy bien un viajero francés, quien para expresar los gravísimos peligros de esta navegación, dijo muy acertadamente *que los hombres habían hecho navegable el Huallaga, al parecer contra la voluntad de Dios* (1).

A los ocho días de fatigas llegaron los misioneros a la desembocadura del río Chipurana, superados con el favor del cielo todos los peligros.

Aquí hubieron de separarse, continuando el padre Cimini con su gente y con una canoa cargada, para entrar al Ucayali por el Marañón, realizando una vuelta inmensa; e introduciéndose al Chipurana el padre Calvo y el hermano Magín en otra canoa con gente que comprometieron en Chasuta para este viaje.

El Chipurana es la ruta obligada de los moradores de Tarapoto para comunicarse con el Ucayali.

Después de un día de navegación por este río, se llega al Yanayacu, y al siguiente día se aporta el pueblecito del mismo nombre. Descansando aquí un día recorrieron nuestros viandantes a pie las siete leguas que dista de Yanayacu el punto de Santa Catalina; en seguida dos días de canoas por el río de este nombre, y al fin el Ucayali.

Sí, el Ucayali, el espléndido Ucayali, de límpida y radiante aurora, de mañanas cálidas y serenas, en que reluce y brilla el majestuoso río con serenidad divina, realizando sus curvas en la llanura incomensurable con gracia y donosura

(1) *Historia de las misiones de Ocopa*, t. II. cap. VIII.

natural, que parece obra de arte; el Ucayali, donde a una mañana esplendorosa suele seguir no pocas veces una tarde de tempestad horrísona, con el trueno que retumba, envolviendo en sus ecos broncos, de dureza metálica, el ánimo y los sentidos, apareciendo en un lejano punto del turbio horizonte una nube negra, donde serpentean los relámpagos y de donde parten los rayos; y luego el vendaval que pone en movimiento a la negra nube, que se aproxima a uno dejando caer trombas de espesísima lluvia; y con el vendaval el sacudirse, el retorcerse los copudos árboles y el caer sobre el cuitado espectador de aquella escena de majestad terrorífica un diluvio de agua, que convierte en ríos y lagunas el horizonte que alcanza con su vista.

El Ucayali deja un recuerdo imperecedero, imborrable, en el ánimo del que por algún tiempo vivió en sus riberas.

Y eso, a pesar de que a las hondas emociones de aquel paisaje de lujosa hermosura, acompaña el sudar continuo, y la debilidad anemizante y una cadena de achaques que hacen presa en el cuerpo entumecido.

Nuestros misioneros, después de haber seguido, por espacio de un día el curso de aquel río, contemplando con creciente admiración tan asombroso prodigio de la naturaleza, para abreviar el camino, entraron en la *Tipishca*, navegando por ella como dos o tres horas, y habiendo llegado al sitio denominado *el puerto*, desembarcaron, tomando el camino que guía a Sarayacu, a cuyo pueblo llegaron a las cuatro de la tarde, después de haber andado como dos horas por tierra (1).

4.—El padre Calvo y el hermano Magín llegaron a Sarayacu el 29 de septiembre de aquel año de 1849.

En esta fecha no se encontraba allí ninguno de los padres conversores: pues el padre Brigatti se hallaba en Tierra Blanca y el padre Llorente en el Marañón, buscando provisiones.

El padre Cimini, después de tocar en Nauta, y sabedor de que el padre Llorente había partido para Sarayacu, le alcanzó en la travesía y juntos entraron en Sarayacu.

(1) *Historia* citada, en el mismo cap.

En esta conversión con la llegada de los padres, hubo alegría nunca vista, saliendo a recibirlos y agasajarlos con danzas y festivos cantos.

Todavía no habían podido los misioneros abrir escuelas en Sarayacu, por ser pocos y obligados a recorrer grandes distancias; cosa que se ejecutó algo más tarde, en 1852, con ventaja no sólo de la instrucción religiosa, sino también de la educación.

Aún se ven en las riberas del Ucayali, especialmente en la sección próxima a Cashiboya, indígenas ancianos, formados en la escuela de Sarayacu, con una educación cristiana especial y característica, que los distingue de los demás indios cristianos.

El padre Cimini destinó en la coyuntura de que hablamos al padre Llorente a Tierra Blanca y al padre Brigatti a Santa Catalina de Yanayacu; y él con el padre Calvo se quedó en Sarayacu, reedificando una iglesia capaz que terminaron brevemente con grande entusiasmo.

Luego visitó las antiguas conversiones de Contamana y Charasmaná; después intentó abrir un camino del Pisqui al Huallaga por las salinas de Tocachi o por las de Uchisa, pero no lo pudo llevar a cabo.

---

## CAPITULO XXII

### Martirio del padre Cimini y de sus compañeros.

### 1851 - 1852

**SUMARIO: 1.—Los mártires de nuestra montaña oriental. 2.—Vuelta del padre Cimini a Ocopa. 3.—A las conversiones de Huanta. 4.—Muerte alevosa del padre Cimini y de sus compañeros.**

1.—Vuelve a aparecer al frente de un capítulo de esta historia la hermosa palabra *martirio*, a la cual damos el sentido de haber recibido una muerte violenta inferida por los enemigos de la fe, durante el ejercicio de las misiones, las



**Padre Espoy**

cuales por su naturaleza misma constituyen una confesión no interrumpida de la doctrina de Jesucristo.

Y decimos hermosa palabra el martirio, pues aun cuando no es de aprobar la dañada intención de los que causan la muerte al varón justo, al apóstol abnegado, al confesor de Jesucristo, es hermoso ver que la preciosa vida del confesor de Jesucristo, de su apóstol abnegado y del varón justo, es segada por confesar la doctrina del divino Maestro.

Agregaremos, pues, a la brillante serie de víctimas que en nuestra montaña han sido sacrificadas por la brutalidad de los enemigos de la fe, tres varones justos y tres nombres benditos, que habrán sido escritos con hermosos caracteres en el libro de la vida.

2.—Dejamos al padre fray Crisóstomo Cimini atareado en las márgenes del Ucayali y sus afluentes, solícito en organizar el trabajo apostólico en los diversos centros establecidos allí y en facilitar a los misioneros el ingreso y la salida de aquella lejana región.

Conviniéndole la salida del Ucayali y la vuelta a Ocopa, hizo una de aquellas jornadas que están reservadas a los hombres intrépidos que nada temen y todo lo vencen, pasando del Ucayali al Huallaga, del Huallaga a Balsapuerto, de aquí a Moyobamba, luego a Trujillo, de Trujillo a Lima y de Lima a Ocopa.

Acariciaba el padre Cimini el propósito de restaurar las conversiones llamadas de Huanta, abiertas con tanto éxito en tiempos del padre Sobreviela y abandonadas al consumarse la independencia del Perú.

Desde 1781 fueron estableciéndose aquellas conversiones, así a orillas del Mantaro, como en las riberas del Apurímac. Desde aquella fecha van figurando sucesivamente como centros de misiones, el Patrocinio del Mantaro, la Asunción de Simariba, San Antonio de Intate, San Luis de Maniruato y San Buanaventura de Quiemperic.

El fervoroso prefecto de misiones creyó de su obligación emplear su celo y el de sus misioneros en aquella región que ya conocía los sudores de sus hermanos de hábito.

3.—Para su expedición tomó de compañero al padre fray Juan Bautista Narváez, y partieron de Ocopa en mayo de 1852; llegados a Huanta sin novedad, anduvieron de allí cosa de treinta leguas con dirección a Apurímac. Llegados a este río, se embarcaron en una canoa y navega-

ron con felicidad como quince leguas; mas inopinadamente zozobró y se ladeó la canoa, cayendo los viajeros al agua pereciendo un joven de Huanta que les acompañaba, salvándose los padres a nado, así como los indios que gobernaban la barquilla, que fueron los primeros en abandonarla y en ponerse a salvo.

Perdiéronse en el naufragio el altar portátil con sus ornamentos, y muchos objetos que los misioneros llevaban para agasajar a los indios y ganarles la voluntad.

Este percance no desanimó al padre Cimini; y como mejor pudo echó los planes para restaurar las misiones de aquella hermosa región, cuyos ríos, cuencas y valles, como Sanabamba, Viscatan, Simariba, Acón y Chognacota, estaban estudiados por los padres fray Valentín Arrieta, fray Joaquín Soler, fray Bernardo Jiménez, fray Tadeo Giles y fray Mateo Méndez, exploradores de aquellas comarcas y fundadores de Mantaro, Simariba, Intate, Maniruato y Quiemperic.

Formada alguna idea de aquellas comarcas, volvió a Ocopa para asistir al capítulo del colegio; y terminado éste, emprendió de nuevo su viaje a las márgenes del Mantaro y Apurímac, acompañado del padre fray Feliciano Morentin y del lego fray Amadiós Bertona.

Antes de salir de Ocopa tuvo la precaución de escribir al padre Calvo, que se hallaba en Sarayacu, previniéndole que si no le era posible entablar nuevamente las conversiones de Huanta, bajaría a Sarayacu, encomendándose a las corrientes del Apurímac, Ene, Tambo y Ucayali.

4.—Como lo que resta de la narración de este capítulo se halla envuelto en el misterio y cubierto de oscuridad que el tiempo no ha podido disipar, seguiremos el relato por los términos en que lo consignaron los autores de la *Historia de las Misiones de Ocopa.*

"Llegados, dice, al término de su viaje, concibieron en un principio muy lisonjeras esperanzas, pues los indios los recibieron con grandes demostraciones de amistad; sin embargo, muy pronto se trocaron sus sentimientos, pues seducidos aquellos bárbaros, según parece, por el intérprete, llegaron a persuadirse de que los misioneros no eran tales en realidad, sino que eran hombres que habían ido allí con el fin

de robarles sus mujeres e hijos, para hacerles trabajar como esclavos en sus haciendas. Enfurecidos por esta idea, arre-



Martirio del Padre Cimini y compañeros

metieron contra los padres asesinándoles cruelmente con sus flechas y macanas. Tal es a lo menos lo que con más verosi-

militud ha podido conjeturarse sobre la muerte del P. Cimini y sus compañeros, en medio de las distintas versiones que hay sobre el particular. Una relación exacta y circunstanciada no ha sido posible obtenerla, por más diligencias que se han practicado. En Huanta se asegura que la muerte violenta de los Padres fué entre Chaymacota y Catongo".

"En un viaje que el P. Pallarés hizo desde Sarayacu al río Tambo en 1854, los infieles Piros y Cunibos le contaron que por Diciembre de 1852 o Enero de 1853 (época de mayor creciente de los ríos, de cuyas crecientes se valen los indios para contar las estaciones y los años), vieron bajar *hasta Santa Rosa de los Piros* una balsa grande con su *pamacari* o camarote (1); encontrando en ella un vaso de cristal y una campanilla de las que se usan en la Misa para hacer la señal al Sanctus, la cual entregaron a dicho P. Pallarés, asegurando el hermano Magín Espoy, que le acompañaba, ser la misma que él había comprado en Lima y colocado en los cajones del P. Cimini a su salida para Huanta. El mismo infiel que entregó la campanilla, afirmó también que en aquellos mismos días en que pasó la balsa, bajaron igualmente dos cadáveres por delante del sitio llamado Ipaґía, donde él estaba, añadiendo que dichos cadáveres eran de Viracochas (personas blancas), atravesados de flechas por todas partes y ya medio corrompidos, no atreviéndose él a recogerlos por el horror que le causaron".

"De esta relación del infiel, dedujo el P. Pallarés, que de los tres religiosos martirizados, sólo uno fué muerto en el lugar citado; que los otros dos formarían seguramente después una balsa, en la que debieron cargar los ornamentos con todo lo demás que pudieron recoger, y por último, que se dejarían llevar de la corriente del Apurímac con dirección al Tambo y Ucayali para llegar a Sarayacu, conforme lo tenía prometido el P. Cimini; pero que alcanzados por los Campas, les quitaron éstos la vida, para robarles los efectos que llevaban, y que en el saqueo que hicieron se les cayeron en-

(1) *Pacamari* se llama una guarnición que se labra sobre las *balsas*, con un cierto número de palos gruesos de iguales dimensiones, fuertemente atados entre sí por medio del bejuco llamdo *tamschi*, en forma de techo; en las canoas siempre tiene la forma de una bóveda semicircular, prolongada desde la popa hasta la mitad de ella, debajo de la cual se guarecen los viajeros. (*Nota de la Historia mencionada*).

tre los palos de la balsa la campanilla y alguna vinajera, que el infiel llamó vaso (1)".

En un folletito que corre impreso con el título de *Los Campas: Descripción de los Usos y Costumbres de la tribu que habita las regiones del Apurímac*, por J. G. (2), se describe la muerte del padre Cimini y sus compañeros con bastantes visos de verdad. La relación es del tenor siguiente: "Es verdad que los infieles luego que vieron a los reverendos muy sumisamente se entregaron a ellos, tratándolos con todo respeto, mediante su humildad y explicaciones que les hicieron de su misión, que de ello resultaría grandes beneficios para aquéllos, a no haber espíritus malignos por esos lugares ...... En esa época se hallaban unos dos individuos refugiados en esa montaña como criminales y perseguidos por la justicia, quienes tan luego advirtieron a los reverendos, ya creyeron que iban a ser entregados para expiar sus excesos..... De consiguiente los criminales inmediatamente fraguaron el modo como debían expulsar a aquellos padres. Al efecto reunieron a los incautos y menos advertidos infieles, a quienes se les hizo comprender, aseverando que esos hombres que habían aparecido en esas comarcas bajo el ropaje de esas jergas, no eran realmente hombres bondadosos, como suponían, sino unos soldados foragidos disfrazados con esa mala ropa para abusar de la sencillez de ellos, y que además cargaban consigo el diablo para facilitar sus siniestras intenciones, y que más tarde serían ellos perseguidos, privados de todas sus comodidades, hijos y mujeres, y que andarían errantes sin tener cómo reunirse entre ellos por el imperio del diablo. Con tales ideas alarmantes, los infieles se vieron confundidos, y luego se reunieron entre ellos y en consulta trataron cómo deshacerse de tales reverendos...... Resolvieron unánimemente asesinarlos, creyendo que era el último remedio, y porque también iban atizando los dos malvados intérpretes animándoles que realizaran su idea lo más pronto: y en efecto lo resolvieron cuando menos lo pensaron los desgraciados incautos Padres y con la mayor serenidad consumaron la muerte de todos ellos volteándoles de la canoa en

(1) T. II, cap. IX.
(2) Lima, Imprenta del Estado 1868.

que iban navegando por el río de Apurímac. verdad que ellos salvaron a nado......".

"Tales excesos no terminaron con la muerte tan inaudita de los reverendos padres: puesto que pasado un paréntesis de algunos meses volvieron a cometer otro crimen, y es que habiéndose internado a las propias montañas de Chogmacota, un joven, D. Nicolás Alvarado, vecino de la Villa de Huanta.....al ver que éste se había informado de la clase de muerte que habían tenido los reverendos misioneros ya citados.....cuando menos pensó el pobre joven fué víctima de la hazaña de tales verdugos".

"No quedaron sus atentados en ese estado, sino que cuando me tocó también la vez de marchar a las propias montañas, con ánimo de reconocer y el de internarme hasta los lugares de los infieles....para ver si podía explotar las grandes riquezas que entrañan aquellas regiones....también yo estuve señalado para correr la misma suerte....a fin de que yo no me cerciorase de la conducta criminal de ellos... Pero hube de tener un padrino casual, otro intérprete, no de la condición de los agresores, sino humanitario, quien los disuadió a los incautos infieles de la prevención que tenían contra mí....No me quedó otro recurso sino el comprender la lengua nativa de tales infieles: y al intento me apresuré a formar una especie de diccionario, logré el aprendizaje, al estado de hablar con ellos de un modo familiar, y entonces me formé una idea clara del carácter que tenían y de sus propensiones, y en verdad, ellos son enemigos de la mentira, muy propensos a conservar la vida de sus semejantes....el hurto es desconocido entre ellos, la mala fe jamás se advierte en ellos (1)".

De conformidad con esta narración, aquí en Ayacucho, donde escribo el presente capítulo, en Huanta, que no dista mucho de esta capital de departamento, no se duda de que toda la culpa de la muerte de nuestros misioneros estuvo en el intérprete o intérpretes, señalándose al autor principal con nombre y apellido.

Concluiremos con Raimondi que "sea como fuere, lo cierto es que tanto la religión como la ciencia geográfica per-

(1) Págs. 48 y ss.

dieron con el P. Cimini un valeroso y abnegado campeón (1)".

Agregaremos, que los ángeles, justos admiradores de los bellos pasos que da el misionero en busca de las almas, habrán celebrado debidamente el triunfo de aquellas víctimas inocentes, sacrificadas en la soledad de los bosques.

(1) T. III. cap. XI.



# LIBRO TERCERO

## VIAJE PRACTICADO

desde el Callao hasta las Misiones de las tribus
de Infieles Záparos y Jíbaros
explorando el Pastaza, el Bombonaza
y las cabeceras del Tigre y Napo
por el párroco de Andoas
padre fray Manuel Castrucci de Vernazza
de la Orden de San Francisco

1845 - 1849

# CAPITULO XXIII

## Viaje del padre Castrucci a los Záparos y Jíbaros.

## 1845 - 1849

**SUMARIO: Prólogo: el padre Castrucci: la época: la situación del Perú: la ruta. El viaje: I.—Del Callao a Chachapoyas. II.—De Chachapoyas a Yurimaguas. III.—De Yurimaguas a Andoas. Expedición a los Záparos. I.—Río Bombonaza. II.—Río Tigre. III.—Río Napo. Misión a los Jíbaros. I.—La entrada. II.—Subsistencia. Religión. Sociedad. Su físico. III.—Vestuario, armas, ocupaciones. Días solemnes. Entierros. Descripción general. I.—Reino vegetal. Reino animal. Anfibios. Galápagos. Pescados. Ganado. II.—Reino mineral. Minas. Sal de piedra. Yeso. Aguas termales. III.—Clima. Penalidades.**

### 1.—*El padre fray Manuel Castrucci de Vernazza*

Del Padre Castrucci no he podido obtener dato alguno biográfico. Aun sobre su procedencia no he hallado orientación alguna; y sólo su apellido autoriza para creerle italiano de origen.

La narración de su viaje mereció que el sabio Raimondi le mencionara en su obra "El Perú", donde hace un extracto del viaje mencionado, que ciertamente le coloca en el número de los viajeros y exploradores valerosos y arriesgados.

"Dejando la canoa, dice Raimondi, siguió el padre Castrucci por tierra a través de los espesos bosques, en busca de otras poblaciones. Muy difícil es dar una idea, a los que no conocen aquellos lugares, de las penalidades y trabajos que se experimentan en los viajes por la región de la montaña, cuyo territorio presenta trechos inundados, otros con espeso barro o cubierto de tupida vegetación, donde abundan plantas armadas de agudas puntas y ganchosas espinas que laceran los vestidos y las carnes; y además expuestos a continuas lluvias, sin un buen abrigo contra tantas intemperies y contra el asalto de los animales feroces o de los sanguinarios salvajes. Así el P. Castrucci tenía a cada rato que atravesar lagunas, pantanos o quebradas profundas en su viaje por aquellos solitarios países; pues tenía que marchar ocho o diez leguas para hallar alguna ranchería de infieles".

"De este modo, y padeciendo hasta el hambre, recorrió una grande extensión de territorio en las cabeceras del río Tigre, el que tuvo que pasar cinco veces, y el Napo, descubriendo los pequeños pueblos de Supeyrucu, Pumayacu, Zamarosmaros y Arcachinapo" (1).

Las circunstancias que acompañan el viaje del padre Castrucci hacen formar la idea de que, en su calidad de misionero, se hallaba incardinado en el Perú; descubriéndose puntos de semejanza entre él y otro ilustre misionero italiano de la época, el padre fray Julián Bovo de Ravello, autor del precioso folleto *Brillante Porvenir del Cuzco*, que en 1845, sabedor por "El Mercurio" de Valparaíso en Chile de las proezas del Padre Plaza, abandonó aquella República para internarse en el Perú en las vastas regiones del Madre de Dios.

Por lo que hace al Ecuador, no hay indicio alguno de que el padre Castrucci haya pisado aquella República; pues dice el actual Superior de la Provincia seráfica de Quito: "He registrado con toda minuciosidad el Archivo de ésta y no encuentro nada relativo a dicho Padre, ni siquiera consta su nombre en la lista de los misioneros orientales: de modo que no le puedo dar dato alguno de él".—Firmado: *Fr. José Ma. Idígoras*, O. F. M. Ministro Provincial.

Antes del año 1845, en que da comienzo a su viaje, había estado el padre Castrucci entre los indios Andoas y Záparos, de donde salió para restablecerse en la salud, quebrantada por el clima y los trabajos.

A pesar de que los señores Manuel Ijurra, Pedro Pablo Vázquez Caicedo y Juan Crisóstomo Niebura escribieron sus relaciones descriptivas concernientes a Mainas en la época en que el padre Castrucci actuaba en las regiones que le correspondían, no hacen mención del misionero, ni de sus relatos se colige nada referente a la biografía de nuestro explorador.

## II.—*La época en que viaja el padre Castrucci.*

No parecerá tan extraña la ignorancia en que nos hallamos de los datos biográficos del padre Castrucci, si se tiene en

(1) T. III. pag. 200.

cuenta la coyuntura en que actuó en la región de nuestras misiones orientales; pues ella es la más oscura que hayan atravesado en la serie de tres siglos. Esa coyuntura corresponde, según conjeturamos y tomándola ampliamente, a los años que van desde 1830 hasta 1850, época de eclipse para el convento de Ocopa y años de soledad para las extensas comarcas de misiones.

El Libertador Simón Bolivar clausuró el convento de Ocopa por decreto expedido el primero de noviembre de 1824, convirtiéndolo en colegio de instrucción. En 1833, por otro decreto supremo, se suprimió este colegio, y se consintió en que la autoridad eclesiástica autorizara el ingreso de religiosos a aquel santuario para atender al culto. En 1836 el Ejecutivo restableció el colegio de Misioneros; y este decreto fué sancionado por el Congreso de la República el 30 de julio de 1851.

En el período de 30 años que corren desde 1821, época de la independencia del Perú, hasta 1851, fecha del restablecimiento legal del colegio de Ocopa, los primeros 20 años fueron de verdadero quebranto para aquella comunidad, y los últimos años, de dificultosa reconstitución.

A estos años corresponde la actuación del padre Castrucci en la Montaña.

En el intermedio de esos años, por el año 1840, se oyeron los clamores del segundo obispo de Mainas, sucesor de Sánchez Rangel, deplorando la falta de operarios y contemplando sin pastores su esparcida grey. En la estadística de esa fecha, no aparecen en calidad de curas sino unos pocos: el padre fray Dionisio López, cura de Moyobamba, don José Antonio Rengifo, cura de Lamas, el padre fray Eusebio Arias, cura de Tarapoto, el padre fray Antonio Alvear, cura de Saposoa, don Julián de Castillo Rengifo, cura de Yurimaguas, el padre fray Juan Pavón, cura de Jeberos, el padre fray Pablo Marino, cura de San Regis, el padre fray Manuel Plaza, cura del Ucayali, don Benito de la Guardia, cura de Loreto.

### III.—*La situación política y civil de Mainas.*

La administración pública de Mainas, en los años a que nos referimos, era buena: las autoridades procedían de un

modo laudable. Cosa que era de desear en aquella tierra donde tantos escándalos se habían visto, desde la época del coloniaje, al extremo de producir levantamientos.

Como elemento de progreso y bienestar en esta época arribaron a Loreto las primeras naves europeas a vapor.

Entre los documentos oficiales de Mainas de este período, existe uno que no es fácil tenga igual en los tiempos modernos. El documento lleva por título: *Reglamento para el buen gobierno de Mainas expedido por su subprefecto, don Gregorio del Castillo,* y va firmada en 1838 por el mismo Gregorio del Castillo, por Pedro Pablo Vázquez Caicedo y por Casiano Sumaeta. Don Gregorio del Castillo es capitán de Granaderos del primer batallón de la Guardia Nacional y Vázquez Caicedo ha sido subprefecto en Mainas.

El Reglamento lleva esta introducción: "Que para el mejor acierto en el gobierno político de las Misiones Alta y Baja, del interior de esta provincia de mi cargo, es preciso prevenir a todos los gobernadores, justicias, vecinos, estantes y habitantes algunas cosas más esenciales; y que por leyes de la república y costumbres se deben observar; en cuya ejecución mando se lea públicamente en las plazas y demás partes públicas, para que todos y cada uno en lo que le tocase guarde y cumpla los preceptos de los artículos siguientes:

1.º—Que ninguna persona de cualquier estado y condición que sea, diga blafemias del nombre de Dios y nuestro Señor, ni de la Virgen Santa María Su Madre y Señora Nuestra, ni de los Santos, ni cosas sagradas, ni juren el Santo Nombre de Dios sin necesidad, ni mofen de sacerdotes, so las penas impuestas por las leyes que se ejecutarán invariablemente.

Los artículos segundo y tercero son contra los amancebados, adúlteros, rufianes, hechiceros etc.; disponiendo que los vagamundos y mal ocupados salgan en el término de quince días después de publicarse este decreto de los términos de la jurisdicción de los pueblos de aquellas Misiones, porque esa clase de personas inmoralizan las costumbres y destruyen la sociedad........

Los artículos que siguen van enderezados a los gobernadores y demás autoridades, para que empleen medios oportunos y conducentes a la conversión de los salvajes fronte-

rizos, para que no hagan extorsiones ni sustraigan *cholitos ni cholitas* ni con el colorido de educarlos, etc.

Luego hay varios artículos que demuestran la falta de sacerdotes que se padecía y el modo de subsanar la falta. Dicen así:

10.º—Que los gobernadores, mientras la Providencia provea de pastores eclesiásticos, cuiden personalmente el que la juventud de ambos sexos se congregue en la casa destinada para el cura (que debe haber precisamente en todos los pueblos) por la lista de la doctrina cristiana, tarde y mañana, por la persona destinada para el efecto, y a falta de ésta por el mismo gobernador, para cuyo efecto los curacas, alcaldes y demás vasallos obligarán a todo rigor a los padres de familia para que cumplan con este deber religioso.......

11º.—Que todos los sábados rece el pueblo reunido en la iglesia de todo distrito el santísimo rosario de María Santísima, y los domingos, después de pasar el gobernador el padrón general de ambos sexos, de chicos y grandes, rece la doctrina cristiana entera, y después el rosario y letanía cantada, siendo del cuidado de los curacas, alcaldes y vasallos el congregar al pueblo a todo rigor, lo que celará el mismo gobernador, y castigará con arrestos a los funcionarios desobedientes.

13.º—Que ante todas cosas aseen los puertos principales, mantengan limpios y descombrados los pueblos. Que las Iglesias como casas de oración y templos del santuario sean bien construídas, embarradas con sus competentes puertas de seguridad, con sus sacristías bien blanqueadas, si es posible con sus altares pintados; y lo mismo se refeccionen los panteones, y donde no los hubiere los construyan.

14.º—Que las casas parroquiales sean buenas, embarradas, en buena y mejor parte, y bien aseadas.

22.º—Que a todos los extranjeros que se introdujeren de los estados del Brasil, Portugal y del Ecuador por el río Marañón, Napo y Pastaza a dichas misiones, por emigración o por negociaciones particulares, les darán los más preferentes auxilios, buena hospitalidad y el mejor trato de amistad, puesto que todos los hombres componemos una sociedad universal del género humano por institución de la misma naturaleza, con tal que los extranjeros como agradecidos res-

peten las leyes de la nación peruana y costumbres de la provincia, y se conduzcan con la debida política como neutrales sin mezclarse en nada, ni introducirse a comercios clandestinos, extrayendo cholitos, etc.

26.ª—Que a los venerables curas de las doctrinas donde hubiere, y a los venerables misioneros, cuando llegare el caso de haber, como esperamos en la misericordia del Señor, los gobernadores, curacas, alcaldes, vasallos y demás naturales, les presten todo el respeto y veneración debida, los homenajes que les pertenecen por su sagrado carácter, les paguen los derechos y emolumentos, que por sus ministerios pastorales les son debidos, sin repugnancia alguna, y no les falten con los mitayos, semaneros, cocineras y pongos de costumbre, estando ciertos que son constituídos sin más interés que emplearse en el cuidado del rebaño del Señor, y conquistar almas para la predestinación del Cielo, sufriendo esos malignos temperamentos tan opuestos a sus complexiones, a las miserias, a las plagas y fieras de aquellos bosques, alimentándose con el sufrimiento y la paciencia.

Todo lo cual se guarde, cumpla y ejecute en todo y por todo, debajo de las penas y apercibimiento referido, porque así conviene a la buena administración del orden público y adelantamiento de los pueblos de aquellas misiones.......

Este documento que participa a un mismo tiempo de las tradiciones españolas y del espíritu de los misioneros, descubre también los abusos reinantes de la época, entre ellos el de sustraer *cholitos;* abuso que hizo tan odiadas a las autoridades desde el tiempo del coloniaje.

## IV.—*La ruta que sigue el padre Castrucci para llegar a Andoas.*

Ya el lector se ha formado una idea de la región adonde se dirige el padre Castrucci y del estado religioso y político en que se halla. Bien se comprende que en aquella coyuntura, un misionero de las condiciones del padre Castrucci era un ser providencial en las desoladas comarcas de Mainas.

Por otra parte, qué heroica resulta la vocación del sacerdote que tiene valor, y no sólo valor, sino satisfacción en internarse en aquellos bosques solitarios, tan alejados de la sociedad humana.

Acompañemos pues al intrepido misionero en su penoso viaje.

El padre Castrucci para llegar a Andoas se dirige al puerto de Huanchaco, a la sazón lugar de verano de las familias acomodadas de Trujillo y que tiene cosa de 700 habitantes. Luego, por Trujillo, Cascas, Contumazá, Cajamarca, Balsas, Chachapoyas, Rioja, Moyobamba y Balsapuerto, arribó a Yurimaguas, para disponer desde aquí de la vía fluvial, y por el Huallaga, Marañón y Pastaza, hallarse en Andoas.

Esto era en enero del año de 1846, habiendo salido del Callao en agosto del año anterior. Al salir el padre Castrucci de Moyobamba y ponerse en camino para Balsapuerto, se encontró con don Pedro Vázquez, que el misionero califica de *señor de muy buenos sentimientos;* y sin duda este señor era don Pedro Pablo Vázquez Caicedo, de quien hemos hecho mención y a quien reputamos una buena autoridad política en la región de Mainas.

Desde el año de 1840, cinco años antes que el padre Castrucci emprendiera su viaje, los misioneros de Ocopa, nuevamente instalados en aquel santuario, el padre Juan Crisóstomo Cimini y fray Luis Bieli, habían empezado su movimiento al Ucayali; viajando por el proceloso Huallaga, cuyas corrientes evitó el padre Castrucci con su penoso viaje por tierra.

Estos viajes, así los terrestres como los fluviales, no dejan de presentarnos cierta sublime grandeza, que es efecto del notable contraste entre el pobre e inerme misionero y la magnitud de los obstáculos que tiene que ir superando para llegar al término.

## Viaje a Andoas

### I.—*Del Callao a Chachapoyas por Trujillo y Cajamarca.*

(1845)

El 29 de Agosto de 1845, salí del puerto del Callao en el bergantín *N. Elías* con dirección a Huanchaco, separándome, con muchísimo pesar, de unos habitantes que por su buen carácter me habían dado repetidas pruebas de adhesión y

cariño; pero como Dios me llamaba a la conversión de infieles, y esta era mi misión, fué preciso obedecer las inspiraciones del cielo y salir de nuevo a aquellos lugares, de donde algún tiempo antes había regresado a causa de mi poca salud.

Me embarqué pues en dicho buque, y a los tres días de navegación, en circunstancias en que el mar se hallaba en Huanchaco sumamente borrascoso, he llegado a dicho puerto, y poco me ha faltado para ser sumergido por las olas al tiempo de desembarcar.

Huanchaco es un pueblo que como el Callao varía su población, por ser el punto en que, en verano, se reunen las familias de Trujillo para bañarse, pero por lo regular tiene en todo tiempo como 700 habitantes, todos indios pescadores; se halla a dos leguas de la capital del departamento de la Libertad. Salí de este punto el 3 de Septiembre y pasé a Trujillo.

Esta ciudad es una de las más antiguas del Perú, capital del obispado de su nombre y del departamento susodicho, está situada en una posición deliciosa, tiene sus calles tiradas a cordel, amurallada y con muy buenos edificios. Tiene universidad, colegios, seminario y varios establecimientos públicos. Además de su catedral hay varias iglesias, entre ellas se distingue la del monasterio de carmelitas descalzas, por tener sus paredes interiores casi todas doradas. Su población no pasa de 7000 habitantes.

A los quince días he salido de Trujillo, y a las cuatro horas he llegado al cerro *Campana*, muy mentado por los continuos asesinatos y robos cometidos en otros tiempos. El calor es enorme en este punto: en seguida llegué a la villa de Ascope, cuya población es como de 1300 personas. Este es un pueblo agricultor, muy cálido, pero sano.

Produce arroz y otras menestras en abundancia.

El 23 emprendí mi marcha, y después de atravesar una llanura árida, más por falta de agua que por la vibración del sol. Fué aquel día para mí muy amargo.

El 24 al pasar por las cercanías del pueblo de Cascas, ya he observado muchos plantíos de naranjos, paltos, chirimoyos, con otros árboles frutales, que duraron hasta el pie de la cordillera. Al subir el cerro *Mayurco*, de una altura inmensa, fuertes relámpagos y truenos, acompañados de abun-

dante lluvia, me atormentaron hasta mi llegada al pueblo de Contumazá.

Esta población es como de 2000 habitantes, se halla en un terreno muy quebrado y perpendicular, cuyo temperamento variable produce papas, trigo y cebada. Es abundante en ganado vacuno y ovejuno, y sus moradores trabajan ponchos, mantas y otros tejidos de lana y algodón.

El día 27, sin embargo del cansancio del día anterior, y de tener mi salud algo quebrantada, he continuado mi marcha; por desgracia me tocó una bestia chúcara, en que veía expuesta mi existencia por los precipicios continuos que se encuentran, lo fragoso y estrecho del camino, que duró hasta que llegué al pueblecito de Santa Catalina.

Esta población por las continuas tercianas que allí acometen, se llama, por antonomasia, sepulcro de los forasteros. El 28 subí al cerro de San Cristóbal y el 29 pasé a la cordillera, donde he sufrido un frío excesivo, y bajé a la ciudad de Cajamarca, capital de la provincia de su nombre.

Cajamarca es una de las antiguas ciudades de los Incas: fué en aquellos tiempos muy considerable y existen aún algunos monumentos. En ella se derramó la sangre del último emperador llamado Atahualpa, el día 3 de mayo de 1532, aniversario de la invención de la Santa Cruz. Está situada en un valle al pie de la cordillera, con una población de 9000 habitantes. Es notable por sus templos y entre ellos se distinguen Santa Catalina, San Francisco, la Recoleta y Belén, son construídos con piedras labradas y de buena arquitectura. Es también muy célebre por sus minas de plata y por sus baños termales, muy provechosos para las enfermedades artríticas y sifilíticas. Se notan también los vestigios del antiguo palacio de los Incas, del cual se conserva una sala intacta. En el cerro de Santa Polonia se halla una silla poltrona labrada en piedra viva de cantería, en la cual, según tradición, el monarca descansaba cuando pasaba desde el Cuzco a Quito, llevado a hombros de los indios para su recreo. He tenido el honor de sentarme en ella. Por lo demás, su clima es variable; produce de todo en abundancia, y es el país más barato que tiene el Perú.

Después de 7 días de mi permanencia en este punto he salido de aquí y he llegado a la villa de Celendín; ésta se ha-

lla bien situada; tiene como 2000 habitantes; sus productos son como los de Cajamarca, y su manufactura es privilegiada por sus tejidos de ponchos de lana, algodón y tocuyos.

El día 12 de Octubre salí de este punto y llegué a la hacienda de Pauco, donde hice pascana por no dormir en Balsas. El día 13 pasé el río Marañón a las tres de la tarde y entré al pueblo de Balsas, donde hace un calor insufrible, y dan tercianas muy peligrosas; por esta razón, y por no poder sufrir el calor, que me quemaba vivo, he continuado mi marcha y fuimos a dormir en el cerro de Errapata, bajo un toldo de campaña.

El 14 llegamos a Tambo Viejo por unas cuestas sumamamente empinadas, con muchos plantíos de tunas silvestres.

El 15 subimos y atravesamos el segundo tramo de la cordillera, con un frío y lluvias insufribles; notando una variación de temperatura casi inexplicable.

El 16 llegamos a Leimebamba. Este es un pueblecito, en que no existen sino arrieros, como de 200 habitantes, situado a la cabecera y a la orilla del río Utcubamba.

El 17 llegamos al tambo Luamilla, donde pasamos la noche, y por último, después de haber atravesado por los tristes y miserables pueblecitos de Sutas, la Magdalena y Levanto, bajamos el 19 a la ciudad de Chachapoyas, capital del obispado de su nombre y del departamento de Amazonas. Esta ciudad es notable por sus minas de sal de piedra y por las manufacturas de albas y otros bordados que trabajan las mujeres, y son los mejores del Perú; produce mucho tabaco y azúcar de la mejor calidad, su población es como de 3000 habitantes, tiene varias iglesias y entre ellas se notan la Catedral y San Francisco, cuyo convento sirve por ahora de palacio episcopal y de colegio seminario. Se estaba trabajando un altar de piedra, tan blanca como el alabastro, para colocarlo en la Catedral, mandado hacer por orden del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Doctor don José María de Arriaga, dignisimo obispo de aquella diócesis, cuyas virtudes, amabilidad y talento son admirables y dignos de ser imitados.

II.—*De Chachapoyas a Yurimaguas por Moyobamba.*

El 31 salí de este punto, con dirección al pueblo de Taulilla, y en el tránsito encontré muchos cañaverales. Este pueblo tiene como 700 habitantes y se halla situado al pie del cerro Piscohuañuna, en una posición frígida; pero produce mucho ganado y papas en abundancia.

El 2 de Noviembre llegamos a un sitio llamado la Cueva, donde dormimos, después de haber tenido en el tránsito mucha lluvia y fango en el camino.

Continuamos con el mismo inconveniente el día 3; subimos al tercer tramo de la cordillera y atravesamos las cimas de Piscohuañuno y Uta-Pisco, que quiere decir matanza de pájaros, porque por su altura y defección atmósferica no pueden vivir los pájaros. El hielo es perpetuo en estos puntos, y el frío es intolerable; llegamos al tambo Bagasan, donde pasamos la noche.

Salimos de aquí el 4 con las mismas lluvias e intemperies, y al pasar un río caudaloso, resbaló mi macho sobre un puente, compuesto únicamente de dos alfagias, y poco me faltó para ser víctima.

Aquí da principio la montaña de Mainas: a cada paso se encuentran árboles caídos que obstruyen el tránsito; por las muchas aguas que caen, se humedece el suelo; el peso de los elevados maderos y el aire ocasionan este nuevo inconveniente para los caminantes; así es que con muchísimo trabajo llegamos al tambo de Yumbite. Aquí pasamos la noche, y fuimos amenazados por un tigre.

El 6 continuamos nuestra ruta con los mismos riesgos y trabajos, y como al medio día encontramos a un indio custodiado por dos individuos armados, que lo llevaban a Chachapoyas preso, por haber muerto a su mujer a garrotazos. Pasamos el río Negro y llegamos a Rioja.

Esta población que tiene como 1500 habitantes es una bonita posición, su temperamento es cálido y húmedo, pero no es enfermizo. Produce tabaco, plátanos, yucas y fríjoles. Su industria es trabajar sombreros de paja y tocuyos.

El día 7 pasamos por los pueblecitos de Habana y Calzada, donde también se trabajan sombreros de paja; atravesamos en canoas los ríos de Rioja e Indocho, y llegamos a la

ciudad de Moyobamba, antigua sede del Señor Obispo de Mainas, y capital de la provincia.

Esta ciudad está situada sobre una eminencia, en figura de mesa circundada de barrancos, y por todos lados presenta un aspecto pintoresco. Pasa el río Mayo a su lado septentrional, que presenta una vista encantadora; siempre está cubierto de canoas con provisiones, de que se proveen los habitantes de la ciudad. Produce tabacos, café, cacao, algodón, azúcar prieta, plátanos, yucas y papas. El ganado vacuno, ovejuno y cabruno se cría con dificultad, a causa del *subyacuro*, especie de gusano, que se introduce en el cutis y el tejido celular, y produce grandes tumores y los mata. Por lo demás, sus habitantes son industriosos, y particularmente las mujeres, tejen lana, tocuyos y fajas; y los hombres sombreros de paja, y forman andullos de tabaco: su población es como de 6000 almas.

Después de haber permanecido algunos días en esta ciudad por falta de cargadores, salí al fin el 15 del mismo mes, en compañía de don Pedro Vázquez, señor de muy buenos sentimientos, y después de haber atravesado en canoa el río Mayo, en su compañía, como he dicho, nos despedimos, siguiendo yo mi rumbo por el interior, y tuve que marchar tres días consecutivos por caminos fragosísimos, con lluvias continuas, para llegar al río Pumayacu, en el cual, por ser su paso inmediato a un precipicio, y por la violencia de sus aguas, me fué preciso amarrarme con una soga asegurada a la orilla opuesta para poderlo pasar. Todo transeunte tiembla a su vista; los indios que están acostumbrados lo pasan con dificultad; yo que quise pasarlo sin la precaución antedicha, me he visto en tan inminente peligro, que fué preciso socorrerme: sin esto hubiera sido víctima, como lo fueron otros muchos, según se ve por las cruces que a poca distancia me hicieron observar, diciéndome ser hombres ahogados en este raudal, por haber intentado su paso imprudentemente.

De este sitio llegamos siempre con dificultades casi insuperables, con muchísima lluvia, al tambo Chimbaguaso, donde dormimos.

El 19 subimos y atravesamos unos cerritos muy montañosos, con bosques espesísimos, y después bajamos por una escalera de 34 escalones, compuestos de soga de bejuco, cu-

yo descenso es muy vertical y parado, que intimida al más atrevido. En seguida atravesamos a nado el río Cachipuerto y llegamos al fin al pueblo de Balsapuerto.

Este pueblo es la residencia de un gobernador general de las Misiones: tiene como 450 habitantes, todos indios conversos. Está situado a la orilla del río Cachiaco: su clima es muy cálido, pero sano: produce zarzaparrilla, arroz, yucas, plátanos, cera, vainilla, etc. y es la primera población de la montaña, en que las mujeres usan taparrabo en lugar de pollera, y una sábana negra por camisa; por lo regular todo de tocuyo, y tienen todo su cuerpo pintado de distintos colores.

A los cuatro días de mi permanencia, me embarqué en una canoa en dicho río y tuve que dormir en una playa, por no haber podido llegar al tambo Varadero; más con la creciente dicha playa fué inundada en alta noche, y nos fué preciso reembarcarnos y continuar nuestro viaje. El 26 llegamos al pueblecito de Muniches, donde desembarcamos. Este río tiene dos plagas, que son, de día, los mosquitos, y de noche, los zancudos, que afligen y atormentan sin cesar. Aquí he visto por la primera vez la gran bestia (*danta*) que fué agarrada por unos indios. Este animal tiene muchos usos en la medicina y es muy común en estas montañas.

El 31 después de ocho horas de bajada, llegamos al pueblo de Yurimaguas situado en la confluencia del Cachiaco y del Huallaga. Aquí reside un vicario general de las Misiones: produce cacao, arroz, cera, vainilla, plátanos y yucas. Su población consta de 250 indios conversos. Su temperamento es algo variable.

## III.—*De Yurimaguas a Andoas, por el Huallaga, Marañón y Pastaza.*
## *Asalto de los Jíbaros a Andoas.*

(1846)

El 2 de enero de 1846 me he embarcado en el río Huallaga, uno de los tributarios del gran Marañón, y con siete bogas he llegado a Santa Cruz, siempre con la molestia de mosquitos y zancudos de que abunda el tránsito con profusión. Este pueblo tiene como 250 neófitos, y está situado en

una quebrada del Huallaga, y produce los mismos elementos que Yurimaguas.

El día 5 salimos río abajo, y llegamos el 6 al puerto de la laguna del Gran Cocama. Este pueblo tiene como 700 neófitos, la mayor parte pescadores, y los demás recogen bálsamos, cera y otras drogas que llevan a Moyobamba para cambiar por tocuyo, hachas y cuchillos.

El 7 continuamos en la misma canoa por el Huallaga, y el día 8 llegamos a la confluencia del gran Marañón, que se me presentó tan majestuoso que me dejó extático: manadas de bufeos se notaban tan grandes como los del mar, y unos lagartos de cuatro o cinco varas de largo; todo, unido con una espesa nube de mosquitos y zancudos, me ocasionaba sensaciones muy extrañas. Estos me perseguían día y noche, sin dejarme descansar; por otra parte, el prodigioso aumento de las aguas me constituían en una situación sumamente difícil, pero todo me ha permitido superar la Divina Providencia, concediéndome el sufrimiento necesario para continuar mi destino, venciendo los obstáculos, a fin de cumplir con mi instituto.

El día 9 he principiado a surcar río arriba el caudaloso gigante de los ríos, nombre bien merecido, Marañón; por él continuamos sin población ni cosas notables los días 10, 11, 12, 13, 14 y 15, en que llegamos a la pequeña población de San Antonio, que es como de 150 neófitos, resto del pueblo de Santiago de Borja, que pudieron sustraerse de los infieles de la tribu Huambiza, que en 1845 asaltaron repentinamente y mataron a 35 personas. No sé si podrán subsistir en ese punto, porque su clima es sumamente tercianiento y hace muchos estragos.

El día 17, dejando el Marañón, entramos en el río Pastaza; continuamos todo el día con lluvias muy abundantes, y el día 18, a las tres de la tarde, nos hallamos en la isla de *Ciriacu*. Esta es muy abundante de vainilla; de aquí pasamos el mismo día al pueblo de Santander, situado a la orilla del Pastaza: tiene como 100 indios neófitos, pero su temperamento es muy enfermizo, sus producciones y costumbres son como las de los pueblos anteriores.

Por el inspector de ese pueblo, que acaba de llegar, fuí informado de que los infieles de la tribu Jíbara, en las cerca-

nías de Andoas, habían asesinado a tres indios de dicho pueblo y llevado consigo a sus tres mujeres y cuatro hijos de éstos, y que estaban determinados a hacer lo mismo con todos los habitantes de Andoas, de donde se deduce que estos bárbaros cometen sus asesinatos y tropelías por falta de moralidad y movidos por la lujuria. Esta es la causa y móvil principal de sus guerras, tanto a los conversos o convertidos como entre ellos mismos. Sin embargo de una noticia tan triste como infausta, he resuelto continuar mi viaje y ocupar el mismo pueblo de Andoas.

El día 20 con el río tan lleno que desbordaba, y con muchos aguaceros, salimos para dicho pueblo surcando los días 21, 22, 23, 24, y 25, sin haber ocurrido novedad y el 26 llegamos a la quebrada de *Vituyacu;* aquí suelen salir los infieles de las tribus *Machines y Moratos.* Estos van en grandes canoas con el fin infame de asaltar y asesinar a los pasajeros que suben y bajan esas aguas; pero por la misericordia de Dios, ya sea por el crecimiento del río, ya por cualquier otra causa, nos hemos librado de este peligro y continuamos sin novedad surcando el 27, 28, 29 y 30, siempre con el río muy crecido, y llegamos a la segunda quebrada, tan peligrosa como la primera, amenazada de los mismos infieles, que se llama *Manacaroyacu;* continuamos por el mismo hasta el 6 de Febrero, en que llegamos a una pequeña isla, donde hallamos un reptil monstruoso, que los indios llaman en su lengua *yacu-mama,* que quiere decir madre del agua, como de 15 varas de largo, y de grueso dos, cuyo conjunto causaba horror. Dicha culebra (boa) se logró matar mediante cinco tiros con escopeta. He notado que la sangre de este animal salía a chorros y con una abundancia enorme. La preocupación de los indios conversos en cuanto a esta especie de culebrones (creyendo sea el diablo en figura de serpiente), me ha privado de la adquisición de su piel disecada, sin embargo de haber ofrecido una buena gratificación por ella.

El 7 de Febrero continuamos nuestro rumbo, y después de cuatro días más de navegación llegamos al pueblecito de Pinches, poblado por 100 indios conversos, cuyo carácter es muy dulce. Está situado a la orilla del Pastaza y produce los mismos alimentos y drogas que los anteriores. Su temperamento es febril, y además se notan disenterías. Aquí me he

ratificado de las muertes que hicieron los Jíbaros y de sus amenazas. El día siguiente de mi llegada, 12 de Febrero, sin embargo de la repugnancia de mis bogas, que se resistían fuertemente para la marcha con la mala noticia de Andoas, confiado en el poder de la Divinidad que todo lo remedia, me puse en marcha para aquel pueblo del peligro, surcamos todo el día y llegamos a la isla *Viriaco,* donde según informes abundan muchos chanchos jabalíes.

El 13 continuamos nuestro camino, y encontramos a las orillas del Pastaza muchos indios de Andoas, que habían fugado de la catástrofe acaecida cerca de aquel pueblo, por miedo de los Jíbaros; lo mismo sucedió el 14, aumentándose el número de los dispersos por las playas y por los bosques de las orillas del río; y finalmente el 15 llegamos a Andoas tan deseado y de tantos riesgos.

Este se halla situado en una pequeña eminencia a la orilla del río Pastaza, cuyos habitantes, en número de 450, se hallan enteramente abandonados y de continuo molestados por las tres tribus circunvecinas, Jíbaros, Moratos y Machines; sus producciones son como las de los pueblos anteriores, pero su temperamento es muy malsano. He permanecido aquí hasta el 1.° de Junio, es decir, tres meses y medio, sin moverme. En este tiempo me he ocupado en reunir las familias dispersas, en construir de nuevo la iglesia parroquial y el convento que se hallaban caídos, entablar los oficios divinos, por mucho tiempo suspendidos por falta de sacerdotes, bautizar, confesar, predicar e instruir a los neófitos en materia de religión, para que no faltasen al ejercicio espiritual durante mi ausencia.

## Expedición a los Záparos

### I.—*Río Bombonaza.*

El 1.° de Junio de 1846, para dar exacto cumplimiento a mi instituto de misionero, con inminente peligro de la vida, he emprendido mi marcha, con dirección a los infieles; me he embarcado en el puerto de Andoas con tres individuos de los más resignados por la religión y por la fe de N. S. J. C., y escogimos por lo pronto a la nación Zápara. El primer día llegamos a un punto a la orilla del Pastaza, en donde había

mandado hacer un desmonte y sembrar víveres, para que pudiesen aquí aquellos infieles que hubiesen abrazado el evangelio formar una nueva población, y cultivar la fe de N. S. J. C.

Al otro día dejamos el Pastaza y entramos en el río Bombonaza, y para evitar alguna sorpresa de la emboscada de los Jíbaros, que se hallan muy cerca, tomamos la precaución de vigilar de noche, nuestros alrededores. El 3 hallamos a las orillas de ese río varios árboles de cacao blanco, que es de la mejor calidad que se conoce.

El 4 se repitieron las lluvias con tanta abundancia, que el río se llenó de modo que se salió de madre; navegamos hasta las seis de la tarde, en que hallamos un punto aparente para descansar, donde pasamos la noche. Como a la una de la mañana el ladrido de un perro que llevaba nos anunció haber alguna cosa en el monte inmediato, y se dirigió por aquel sitio en ademán de acometer: mis guías y yo nos levantamos y nos trasladamos a la orilla opuesta de dicho río, a fin de precavernos de alguna sorpresa de los infieles. Al otro día repasamos con la comitiva a registrar el monte indicado, y reconocimos por el rastro ser pisadas de Jíbaros, que intentaron asaltarnos en alta noche.

Seguimos surcando, y el día dormimos en una chacra abandonada por un indio Záparo, que fué un infiel, y después de su reducción se llama Manuel Marino.

El día 7 llegamos a la primera población de los Záparos, cuyo nombre es *Bufco,* que se halla a orilla del Bombonaza. Aquí nos hospedamos y permanecimos cuatro días, con el fin de reducirlos y catequizarlos, o a lo menos prepararlos para ello, cuyas disposiciones encontramos favorables. Aquí dejamos nuestra canoa amarrada, y nos internamos el día 12 en esas montañas, llevando con nosotros tres individuos de ese pueblo, para que nos sirviesen de guías y nos condujesen a los demás pueblos de sus tribus, lo que hicieron muy gustosos.

El día 13 pasamos muchos trabajos por la mucha lluvia y por la espesura de los bosques, que obstruía absolutamente los caminos, obligándonos las más de las veces a caminar como cuadrúpedos, y arrastrarnos como reptiles; llegamos esa noche a una pequeña eminencia o cerrito, donde pasamos

la noche haciendo un pequeño rancho de palmeras. Los tres indios infieles que me acompañaban no me llamaron la atención, notando que dormían desnudos en el suelo raso, quitándose el *taparrabo* que cubría sus pudendas. Les ofrecí un poncho para que se abrigasen, el cual fué rechazado, diciéndome que ellos estaban acostumbrados a esa vida, y que nada extrañaban.

El 14 continuaba el aguacero, sin embargo salimos y atravesamos seis quebradas muy profundas y fangosas. Aquí me fué preciso quitarme el hábito para continuar el camino, convenciéndome de que la fragosidad y lo empinado de esos cerritos montañosos no se pueden subir y bajar de otro modo; pues las continuas aguas hacen que el terreno sea muy resbaloso, que a cada rato nos caíamos en el suelo, y dormimos en uno de ellos sin novedad.

El día 15 amanecimos con el cielo muy despejado, bajamos esa pequeña altura para continuar nuestro camino en lo llano con la misma congoja y dificultades que el día anterior. Se nos ha presentado, al poco tiempo, una quebrada sumamente profunda y muy fangosa, que nos duró hasta las cuatro de la tarde. Aquí es donde mi comitiva, para atravesar la profundidad caudalosa de dicha quebrada, cortó un árbol para que sirviese de puente, y al efecto le dejaron de través, pues de otro modo no hubiera podido pasar, sin embargo de que yo siempre he caído resbalándome del medio de éste, habiéndome sacado los indios de estos apuros, salvándome del barral que me inundaba más de la mitad de mi cuerpo. Dormimos esta noche en la playa y orilla opuesta, y en la alta noche fuimos amenazados por muchos tigres.

### II.—*Río Tigre o Tigriaco.*

El día 16 sin embargo de hallarme sumamente maltratado, a consecuencia del golpe anterior, he continuado mi marcha; atravesamos una llanura muy fangosa como de una legua, en seguida encontramos una laguna como de tres cuadras de largo y de hondo dos varas y media. Todos nos desnudamos para pasar, y acomodamos nuestra ropa, el baulito y fiambre sobre dos palos, y sólo corrimos el riesgo que se corre por la abundancia de víboras que siempre habi-

tan en esas aguas muertas, o de algún lagarto o serpiente que los naturales llaman yacu-mama; por fortuna atravesamos sin novedad. En este mismo día pasamos también el río Tigriaco, dormimos esa noche a su orilla. Otro riesgo nos amenazaba, y era que nuestras yucas del fiambre se pudrían continuamente, y sin esperanzas de encontrar víveres en aquellos desiertos; esto nos contristaba bastante.

El día 17 continuamos nuestro camino con la atmósfera bastante despejada, pero las quebradas llenas de agua y lodo que se presentaban a cada rato, nos entorpecían el paso. Como a las tres de la tarde empezó la lluvia, y a las cinco pascamos en una pequeña llanura, donde construímos un ranchito de palmas, en cuya noche fuimos de nuevo amenazados por algunos tigres.

El 18 el poco fiambre que quedaba se hallaba enteramente podrido, lo cual nos entristecía, por la poca esperanza que nos quedaba de no hallar nada en aquellos puntos; nada menos que los indios intentaron comerse el perro que me pertenecía y nos acompañaba, aunque otros más razonables se oponían, para no disgustarme; al fin la Providencia, que nunca falta en casos apurados, para alivio de sus criaturas, permitió que hallásemos dos monos y una tortuga, con los cuales nos alimentamos. En este día subimos una eminencia, donde fuimos como otras veces visitados en la noche por el animal felino, que tanto abunda, es decir el tigre.

El día 19 bajamos, y a mucha distancia nos hallamos en un fangal; después de esto atravesamos por la tercera vez el río Tigriaco, pasando sobre dos palos y dormimos a su orilla. Ya la poca caza de monos y tortuga se nos había acabado.

El 20 atravesamos más de 30 quebradas muy fangosas, y una laguna como de dos cuadras, con el agua que nos daba hasta la cintura; repasamos por la cuarta vez el Tigriaco, y a las doce del día pascamos a su orilla, donde nos ocupamos hasta la media noche, a pesar del cansancio anterior, en pescar, y hallamos ocho hermosos pescados que los indios llaman *motas*, los cuales nos duraron dos días para nuestro fiambre.

El 21 subimos y bajamos muchos cerritos muy resbalosos, y pasamos diez quebradas. Dormimos en una chacra

abandonada de infieles, de donde sacamos unos plátanos verdes, los cuales asados los comí y me parecieron muy sabrosos, tal era el hambre que me devoraba. En esta noche también fuimos amenazados por los tigres.

El 22 después de haber atravesado por quinta vez el Tigriaco, seguimos una llanura, pasamos por una población abandonada de infieles, y llegamos a la segunda población Zápara, llamada Supeyurco. Nos hospedamos en una casa de un indio llamado Zarun. Como a las ocho de la noche me indicaron el sitio donde debía hacer mi cama. Por la noche conocí que el suelo era algo molesto o desigual, y preguntándole al otro día el motivo de esta irregularidad en el piso, se me contestó sencillamente que en aquel sitio donde había dormido, hacía como seis meses que enterraron un curaca de aquel pueblo, por nombre Tongana. Cuatro días permanecimos en este punto y el 26 salimos para otra población. Como a las cuatro de la tarde encontramos una grande laguna, y como hallamos un grande lagarto que descansaba en ella encima de un anciano madero, ni yo ni mis compañeros nos atrevimos a atravesar, y sólo después de haber hecho fugar a aquel animal, nos hemos arriesgado a echarnos al agua, que nos llegaba hasta el pescuezo, y tal era la aprensión que tenía, que cada rama o palo que tropezaba, me parecía el monstruo que me devoraba; al fin pasamos y dormimos a cuatro cuadras de distancia de dicha laguna.

El 27 he tenido que abandonar mis últimos zapatos, por hallarse enteramente podridos e inútiles; un nuevo martirio ha venido a atribularme, a cada rato se me clavaban las espinas en los pies, cuyos dolores me llegan al alma, y a las tres de la tarde llegamos a la tercera población Zápara, llamada Pumayacu, aquí descansamos tres días, y el 3 salí descalzo en busca de otras poblaciones. A las tres de la tarde de este día principió la lluvia, y a las seis pascamos formando un ranchito para dormir. Esta noche volvimos a estar amenazados por los tigres.

El 31, con un día muy sereno, después de ocho horas de camino, nos hallamos en la cuarta población de los Záparos, llamada Zamaros. Al acercarnos, 10 indios, armados con lanzas y con todo su cuerpo pintado de distintos colores, se avanzaron contra nosotros, gritando con apariencia de

acometernos y asesinarnos. Mi comitiva perturbada quería fugar, pero yo lo he impedido haciéndolos parar y amonestando al mismo tiempo a los infieles, haciéndoles observar que nosotros veníamos desarmados y por consiguiente éramos de paz, a lo que se contuvieron y luego nos condujeron a sus casas, donde nos hospedamos. A la siete de la noche como 20 personas de ambos sexos, con unas hachas o cañas encendidas y acercándose a mí, principiaron a registrarme. Se impusieron primeramente de mi cerquillo, corona, pescuezo, manos y brazos; en seguida hicieron lo mismo con mis pies, piernas, y sucesivamente querían otro tanto con el resto del cuerpo, a lo que con sonrisa me he resistido, y me dejaron.

A las tres de la mañana desperté con una gritería de llantos que he oído; pregunté a mi sacristán el motivo de esta bulla, se me contestó que un parvulito se estaba muriendo; inmediatamente me levanté, pedí un poco de agua y lo bauticé, a las cinco de la mañana murió y a las ocho fué enterrado.

Permanecimos en este pueblo cuatro días, sin otra novedad, y el día 5 de Julio salimos y pasamos por última vez el Tigriaco en una canoa. Una infinidad de quebradas muy fangosas se me presentaba a cada rato, muchas espinas se me clavaban en los pies, y dormimos esta noche sobre un pequeño cerrito, siempre amenazados por el tigre, que lo hay en tanta abundancia, que a cada rato se halla su rastro.

El día 6 principió a llover a las cinco de la mañana, pero nosotros continuamos nuestro camino, temiendo que se nos pudriese, como otra vez, nuestro fiambre; a las cinco de la tarde llegamos a una población abandonada de los infieles, en donde pasamos la noche en una casa vieja; aquí hallamos unos escudos de palo de balsa redondos, unas lanzas viejas de chonta y unos banquitos para sentarse.

El día 7 a las 6 de la mañana, con un cielo muy sereno, continuamos nuestro viaje; en este día a cada rato se nos presentaban unas pequeñas lagunas o pozas como de media vara de fondo, llegamos inmediato a una quebrada donde pascamos haciendo un rancho y pasamos la noche sin novedad.

## III.—*Río Napo*

El día 8 subimos y bajamos un buen número de cerritos de una tierra colorada muy resbaladiza y llegamos a las cuatro de la tarde a la quinta población de la tribu Zápara, llamada Arcachinapo, que se halla a la orilla del río Napo. He permanecido aquí seis días, y sin embargo de que sus habitantes son indios belicosos y asesinos, fuí regularmente atendido. Desde este punto regresamos por la falta absoluta de recursos y por la enorme separación que divide las demás poblaciones, conformándonos, por ahora, que Dios nos haya permitido entre tantas dificultades, llegar a un punto tan intenso de esta tribu de infieles, conservando nuestra existencia.

El 15 nos pusimos en marcha, y aunque tenía los pies todo podridos por las muchas espinas que se me habían clavado, la Providencia ha permitido dándome fuerza y bastante sufrimiento para soportar todos los contratiempos que necesitaba para repasar de nuevo todas las poblaciones de mi venida, y sufriendo un poco más o menos las mismas alternativas hasta llegar a Andoas, habiendo adquirido en este viaje una idea de lo que son y pueden llegar a ser esos infieles. En mi regreso he traído conmigo a todos los que me han querido seguir.

Por ellos sé que toda la tribu Zápara, propiamente dicha, no pasa de 1000 individuos extendidos en un terreno inmenso y con unas poblaciones muy separadas unas de otras, y todas son colocadas en medio de grandes chacras, y que cuando más tienen cien individuos cada una.

Cada población es independiente una de otra, y todas tienen un jefe, que es elegido entre ellos y éste se llama *curaca*, pero este jefe es sólo un simulacro de autoridad, pues nadie le obedece, y creo que tan sólo le conservan por costumbre.

Las casas se forman de rajas de un árbol que se llama tarrapoto y cubiertas de crisnejas u hojas y ramas de palmas, tienen la forma de una jaula y son por lo regular de 25 varas de largo y 18 de ancho. En cada una de ellas viven como 25 o 30 personas. Duermen en una especie de hamacas de chambira y tienen siempre al lado de cada una de estas

una candela (fuego) que arde infaliblemente toda la noche; cada hombre es casado con tres o cuatro mujeres y tanto puede la costumbre, que éstas conservan la mejor armonía entre sí.

El matrimonio consiste tan solamente en pedir el consentimiento de la mujer y sus padres, si los tiene. Cuando sucede algún adulterio, la mujer es abandonada del varón.

Por lo demás, los padres aman a sus hijos muy entrañablemente, y cuando alguno muere, hacen las mayores demostraciones de dolor, pues lloran por muchos días sin consuelo.

Son muy supersticiosos y no creen en divinidad alguna ni tienen idea de la inmortalidad del alma, mientras que colocan su fe en una yerba que se llama *Pirri-pirri*, y creen que ésta, muy mascada y escupida al aire, tenga la virtud de contener las lluvias, vientos y demás intemperies. Desconfían y aborrecen a todo hombre blanco, pero aprecian y en cierto modo respetan a los sacerdotes, no porque creen en su ministerio, sino porque están persuadidos de que son incapaces de hacer mal a nadie, y que por lo regular son hombres de buenos sentimientos. Su vestuario se compone de un taparrabo de corteza de árbol o tocuyo, que les cubre las pudendas, y su lujo principal consiste en pintarse bien de varios colores la cara, brazos, manos, piernas, pies y las demás partes del cuerpo.

Las mujeres además se adornan con plumas de varios colores, las cuales se las colocan en la cabeza en forma de corona, con sus respectivos brazaletes de las mismas o de pellejo de caimán, en los brazos y piernas. Los hombres tienen el pelo largo y las mujeres corto, que lo rozan con unas conchas que sacan de las lagunas. También he notado que en algunas poblaciones los varones usan el cerquillo y corona lo mismo que los reverendos padres Franciscanos, como lo he visto en las dos últimas poblaciones de Zamaros y Arcachinapo. En los días clásicos que ellos tienen, nunca les faltan los plumajes en la cabeza, bandas de dientes de mono, cascabeles de madera, etc.

Sus armaduras consisten en cerbatanas, lanzas de chonta, y algunas de acero, que cambian, con los conversos colindan-

tes, con productos que ellos tienen, con sus respectivos broqueles o escudos de madera para defenderse.

Sus ejercicios: Los hombres hacen desmontes o forman chacras, labran cerbatanas, lanzas de chonta, escudos de madera; benefician sábanas de corteza de árbol, que ellos llaman *llanchamas*, plumajes, etc., cazar, pescar, y estar casi de continuo ebrios. Las mujeres se entretienen en tejer hamacas de chambira, limpiar y sembrar las chacras, hacer chicha o masato y cuidar de los asuntos domésticos.

Sus alimentos consisten en yucas, plátanos, carne de monos, que prefieren a otros animales; también comen lagartos, pájaros, toda clase de cuadrúpedos, anfibios y reptiles.

Beben masato o chicha de yucas y plátanos; y cuando mueren, si es hombre, es enterrado en la misma casa donde vive, con dos lanzas de chonta, una tinaja de chicha o masato con algunas yucas y plátanos. Si es mujer, con todas sus alhajas, que son unas gargantillas de dientes de monos, con unos cuantos plátanos y yucas, y si es párvulo, con un cántaro de leche sacado de los pechos de la madre.

## V.—*Misión a los Jíbaros*

### I.—*La entrada.*

El 15 de Mayo de 1848, en cumplimiento de mis instituciones, me he embarcado en el mismo puerto de Andoas, con ocho indios conversos, con dirección a los infieles de la tribu Jíbara, con el objeto de anunciarles el evangelio, llamándoles benignamente y por los trámites que nos ha enseñado el Divino Pastor, a fin de inducirlos a la religión de nuestro Señor Jesucristo. Este primer día como a las cinco de la tarde, he llegado a la nueva población, compuesta de los catecúmenos de la tribu Zápara, que me siguieron en mi regreso de aquella infidelidad en el últímo viaje que hice.

El 16 salimos a las ocho de la mañana, y a las tres de la tarde arribamos a la embocadura del río Bombonaza, y aquí dormimos sin novedad.

El 17 seguimos nuestro rumbo con lluvias por el Pastaza arriba, que era muy lleno, y de consiguiente avanzamos muy poco y dormimos a la orilla de una quebrada que se lla-

ma Espingayacu, abrigados por un pequeño rancho de palmas. La noche fué agitada por el continuo bramido de los tigres y silbidos que se oían de los salvajes Jíbaros, por lo que dormimos muy poco.

El 18 el río había bajado un poco y logramos llegar a la playa Guayacu, donde dormimos. Por precavernos de cualquier sorpresa, ordené a mis indios que se alternasen de noche una hora cada uno de guardia, tanto en observación de los Jíbaros, como de los tigres. En consecuencia desde aquí querían regresar para Andoas, y fué necesario de todos los prestigios de nuestra religión para persuadirlos y contenerlos.

El 19 nos embarcamos a las 7 de la mañana, y a las cuatro de la tarde fondeamos junto al primer puerto de la Jibaría, en una playa donde pasamos la noche.

El 20 atravesamos el Pastaza por la parte occidental o izquierda de dicho río y dentro de una quebrada amarramos bien nuestra canoa, y nos encaminamos a pie, internándonos a la primera población de los Jíbaros. El monte estaba tan espeso y espinoso que confundía el camino; mucha zarzaparrilla he notado en estos sitios, y a las cinco horas de travesía encontramos una chacra de plátanos, yucas, camotes y algunas matas de cañaveral; en seguida hallamos otras dos iguales, todas precursoras de alguna población inmediata; por fin a las cuatro de la tarde llegamos al primer pueblo de los Jíbaros, llamado Maxumbara, nos acercamos a una casa, e inmediatamente salieron muchos indios con todo su cuerpo pintado, con lanzas de acero, no por hacernos mal, según me pareció, sino porque estos salvajes son generalmente tan desconfiados, que no salen de su casa aunque sea a una distancia de cuatro varas, sin armarse, para estar siempre prontos para una defensa.

Me ofrecieron la mejor barbacoa luego que conocieron que era religioso, y esto es señal de acogida y de paz. Me brindaron papas silvestres, una piña y plátanos, me obsequiaron una gallina, y en todo fuimos bien atendidos, lo que no dejó de sorprenderme, de unos salvajes tan belicosos y asesinos como son los Jíbaros, por lo que no pude menos de reconocer que era protegido por la Divina Providencia, a la

que daré eternamente un tributo de reconocimiento y adoración.

Demoramos seis días en este punto, y el 26 a las seis de la mañana, con un cielo muy despejado, salimos, y al medio día nos hallamos en un fangal casi intransitable, que nos duró hasta las cinco de la tarde, donde hallamos un punto algo seco, y trabajamos un ranchito de hojas de palma, y dormimos con las precauciones antedichas.

El 27 a las 11 del día nos hallamos en otro fangal, y con muchas quebradas casi intransitables, y a las cinco de la tarde pascamos a la orilla de una de ellas, y el 28, después de haber subido buen número de cerritos, bajamos en una llanura, y llegamos a las cuatro de la tarde a la segunda población de los Jíbaros, llamada Mayamacu. Muy pocos indios hallamos en este punto, porque sus habitantes se hallaban en distancia de un día de camino, cazando monos con el objeto (según nos hicieron entender) de festejarse, celebrando uno de aquellos días clásicos que ellos también tienen; cuyas incursiones acostumbran hacer periódicamente. Dos días permanecimos en este punto, bajo los mismos auspicios, y animado de penetrar más adentro de los Jíbaros y continuar mis exploraciones, para formarme una idea más exacta de ellos.

El 1.º de Junio salimos para la tercera población; tres días consecutivos marchamos entre bosques inaccesibles, sumamente espesos y espinosos, obligándonos las más veces a caminar como cuadrúpedos, y arrastrarnos como reptiles: fuimos amenazados por dos noches seguidas por los tigres, y a fin de vencer obstáculos casi insuperables, llegamos a las tres de la tarde a la tercera población de la tribu Jíbara, llamada Puxuca. Aquí fuimos recibidos con mucha repugnancia y frialdad, y con mucho desgano; por fin me invitaron una barbacoa en señal de hospedaje. Los cuatro días que permanecimos en este punto han sido todos de zozobra que llegaban a ser amenazas, y viendo el modo cada día más displicente de estos bárbaros, el desgano y repugnancia que manifestaban mis guías de continuar los peligros, y viendo la poca o ninguna impresión que hacían mis amonestaciones religiosas a esta tercera población, pareciéndome además temerario exponer a los indios que me acompañaban, a pe-

ligros infructuosos, me resolví a volver atrás, con la idea que poco más o menos las demás poblaciones serían lo mismo en sus costumbres y barbaridades, y que muy poco o nada adelantaría en mis exploraciones, más de lo que yo deseaba; por lo que el día ocho de Junio contramarchamos para Andoas, pasando por los mismos puntos, y sufriendo las mismas vicisitudes que a nuestro ingreso.

## II.—*Subsistencia.—Religión*

La Jibaría es una nación que contiene como cerca de 1600 individuos poco más o menos. Cada pueblo es independiente uno de otro, y se gobiernan por medio de un curaca, que es elegido a pluralidad de votos, cuya autoridad aunque es muy poco obedecida, conserva sin embargo una forma de democrático en lo absoluto, que carece de reglas y sumisión, lo que constituye un pueblo verdaderamente bárbaro. Sus poblaciones, así como las de los Záparos, se hallan formadas regularmente en medio de grandes chacras, y sus casas están hechas en forma de jaula, con sus quinchas de un árbol llamado tarrapoto y con sus techos de crinejas o ramas de palmas: tienen como 40 varas de largo y 30 de ancho, y cada una contiene como 25 o 30 personas que las habitan. Cada pueblo no pasa de 150 individuos, y se hallan separados desde uno hasta cuatro o seis días de camino, de uno a otro. Subsisten de sus trabajos, que son yucas, plátanos, camotes, papas del monte, piñas y cañas dulces. Crían cerdos y gallinas en abundancia, y cazan monos y otros cuadrúpedos, comen toda clase de animales inclusos los anfibios y reptiles ...... Su religión es nula, desconocen la Divinidad, y no creen o, mejor diré, no tienen la menor idea de la inmortalidad del alma.

## *Sociedad.*

Su estado sociable no consiste en el consentimiento mutuo, sino en la costumbre y en el poder del más fuerte. El casamiento se hace pidiendo el consentimiento de los padres de la muchacha, si los tiene, y si no, con llevarse a su casa la hembra que no los tiene, ya está formando el matrimonio.

Cada Jíbaro puede tener cuatro o seis mujeres, y una vez que éstas hayan sido constituídas con uno en su casa, éste tiene la facultad de pasarlas de banda a banda con una lanza, en caso de tomarlas infraganti con otro en adulterio. Cuando carecen de éstas, y no tienen las mujeres suficientes, se hacen la guerra de tribu a tribu, y algunas veces de pueblo a pueblo, y no faltan ejemplos que de casas con casas matan los hombres y se reparten las mujeres que despojan a los demás. Por lo regular esto degenera en abusos, y los hombres se destruyen bárbaramente unos a otros, y este desorden impide que estas regiones sean más pobladas.

### *Su físico*

Los Jíbaros son unos hombres más grandes y más fuertes que los Záparos y que los demás: son muy cabezones, y proporcionalmente tienen sus miembros más toscos; sus ojos son grandes y muy vivos, su nariz larga y roma, sus pelos muy cerdudos y muy largos, su aspecto tiene algo de felino, y un mirar siniestro que les acompaña inspira terror a todos sus vecinos.

### III.—*Vestuario, sus armas y sus ocupaciones.*

Su vestuario consiste en un taparrabo de corteza de árbol o de tocuyo que usan ambos sexos: se pintan el cuerpo con varios colores, y están de continuo borrachos. Cada indio está armado de una lanza de acero que consiguen con las permutas que hacen con los conversos o pueblos ya cristianos de dos lanzas de chonta, de arcos, flechas, cerbatanas para cazar y un escudo de palo de balsa para defenderse. Esta tribu es sumamente atrevida, y sin embargo que saben que es malo matar al projimo, es la más facinerosa que hay en todas las montañas de Mainas. Aborrecen de muerte a todos los blancos, y sólo respetan a los sacerdotes, porque creen en ellos sinceridad y mansedumbre incapaz de hacer mal a nadie. Se entretienen en trabajar chacras, en hacer cerbatanas, lanzas de chonta, escudos de palo de balsa, tejidos de canillas de pájaros, turbantes de plumas, en formar bandas de dientes de mono, y otras cosas curiosas, todo para enga-

lanarse en sus días de borrachera o festivos que ellos tienen, y en pescar y cazar lagartos, etc.

*Días solemnes.*

En estos días se pintan bien de varios colores la cara, el pescuezo, las manos, brazos, pies, piernas y las demás partes del cuerpo; se esmeran en sus borracheras hasta el extremo de privarse. Al que llega a este estado lo cargan al hombro y como muerto lo llevan a su barbacoa, pasando primero al rededor de toda la población, haciendo posas o paradas a cada instante, danzando a su derredor y haciendo mil genuflexiones ridículas, siguiendo entretanto las mujeres menudeando la chicha o masato a los concurrentes.

Los Jíbaros duermen en barbacoas hechas con cuatro estacas y unas cañas o palitos entrepasados y tejidos entre sí. Tienen por sábanas y cobertores cortezas de árbol que ellos llaman lanchamas, y no falta la candela encendida toda la noche al lado de cada cama.

*Sus entierros.*

Esta nación es sumamente singular en sus entierros con sus difuntos. En el momento que mueren, los parientes del finado toman el cadáver, lo asientan en una parte algo elevada del suelo y con chamiza lo ahuman tanto, hasta que queda bien reseco, y después dándole la forma de una momia, hacen un hoyo en la misma casa, y junto con sus armas y escudos, con una tinaja de chicha y algunos plátanos lo entierran; si es mujer, con todas sus alhajas, que son unas chaquiras y gargantillas de colmillos de monos, y un cántaro de chicha con yucas y plátanos; y si es párvulo, con una taza de leche sacada de los pechos de la madre.

*Descripción en general de las montañas de Mainas.*

Las montañas orientales de los Andes que pertenecen al Perú, bajo la denominación de Mainas, confinan por el N. con Colombia, por el S. con Bolivia (1), y por el E. con

(1) El error del P. Castrucci al considerar las montañas de Mainas confinando por el Sur con la república de Bolivia depende de haber

el Brasil; tienen más de trescientas leguas de latitud y trescientas cincuenta de longitud, cuyo espacio en vez de contener el pequeño número de infieles, que, según las opiniones de muchos misioneros ilustrados, como son los padres Laguna, Sobreviela, Girbal, Barceló y nuestro contemporáneo el ilustrísimo y reverendo padre fray Manuel Plaza, actual obispo de Cuenca, no pasan de quince mil individuos, pudiendo cómodamente alojar, alimentar y enriquecer con sus productos más de ochenta millones de habitantes, y formar una república tan gigantesca como la antigua Roma.

Su geología, sin embargo, se halla aún en la oscuridad, por hallarse sus terrenos muy poco explorados; pero sabemos de un modo positivo, que encierra dicha montaña elementos muy superiores de aquella señora del antiguo mundo.

La riqueza conocida ya de su vegetación, la abundancia de sus ríos navegables que comunican con el Atlántico, la singularidad y abundancia de los reinos animal y vegetal, son todas cosas dignas de atención, y muy particularmente por lo que he visto, el producto de su ornitología es el más abundante y curioso del mundo; tal es la variedad y belleza de los pájaros que habitan dichas montañas.

Su asombrosa extensión, su aspecto majestuoso, el caudal de sus ríos, lo colosal y frondoso de sus maderas de construcción, sus productos balsámicos y medicinales, sus frutos y sustancias exóticas a los demás países, ofrecen un manantial inagotable de riquezas para el Perú, si algún día su gobierno puede dedicarse a proteger su exploración, civilizar a sus pocos habitantes y proveerle de población.

## I.—*Reino vegetal.*

Los árboles que he podido observar, y de que he tomado noticias en el espacio que he podido recorrer de la montaña en mis últimos viajes, son los siguientes:

El canelo, la cuasia, el jenjibre, el cacao, el estoraque,

supuesto, equivocadamente, que los territorios amazónicos que hoy forman parte de las provincias de Quispicanchi, Convención, Carabaya y Sandia pertenecían al departamento de Amazonas en vez de a los de Cuzco y Puno. (Nota de Larrabure y Correa).

del cual se extrae aquel famoso bálsamo peruano, el magle, el cedro, el laurel, palmas de infinitas clases, el cruz, que además de ser una sustancia muy experimentada allí contra la disentería, cólicos y bichos, es una madera muy idónea para la construcción de muebles finos, por ser toda ella esmerilada como el carey.

El árbol de hierro, el alcanfor, el palo de sangre, tan bueno para contener los flujos de sangre o hemorragias, el capi o árbol de leche, cuya sustancia bebida en abundancia emborracha, por lo que creo que sea narcótica dicha leche, y ésta también sirve para tumores linfáticos; la uvimba o palo mate, tan buena para los hidrópicos, que sustituye sin riesgo alguno los efectos de la paracéntisis, operando como purgante y diurético hidrágoga extrayendo las serosidades abdominales, sin el inconveniente de sufrir el dolor de la punción referida.

El llanchama, de cuya corteza los salvajes benefician sus taparrabos y cobertores, es excelente febrífugo.

Varias clases de bejucos, unos sirven para dolores de cabeza, otros son antivenenosos, y de otros los indios extraen sus venenos para atosigar las flechas y saetas.

Los almendros y canelos son muy comunes en la montaña, la chonta, el tarrapoto, la chambira y otros árboles incorruptibles y de un tamaño extraordinario, buenos para construir navíos.

Un sinnúmero de árboles y arbustos balsámicos y medicinales.

La olorosa vainilla, la cuasia y zarzaparrilla abundan en todas partes.

El copal, copaiba, sangre de drago, ceras de varias clases, incienso.

El ruibarbo, la jalapa, el machuacán con otras infinitas drogas vegetales que aún no están exploradas por los botanicos.

*Reino animal.*

Este no es menos rico y abundante que el vegetal y el mineral, y muy particularmente el género ornitológico se distingue, como he dicho, y es el más notable de los demás.

Los pájaros de siete colores, paujiles, montantes, trompeteros; las infinitas clases de papagayos, loros, cotorras.

Las diferentes especies y abundancia de aves acuáticas que existen en las lagunas y ríos, son bastantes para enriquecer la historia natural.

Los cuadrúpedos más comunes de la montaña son el tigre, el tapir o danta, vulgarmente llamado la gran bestia, el jabalí o cerdo montés, sajinos, ciervos, gamos, muchas especies de monos.

Entre los animales cuadrúpedos de segundo orden, se encuentran el zarigueyo, el hurón, el puerco espín, la ardilla, el zorrillo, la chinchilla, el clano, el tamandua.

Entre los ovíparos anfibios se nota muy particularmete el yacumama, especie de serpiente de una figura y tamaño extraordinario, y aunque mi intención no es de describir las propiedades, índole y carácter de los animales que he conocido en mis peregrinaciones, cuyas investigaciones son propias de los naturalistas, además de ser superiores a mis limitados conocimientos, me apartaría del objeto principal, que es dar una idea superficial de lo que he podido notar en aquellas montañas; sin embargo, no puedo menos que apartarme y detenerme un poco sobre la particularidad de dicho yacumama. La naturaleza admirable de este animal, su figura, su tamaño y demás circunstancias, me han llamado la atención, a mérito de discurrir y reflexionar el hombre acerca del majestuoso e infinito poder y sabiduría del Creador Supremo.

Aterra, intimida, e infunde respeto al hombre más atrevido la simple vista de este monstruo; y sin embargo no busca ni sigue nunca a las víctimas de que se alimenta; pero es tanta la fuerza de su inspiración, que atrae con su aliento sin moverse de su sitio, a cualquier cuadrúpedo o ave, que pase desde 20 a 50 varas de su distancia, según su tamaño. El que yo he muerto desde mi canoa en el río Pastaza, tendría como dos varas de grosor y 15 de largo; pero me han asegurado los indios de aquella región, que los hay de tres a cuatro varas de diámetro, y de treinta a cuarenta de largo.

Estos se tragan enteros puercos, ciervos, saginos, tigres y hombres, con la mayor facilidad: por fortuna la Providencia ha permitido que tenga poco movimiento por la dificultad de revolverse por su extremada pesadez.

Cuando camina parece un grueso madero lleno de escamas que se arrastra en el suelo con mucha lentitud, y deja su rastro tan grande, que los hombres lo conocen a mucha distancia y se precaven de sus asechanzas.

No son menos riesgosas las víboras que abundan de igual modo en esas montañas. Estos reptiles son atrevidos y su picadura es mortífera. En estos 3 útimos años que estuve en ella, puedo asegurar que habré visto más de 300; su largo generalmente no llega a una vara, y su grosor, a una pulgada; y para precaverse de sus asechanzas es preciso que cuando uno camina, no debe alejar mucho los ojos del suelo y de las armas.

Volviendo a los cuadrúpedos, no puedo menos que dar una pequeña idea del danta o gran bestia. Este animal es uno de los cuadrúpedos más grandes y voluminosos que se conocen en nuestras montañas; sin embargo, su tamaño no es más que el de un burro grande, o de una vaca pequeña: tiene su cuerpo arqueado como el de un puerco, su color es pardo oscuro, la cabeza es larga y abultada con una especie de trompa en la nariz, sus piernas a proporción son cortas, carece de cola y astas o cuernos, y sus pies terminan en tres dedos con uñas negras puntiagudas y chatas que según los naturalistas del país, creen que sean medicinales.

Este animal es de índole muy tímida y dócil, se domestica fácilmente, y es muy apacible; pero en su estado selvático huye de todo, y aunque tiene sus piernas cortas, corre con bastante velocidad; su piel es también tupida y fuerte, que resiste a las balas de fusil, y su carne es muy buena para comer.

No me ocuparé de la descripción de los cerdos montañeses, como son los jabalíes, sajinos, etc., ni de la diversidad de ciervos, gamos y micos; sólo, sí, tocaré ligeramente el hormiguero, gran tamandua y guaca. Estos son tan raros por su figura como por sus inclinaciones y modo de subsistir; me han llamado la atención de un modo singular. El gran tamandua, cuadrúpedo del cual no tenía la menor idea, es un animalito que tiene cuatro pies y medio de largo, desde la extremidad de su hocico hasta el origen de la cola, su grosor muy irregular, pues tiene mucho ancho en el pecho, y lo que ocupan sus

piernas delanteras, y muy angosto en su abdomen y parte inferior.

Tiene una cabeza muy delgada y pequeña, con un hocico sumamente prolongado, la boca muy estrecha y sin dientes, la lengua muy redonda y larga, que se introduce en los grandes hormigueros, retirándola cubierta de hormigas para tragarlas, y éstas son su natural sustento.

Lo singular en este cuadrúpedo es su desproporción en la cabeza, pues no teniendo más de un pie de largo, su lengua ocupa una dimensión que abraza o equivale a casi una tercera parte de su cuerpo, la cual es contenida por un hocico que tiene la figura de pico de ganso; las orejas redondas, sus ojos negros muy pequeños, su cuello casi nulo o sumamente corto, sus piernas delanteras muy delgadas, y mucho más altas que las traseras, con sus pies redondos armados de cuatro uñas, y su cola muy larga, que arrastra a modo de penacho como de tres pies, cubierta de pelos toscos y largos, de un color blanquizco, que le sirve para cubrirse el lomo y defenderse de las lluvias y del calor. El color blanco con una faja negra le domina en sus partes anteriores, y el negro en sus partes posteriores; las piernas delanteras son casi blancas, y las traseras negras.

Su movimiento es tan lento, que un hombre corre más; sus pies parecen más a propósito para agarrar algún cuerpo redondo y trepar, que para correr; dificílmente suelta lo que agarra, y cuando se embravece o irrita, agita rudamente su cola y toma la forma de un arco para defenderse.

## *Anfibios.*

Los ríos y lagos de la montaña se hallan muy poblados de peces y animales anfibios, bastantes para enriquecer la parte ictiológica de la historia natural: no faltan iguanas, caimanes y lagartos de una magnitud asombrosa, cuya voracidad es sumamente temible. En Mainas se encuentran hasta de seis varas de largo, y de un grosor extraordinario. Sus tegumentos escamosos de color de tierra, son tan duros que resisten a los proyectiles de fusil; su cabeza muy ancha, su boca rasgada hasta los oídos, con sus mandíbulas arma-

das de dos órdenes de dientes tan puntiagudos como agujas; su aspecto es terrible. Se alimentan de animales acuáticos y terrestres; pero tienen mucha propensión a la carne humana, y cuando se llegan a cebar en ella, se vuelven peligrosísimos, porque devoran todo lo que pueden agarrar. Por fortuna no pueden moverse en tierra sino con lentitud, y los hombres se pueden librar fácilmente de ellos.

Estos animales son ovíparos, cuya fecundidad es muy grande, pues que las hembras fecundadas ponen hasta cien huevos en las arenas a las orillas de los ríos y el calor del Sol los hace germinar y los anima; y si no fuera por la persecución de otros animales que destruyen los huevos de los lagartos impidiendo su multiplicación, se plagarían de tal modo esas comarcas, que se harían inhabitables.

La vaca marina, el lobo marino y los demás anfibios bajo el nombre genérico de focas que habitan en estos caudalosos ríos y lagos, no se diferencian en nada de los que pueblan el mar; con la sola particularidad que siguen a las canoas con la boca abierta leguas y leguas enteras, se reunen a veces 20 o 30 juntos, agarran grandes pescados de los que se alimentan, de que abundan el Marañón, el Pastaza, el Ucayali, el Napo, el Bombonaza, el Tigriaco, el Huallaga y los innumerables confluentes de los ríos tributarios del Marañón.

### *Galápagos.*

Los lagos y ríos de la montaña están llenos de estos anfibios. En los meses de julio, agosto y septiembre es cuando salen a las playas y ponen los huevos en las arenas, y ponen hasta 60. El calor del sol los hace germinar y los anima.

Los habitantes de aquella región los cazan de noche, tiempo en que a veces cada individuo se agarra hasta 50. El más grande cuando menos pesa cuatro arrobas, y éstos se comen; de su gordura se saca una manteca exquisita. También los huevos son muy buenos para comer, y se extrae de su amarillo una manteca superior que llevan al Gran-Pará por vía del Marañón, para cambalachear con herramientas

### *Pescados.*

Los ríos Marañón, Pastaza, Ucayali, Napo, Huallaga y los demás, abundan en todo género de peces, de todo tamaño; pero los más comunes son el súngaro, el paiche, la gamitana, el esturión, la raya y la mota.

### *Ganado.*

No se conoce en las montañas de Mainas ganado doméstico, pues a excepción de Moyobamba, Lamas, Yurimaguas y la carrera del Huallaga, no se encuentran en otras partes caballos, mulas, asnos, vacas, cabras, corderos, ni otro género de ganado caballuno, vacuno, cabruno ni ovejuno. Sin embargo que las pampas del Sacramento, según tengo noticia, pueden abrigar y alimentar infinitos millones de todo género de animales domésticos, y producir como en otras partes las ventajas que disfrutan los demás países de este vasto continente.

Es notable que los antiguos misioneros no hayan tratado de introducir alguna cría de dicho ganado; esto prueba lo atrasada que se halla todavía la exploración de estas montañas; pero es probable que el gobierno al fin tome un interés sobre este punto de tan vital importancia, y tan útil al Perú y a todos los demás países del globo, pues que se añadiría una inmensa riqueza a las futuras generaciones.

## III.—*Reino mineral.*

### *Minas*

En cuanto al reino mineral, a excepción de algunos lavaderos de Santiago de Borja y Jaén, de poca consideración, todo lo demás se halla aún muy poco explorado.

### *Sal de piedra.*

En toda la carrera de los ríos Huallaga y Cachiaco hay mucha abundancia de este artículo, del cual se proveen no sólo todos los habitantes de la montaña de Mainas, sino también concurren del Ecuador por la vía de los dos ríos Pas-

taza y Napo; y del imperio del Brasil por el Marañón. Hay bastante para abastecer a toda la América entera.

*Yeso.*

En las cercanías de Lamas y Tavaloso se encuentran una infinidad de cerros de este material, de muy superior calidad, y de éste se sirven los habitantes de aquellos lugares para blanquear sus templos y casas.

*Aguas termales.*

Existen no muy distantes del pueblo de Chasuta, en un punto llamado Ninayacu, y a la orilla del río llamado Huallaga; de igual modo se hallan muchas quebradas y manantiales de estas aguas tan provechosas para las enfermedades sifilíticas y artríticas.

IV.—*Clima*

El clima general de las misiones de Mainas es muy variado, según sus situaciones y demás circunstancias: empero el que he podido yo observar en las misiones altas de Andoas, y en las tribus que he visitado de los Záparos y Jíbaros, es cálido y húmedo, muy malsano por los innumerables charcos de aguas detenidas y corruptas, que contagian exhalando miasmas putrefacientes, los que combinados con el aire condensado por la espesura de los montes, insinúan fiebres y tercianas perniciosas, y en algunas partes la elefantiasis o erupciones caratosas.

Las misiones bajas de Ucayali, cuya atmósfera se halla más explayada, con mejores aires, son menos malsanas; pues según me han asegurado, las tribus Sipivos, Canivos, Mayorunas, Amachuacas y Setivos se hallan muy robustos, y principalmente los Callisacas y Carapachos que habitan las orillas del Pachitea tienen fama de ser muy sanos.

Los indios conversos que habitan las orillas del Chimporana y Anayacu y la laguna de Santa Catalina, son propensos a una erupción carachosa herpética, lo mismo que los indios de Nauta, Urarina, Parinari, Omaguas, Iquitos, Orán,

Cochiquinas y todas las orillas del Marañón hasta Loreto sufren de los mismos accidentes, aunque se cree que la multitud enorme de mosquitos y zancudos que plagan dichas orillas son más bien la causa principal, y la insalubridad del clima hace lo demás.

La elefantiasis es más común entre los Ticunas y Marrubos, salvajes que habitan las partes algo internas del Marañón y las tribus que vagan en las inmediaciones de Pebas, llamadas Yaguas y Orejones; pero éstos, según entiendo, sufren esta clase de enfermedades además de las citadas, porque comen indistintamente toda clase de carne de animales muertos, naturalmente, por enfermedades.

Estos bárbaros no desperdician ningún cadáver, particularmente los Ticunas y Marrubos, que ni excepcionan a los cadáveres de sus mismos padres e hijos, cuyos restos se reparten en partes iguales entre los parientes más inmediatos del difunto. Un alimento tan bárbaro e irracional, no puede menos que contribuir en gran parte a la propagación de un mal tan horrible como es el carate o elefantiasis; pero lo demás, en este país con una población que sea relativa a su magnitud, con un desmonte y cultivo proporcional, con el tráfico, ilustración e industria, pueden neutralizarse muchos inconvenientes del clima, y transformarse el país en un estado acaso más habitable que otros que se hallan ya muy poblados en igual latitud.

Por lo demás, los indios conversos son de un carácter desconfiado, infieles y muy reservados. Tienen aversión a todo lo que no sea de su color, aborrecen a los blancos, tiemblan a los soldados y se humillan al sacerdote, a quien ciegamente obedecen, manifestando un vivo deseo de tenerlos donde no los hay.

En cuanto a los bárbaros, tienen casi las mismas inclinaciones y aversiones con aquellos que no son de su color; pero en cierto modo respetan a los sacerdotes, lo que manifiesta que más bien pueden ser reducidos por la paz del evangelio, que por el rigor de las armas.

*Penalidades que sufren los misioneros en las montañas*

Sin embargo que tengo ya dada una pequeña idea en mi viaje anterior que hice a los infieles, de lo que se padece en

esos bosques, mucho tendría que añadir, particularmente sobre aquellos sacerdotes que permanecen en esos puntos; empero sólo haré mención de los trabajos más notables.

Todo misionero que se halla encargado de alguna doctrina de catecúmenos, tiene que vigilar mucho sobre ellos, pues aunque en sano juicio respetan a sus pastores, como he dicho anteriormente, mas como no se diferencian en sus costumbres e inclinaciones libidinosas de los infieles salvajes, cuando se hallan beodos matan a los sacerdotes que se oponen a sus deseos.

De estos ejemplares tenemos que deplorar un sinnúmero de ellos; además de los continuos sobresaltos que el misionero tiene que sufrir con los bárbaros que colindan con sus respectivas doctrinas, los cuales de continuo asaltan a las poblaciones de conversos en gran número y devoran cuanto encuentran en figura de hombre para llevarse a las mujeres.

Por otra parte, privado del pasto social, acompañado de las perpetuas intemperies de lluvias y truenos, amenazado continuamente de las fieras y reptiles, molestado por las espinas, mosquitos, zancudos y murciélagos que impiden el tránsito de un lugar a otro; y sobre todo, privado de alimentos salubres, constituye al sacerdote en un estado el más infeliz. Nada en este mundo sería capaz de compensar estas fatigas y trabajos. Sólo la esperanza de agradar a Dios y esperar el fruto que le tiene deparado en la otra vida.

En tiempo de los españoles se proporcionaba a los misioneros, de las cajas reales, todo lo necesario no sólo para su manutención y vestido, sino que también se le proveía de tocuyos para vestir a los catecúmenos y toda clase de herramientas para el cultivo y desmonte de los bosques.

El inmortal doctor don José María Arriaga, actual obispo de aquella diócesis, ha hecho y está haciendo por su parte todo lo que puede, sin omitir el sacrificio de una parte de su corto sueldo, para remediar de algún modo tantos inconvenientes que les circundan. ¿Mas qué podrá hacer este santo prelado, cuando las necesidades son tan extensas, como lo es vasto el territorio que nos ocupa?

El gobierno por sus continuas conmociones políticas, no ha podido proseguir las huellas de la antigua metrópoli, imitando su interés en tan laudable como importante objeto; ya

por la decadencia de sus entradas, o sea con la multiplicación de nuevas necesidades, no ha podido de ningún modo auxiliar a las misiones, de manera que éstas han declinado insensiblemente y estarían en su total ruina, si no hubiese sido por el celo apostólico del prelaudable monseñor Arriaga.

Empero es de esperar, que con el buen y feliz acierto del actual gobierno, se constituya de un modo duradero la paz que disfrutamos, y que junto al cúmulo de bienes que nos proporciona nuestro actual presidente el Iltmo. y Excmo. gran mariscal Ramón Castilla, sea el órgano también que contribuya a la reducción de nuestra creencia, a un gran número de peruanos descaminados en aquellas montañas, que aumentará nuestra sociedad, imitando de este modo al caritativo deber que se impuso el antiguo sistema de los reyes y de todas las demás actuales repúblicas americanas.

Lima, 16 de noviembre de 1849.

*Fray Manuel Castrucci de Vernazza* (1).

---

(1) "Viaje practicado desde el Callao hasta las misiones de las tribus de infieles Záparos y Jíbaros por el P. Fr. Manuel Castrucci de Vernaza".—Lima, imprenta de Justo Montoya. Año 1849.



# LIBRO CUARTO

## Historia de las Misiones bajo el régimen del padre fray Fernando Pallarés Descripción del Ucayali

### 1843 - 1855

*Misioneros que intervienen*: Fernando Pallarés, Felipe Martínez, Vicente Calvo, Crisóstomo Cimini, Manuel Plaza, Luis Bieli, Ignacio Sans, Luis Sabaté.

# CAPITULO XXIV

**Gobierno de las misiones por el padre fray Fernando Pallarés.—Viajes y descripciones que hace este misionero.**

**1852 - 1855**

**SUMARIO: 1.—Gobierno del padre Pallarés. 2.—Exploraciones y descripciones que hace dicho padre del Pischqui, Chunuya y Tambo. 3.—Noticias que da de varias tribus colindantes con el Ucayali. 4.—Describe los usos y costumbres de los infieles del Ucayali. 5.—Describe la religión de los infieles del Ucayali. 6.—Señala las causas de la decadencia de las misiones.**

## § I.—*Gobierno del padre Pallarés.*

Habida noticia de la gloriosa muerte del padre fray Juan Crisóstomo Cimini, el gobierno de las misiones pertenecientes al colegio de Santa Rosa de Ocopa recayó sobre el celoso y activo padre fray Fernando Pallarés. Este virtuoso misionero, acompañado del padre fray Felipe Martínez, salió de Ocopa en días en que el padre Cimini estaba en sus gestiones de la restauración de las conversiones de Huanta, y se dirigieron ambos al Ucayali por la vía del Huallaga.

Llgados a Sarayacu, hallaron a los padres Calvo y Llorente con la pena de haber perdido, hacía poco, al padre Avellana, que terminó sus días en aquel hospicio de Sarayacu.

El primer cuidado del padre Pallarés al llegar a este hospicio, fué establecer una escuela de primera enseñanza en Sarayacu y otra en Santa Catalina. Apenas empezaron a funcionar ambas escuelas, cuando los misioneros se vieron sorprendidos por la facilidad con que los indígenas entraban en posesión de las primeras letras. Era un error creerlos incapaces para el estudio; pues un año les bastaba para aprender a leer en castellano y aun en latín.

El padre Calvo les hizo los carteles con las respectivas muestras de letras que debían imitar; copiándolas con tal habilidad, que en algunos casi no era perceptible la diferencia; confirmándose los misioneros en el dicho, que puede tomarse por proverbio, que *si los indios no son inventores, son buenos imitadores.*

Llegó tiempo en que los padres ocupaban a los indios en copiar correctamente las relaciones de sus viajes y en consignar las partidas en los libros parroquiales (1).

Muchos niños aprendían a ayudar la misa en una semana, y algunos en menos tiempo, dedicando el padre a esta tarea sólo media hora cada día.

Mas lo sensible era que solían embotarse sus facultades al llegar a los once o doce años de edad. Los misioneros atribuían esta desgracia al uso inmoderado del masato; bebida que hacían con el camote (2) mascado y yuca hervida.

Cuando los indígenas usan esta bebida en cantidad conveniente, les sirve de un gran sustento, con el cual se conservan robustos y sin el cual se les ve desfallecer, aunque tengan otros alimentos de que disponer. Mas cuando la toman conexceso contribuye poderosamente al entorpecimiento de sus facultades mentales.

El padre Pallarés realizó por este tiempo una obra de gran utilidad para los misioneros, que fué evitarles un gran rodeo para ir de Sarayacu a Santa Catalina o viceversa, siguiendo una inmensa curva que hace el Ucayali en aquella zona, en cuyo recorrido empleaban cinco y más días en las crecientes del río. La obra fué abrir un camino por la arboleda que pusiese ambos puntos en comunicación por tierra, disminuyendo muchísimo la distancia, esto es, reduciéndola a doce leguas.

Llevaron a cabo esta grande obra con sólo el auxilio de los indios convenientemente retribuídos; quienes generalmente suelen ser reacios para ayudar en esta clase de empresas, que demandan constancia y no pocos sudores en aquel clima tropical.

Tampoco tuvieron auxilio del gobierno, bastándoles los pocos recursos de que disponían y las herramientas que forjaban.

---

(1) Un gran surtido de estas partidas de Sarayacu se conserva hoy en nuestro convento de Contamana, donde aparecen bautizados indígenas de todas las innumerables tribus del Ucayali y Huallaga.

(2) *Batata edulis.*

## § II.—*Estado de las misiones y exploraciones del padre Pallarés por los ríos Pischqui, Chunuya y Tambo.*

"Si se tienen en consideración los obstáculos de todo género que se oponían al desarrollo de las misiones del Ucayali en la época de su restablecimiento, bien puede calificarse de bastante próspero su estado, al encargarse de la prefectura el reverendo P. Pallarés cuando la muerte del P. Cimini (1). Un número harto regular de Padres misioneros atendían al cuidado espiritual de los neófitos que se habían conservado reunidos; las escuelas abiertas de Sarayacu y Santa Catalina, de que hemos hablado en el capítulo anterior, servían para su instrucción intelectual, y la apertura de caminos a través de los bosques seculares de aquellos desiertos, o los reconocimientos de nuevas vías de comunicaciones por la corriente de los ríos, facilitando las comunicaciones, abrían nuevo campo al celo de los misioneros, para restaurar conversiones perdidas y conservar las que se establecieran, al paso que les permitía proporcionarse, con más prontitud y frecuencia, los auxilios que de Ocopa y otras partes se les enviaban".

"Por otra parte, como, hasta la época de que venimos hablando, los indios no se comunicaban con otras personas que con los Padres conversores, les estaban sumisos y obedientes en todo, y si bien es cierto que a veces se entregaban a la crápula y otros vicios que de ella dimanan, no obstante, como los padres jamás les perdían de vista, los reprendían al momento y aun les castigaban paternalmente cuando era necesario, y así era como se conservaban aquellos pueblos en un estado de moralidad, que con razón creemos podían envidiarles los otros pueblos de la República. No se veía en efecto un solo amancebamiento entre los neófitos; si alguno caía en algún desliz, los mismos alcaldes y sus agregados, que también les vigilaban, les imponían algún castigo, consultándolo antes empero con los Padres. Todos los adultos, excepto los que los mismos Padres no consideraban suficientemente dispuestos,

(1) Aquí habla el padre Pallarés, aunque en tercera persona, a fuer de narrador. Del mismo son también los notas que van insertas, pero las anotaciones correctivas pueden atribuirse al padre Calvo o al padre Martorell: éste fué el que puso la postrera mano en esta narración.

cumplían religiosamente con el precepto pascual; no se conocían odios ni rencores, y si alguno se indisponía con otro, era sólo en alguna borrachera, y tan momentáneamente, que a la indicación de los Varayos o alcaldes, se pedían mutuamente perdón".

"Desde la edad de cinco años hasta el día en que se casaban, los jóvenes de ambos sexos asistían al Catecismo dos veces al día, y para que ninguno faltase, había cuatro hombres, llamados fiscales, que recorrían las casas obligando a acudir a los negligentes. Los mismos fiscales les acompañaban cuando era necesario barrer la plaza y los alrededores de la iglesia y convento o cuando debían ocuparse en los demás trabajos que, atendidas sus débiles fuerzas, podían desempeñar. Las viudas tenían a su cargo barrer la iglesia todos los sábados; la limpieza del convento corría a cuenta de algunos muchachitos infieles que los Padres solían tener a su servicio, y a los cuales catequizaban, bautizándoles después de instruídos, y casándolos a su tiempo con las hijas del país, que en esto no hallaban repugnancia, antes los preferían a los mismos del pueblo, pues aquéllos salían del convento dotados de cuanto necesitaban para su manera de vivir".

"Dejadas en este estado las cosas, en 1853 trató el P. Pallarés de visitar a todos los infieles que se encontraban desde Sarayacu hasta el río Pischqui, internándose al efecto hasta Charas-mana a la falda de los cerros que ladean el citado río; debiendo empero suspender su viaje por lo adelantado de la estación y crecimiento de las aguas. En el año siguiente por el mes de Mayo salió a visitar a los Sentcis de Chunuya, pero no encontró persona alguna en el sitio en que antes habitaban, hallando tan sólo los vestigios de la iglesia y casa en que vivió el Padre misionero hasta el año 1822. Internóse luego unas cuatro leguas por el monte hasta llegar al sitio llamado Mauca, en donde vió dos familias de indios fugitivos, quienes le dieron razón del punto donde residían. Entrado en una canoa se remontó por el caño de Maqueya y halló a los Sentcis reunidos, fabricando canoas en una pequeña quebrada llamada Yamiya. Encontró a esta nación tan reducida por las enfermedades, que en el espacio de treinta años, de mil personas que antes la componían, no quedaban ya más que trece hombres, quince mujeres y nueve niños, habiendo sólo dos individuos que pasaran de treinta años".

"De regreso del país de los Sentcis salió el P. Pallarés a primeros de Julio de 1854 a visitar todos los infieles esparcidos desde Sarayacu hasta el río Tambo, internándose ocho o diez leguas por los riachuelos y lagunas tributarias del Ucayali, con el único objeto de informarse lo mejor posible del estado de cultura, religión y número de infieles que poblaban sus orillas; acompañándose al efecto con muy buenos intérpretes y llevando consigo varias herramientas, telas, anzuelos, abalorios y otras bujerías que los indios apetecen, además de algún instrumento de música para tenerlos gustosamente entretenidos. Cuando llegaba a las casas de los infieles hacía llamar a los que tal vez por temor habían huído, haciendo también sacar a los niños que esconden en el interior del monte, por temor de que se los roben cuando ven aparecer gente desconocida. Valiéndose de estos medios era como lograba, generalmente hablando, captarse la confianza y benevolencia de los indios. Los principales de entre ellos se le presentaban con sus hijos varones al lado vestidos de gala, con sus cusmas nuevas, pintados el rostro y las manos, con el arco y flechas al brazo, que es señal inequívoca de amistad. Apenas veían llegar al Padre, mandaban emisarios que con la mayor velocidad iban a avisar a los parientes su venida y los regalos que les habían hecho; a cuyas noticias acudían prontamente, viéndose entonces el Padre apurado, porque empezaban todos a pedirle herramientas, que ya no tenía, pero que ellos deseaban tanto más, cuanto veían que ya otros las habían conseguido. Durante este viaje acompañaron al P. Pallarés seis o siete canoas y algunas veces hasta catorce o quince, y en los puntos de parada le ofrecían los salvajes tanta provisión de comida, que no sólo bastaba para saciar a todos los que le acompañaban, sino que cada cual se llevaba del resto para el camino".

"Observó el P. Pallarés en este viaje que también esas tribus habían disminuído considerablemente de treinta años a esta parte sin duda por las fiebres que de vez en cuando aparecen en el Ucayali y por los casos frecuentes de disentería, que los indios llaman Quicha. Esta última enfermedad es casi siempre mortal, y ataca principalmente a los que se entregan a los excesos de la destemplanza. También notó que la mayor parte de los niños morían antes de llegar a los doce años. Esto depende, en gran parte, del poco cuidado de sus

padres que les dejan comer tierra sin reprenderlos, de cuyo vicio se les ocasiona una hinchazón monstruosa en el vientre, que a los dos o tres años les causa la muerte. Cuando padecen de reumatismo o de catarro, que son enfermedades muy frecuentes en las riberas del Ucayali por su mucha humedad, tienen a los niños desnudos colocándolos por la noche junto al fuego, y cuando les ocurre los bañan en el río volviendo a calentarles después, de suerte, que tanto de día como de noche, hasta que mueren, los tienen en esta alternativa. No son en menor número los niños que mueren en el mes de Septiembre, por haber comido huevos de Charapa (Tortuga); estos huevos son muy sabrosos al paladar pero muy indigestos, y como los comen en gran cantidad, fácilmente les ocasionan la muerte. Estas son las causas principales de la disminución de los infieles del Ucayali, y así se explica cómo en una extensión de más de ciento ochenta leguas que hay desde la desembocadura del río de Santa Catalina hasta el Tambo, el P. Pallarés encontrase tan sólo mil setecientos ochenta infieles, a saber: setecientos nueve hombres, seiscientas cuarenta y nueve mujeres y cuatrocientos veintidós niños menores de catorce años; de manera que aun suponiendo que se ocultaran algunos pocos a la vista del Padre, puede calcularse que no pasan de dos mil los infieles que habitan en tan vasto territorio (1).

"Muchos de estos indios son ya bautizados, los ancianos por los antiguos padres que los catequizaban antes de la independencia del Perú, y los jóvenes por algunos comerciantes que constantemente cruzan el Ucayali. El bautismo administrado por éstos, es empero muy dudoso, por ser gentes en su mayor parte ignorantísimas, y quedar por lo mismo motivo de duda acerca de la manera como aplicaron la materia y forma del Sacramento. Por esta razón el Ilustrísimo señor Obispo Dr. D. José María Arriaga, en la visita que pasó por los pueblos de Mainas en 1841, escandalizado de los abusos que se cometían, prohibió bajo pena de excomunión mayor conferir este Sacramento a los infieles a todos los que no fueran sacerdotes, excepto en artículo de muerte. A los indios que no están bautizados se les conoce por el nombre que

(1) Me parece que el explorador padeció equivocación; pues la experiencia de 15 años nos ha enseñado que son muchos más de los que cita.

llevan, que acostumbra ser el de algún animal, planta o cosa parecida (1)".

"En punto a industria están estas gentes bastante adelantadas; conocen no sólo la que les es indispensable para su modo de vivir sino también otras; mas como carecen de instrumentos, apenas pueden dar completa perfección a ninguna de sus obras. Lo que todos saben, es cortar y coser sus pantalones y camisas, que es el único vestido que usan; también se fabrican sus cuerdas y sogas para la pesca, en la que emplean anzuelos y arpones que tiran con tal destreza, que raro es el pez que se les escapa. No hay entre ellos terrenos de propiedad particular, a no ser los que de momento están cultivando, pues cuando la tierra está cansada de producir, la abandonan pudiendo tomarla el que quiera (2). Su agricultura es muy sencilla; para roturar las tierras empiezan por cortar los árboles, lo que les cuesta mucho trabajo por el grosor y dureza de sus maderas; luego los dejan secar por dos o tres meses, y cuando las ramas y hojarascas están secas, prenden fuego a todo el rozo; pero como los enormes troncos de los árboles conservan todavía su humedad, quedan la mayor parte sin quemar, siéndoles preciso dejarlos en el sitio en que cayeron, pues exigiría un trabajo superior a sus fuerzas el trasportarlos de allí a otro lugar. Limpiando así el terreno del mejor modo posible, verifican la plantación introduciendo en la tierra un palo de madera fuerte, y en el agujero meten un trozo de la planta llamada yuca, que es el principal fruto que ellos cultivan. Practican la misma operación para la siembra del camote, caña dulce, zapallo y sandías, que son las pocas cosas a cuyo cultivo se dedican".

"Concluídos estos trabajos, ya los hombres no tienen más cuenta con sus chácaras; porque todo lo demás corre a cargo de las mujeres. Estas pobres criaturas son verdaderas esclavas de sus maridos, quienes no obstante amarlas como sus esposas, las tratan muy mal en sus borracheras. Causa aflicción muchas veces, verlas regresar de la chácara trayendo la yuca para el gasto de su casa, cosa que deben hacer

(1) No es regla fija; porque muchos tienen nombre de Santo y no son bautizados.

(2) La experiencia nos ha enseñado lo contrario, al menos posteriormente (*Padre Calvo*).

a lo menos dos veces por semana, acompañadas de su marido que va delante muy ligero con su pucuna (cerbatana) al hombro, y su cuchillo de monte, mientras la pobre mujer va detrás sudando por todos sus poros, cargada con un cesto de yuca que pesa tres o cuatro arrobas, llevando además la criatura de pechos y algún instrumento de labranza, llegando sin aliento a sus casas después de haber recorrido algunas veces más de una legua de camino".

"Y no es sólo de la incumbencia de la mujer el conservar la chácara en buen estado y proveerse de yuca para toda la familia, sino que también debe proveerse del agua y leña necesarias; ha de hilar y tejer también toda la ropa de su uso y a veces algunos pantalones para su marido, y si quiere procurarse algodón ella misma lo ha de sembrar, pues su marido en nada de esto piensa".

"En los ratos que estos cuidados domésticos las dejan libres, se ocupan en obras de alfarería, cuyo oficio conocen todas, siendo de admirar la perfección con que hacen sus ollas, platos y tinajas, y sobre todo los alambiques para destilar el aguardiente. Quedarían admirados los mismos alfareros de Europa, si vieran la perfección de aquellas obras, y crecería de punto su admiración viendo trabajar a las mujeres sin más instrumento que sus dedos y una piedrecita para afinar la obra. Preparan el barro mezclándole la ceniza de la corteza de un árbol que llaman *apacharama* y polvo de platos rotos, y con el barro ya preparado hacen una especie de sogas del grueso de un dedo pulgar; forman luego el asiento de la olla o tinaja, que quieren trabajar, sobre una tabla, principiando por el centro y dando vueltas a la soga uniéndola y pegándola con los dedos hasta que aquél queda redondo y del tamaño que quieren; hecho el asiento, empiezan a subir ensanchando la vasija cuasi imperceptiblemente afirmando siempre la obra con la piedrecita, y para darle el grueso correspondiente van aplastando el barro con ambas manos por dentro y por fuera, dándole al mismo tiempo la forma que han pretendido, la cual sale siempre tan perfecta que el círculo parece hecho a compás. ¡Lástima que esta pobre gente carezca de instrumentos, pues si los tuviese, no cabe duda que haría con primor toda suerte de trabajos mecánicos, pues su incapacidad no es, con mucho, lo que generalmente se cree!"

## § III.—*Noticias de varias tribus lindantes con el Ucayali*

"Antes de hablar más detenidamente de las costumbres de nuestros neófitos y de los infieles que con ellos habitan, de lo cual nos ocuparemos en el capítulo siguiente, creemos oportuno dar una noticia, siquiera brevísima, de las demás naciones que pueblan las márgenes del Ucayali y los ríos que le son tributarios. Su conocimiento facilitará mucho la inteligencia de varios pasajes de nuestra historia, permitiéndonos formar una idea de los pueblos, con los que más o menos directamente han debido relacionarse los Padres misioneros".

"En el ángulo que forma el Marañón con el Ucayali, a la derecha de ambos ríos hasta Huanacha, se encuentran los Mayorunas, pueblo muy numeroso y guerrero; a diferencia de otros indios, no usan éstos ni arcos ni flechas, sino que se valen de lanzas de chonta, que manejan con mucha destreza, arrojándolas a considerable distancia. Confinan con ellos, por el Sur los Cappa-nahuas en cuya conversión se trabajó en 1817, aunque con poco fruto, a causa de la epidemia que atacó a los primeros que habían seguido a los Padres hasta el Ucayali, pues los que se libraron de la peste, se volvieron asustados a sus antiguas rancherías. Van enteramente desnudos, se pintan la mitad del cuerpo comenzando desde la cara, y por una especie de piedad, a su manera, dan a sus padres difuntos el destino que les dan los Remos, como más adelante se verá. Están divididos en pequeñas parcialidades, al igual que casi todos los infieles de aquellas montañas y hablan un dialecto derivado de la lengua Rema".

"Los Cappa-nahuas dan noticias de otra nación muy numerosa, que dicen vive reunida en poblaciones considerables a la orilla de un gran río que corre de Sur a Norte; este río, a nuestro entender, no puede ser otro que el Yahuarí. También dan noticias de otra nación que dicen les hostiliza, para robarles sus mujeres. Desde los cerros de Caschibo-hiya hasta una quebrada llamada Ahuanchumia, que tributa al río Tamaya, se encuentran los Remos, nación pacífica, en otro tiempo muy populosa, pero que hoy cuasi acaba de desaparecer por las continuas luchas con los indios del Ucayali; hablan un dialecto derivado del Pano, y son de regular fisonomía".

"Los Amuehuaques ocupan todo el país comprendido entre el Ucayali y el Yahuarí, que corre de S. a NE.; y el Tamaya y Sipahua, que van de SE. a NO. De esta nación es de donde reunen más cautivos los indios del Ucayali. Por los que hemos visto y rescatado, inferimos que son dóciles, alegres, de regular talento y fáciles de convertir. Por ellos se sabe que existe una tribu de negros, que sin duda deben ser esclavos fugitivos del Brasil, con los cuales viven en paz. Todas las mencionadas naciones pueblan la orilla derecha del Ucayali, ocupando la izquierda las siguientes (1)".

"Los Hotentotes o Puy-nahuas, a los que por sucios y asquerosos se les ha comparado a los Hotentotes del Africa; el nombre de Puy-nahuas que les dan los Panos, significa en su lengua hombres de excremento, por tener la costumbre de socorrer sus necesidades corporales a las puertas de sus casas; descubriéronse en 1811. Vivían a la otra parte de la isla que el P. Sobreviela en su mapa llama *Isla Deseada* y venían con frecuencia a nuestras misiones; los Setebos los han destruído cuasi completamente. No usaban ninguna especie de relaciones de paz y amistad con él (2) pero le contestaron que no podían hacer alianza, sino con gente que comiera armas, y eran muy tímidos, huyendo apenas veían algún infiel de cualquiera otra tribu. A diferencia de otros indios no se pintaban el cuerpo, iban con los cabellos prendidos detrás de la cabeza, y su vestido era una cusma o camisa sin mangas, de corteza de árboles, muy estrecha; dícese que comían tierra".

"Ya no existen."

"Los Maparis, según se asegura, eran una parcialidad de la tribu de los Cumbasas de Tarapoto; antes de abrirse el camino de Santa Catalina a Yanayacu vivían entre ambos pueblos. Los misioneros que visitaron aquellas regiones, antes de la independencia del Perú, encontraban vestigios de esta nación en aquel camino, y aun a veces oían el redoble de sus tambores; empero de muchos años a esta parte, se ha perdido toda noticia de su paradero. Opinan algunos que actualmente habitan en el origen del río Cuschiabatay; cuyos cerros co-

(1) El lector habrá notado que esta descripción se basa en la del padre Lezeta, que a su vez se calcaba en la del padre Carvallo.

(2) Sin duda está alterada la redacción impresa de que se ha tomado esta descripción.

lindantes son los que dividen el Ucayali del Huallaga, creyéndose que se han vuelto feroces y que tienen algunas fortificaciones; pero nada positivo nos ha sido dado averiguar, a pesar del viaje que con este fin hizo por aquel río el P. Vicente Calvo (1)".

"Encuéntranse también en aquellas riberas los Caschibos, nación bárbara y cruel, que es el terror del Ucayali. Hállanse diseminados por los ríos Pachitea, Cipiriya o Sampoya, Ahuayti-ya y Pischqui. Son estos infieles verdaderos antropófagos, carácter que les hace en cierto modo irreducibles. En uno de los últimos viajes que el Ilmo. P. Plaza hizo al Pachitea, quiso tener una entrevista con ellos, pudiendo lograr que se acercasen tres bien armados a la orilla del río, para hablar con él solo. Acercóse después una gran multitud, visto lo cual por los neófitos que acompañaban al Padre, se acercaron también, para defenderle en caso necesario. Exhortó el celoso misionero a los Caschibos a entrar....(omitido)....carne humana, presentándole, al tiempo de decir esto, algunos restos de un cadáver que los Panos Sarayaquinos arrojaron con horror. En esto los Cashibos dispararon una lluvia de flechas, a la que contestaron los de Sarayacu con algunos disparos de fusil, sin que el P. Plaza lo pudiera impedir Por fortuna estos infieles no tienen canoas ni herramientas para hacerlas, valiéndose tan sólo de balsas para pasar el río; no es menor fortuna el que sus arcos son muy toscos, necesitándose una fuerza hercúlea para arquearlos, por lo que carecen de la fuerza y elasticidad necesarias para arrojar a larga distancia las flechas que son también muy pesadas; gracias a estos defectos no pueden con sus armas causar daño sino a muy corta distancia".

"Finalmente, el último de los pueblos que habitaban la margen izquierda del Ucayali es el de los Campas y Antis o Andes, los cuales se extienden desde las cercanías del Cuzco hasta las de Tarma, divididos en muchas parcialidades. Muchas de sus familias están diseminadas por las riberas del Tambo sin tener comunicación, según se ha observado, con otros infieles. A esta nación pertenecen los indios que con fre-

(1) Se ha averiguado ya que no eran los Maparis, sino los Chasutinos del Huallaga que iban a sus cacerías y a hacer veneno para cazar (*Padre Calvo*).

cuencia se presentan frente a las haciendas del Schanschamayo y que en su expedición del año 1848 encontraron los Padres Cimini y Rossi. A la misma nación pertenecen los que se encuentran dispersos por los ríos Eneno y Perené, los que habitan en el Cerro de la Sal y el Pajonal, junto con los restantes que componían los veintiocho pueblos, que en 1742 se perdieron por la sublevación de Santos Atahuallpa. El idioma de estos infieles es enteramente distinto del de las otras naciones".

"A los pueblos de que hemos dado noticia en este capítulo, podemos añadir otro que habita una región desconocida en el interior del Perú, llamado la tribu de los Orejones. Dáseles este nombre a causa de tener sus individuos las orejas tan sumamente largas que les llegan casi hasta los hombros. Para hacerlas crecer de este modo, apenas los niños acaban de nacer se las agujerean, colgándose de las mismas unos pesos de plomo u otro metal. Aunque los neófitos del Ucayali hablaban varias veces de esta nación extraña, los Padres misioneros no les daban crédito fácilmente, hasta que el religioso Fr. Luis Bieli, de quien hemos hablado varias veces en esta historia, pudo convencerse de la realidad de su existencia, por haber visto él mismo en Sarayacu a un individuo de esta tribu".

§ IV.—*Usos y costumbres de los infieles del Ucayali.*

"Diversas son las costumbres de las tribus de que hasta aquí hemos hecho mención, siendo más o menos suaves y cultas según el roce que han tenido con los Padres misioneros o con las poblaciones civilizadas del Perú. Sin embargo, generalmente hablando, revelan un atraso sumamente notable, y ponen de manifiesto el ímprobo trabajo que cuesta a los misioneros hacer entrar en aquellas rudas naturalezas las maneras propias de personas cristianas y civilizadas".

"Como hemos dicho ya, los Piros, Cunibos, Schipibos, Séttebos y Mayorunas habitan en las márgenes del Ucayali; los Mayorunas, empero, viven completamente aislados de las demás tribus, así es que cuasi nada se puede saber de sus costumbres; sólo se dice que son crueles con los viajeros que se descuidan durmiendo en la parte del río Tapichaga, en que ellos habitan. Mas sin embargo de su ferocidad, las otras tri-

bus a veces se reunen contra ellos causándoles algunos daños".

"Respecto a las otras cuatro tribus, apenas se diferencian en sus costumbres; únicamente en los Piros se nota un poco más de aseo y algún viso de civilización, gracias a su trato más frecuente con personas civilizadas, en los viajes que hacen al Cuzco. Los indios que componen estas tribus visten una especie de saco ancho, sin mangas (al que llaman cusma), no tanto por decencia y honestidad, cuanto para librarse de la picadura de los zancudos y mosquitos, plaga horrible de aquel país; pues por lo demás, poco les importa, principalmente a los hombres, desnudarse aunque sea delante de quien no les conoce. Las mujeres son más recatadas en este punto; su traje, que llaman pampanilla, consiste en un pedazo de tela, largo como de vara y media y ancho como de unos tres cuartos de vara, el cual sujetan a la cintura al rededor del cuerpo, bajándolo hasta las rodillas, y luego con otro pedazo de tela se cubren las espaldas. Aunque saben fabricarse unos peines muy ingeniosos de caña brava, llevan de ordinario el pelo desgreñado. Tienen el rostro muy ancho y las narices chatas, lo cual les da una fisonomía muy desagradable por cierto, contribuyendo a afearlos más la pintura que se hacen en el semblante con una sustancia llamada achote (1), y las rayas negras de que se llenan la cara, con el zumo del huitu (2), que es la fruta de un árbol."

"Su comida es muy asquerosa, a pesar de la exquisita abundancia de pescados, sabrosas aves y otros animales que con suma facilidad pueden proporcionarse; se dedican no obstante con muy poca frecuencia al ejercicio de la caza y pesca, y cuando lo verifican, procuran hacer provisión para muchos días, y lo que les sobra del primero, lo ahuman y procuran conservarlo cerca del fuego para que no se corrompa; pero como la humedad es tan excesiva y son tantos en número los insectos que menudean por allí, al segundo o tercero día la carne y pescado aparecen hechos un hormiguero de gusanos. No por eso la arrojan al río, sino que al día siguiente, después de lavarla un poco, y a veces sin hacer esta operación, la ponen a hervir con sola agua, y después de cuatro o cinco minutos, aunque sea la carne más dura, como es la de mono, su

(1) *Bixa Orellana.*
(2) *Génipa oblongifolia.*

manjar favorito, la sacan del fuego y la comen, untándola con el caldo que tienen preparado en una vasija, mezclando un poco de sal y mucho ají; y como por ser naturalmente la carne muy dura, no pueden desmenuzarla con los dientes, sírvense de éstos como de un tenedor, asiendo el pedazo de carne que tienen en la boca, con la mano izquierda, y cortándola con el cuchillo que tienen en la derecha. Cucharas y trinches son cosa desconocida, y como tampoco tienen platos para cada uno, todos meten sin escrúpulo sus dedos llenos de caracha en el plato común".

"Como en el género de vida de estos indios, son muy pocas las necesidades que se dejan sentir, apenas necesitan trabajo alguno para satisfacérselas. Y así es como pasan la mayor parte del tiempo en la más completa ociosidad. Sólo algunos ratos se ocupan en componer sus flechas, o en pescar cuando les es indispensable para procurarse el sustento. Cuando necesitan machetes, cuchillos u otras herramientas de las que los comerciantes suelen proporcionarles, entonces manifiestan alguna mayor actividad, y se dedican con más empeño a la pesca, para salar después el pescado que entregan a los comerciantes, o bien emprenden correrías para apoderarse de algunos muchachos que después venden como esclavos. En estas expediciones no dejan de sufrir bastante, pues no llevan otras provisiones que algunos plátanos para tres o cuatro meses que suelen estar fuera de sus chozas".

"Entre los infieles reina generalmente la poligamia, y los maridos son muy celosos de sus mujeres: de ahí resulta que gran número de jóvenes pasan mucho tiempo sin mujer, y para conseguirla sirven como esclavos al padre o dueño que se la proporciona, o bien hacen correrías a lejanas tribus robando a las mujeres y niños que encuentran, después de haber asesinado bárbaramente a los hombres (1)".

"Los Cunibos tienen la bárbara costumbre de atar dos tablas a los niños recién nacidos, la una en la frente y la otra detrás de la cabeza; esas tablas bien aseguradas para que no caigan las conservan en la misma forma, hasta que el cráneo ha adquirido bastante consistencia, lo que viene a ser a los seis

(1) Aquí suprimimos una corta descripción de la circuncisión de los Piros, por haberla insertado en el tomo primero como costumbre de los Cunibos.

meses, resultando de ahí que la frente les queda aplastada, tomando su cabeza la figura de un cono truncado; esta figura muy rara y chocante es para ellos de grande hermosura y la han adoptado para conocerse los de la tribu aunque no se hayan visto jamás. Para quitar las tablillas al niño se celebra también una fiesta que viene a reducirse a una borrachera. A los Remos para conocerse, sus madres les pintan varias partes del cuerpo, en especial el rostro y los brazos, punzándoles con una espina aguda hasta que brota la sangre, y aplicándoles luego el humo del copal; de este modo la pintura no se les borra en toda su vida. A más de esto, cuando son pequeños, acostumbran hacerles tres agujeros en las narices, uno en la ternilla del medio y otros bastante arriba a ambos lados, haciendo lo mismo en los labios y la barba, de suerte que en algunos hemos podido contárselos en número de veintiocho. De los agujeros de la nariz suelen llevar colgada una planchita de plata del tamaño de un cuartillo, aunque algo más delgada; también acostumbran horadarse debajo el labio inferior, donde llevan constantemente atravesado un palito, que en los días de gala sustituyen con un puntero de plata de unas cuatro pulgadas de largo".

"Finalmente, respecto a los Caschibos, aunque se nos había asegurado que eran antropófagos, siempre lo habíamos puesto en duda; no obstante hoy parece enteramente cierto, después del hecho acontecido recientemente con dos oficiales asesinados delante de la Chonta, isla situada a la derecha del Pachitea. El mismo padre Calvo, que confiesa haber sido el más incrédulo acerca de este particular, asegura haber oído decir a una mujer Caschiba, que ella había comido de la carne de dichos oficiales, igualmente que catorce niños que estaban allí presentes. Esta mujer y aquellos muchachos fueron hechos prisioneros en la expedición que se hizo por el Pachitea en el año 1866, de la cual formaba parte en calidad de capellán el citado P. Calvo (1), que es quien estas líneas escribe. Esta expedición tenía por objeto reconocer simplemente si era o no navegable dicho río; pero aprovechando la ocasión, el Prefecto de Loreto, D. Benito Arana, quiso hacer un escarmiento castigando a aquellos bárbaros, y reprimir su audacia para lo sucesivo; a cuyo efecto, desembarcando toda

(1) Aquí el padre Calvo amplía la narración del padre Pallarés.

la gente disponible se internó dieciocho millas por tierra, hasta dar alcance a los Caschibos, en una casa donde se habían reunido; al ver éstos a los soldados, emprendieron una precipitada fuga, escapando de la persecución en la espesura del bosque; sólo se logró prender a los catorce muchachos de que hemos hablado y a tres mujeres, siendo una de éstas la que por medio de un intérprete dió cuenta de lo que habían hecho con los dos oficiales asesinados".

"Cuéntase que son los Caschibos tan apasionados por la carne humana, que no se perdonan ni aun entre ellos mismos, pues los hijos matan a sus propios padres cuando son ya ancianos; añádese que cuando se ha tomado tan cruel resolución, los jóvenes la comunican al anciano, quien a semejante anuncio muestra contento y alegría, por creer que así va a reunirse con sus antepasados. Tres días después en medio de un alegre banquete, se le da un furioso golpe de macana, y se termina el convite comiendo la mayor parte de la víctima; el resto lo queman y reducido a polvo sirve a los hijos para sazonar sus comidas. No respondemos empero de la exactitud de estas últimas noticias, pues no nos merecen mucha fe los conductos por donde las hemos adquirido, y si las trascribimos aquí, es porque les da alguna verosimilitud el carácter extremadamente bárbaro de este pueblo".

"La lengua que hablan los Caschibos cercanos al Ucayali es una corrupción de la lengua pana; pero se va perdiendo este idioma, a medida que se sube por el Pachitea, hasta que al fin desaparece enteramente".

### § V.—*Religión de los infieles del Ucayali.*

"Cuando la razón no lo explicara, bastaría la experiencia para atestiguar la universalidad de la creencia en lo sobrenatural. La verdad que ya enunció Cicerón, al decir que no se encontraría en todo el orbe una sola nación ni una tribu tan salvaje, que si ignoraba cuál es la divinidad que existe, no admitiese a lo menos como necesaria la existencia de alguna, hállase una vez más confirmada, por lo que vemos en las bárbaras tribus del Ucayali. Por supuesto que entre aquellas rudas inteligencias no debemos buscar un culto ordenado, ni siquiera nociones claras de la divinidad que adoran; no obstante, al través de sus prácticas supersticiosas no deja de descu-

brirse una sombra de religión, que basta para destruír cualquiera opinión que quisiera suponerles en completo estado de ateísmo".

"Para practicar sus ceremonias religiosas, los infieles del Ucayali se reunen de vez en cuando en la choza de uno de sus jefes, al que los neófitos llaman brujo y los infieles Muraya. Cuando están reunidos, se coloca éste debajo de una especie de toldo con una gran pipa de tabaco en la mano, y sentados todos con el más profundo silencio, el Muraya empieza a hablar en una lengua que los circunstantes no entienden, contestándole en el mismo idioma otra voz distinta que se deja oír; luego los que están fuera del toldo entonan unas canciones que sólo comprenden los que pertenecen a la tribu, y permaneciendo otro rato en silencio, principia el Muraya una especie de letanía muy larga, a la que los circunstantes van contestando. Por más diligencias que hemos practicado no nos ha sido posible averiguar lo que en esas letanías dicen los infieles, pues ni aun los neófitos que hablan su mismo idioma han sabido explicárnoslo. Concluído este acto, el Muraya pronuncia algunas palabras, prorrumpiendo al instante los demás en gritos y muestras de regocijo, con lo que se acaba la ceremonia".

"Esta especie de brujos o Yutumiz son muy temidos de los salvajes, por creer que sólo con un soplo pueden introducir en el cuerpo de una persona a quien quieran mal unos pedacitos de chonta semejantes a pequeños clavos. Cualquiera enfermedad de que adolezcan, luego les parece ser la chonta, que algún brujo les ha metido en el cuerpo, y no descansan hasta haber encontrado algún otro para que se la saque. Conducido el enfermo delante del Yutumiz, o Muraya que ha de devolverle la salud, suele éste preguntarle cuál es la parte de su cuerpo que tiene dolorida, y una vez averiguado, se pone disimuladamente dentro de la boca algunos clavitos de chonta, comienza a chupar la parte enferma, haciendo salir entretanto con la punta de la lengua algunos de dichos clavos y poniéndolos aparte para que todos los vean; va siguiendo la misma operación hasta haber sacado todos los que tenía dentro de la boca, siendo tan estúpidos los observadores, que no advierten esta impostura, ni comprenden que es imposible sacar del cuerpo humano otro cuerpo extraño sin dejar ninguna lesión o cicatriz. Es verdad que algunas veces acon-

tece quedar sano el paciente concluída esta operación, pero eso únicamente tiene lugar cuando su enfermedad proviene sólo de la imaginación, lo que por cierto es con mucha frecuencia".

"Preguntando una vez un comerciante al brujo mayor de todo el Ucayali, llamado Chasupuy (excremento de venado), por qué no embrujaba a los Padres ni les metía en su cuerpo la chonta, le respondió que sobre los Padres nada podían los Murayas; insistió el comerciante en que cuando menos hiciera, por una vez, una prueba para embrujar al P. Calvo, que se encontraba entonces allí, a lo que contestó: "¡Oh, al Padre Calvo, todavía menos, porque ese Padre es mayor brujo que yo!". Observábase en efecto que a éste le tenía algún respeto y hasta cierto temor, de manera que cuando pasaba por delante de su casa le saludaba con atención, ofreciéndole lo que tenía; y si el Padre le pedía peones para ayudarle en algún trabajo, se los proporcionaba al instante, exhortándoles que le cuidasen y guardasen toda consideración. Sucedió una vez que habiendo ido él al pueblo de Cariyaya a llevar tortugas a los Padres para que se las cambiasen por herramientas, se hospedó en casa de uno de los infieles que se habían reunido en el pueblo para vivir entre los neófitos; y en el momento de entrar el Muraya en la casa, se puso gravemente enferma la mujer del que la habitaba. Esta coincidencia, o lo que fuere, bastó para que la gente creyera sin ningún género de duda que la enferma había sido embrujada, y encolerizado su marido, se preparaba para asesinar al Yutumiz, cuando avisados los Padres del peligro que éste corría, se presentaron al instante en la casa, que distaba poco del convento, y hallaron a la pobre mujer con unas convulsiones espantosas que en nada parecían cosa natural. Doliales a los Padres que aquella infeliz muriera sin bautismo, pero como por otra parte no la consideraban en inminente peligro de muerte, no quisieron de pronto administrarle el Sacramento, sino que el P. Ignacio M. Sans mandó que le trajeran los útiles para bendecir la casa, hecho lo cual y exorcizada la paciente, sin haberle aplicado remedio alguno, quedó repentinamente sana. Lleno de temor el brujo, acercóse entonces al P. Sans y le dijo que cuando rociaba la casa con el agua bendita, vió huír a un diablo. No damos entera fe a las palabras del brujo, ni somos enteramente incrédulos; piensen lo que quieran los enemigos de las ceremonias de la Iglesia, no hacemos más que

referir lo que nosotros mismos presenciamos, esto es, que la mujer que se hallaba buena y sana, al entrar el santurrón de los Schipibos en su casa enfermó repentinamente, y que al exorcizarla el P. Sans y rociarla con el agua bendita, quedó instantáneamente curada".

"Hemos indicado más arriba que no es fácil conocer a qué divinidad tributan culto los infieles del Ucayali; sin embargo, lo que no admite duda, es su creencia en la existencia del demonio, al cual tienen un grandísimo temor. Vimos un día que en un toldo, debajo del que dormía uno de los muchachitos que tenemos a nuestro servicio, había un palo, fijado a la cabecera de su cama; preguntámosle para qué le servía, y nos respondió que para ahuyentar al *yusch,* que es el nombre que dan al demonio, pues, según afirmaba, venía a molestarle por la noche. Quitámosle entonces aquel palo y procuramos tranquilizarle, diciéndole que no temiese, porque el demonio ya no se atrevería a molestarle más; efectivamente durmióse el muchacho y ya no habló más de apariciones ni espantos diabólicos".

"Algunos opinan que los infieles de que tratamos tienen una creencia explícita en la existencia de un solo Dios, supremo creador de todas las cosas, a quien atribuyen todo el bien que reciben; que creen también en la inmortalidad del alma y en los premios y castigos de la otra vida. De los Remos y Sentcis en particular, se dice que profesan la creencia de que las almas de los malos son arrojadas a los fuegos subterráneos y que las de los buenos van a habitar en la Luna. No discutiremos lo que en esas opiniones haya de verdad, sólo podemos decir que nada hemos observado que las confirme. A lo que sí nos inclinamos, es a creer que los infieles del Ucayali tienen alguna tradición acerca de los difuntos; pues les hemos visto colocar algunas lámparas sobre los sepulcros, aunque ignoramos con qué objeto".

"Son, por último, así los neófitos como los infieles muy supersticiosos, atribuyendo a los brujos la causa de todas sus desgracias, enfermedades y muertes. En vano trabajamos los Padres en disuadirles de esas necias preocupaciones, pues están tan imbuídos de ellas, que nuestros esfuerzos son inútiles".

"Posteriormente el P. Luis Sabaté, en su viaje del Cuzco a Miaria, tuvo oportunidad de ser testigo de una de esas

operaciones teúrgicas en el mismo pueblo de Miaria; pero el brujo tuvo que suspender su embaimiento, confesando que: *Los Padres eran un obstáculo invencible que impedía venir el espíritu.* (*Viaje a las tribus salvajes.* Pág. 242, en 1874)".

§ VI.—*Causas de la decadencia de las Misiones.*

"Por desgracia, a los multiplicados esfuerzos que ha hecho el Colegio de Ocopa, para sostener y propagar las misiones del Ucayali, no ha correspondido el éxito que era de desear. Dificultades que más abajo enumeramos, nacidas del carácter de los indios, han sido una rémora constante que ha entorpecido los trabajos de los Padres misioneros, y otras dificultades, creadas a veces por las mismas autoridades de la República, han venido cuasi a destruír el poco fruto que a costa de un ímprobo trabajo se había logrado sacar. Sólo el que conozca el entrañable amor que el misionero católico profesa a los pobres salvajes, después que con su ternura y sus desvelos, auxiliados con la divina gracia, ha logrado a duras penas sacarles de su estado de degradación, para llevarlos a la vida de la fe y de la civilización cristiana, podrá comprender la honda pena que le causa, cuando la codicia o la perfidia se los arrebata, robándoles así el fruto de sus entrañas; y no obstante, eso es lo que no raras veces ha acontecido a los ministros del Evangelio, y lo que desgraciadamente ha sucedido en particular a los misioneros del Perú".

"El gobierno de la República, para facilitar la navegación al vapor por el Ucayali y otros ríos navegables, trató de hacer contribuír a los neófitos, aún medio salvajes, a los trabajos de los establecimientos que proyectaba formar en el Marañón. Para llevar a cabo sus planes, era indispensable constituír autoridades civiles e imponer un sistema de gobierno a los que no habían conocido otro que el suave y paternal de los misioneros; mas los indios, bien hallados con los Padres, no sabían avenirse a ser gobernados por otras personas a quienes no conocían y a las que no se consideraban deudoras de ningún beneficio. Agregábase a esto que algunos ancianos, que habían pasado al Ucayali desde el antiguo pueblo de la Laguna, recordaban aún lo que les había hecho sufrir un gobernador de Maynas en tiempo español, y se resistían por lo mismo a recibir otro gobernador blanco o viracocha, como ellos

decían, temerosos de pasarlo mal otra vez. En vano los Padres nos esforzábamos en hacerles comprender las ventajas que les reportaría el régimen a que quería sujetarlos el gobierno supremo, pues nos contestaban que el gobierno o el señor de Lima, como llamaban ellos al Presidente, gobernase en Lima; que allí no querían otra autoridad que la de los Padres misioneros. Lo único, pues, que logramos con nuestros consejos y exhortaciones fué el quedar mal con todos, pues nos hicimos sospechosos para con los indios perdiendo la confianza y el respeto con que nos miraban; mientras que los gobernadores por su parte desconfiaban tambien de nosotros, creyendo que aconsejabamos a los neófitos la desobediencia a las autoridades civiles, para con eso conservar la influencia que hasta entonces habíamos tenido".

"A la contradicción que por parte de los gobernadores empezaron a encontrar las misiones, se agregó la plaga más funesta que en todas las épocas y en todos los países han debido sufrir los misioneros; nos referimos a cierta clase de viajeros, que introduciéndose en las conversiones con objetos comerciales, han retardado en unas partes e impedido enteramente en otras la conversión de los infieles al Cristianismo. Así procuraban hacerlo los que traficaban en el Ucayali, porque conociendo que los Misioneros impedían sus desórdenes inmorales y su injusto y tiránico modo de comerciar con aquellos infelices, a quienes los Padres miraban como hijos, se unieron con los gobernadores para calumniar a dichos Padres ante las autoridades superiores y desprestigiarlos entre los indios. Por desgracia pudieron gloriarse de haber conseguido una y otra cosa, pues los gobernadores empezaron a privarles aun de las cosas más necesarias para su sustento, mientras que por otra parte procuraban con frívolos regalos captarse la amistad de los curacas, de los neófitos y jefes de las tribus infieles, supliendo con las falsedades y fábulas que les referían, particularmente a los últimos, la ineficacia de los otros medios para hacerles desconfiar de los Padres e irles disponiendo poco a poco a la realización de sus intentos".

"Cuando el P. Calvo dió principio a la fundación del pueblo de San Miguel de Cayariya en 1859, eran como cincuenta las familias de infieles Schipibos y Remos, que querían reunirse con las doce familias de Sarayacu y Santa Ca-

talina que dicho padre se llevó para dar principio a la fundación. Con mucho empeño ayudaron a los cristianos a construir la casa que se edificó para habitación provisional de los padres, con intención de fabricarse después otras para vivir ellos mismos. Desgraciadamente, empero, en aquel mismo tiempo se presentó por aquellas cercanías un comerciante inmoral y sin señal alguna de religión, aunque revestido de una refinada hipocresía. Este sujeto que trataba a los padres con la mayor sumisión y les servía en muchas cosas que éstos le confiaban, pero que interiormente les profesaba un odio irreconciliable, era de aquellos que todo lo atropellan y en nada reparan con tal de poder realizar sus designios; necesitaba por entonces peones que le ayudaran en la pesca y salazón, y al ver que aquellos con quienes contaba se habían retirado de sus moradas para habitar en el nuevo pueblo, temiendo que con eso quedaran frustrados sus planes, habló con uno de los infieles con cuya hermana mantenía relaciones ilícitas, y le dijo que no se fiaran de los Padres, pues su intento no era otro que tenerlos reunidos en pueblos para poder después entregarlos a los soldados que los llevarían presos a Lima, para hacerlos entrar también a ellos en el servicio militar. Los infieles a quienes el solo nombre de soldados les espanta, se estremecieron al oír estas palabras, y como en breve cundió la noticia por todo el contorno, de las cincuenta familias que se habían reunido para la fundación de Cayariya, quedaron tan sólo quince, que a su vez van desapareciendo poco a poco. Con el abandono de este pueblo, que no tardará mucho en consumarse, se acabarán los Remos que habían escapado de las flechas de los Schipibos en sus correrías".

"La situación fué empeorando por momentos. Con el nombramiento de los Gobernadores de los países del Ucayali, los negociantes de que hemos hablado perdieron el temor que antes tenían, de internarse más allá de Sarayacu, y por consiguiente también los Padres han perdido la esperanza de recuperar lo perdido entre aquellos neófitos. En 1854 especialmente, por la subida que experimentaron los precios de la zarzaparrilla, sobre todo por haber aumentado la extracción de la pesca salada, de los huevos de tortuga y manteca de vaca marina, confiando hacer un negocio lucrativo, los comerciantes de Nauta emplearon a una multitud de jóvenes sin instrucción alguna, pero viciosos hasta el extremo. Dominados

éstos por la pasión y sin freno que les contuviese, pues las autoridades de allí poco o nada es lo que pueden, cometieron tantos excesos que no había mujer segura ni aun al lado de sus maridos. Para ellos la Religión y sus ministros no eran más que una farsa, y propalaban entre los infieles y neófitos que no había infierno, y que si los Padres les enseñaban lo contrario, era sólo para atemorizarles y tenerlos sujetos a su obediencia".

"Inclinados los indios a la sensualidad, muy pronto se acomodaron a estas máximas perniciosas. Poco les importaba ya acudir a la misa los domingos, ni hacer la confesión en tiempo de Cuaresma, pues estaban seguros de que por esas faltas no se les había de castigar. En efecto, los Gobernadores, para atraerlos a su partido, habían prohibido todo castigo; pero no tardaron en tener que arrepentirse de su conducta, pues muy presto pudieron conocer que el indio es ingobernable si no se le impone alguna ligera pena. Libres de toda obediencia, tampoco venían los muchachos a la escuela, viéndose los Padres precisados a abandonar sus clases de primera educación, lo cual fué ciertamente una de las cosas que más sentimiento les causó. En vano procuraban inculcar a los padres de esas criaturas las ventajas que reportaría a sus hijos el estudio de las letras, pues a sus exhortaciones contestaban que las letras no les enseñarían a fisgar la vaca marina, en cuyo ejercicio les ocupaban desde la edad de once o doce años".

"Esos medios que se pusieron en práctica para apartar a los infieles del trato íntimo con los Misioneros, y de la confianza que en éstos tenían depositada, eran ya bastante poderosos por sí para producir los más funestos resultados; pero su eficacia sube de punto, si se atiende al carácter natural de los indios, que, como indicamos más arriba, es por sí solo un firme obstáculo a los trabajos del misionero".

"En efecto, es preciso tener en cuenta que el indio vive en medio de una naturaleza pródiga, que le suministra apenas sin trabajo alguno todos los medios de subsistencia; la caza que halla en sus bosques y la pesca que encuentra en sus ríos, son tan abundantes que parecerá increíble a quien no lo hubiese visto (1). Así es, como, satisfechas sus cortas necesidades,

(1) Hemos hablado ya anteriormente de la multitud de peces que

pueden pasar la vida en la más completa ociosidad, abandonados a su indolencia característica. Si se les propone cambiar de género de vida, instruírse o portarse de la manera que enseñan el Cristianismo y la civilización, experimentan desde luego una gran repugnancia; pues no reparan en otra cosa que en el aumento de trabajo que esto les reportaría, sin que basten a estimularles las nuevas ventajas y comodidades de que podrían disfrutar, porque su rudeza natural no les permite desearlas ni siquiera comprenderlas. Esta carencia de necesidades y esta especie de bienestar material de que a su manera gozan los infieles, es pues el primer inconveniente, no pequeño por cierto, que encuentran los Misioneros para lograr su conversión".

---

alimenta en su seno el Ucayali; algunos de ellos son de grandes dimensiones, como la vaca marina, por ejemplo, que pesa a veces no menos de veinte arrobas; los paeches, que pesan de cinco a seis arrobas, causando admiración la gran cantidad de este pescado que cargan los vapores para las provincias de Tarapoto y Moyobamba, y muchas haciendas del Brasil. Entre las muchísimas clases de peces, cuyo peso varía de veinticinco a cincuenta libras, se encuentran los zúngaros divididos en muchas familias, cada una de las cuales tiene su nombre especial, tales son: la doncella, el carahuan, el puma-zúngaro, llamado así por tener todo el cuerpo lleno de pintas como el tigre, que en lengua quichoa se llama puma; de zúngaros blancos los hay de dos o tres clases. Encuéntranse también el zúngaro amarillo o torris, el piro y otros; pero sobre todo debemos hacer mención del rico pescado llamado gamitana y de otro muy semejante a este, llamado paco. Las especies de pescados pequeños son innumerables, siendo los principales por su gusto delicado la corvina, el tucumaré, el maparati, etc.

A más de esta variedad incalculable de peces que cría el Ucayali, alimentan también sus aguas un número prodigioso de riquísimas tortugas. Es tanto lo que abunda allí este anfibio, que, como dijo un infiel a un comerciante, que se lamentaba del desperdicio que hacía de este animal sólo para aprovechar la manteca que se saca de su grasa, si no fuera por la constante persecución de que son objeto apenas se podría viajar por el Ucayali, pues se llenaría el río de tal manera que las canoas tropezarían con ellas a cada paso.

En el bosque se crían también gran número de animales cuya carne es buena para la alimentación; cuéntanse entre éstos los ituches o saginos y las huanganas, dos clases de jabalíes algún tanto más pequeños que los de Europa; la sacha-vaca (vaca del bosque) llamada también danta o gran bestia; una multitud de monos de varias especies, a más de otros muchos cuadrúpedos, que sería largo enumerar. Tampoco escasean las aves, aunque algunas, si bien es verdad que son muy sabrosas, tienen la carne dura, de modo que se necesita hervirla mucho tiempo para que pueda comerse. Los indios son bastante diestros en el ejercicio de la caza y pesca; para la primera usan cerbatanas y flechas y para la segunda se valen de arpones y anzuelos.

"Este obstáculo no es empero el único; a él debe agregarse el sensualismo de los infieles, dimanado sin duda de la ociosidad a que se abandonan y del clima abrasador en que viven. Ya dijimos, al hablar de sus costumbres, que reinaba entre ellos la poligamía, y sabido es que en todas partes este vicio es un gran impedimento para las conversiones, ya que es obligación precisa al abrazar el Catolicismo que el infiel se quede con una sola mujer separándose de todas las demás. Las pasiones, que apenas han conocido freno alguno, se sublevan contra este sacrificio indispensable, y si las pasiones por desgracia llegan muchas veces a ofuscar los dictámenes de una razón clara e ilustrada, ¿cuánto más no deben ejercer una influencia perniciosa en aquellas inteligencias tan obtusas?"

"La gran diversidad de dialectos que hablan los infieles, es también otra causa que dificulta su conversión. Aunque la lengua Pana es la más generalizada en el Ucayali, no obstante, cada tribu tiene su dialecto particular, y aun muchas tribus se subdividen en varias parcialidades, cada una de las cuales tiene también distinto dialecto. Esto, como se echa de ver, embaraza considerablemente la comunicación del Misionero con los infieles".

"Tales son los principales inconvenientes con que necesariamente tropiezan los Padres misioneros en sus evangélicas tareas, inconvenientes que explican el fruto relativamente escaso de sus trabajos entre los infieles. No obstante, repetimos lo dicho: estos obstáculos, que dificultan su obra, no son los únicos, ni quizá tampoco los principales. A fuerza de trabajo y paciencia, y con la gracia de Dios, que no falta, aunque sea difícil, no les sería imposible modificar al fin el carácter de los indios y hacerles comprender la necesidad de abrazar un género de vida más racional, y el único que por medio del Cristianismo puede proporcionarles una felicidad completa y verdadera; pero cuando a las malas inclinaciones de su naturaleza se agregan los escándalos y máximas perversas que les enseñan los mismos cristianos, entonces ¿qué es lo que puede esperar de sus sudores y fatigas el Misionero, si no le asiste un milagro manifiesto de la Divina gracia? ¡Ah qué responsabilidad tan terrible caerá en su día sobre los que de un modo inicuo roban a Jesucristo aquellas pobres almas redimidas con su sangre!"



# LIBRO QUINTO

## Historia de las Misiones bajo el régimen del padre fray Vicente Calvo

### Ocho abnegadas y útiles exploraciones de este impertérrito misionero.

### Navega el Palcazu: abre el camino al Mairo; explora la región del Yanachaga y el río Chuchurras: exploración y estudios de las cuencas de Cayaría y Tamaya

### 1855 - 1873

*Misioneros que intervienen*: Vicente Calvo, Fernando Pallarés, Juan de Dios Llorente, Enrique Portoles, Bruno Guiú, Juan Crisóstomo Cimini, Samuel Mancini, Manuel Bargas, Manuel Cornejo, Ignacio María Sans, Lucas Martorell, Félix Padró, José María Batellas, Buenaventura Comellas, Antonio Mayoral, Felipe Martínez, Francisco Sagols.

## CAPITULO XXV

### Gobierno de las misiones por el padre Vicente Calvo.—Su primera expedición al Pachitea y al Mairo.

### 1855 - 1857

**SUMARIO: 1.—El padre Pallarés guardián de Ocopa. 2.—El padre Calvo prefecto de misiones. 3.—Sentimiento en Sarayacu por el retiro del padre Pallarés. 4.—Los Suchiches dejan Belén y pasan a Sarayacu. 5.—*Expedición del padre Calvo al Pachitea y al Mairo.***

1.—Las elecciones capitulares de Ocopa correspondían al año 1855. En esta fecha no llevaba sino tres años el padre Pallarés en calidad de superior de las misiones. Tres años que empleó muy útilmente, consagrándolos a la observación personal, a viajes oportunos y a la implantación de algunos medios adecuados al progreso efectivo de las misiones y a la mejora real de la condición del indígena, contándose en este sentido en primera línea la instalación de escuelas de primera enseñanza, con verdadero éxito en beneficio de los indios.

El padre Pallarés no concurrió al capítulo de Ocopa, deseoso de permanecer entre los neófitos, y envió a él a los padres Calvo y Llorente; quienes por el consabido río Huallaga, y por Huánuco y Cerro de Pasco, hicieron un próspero viaje a su colegio de Ocopa.

En el capítulo se creyó de más utilidad al padre Pallarés como guardián al frente de la comunidad de Ocopa, y al padre Calvo como prefecto de misiones en las regiones del Oriente.

2.—La elección del padre fray Vicente Calvo como superior de las misiones puede calificarse como un nombramiento providencial, si lo juzgamos por el éxito obtenido por él como explorador incansable de las vías fluviales del Oriente, y por ende, por los servicios prestados a la geografía del Perú, como tendremos harta ocasión de comprobarlo en el presente libro.

Elegido el padre Calvo prefecto de misiones, hubo de partir al teatro de sus labores apostólicas que la Providencia le señalaba, a pesar de que los seis años que había pasa-

do en la montaña le habían dejado extenuado de fuerzas y en la conveniencia de cuidarse, para no perder completamente la salud y las fuerzas. Pero, este abnegado misionero no tuvo, así en esta ocasión como en otras mil emergencias posteriores, otra norma que sacrificarse en el exacto cumplimiento de los deberes adquiridos.

Salió de Ocopa en compañía del padre Bruno Guiú y del lego fray Enrique Portoles; surcaron el Huallaga en coyuntura que las aguas no estaban muy crecidas, y por lo mismo los peligros eran pocos y menos graves.

Llegados a Sarayacu, participaron al virtuoso padre Pallarés su elección de guardián de Ocopa, que en vez de causar alegría en el ánimo del ardoroso misionero, le produjo un profundo sentimiento, especialmente por la idea de abandonar a sus queridos neófitos.

3.—Apenado, pero sumiso a la voluntad divina, salió de Sarayacu para Ocopa en estación nada propicia para viajar; pues se entraba ya a la estación de las lluvias. Para evitar los peligros inevitables del Huallaga en las crecientes, emprendió la travesía tan larga y enojosa de Moyobamba, Chachapoyas, Trujillo y Lima, descansando aquí algunos días. Luego emprendió la caminata de las cincuenta y cuatro leguas que aún le quedaban hasta Ocopa, dominando la elevada cordillera de los Andes, para caer luego al valle de Jauja.

Empleó en este viaje dos meses escasos, desde principios de octubre hasta fines de diciembre; quedando comprobadas, así la virtud y abnegación del misionero, como sus fuerzas corporales, necesarias para superar los mil obstáculos que este viaje representa.

Hubieron de sentir en el Ucayali la ausencia del padre Pallarés, así los misioneros que quedaban, como los neófitos, atendidos por él con paternal solicitud.

De los padres que quedaban acompañando al padre Calvo, el padre Felipe Martínez se hallaba achacoso y enfermo, y por esta razón inhábil en gran parte para el ministerio; y el padre Guiú, recientemente venido al Ucayali, aún no poseía la lengua del lugar para administrar los sacramentos a los indios, ni enseñarles la doctrina cristiana.

A los dos años de permanencia en el Ucayali se halló el padre Guiú en condiciones de ejercitar el ministerio.

4.—El padre Plaza había trasladado a los Suchiches de Tarapoto, que en el pueblo de Conchahuaya vivían junto con los Cunibos a media legua de Sarayacu, a un punto intermedio entre Sarayacu y Ucayali, llamado Santa María de Belén, donde fueron atendidos por los misioneros como mejor pudieron. Pero se comprobó más tarde, que distantes de Sarayacu y sin la vigilancia inmediata de los padres, ni abandonaban sus vicios ni se acababan de formar en el espíritu cristiano. Además su falta de higiene y las enfermedades epidémicas a que son propensos los indios, disminuyeron mucho su población.

Un día el padre Calvo se dirigió al curaca que tenía presente y a algunos indios más del pueblo, y les dijo: *Parece que la maldición del cielo ha caído sobre vosotros; no hace sino siete años que estoy a vuestro lado, y Belén no es ahora ni la mitad de cuando vine.* Luego les enumeró los difuntos del pueblo uno por uno, resultando que casi igualaban a los que estaban vivos; y agregó que él era de parecer que abandonasen un sitio en que tan mal les iba y se fueran a vivir a Sarayacu, donde serían mejor atendidos, especialmente en beneficio de su alma; pues en Belén, por su desidia en acudir a tiempo a los padres, algunos habían muerto sin los últimos sacramentos.

A esto respondieron los Suchiches que consultarían el punto con el pueblo. Y pasados algunos días, se presentaron en Sarayacu, formados en procesión, trayendo la imagen de la Santísima Virgen, las campanas y demás objetos de la iglesia. El padre Calvo les señaló entonces para morada el sitio llamado de la Paccha o Caccha, donde levantaron sus casas.

De este modo quedó deshabitado el pueblo de Belén, del cual no se ven sino algunos restos sobre el lugar primitivo.

5.—El padre Calvo no ignoraba la aspiración de los misioneros, desde el padre Plaza, de tener salida para Ocopa sin pasar por el Huallaga, punto casi del todo imposible desde la insurrección de Juan Santos Atahualpa, que dió lugar a que la vegetación tropical borrara hasta los vestigios del antiguo camino de la misión del Pozuzo al puerto del Mairo.

No ignoraba tampoco que esa era también la aspiración del gobierno de la República, que en los días del padre Plaza contribuyó con alguna cantidad para la apertura y sosteni-

miento de dicho camino, del cual, aunque incómodo y emboscado, pudieron aprovecharse el padre Plaza en su entrada al Ucayali en 1845 y el padre Cimini en 1847.

Para realizar la apertura de un camino propiamente dicho, hizo el padre Calvo los preparativos en toda forma. No sabiendo el grado de oposición que podría hallar en los Cashibos, aceptó el ofrecimiento que le hicieron de acompañarle el gobernador de Sarayacu don José Antonio Iriarte y dos ayudantes del mismo, provistos de armas de fuego en condiciones ventajosas contra una sorpresa de los Cashibos.

Por lo que hace al padre Calvo, según solía expresarse, prefería morir a manos de los Cashibos, que no ahogado en las turbulentas aguas del Huallaga.

Organizó además el misionero una regular escuadra, compuesta de ocho canoas y una lancha, tripuladas por unos cincuenta hombres.

Hizo buen acopio de comestibles, pues se hallaba resuelto a emplear todo el tiempo necesario, hasta lograr su intento de abrir el antiguo camino del Mairo al Pozuzo, sin ahorrar tiempo ni sacrificios.

Los expedicionarios se pusieron en marcha el siete de junio de 1857, acompañados del padre Calvo y del padre Felipe Martínez, quien por motivo de su enfermedad deseaba pasar a Ocopa para curarse.

Durante el viaje los expedicionarios ocupaban sus puestos en las embarcaciones indefectiblemente al rayar el alba; navegaban sin detenerse hasta las diez de la mañana, hora en que saltaban a tierra para preparar el almuerzo.

Al efecto, unos se iban al río a pescar, y otros se internaban al bosque a cazar; y era de ver cómo en el espacio de pocos minutos venían los indios con abundante pesca y caza, teniendo a diario un opíparo almuerzo, para aquellos cincuenta y más comensales, empleando en la confección del alimento sólo dos horas. Viendo nuestros viajantes que nadaban en la abundancia, acordábanse de los hijos de Israel, atendidos tan providencialmente en el desierto por la mano del Señor.

Dieciocho días emplearon desde Sarayacu hasta Masisea o desembocadura del Pachitea; donde salieron al encuentro de nuestra expedición los Cunibos, con sinceras demostraciones de amistad, y trayendo como presente gran cantidad de plátanos con que llenaron las canoas. Esta provisión llenó

de alegría a nuestros indios, que entraron gustosos en el Pachitea a bregar contra sus corrientes, que en el mes de junio aún no son muy impetuosas.

Diez o doce días navegaban ya por el río, sin haber visto un solo indio Cashibo, presentando aquella ribera el aspecto de una soledad deshabitada; sólo se habían cerciorado de la presencia de los infieles en los bosques, por las huellas que veían impresas en las playas. Pero un día, en momentos en que estaban los viajeros preparando su alimento, oyeron una gritería horrible que al parecer salía de entre los árboles de la orilla opuesta. Los nuestros se apresuraron a poner en salvo los objetos que tenían extendidos en la playa, y luego se acercaron al punto donde se dejaba oír la gritería característica de los Cashibos, pero sin abandonar la margen del río en que se hallaban. A pesar de que las voces de los Cashibos continuaban, la espesura del bosque impedía distinguir ningún sér humano, hasta que animados los Cashibos sin duda por la actitud benévola de los nuestros, se dejaron ver cuatro o cinco de ellos.

Ni el padre Calvo ni sus acompañantes sabían la lengua de los Cashibos; por cuyo motivo no hubo más recurso que valerse de señas para dar a entender que los nuestros viajaban en son de paz y proponerles la amistad y buenas relaciones.

A lo cual respondieron los Cashibos aceptando las ofertas; y para dar lugar a un recíproco abrazo, dispuso el padre Calvo que pasara a la opuesta orilla la gente de una canoa; visto lo cual por los Cashibos, se dieron velozmente a la fuga, internándose en el bosque con su pertinaz gritería.

Frustradas con esto las esperanzas de una alianza con los Cashibos, se prosiguió la marcha; pero a poco rato volvieron a aparecer los infieles, con demostraciones de amistad como antes, pero sin dar lugar a una entrevista. De suerte, que la tercera vez que hicieron otro tanto, les dejaron con sus gritos y vocerío, convencidos de que era inútil pretender amistad con gente tan insociable y vocinglera.

Comprendió aquí el padre Calvo que no era menester venir con tanta gente para atravesar el Pachitea y sus riberas infestadas de Cashibos; de modo, que en los viajes sucesivos se contentó con unos catorce hombres de compañía.

Con estos sucesos nada desagradables y fáciles de suponer en semejantes expediciones, llegaron al Mairo, habiendo

empleado en la navegación del Pachitea y Palcazu una veintena de días.

Al llegar al Mairo, a pesar de las provisiones hechas en abundancia en Sarayacu y durante el viaje, se notó escasez de bastimentos, en plátanos y harina de yuca; viéndose en la precisión de no perder tiempo. Por lo mismo, sólo descansaron un día, y luego se dió principio a las exploraciones en busca del antiguo camino que debía darles salida al Pozuzo, punto que desde el primer momento se les presentó como imposible.

En esta expedición había indios ancianos que habían recorrido con el padre Plaza el trozo del camino abierto por este padre once años antes; pero tampoco éstos atinaban con la senda oculta y sepultada dentro de la soberbia y enmarañada vegetación.

Para proceder con método y seguridad en la exploración, señalaron un punto que serviría de centro de donde saldrían y adonde volverían los grupos de exploradores; y no se alejarían de aquel centro sin dejar señales para volver sin equivocarse sobre sus pasos.

El método fué observado de un modo invariable, y gracias a él no hubo desgracia que lamentar; pero anduvieron los indios errantes en aquel boscaje en que no veían sino el terreno que pisaban, dominadas siempre sus cabezas por la encumbrada espesura; desorientados y cansados en tal forma, que después de ocho días de inútiles fatigas, volvieron todos al centro convenido, sin esperanzas de conseguir el intento.

No les quedó otro partido, sino embarcarse para Sarayacu, dejándose llevar de la corriente del río. A los tres días se hallaban de nuevo con la gritería de los Cashibos, cuatro de los cuales se presentaron en la playa sin armas y en actitud franca; luego levantando la mano, mostraron una conchita redonda en señal de paz. Luego por señas dieron a entender que si prometían no matarles se harían sus amigos. Al oir esto, saltaron todos los nuestros en tierra con el padre Calvo; se acercaron a los Cashibos y se abrazaron cariñosamente con ellos, viendo los nuestros con sorpresa amansada la fiereza de aquellos temibles indígenas, cuyo solo nombre basta para causar miedo; pues Cashibo quiere decir *vampiro, chupador de sangre.*

En esta ocasión los pobres Cashibos palidecían y temblaban de miedo, de modo que fué menester que el gobernador y el padre Calvo trataran de inspirarles confianza, regalándoles, con demostraciones de afecto, anzuelos, agujas, cascabeles, chaquiras, cuchillos, etc. Los bogas les regalaron sus pantalones usados, produciéndose general hilaridad al ponérselos; pues nunca habían usado otro vestido que el que les dió la Naturaleza y creyeron que los pantalones se les habían de pegar al cuerpo. Además, empezando a andar y teniéndolos mal atados, se les caían hasta los pies, cosa que evitaron aprendiendo a sujetarlos bien en la cintura.

Los expedicionarios prosiguieron el viaje y a los ocho días llegaron felizmente a Sarayacu.

---

## CAPITULO XXVI

### Expedición heroica e increíble realizada por el padre Calvo de Sarayacu a Huánuco y de Huánuco a Sarayacu por el Mairo (1).

### 1858

**SUMARIO: 1.—La *segunda expedición* de Sarayacu al Mairo también frustrada. 2.—*Tercera expedición*: el viaje hasta Huánuco. 3.—De Huánuco al Pozuzo. 4.—Un grupo de exploradores. 5.—''No quiso oir más''. 6.—En el puerto del Mairo: en Sarayacu.**

1.—Hemos visto quedar sin éxito una expedición tan bien preparada por el padre Calvo en el año de 1857, que prometía humanamente hablando el coronamiento más brillante.

(1) El ingeniero Augusto Tamayo ha dedicado sus mejores estudios al puerto del Mairo. Según él, medido trigonométricamente el ancho de los ríos, resulta:

Ancho del Palcazu: 138 metros, 15 centímetros.

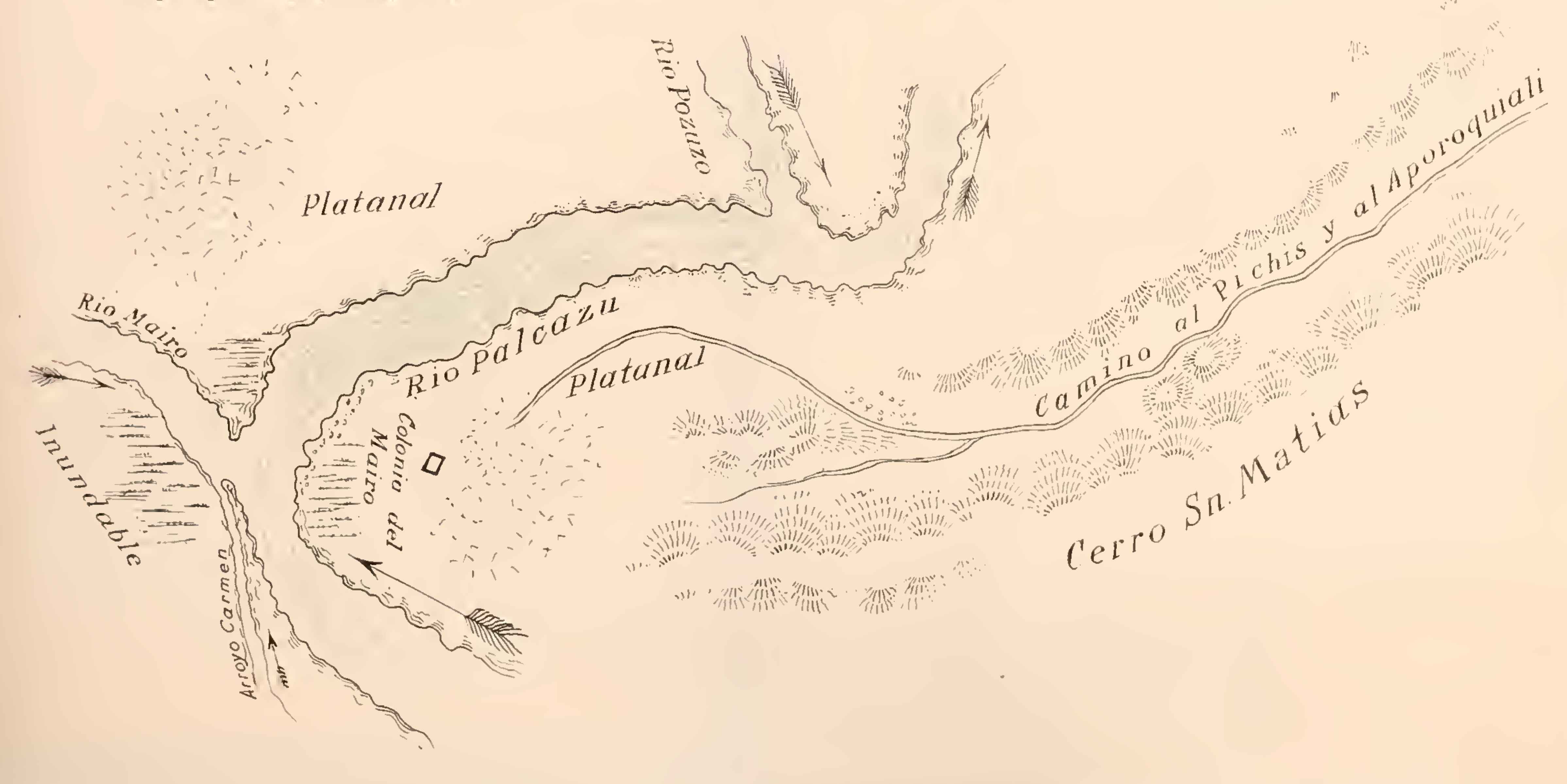
Ancho del Mairo: 82 metros, 23 centímetros.

Ancho del Pozuzo: 78 metros, 75 centímetros.

El Palcazu, después de recibir el Pozuzo, entra en un cauce estrecho de 76 metros, 83 centímetros.

El Pozuzo al desembocar en el Palcazu es muy torrentoso, y sus aguas cortan completamente las del Palcazu, chocando contra la margen derecha de éste y formando un paso sumamente peligroso para las canoas que navegan entre el Mairo y Puerto Victoria. (Augusto E. Tamayo, ''Informe'', 1904).

**Croquis del Mairo y Pozuzo desembocando en el Palcazu: platanares de los Misioneros: principio del camino de los padres Olano y Arana del Mairo al Aporoquiali, atravesando el Cerro de San Matías.**



El Pozuzo al desembocar en el Paleazu es muy correntoso, y sus aguas cortan completamente las del Paleazu, chocando contra la margen derecha de éste y formando un paso sumamente peligroso para las canoas que navegan entre el Mairo y Puerto Victoria. (Augusto E. Tamayo, "Informe", 1904).

Un ánimo menos generoso que el del padre Calvo habría quedado tan ufano por los trabajos sobrellevados, como sin aliento para volverlos a emprender. No sucedió así con aquel humilde misionero, a quien podemos calificar de *genio de las selvas*, que se sentía devorado por la sed de arrostrar un nuevo peligro después de haber salido del anterior trabajosamente y con el alma en un hilo.

El presente capítulo dará al lector alguna idea del valor incontrastable de aquel espíritu valeroso en un cuerpo extenuado por los viajes y las enfermedades.

El 25 de mayo de 1858 reiteró un viaje al Mairo, en compañía del padre Martínez, casi con las mismas circunstancias y accidentes que el año anterior; pero fué para quedar enteramente desengañado de que se pudiese descubrir el antiguo derrotero al Pozuzo, empezando la exploración por el Mairo, y resuelto a intentarlo por el lado del Pozuzo.

Con esta determinación volvió rápidamente a Sarayacu, adonde llegó el 19 de agosto.

2.—La prudencia aconsejaba al padre Calvo no emprender su proyectada expedición a Huánuco y al Mairo en aquella fecha, cuando ya estaba próxima la temporada de lluvias, en cuyo tiempo son peligrosísimas las corrientes del Huallaga; cuando no era posible llegar al Pozuzo sino por el mes de octubre, época en que ya llueve en aquella región a torrentes; y luego le esperaba antes de pasar al Mairo, si es que lo podía, una montaña tupida en cuya soledad no hallaría apenas nada que llevar a la boca y con qué matar el hambre. Todo esto se lo imaginaba con más viveza que nadie el intrépido explorador; pero parece que estas dificultades le espoleaban la voluntad para no retardar la empresa.

Vuelto del Mairo, descansó siete días en Sarayacu; luego se dirigió con el padre Martínez al Huallaga. Voluntariamente se le agregaron ocho indios de Sarayacu, a quienes en buena parte se debió el éxito de la expedición. Pasó a Chasuta, donde pidió al gobernador cuatro hombres prácticos en los peligros del Huallaga, con cuya acertada dirección llegaron sin novedad a Tingo María.

Llegaron a Huánuco el cuatro de octubre; y aquí hubieron de detenerse unos diez días. El padre Martínez partió de Huánuco a Ocopa, y el padre Calvo salió con dirección a Pozuzo el día catorce. Recorriendo su camino de Panao, Chac-

lla y Muña y haciéndose de paso con algunas provisiones, no llegó al Pozuzo sino el primero de noviembre, haciendo a pie el recorrido desde Muña y la sección anterior a caballo. En Chaclla obtuvo cuatro hombres conocedores de la región, mediante una orden del subprefecto de Huánuco.

En la vecindad del Pozuzo descargó sobre los viajeros tal aguacero, que por la noche temían por momentos verse arrastrados por las aguas torrenciales hasta el cauce del Pozuzo.

Era la primera vez que el padre Calvo se hallaba en la cuenca del Pozuzo, desde el cual contemplaba elevados cerros, cubiertos de corpulentos árboles y de una maleza de bejucos y ramas caídas que impedían dar un paso; y pensando que su intento era dominar aquella pujante e intrincada naturaleza y atravesar por ella, no dejaba de estremecerse.

3.—Para el buen éxito de la expedición creyó que primero debía enviar a su gente en condición de exploradores, que por fortuna contaba con hombres preparados para aquella empresa, cuya labor serviría para orientarse en la resolución definitiva que se tomaría al fin. El grupo se componía de siete indios de Sarayacu y de cuatro indígenas de Chaclla.

Estos once exploradores pasaron el río con la consigna de llegar hasta el Mairo y con el programa de volver dentro de una semana; pero tardaron dieciséis días en volver al Pozuzo, habiendo padecido imponderables trabajos, y andado y desandado una serie de horizontes, sin haber logrado su intento.

El buen padre Calvo, viendo que su gente tardaba en volver, sumíase en un piélago de tristes pensamientos: si se verán enredados en un laberinto de terreno accidentado y de vegetación cerrada de donde ya no podrán salir; si se habrán empeñado en atravesar un caudaloso río y su furiosa corriente los habrá arrastrado; si habrán sido acometidos y devorados por los hambrientos tigres.

Dominado por la melancolía que le producían estos pensamientos, casi había perdido el padre Calvo la esperanza de volver a ver a su gente. Mas, de repente le pareció oír animadas voces a la otra parte del río, de personas que se acercaban en dirección a él; y ansiosamente alegre corrió a la orilla, y tuvo la satisfacción de ver a sus compañeros que venían sanos y salvos.

Oyóles el padre la triste narración de sus fatigas, de sus esfuerzos, de su prolongado empeño en dar con el derrotero que les llevase al Mairo; y también de su desaliento al fin y desesperación de realizar su empresa.

Esto sucedía el dieciocho de noviembre, época de lluvias ya bastante adelantada, cuando los aguaceros suelen caer como un diluvio, convirtiendo los horizontes que atraviesa el viajero en torrentes, cascadas, ríos y lagunas. Por esta razón era preciso tomar una resolución definitiva y no había tiempo que perder.

Preguntó el padre Calvo a los indios, si puesto que no habían podido descubrir ningún río, hubiesen oído siquiera el ruido de las aguas hacia algún punto. A esto dijeron los indios que sí; que *desde un cerro muy elevado oyeron el ruido de las aguas que corrían; y pareciéndoles que el río no estaba muy lejos, subieron a un árbol desde donde descubrieron grandes pampas a su izquierda, hacia el cual se dirigían las aguas.*

4.—No quiso oir más el padre Calvo; pues la relación de los indios le dejó convencido de que el rumor de las aguas que oyeron, no podía proceder sino del río Mairo.

Lleno de confianza en el descubrimiento, no pensó sino en animar a los indios para la empresa y en resolverles las dificultades que pudieran oponer. Al efecto llamó aparte al que hacía de capataz, y le dijo: *Supongo que vosotros queréis volver a Sarayacu, ¿no es cierto?—Claro está que sí.—Pues bien: ¿por dónde queréis pasar, por el Huallaga, que en esta creciente de las aguas ha de estar horripilante y con una infinidad de peligros de la vida, o por el Mairo?—Por el Mairo,* dijo sin trepidar el capataz. Y es que, a pesar de sus hábitos de vivir en las cuencas de los ríos y serles familiar la navegación fluvial, llegaron a tener verdadero terror a los furiosos torbellinos del Huallaga, no pudiendo olvidar la tranquilidad del Ucayali.

El padre Calvo no deseaba sino aquella respuesta, y agregó al capataz: Preparaos esta tarde, porque mañana pasaremos el río.

Para pasar el río no tenían sino una pequeña canoa que en la sección de popa tenía un boquete de media vara en cuadro; y además tan desvencijada, que no podría resistir a la sacudida de las aguas arremolinadas, sino a beneficio de una

buena reparación. Mas, para el efecto allá no había ni herramientas de trabajo ni madera a propósito. Sólo deshicieron un cajón para aprovechar sus tablas y sus clavos, y sirvióles de brea un pedazo de pellejo de vaca que por casualidad llevaban.

Con estos preparativos de trasporte y una pequeña cantidad de maíz que tenían para comer, el diecinueve de noviembre pasaron el Pozuzo, un poco más abajo de su confluencia con el Huancabamba; y a pesar de ser impetuosa su corriente, lo atravesaron con felicidad.

Al ponerse en marcha la comitiva, se vió que no eran sino nueve las personas. Un indio del Pozuzo que se les juntó con el deseo de conocer la montaña que iban a explorar, llevó un terrible desengaño con los trabajos padecidos; y dos indios de Sarayacu prefirieron separarse, antes de repasar las espantosas sendas que habían explorado, y se fugaron, llevándose una olla grande de hierro, y dejando a los nueve exploradores una muy pequeña, en que sólo cabía comida para tres personas, y llevándose asimismo la cerbatana y el veneno que usan los indios para cazar. Los dos sarayaquinos fugitivos dijeron que preferían ser víctimas de los Cashibos o comidos de los tigres, antes que padecer de nuevo lo que pasaron en la primera exploración.

Para relatar las peripecias que ocurrieron hasta llegar al Mairo, nos valdremos de la pluma del propio padre Calvo.

"Luego de pasado el río principiaron ya a subir por un cerro muy empinado, pero como después tuvieron que bajarlo, para atravesar el arroyo llamado Sisu, en todo el día no recorrieron en línea recta más distancia que la de un tiro de fusil".

"El día 20 madrugaron, y hecha candela (1) para preparar el desayuno, pusieron a hervir un poco de maíz, que era el único alimento que tenían, tres días después de haber salido del Pozuzo".

"Concluído el almuerzo, principiaron a subir un cerro llamado *Chonocanca,* en cuya cumbre se extiende una llanura como de tres leguas; recorriéndolas el día 21, que fué el día en que más camino hicieron, llegando hasta las pampas que los indios anteriormente habían divisado. Pernoctaron en la

(1) Peruanismo: lumbre, fuego.

*Llaquina,* puesto que en español significa *Sitio de la Tristeza,* cuyo nombre le pusieron los indios cuando el reconocimiento, por lo mucho que en él sufrieron; y al día siguiente llegaron a lo más alto del cerro, desde donde los indios habían oído el ruido de las aguas. Allí se confirmó el Padre en su creencia, de que aquéllas eran las del Mairo; y adelantando por la llanura, tomaron la dirección que parecían llevar las dichas aguas, prosiguiendo su marcha hasta unas dos leguas del río, en cuyo punto por habérseles hecho ya muy tarde debieron pasar la noche dejando para el día siguiente el descenso de la montaña y el paso del río".

"Corría el Mairo encajonado entre cerros, y como llovía sin cesar, las aguas llenaban el cauce por completo. El día en que el Padre y sus compañeros lo pasaron, amenazaba ser más recio el aguacero; por lo cual se apresuraron a hacer ranchos (1) de hojas de palma, para poder descansar siquiera por la noche con sosiego. Antes de anochecer declaróse efectivamente la lluvia, tan copiosa, que por momentos temían quedar ahogados; siguió lloviendo del mismo modo el día siguiente hasta la tarde. Sin poder dar un paso fuera del rancho el padre se veía asaltado por los pensamientos más tristes; se les acababa el maíz, único alimento que tenían, ignoraban el sitio en que se encontraban y la distancia que los separaba aún del puerto del Mairo, que era el sitio donde confiaban encontrar algún alivio, y por otra parte aunque creían ser el Mairo el río que tenían a la vista, no obstante no tenían aún de esto una certeza absoluta".

"Entretanto aclaróse la atmósfera, pero como la corriente era todavía muy impetuosa, no era posible atravesarla para seguir el viaje por la orilla izquierda; por lo cual el Padre dispuso que se adelantaran los indios a descubrir paso por la derecha. Volvieron a poco rato, diciendo que más abajo había un peñasco cortado, que subía desde el mismo río hasta la cumbre del cerro, siendo por consiguiente imposible pasar por allí; motivo era éste de nuevas aflicciones, y no hubo más remedio que pasar la noche en el mismo sitio. Como en toda aquella noche no llovió bajaron considerablemente las aguas; pero no obstante eso, no era aún prudente aventurarse a navegarlo".

(1) Chozas.

"El día 25 amaneció sereno, y después de haber preparado el almuerzo que era igual al de todos los días, se atrevieron a hacer la difícil prueba de atravesar el peñasco; al efecto entraron en el río y asiéndose de las raíces de los arbustos, que entre las grietas se descubrían, lo pasaron felizmente".

"Tanto se habían acostumbrado a vencer los peligros, que ya no reparaban en ellos; y más consolados con este feliz suceso, siguieron bajando por la corriente, cuando a poca distancia vieron un rancho a la otra parte del río. De pronto creyó el Padre que sería de infieles, pero los indios que le acompañaban, más conocedores que él en esta materia, le dijeron: no Padre, eso será que habrán pernoctado aquí los dos compañeros que días atrás se nos huyeron. Había colgados en el rancho un objeto negro y un lío de ropa, y uno de los indios dijo: aquélla es mi ropa que los fugitivos se me llevaron. El bulto negro que de lejos habían distinguido eran dos monos ahumados, que los dos indios tuvieron la precaución de dejar, por si acaso el Padre pasaba por allí; siete u ocho días hacía, por lo menos, que los habían muerto; y como son tan grandes la humedad y el calor de la montaña, estaban tan llenos de gusanos que daba asco sólo el mirarlos. No obstante, como era tan grande la necesidad que todos sentían, los indios, que no son muy delicados en esta materia, se los comieron sin repugnancia; mientras que el Padre con una mala escopeta, que era el único instrumento de caza que le quedaba, después que los fugitivos se habían llevado la cerbatana y el veneno que tenían para la caza, tuvo la fortuna de matar un paujil, que tendría carne como tres gallinas, saciándose y recobrando sus extenuadas fuerzas con la carne de esta ave, que es muy sabrosa aunque dura".

"Dos días les faltaban aún para llegar a las Pampas, y como ignoraban el sitio en que se encontraban y caminaban sin otra dirección que la del río solo, en la creencia de que fuese el Mairo, no estaban muy tranquilos sus ánimos. Llegó el día 27, y como a las diez de la mañana observaron que la quebrada (1) iba ya ensanchándose; a medio día, desde un claro que formaba el río, descubrieron un inmenso horizonte, que no era otro que el que formaban las pampas que ya te-

(1) Cuenca del río.

nían a la vista. Dirigió entonces el Padre su mirada hacia los cerros, y reconoció uno (1) a que había subido el verano anterior, con cuyo feliz descubrimiento se disiparon sus recelos; mas como la tarde estaba ya muy adelantada, no les fué posible encaminarse aquel mismo día hacia el sendero que en el año último habían hecho".

"El día 28 antes de amanecer pusiéronse en camino, y a unas tres leguas antes de llegar al puerto, vieron excelentes palos muy propios para construír una balsa, y como en el puerto no los había, contáronlos en número de diecisiete, fabricando tres pequeñas balsas, ya que por las estrechas dimensiones del río no era posible navegar en una balsa grande. Gracias a este nuevo auxilio, pudieron hacer la última parte de su viaje con alguna mayor comodidad, llegando sin contratiempo alguno al deseado puerto del Mairo aquel mismo día a las tres de la tarde".

5.—"Lo primero que se les presentó a la vista al llegar al puerto fueron los dos fugitivos que estaban allí avergonzados de su cobardía; detúvose un poco a hablarles el Padre y luego se dirigió a examinar la plantación de plátanos que había mandado hacer el año anterior; cuarenta eran los plátanos que se habían plantado, y causó a todos suma alegría el ver que tenían ya veinticinco grandes racimos en estado de poderse cortar. Los fugitivos para aplacar algún tanto el enojo que con razón tendría el Padre contra ellos, le presentaron un enorme racimo de guineos morados, y como era tan extraordinaria la apetencia que todos tenían, en pocos minutos fueron acabados. Habían tratado dichos fugitivos de continuar su viaje al día siguiente, a cuyo efecto se habían construído una pequeña balsa, y hecho provisión de monos y aves; pero a causa de la llegada del Padre, suspendieron la salida, ofreciéndole las provisiones que para ellos habían preparado".

"El día siguiente lo emplearon en construír con los palos que habían cortado una grande balsa con un espacioso camarote de hojas de palma, para preservarse del sol y de la lluvia; y el 1.° de diciembre se pusieron otra vez en camino, bendiciendo al Señor que de tantos peligros les había librado.

(1) A que después le pusieron el nombre de Cerro de Pilatos, y al río que navegaron el del Tigre (*Nota del padre Pallarés*).

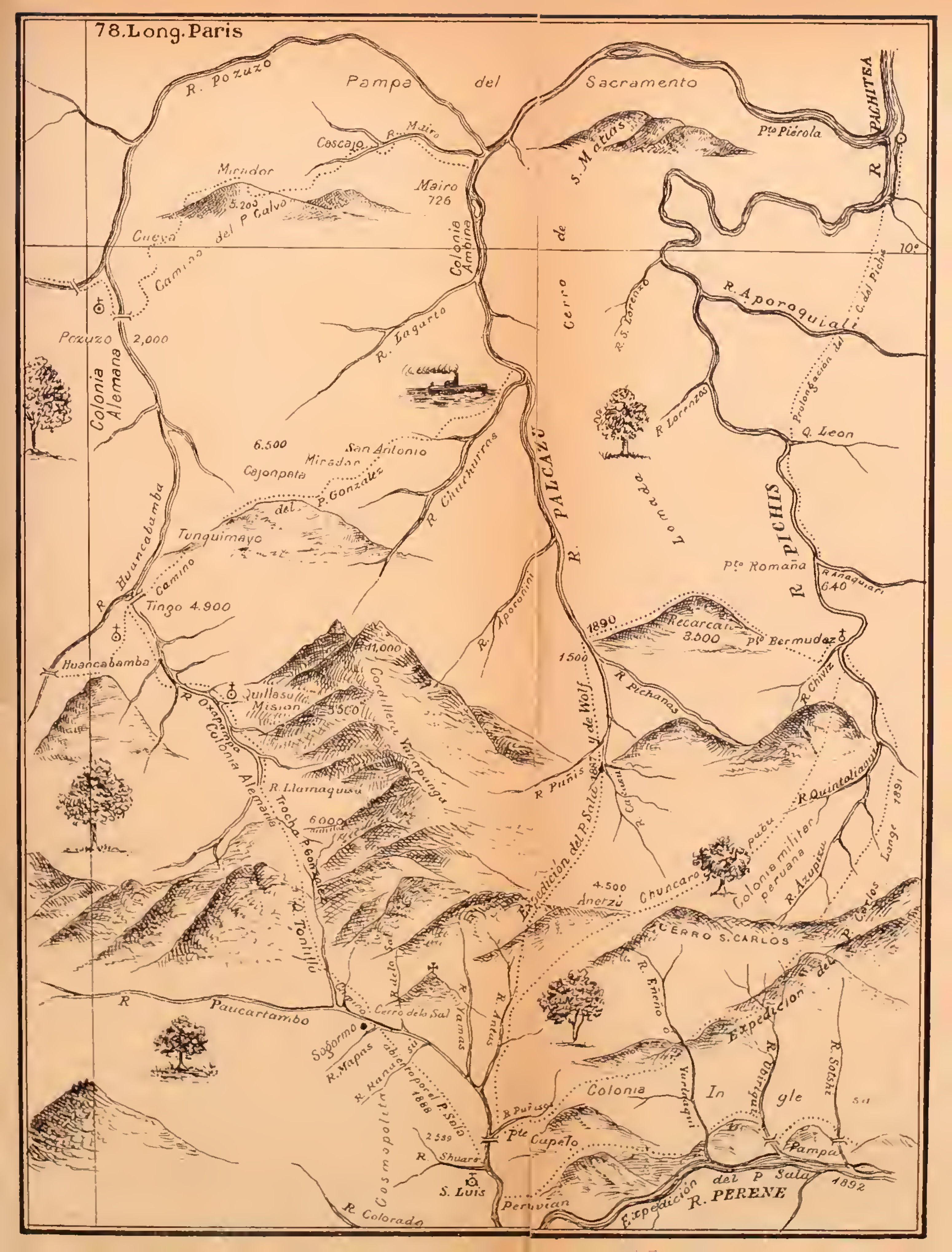
Muy crecido bajaba el Pachitea, y como no debían salir de la balsa ni aun para cocer los alimentos, pues habían hecho también provisión de leña, no se detenían hasta entrada la noche, y así en solos cinco días llegaron al Ucayali. Descansaron un día no más en las primeras casas de los Cunibos, a los que el P. Calvo compró una grande y hermosa canoa; merced a la cual, adelantando rápidamente en su camino, en otros cinco días con sus noches llegaron felizmente a Sarayacu".

"Si hubiésemos tratado de referir minuciosamente todos los acontecimientos, privaciones y molestias de este largo viaje, nos hubiera sido preciso llenar muchas páginas. Con lo que llevamos referido bastará para que el lector pueda formarse una idea del sinnúmero de dificultades que se oponían a la ardua empresa que llevó a cabo el P. Calvo. Sólo la idea de procurar la gloria de Dios y la consideración de las incalculables ventajas que debían reportar las misiones de Ocopa y aun todo el Perú, del descubrimiento que proyectaba, pudo animarle a arrostrar el peligro de los ríos, la escabrosidad de los cerros, las mordeduras de los reptiles venenosos y los asaltos de los tigres. Sólo aquel pensamiento le hacía soportar con resignación el dolor que le causaban las espinas que tenía clavadas en las manos y pies, que le dificultaban el andar, que a veces le chorreaban sangre y se le formaban llagas molestas; las picaduras de los zancudos (1), mosquitos, tábanos y otros insectos; los cambios de clima que le hacían sufrir tan pronto los rayos de un sol abrasador, como un intenso frío; el hambre, la sed, en una palabra, todas las molestias que imaginarse puedan".

"El Señor empero, por su infinita misericordia, le libró de todos los peligros y le dió fuerza para sufrir todas estas mortificaciones (2)".

(1) Mosquitos de patas y tentáculos largos.

(2) Historia de las Misiones de Ocopa, t. II, cap. XVI.—Véase Raimodi, t. III, *Historia de la geografía*, cap. XII.


78. Long. Paris
R. Pozuzo
Pampa del Sacramento
R. Mairo
Cascajo
Mirador
5.200
Mairo
726
Cueva del P. Calvo
Camino
Colonia Ambina
Cerro de S. Matias
Pto Piérola
R. Pachitea
10°
Pozuzo
2,000
Colonia Alemana
R. Lagarto
R. S. Lorenzo
R. Aporoquiali
Prolongacion del C. del Pichis
R. Lorenzos
Q. Leon
6.500
San Antonio
Mirador
Cajonpata
P. Gonzalez
R. Chuchurras
R. Palcazu
Loma de
R. Pichis
Tunquimayo
Camino
R. Huancabamba
Tingo 4.900
R. Aporonini
Pto Romaña
R. Anaquiari
640
1890
Recarcan
3.500
Pto Bermudez
Huancabamba
11,000
1.500
Quillasu Mision
3.500
Cordillera Yanapunga
R. Oxapampa
Colonia Alemana
R. Pichanas
R. Chiviz
Expedición del P. Sala 1887 y de Wolf
R. Puñis
R. Llamaquisu
Trocha P. Gonzalez
6000
R. Quintoliauu
Lange 1891
Chuncaro
Colonia militar peruana
R. Azupizu
4.500
Anerzu
Cerro S. Carlos
R. Tonlilu
R. de la Sal
R. Yamas
R. Antas
R. Eñeño
Cerro de la Sal
R. Paucartambo
Sogormo
R. Mapas
Expedicion del
R. Ubiriqui
R. Sotshi
Camino abierto por el P. Sala 1888
R. Yurinaqui
Colonia Inglesa
R. Puñisa
Pte Capelo
2 539
Pampa
R. Shuaro
S. Luis
Cosmopolita
Peruvian
Expedicion del P. Sala 1892
R. Perene
R. Colorado

## CAPITULO XXVII

**Cuarta expedición del padre Calvo: abre una senda entre el Mairo y el Pozuzo.**

**1859**

**SUMARIO: 1.—Otro vez al Mairo. 2.—Conducta de los Cashibos y Carapachos. 3.—Senda al Pozuzo. 4.—Entusiasmo en Huánuco y Cerro de Pasco. Expediciones que salen de estas dos ciudades.**

I.—Con las expediciones llevadas a término por el padre Calvo, así de Sarayacu al Mairo, pasando por las riberas habitadas, según el padre Sobreviela, por Cashibos, Carapachos y Amages; como también del Pozuzo a Sarayacu, explorando los bosques enmarañados inmediatos al Mairo, quedaban las cosas en su punto para abrir una senda transitable del Mairo al Pozuzo y restablecer en la República la comunicación con el Oriente por esta vía, mucho más cómoda y ventajosa que la del Huallaga.

Bien lo veía el padre Calvo y en consecuencia organizó en el año de 1859 la cuarta expedición que iba a llevar a cabo en el Oriente. Al efecto se puso al habla con los indios que ya estaban prácticos en viajes al Mairo y que eran en gran número; y además comprometió para esta expedición a algunos indios jóvenes que contribuyesen a la apertura del camino; para que en el caso de volverse a cerrar por la vegetación tropical, hubiese quien recordase en años posteriores los cerros y torrentes que debían atravesarse.

De entre los muchos que se ofrecieron a esta expedición, escogió el padre Calvo sólo treinta y con ellos emprendió el viaje en junio de aquel año.

Proveyóse de plátanos en la desembocadura del Pachitea como en los viajes anteriores, entrando en el Pachitea con la algazara graciosa y moderada propia de los indios cristianos en las ocasiones en que están alegres.

2.—En el Pachitea hallaron una novedad agradable y era que los Cunibos de Santa Rita habían trabado amistad con los Cashibos de Semueya; hacía poco que habían ido a visitarlos y participaron que muy pronto pasaría el padre por

sus riberas con mucha gente, pero que no le temiesen, pues ni el padre ni su gente les harían daño; por el contrario, si cultivaban su amistad, serían favorecidos con herramientas y otros objetos que les hacían falta.

No fué poca la alegría que mostraron los Cashibos con aquellas buenas noticias; y tuvieron cuidado de colocar atalayas en la ribera que reclamaran la visita del padre a su paso por el río.

Y en efecto, no tardaron los expedicionarios en oír las voces de los centinelas y de ver las señas que hacían para acercarse al sitio donde estaban. Luego que lo advirtió el padre Calvo, mandó a los poperos dirigirse a aquel punto, donde se dejaban ver cinco Cashibos; mas, llegadas las canoas a la orilla, no se acercó al padre sino uno solo de los Cashibos, joven a quien el padre Calvo y los sarayaquinos abrazaron con cariño, dándole luego herramientas, anzuelos, agujas, cascabeles y chaquiras, que recibió con gran contento, internándose en seguida al monte.

Los indios de Sarayacu que hablaban el idioma pano, entendieron gran parte de lo que hablaban estos Cashibos que eran inmediatos al Ucayali, en cuyo dialecto entraban muchas expresiones panas.

Al internarse el joven cashibo suplicó al padre Calvo que lo esperase un poco, que luego volvería; y en efecto volvió pocos instantes después con un compañero, y cuando éste hubo sido agasajado y recibió sus correspondientes regalos, ambos se internaron rápidamente al bosque; y en esta forma se presentaron otros hasta el número de doce, de uno en uno acompañados del primero.

Los sarayaquinos cobraron a su vez bastante confianza con los Cashibos, y con la curiosidad infantil de que nunca se desprenden, entraron también en el monte por un sendero, y recogieron arcos, flechas y macanas de los Cashibos, sin protesta ni ojeriza de éstos.

Cuando la expedición emprendió la marcha, salieron los Cashibos en gran número a la playa del río, donde permanecieron hasta perderlos de vista. Aun pareció a los nuestros haber distinguido entre la multitud mujeres y niños, que antes no quisieron dejarse ver, sin duda temerosas de ser robadas, según es costumbre de las tribus victoriosas, punto que villanamente han imitado después los blancos sin conciencia.

A los siete días de haber partido de este lugar, llegaron al punto donde el año anterior se dejaron ver los indios tenidos por Cashibos, pero que tal vez eran los que el padre Sobreviela califica en su mapa de Carapachos o quizá los Amages.

Estos hicieron también en esta coyuntura su aparición en la ribera, pero en forma descortés y atrevida; pues "se lanzaron en tropel a las canoas, abrazáronse con el Padre y los sarayaquinos; y no contentos con los regalos que aquél les hacía, tomaban por sí mismos todo lo que les venía a la mano, de suerte que hasta el anafre se lo llevaron; mas considerando el Padre que muchas de las cosas que querían llevarse, como los remos, ollas de hierro, etc., le eran de suma necesidad para seguir su marcha, no consistió que las tocasen; mas ellos entonces decían que si no les daban aquellas cosas, ¿a qué fin querían hacerse amigos suyos? Deseando entonces el Padre zafarse de aquella gente sin razón, mandó a los neófitos que entrasen en las canoas y dió la señal de marcha; pero he aquí que cuando estaban a la mitad del río, los infieles la emprendieron a pedradas contra ellos; así correspondieron a las mercedes que les habían hecho".

"Mientras tanto que el Padre seguía la marcha, y hasta que le perdieron de vista, no cesaron de proferir horribles gritos, que sin duda serían maldiciones que le echaban, por no haberles permitido llevar lo que él tanto necesitaba (1)".

Estos encuentros con los indios del Pachitea, aunque no todos agradables, producían dos beneficios: el primero el ir amansando poco a poco a los fieros Cashibos, y el segundo el de acostumbrar a su trato a las demás tribus y que les fueran perdiendo el miedo que su solo nombre les producía.

3.—Llegada la expedición al puerto del Mairo y hechas algunas provisiones de caza y pesca, pusieron luego manos a la obra, para abrir el sendero que les debía conducir al Pozuzo. Esta obra debía resultar con los defectos inevitables en aquellas circunstancias, en que, dadas la espesura, desigualdad y elevación del boscaje, no era posible dirigir la visual convenientemente para disminuír las distancias. Sólo más tarde, como veremos, hechos los estudios necesarios sobre el terreno,

(1) Historia de las Misiones de Ocopa, t. II. cap. XVII.

se pudo abrir un camino como era de desear, abreviando mucho las distancias innecesarias de la senda primitiva.

Llegado el padre Calvo al Pozuzo con felicidad, aunque no sin trabajos y penalidades, descansó aquí un día, y sin demora pasó a Huánuco, de aquí al Cerro de Pasco y por último a Ocopa, donde pasó algunos días con sus hermanos. Obtuvo luego de la comunidad dos operarios evangélicos que con urgencia necesitaba, que fueron los padres fray Manuel Vargas y fray José M. Batellas.

Con estos nuevos obreros evangélicos se puso en camino para el Cerro de Pasco; aquí, condescendiendo a las súplicas reiteradas del prefecto del departamento, dió palabra de realizar el año inmediato una nueva expedición; luego, en vez de pasar a Muña para entrar en el Pozuzo, tomó el afluente Macrán que se hallaba más próximo: pero esta fué la primera y última vez que lo hizo, por lo deleznable del terreno y ser frecuentes allí los derrumbes.

4.—El paso del padre Calvo por Huánuco y Cerro de Pasco, acompañado de tan merecida gloria en su condición de arriesgado pero afortunado explorador, que empleaba sus energías en forma tan útil para los intereses de la nación, despertó en estas dos ciudades el más grande entusiasmo de las autoridades y de la juventud, no sólo como un testimonio de admiración hacia el heroico expedicionario, sino también de interés por abrir nuevas vías de comunicación de su respectiva ciudad con el Oriente.

Dice Antonio Raimondi que en esta coyuntura, tanto en el Cerro de Pasco como en Huánuco se organizaban expediciones de jóvenes entusiastas y patriotas, que gustosos dejaban las comodidades de su casa y los placeres que proporciona la sociedad, para ir a pasar los mayores trabajos y toda clase de privaciones, con el objeto de explorar el despoblado territorio de la montaña y abrir una fácil comunicación desde dichas ciudades hasta un punto navegable de algún tributario del río Pachitea, el que lleva sus tranquilas aguas al caudaloso Ucayali (1).

Describe después Raimondi la expedición que el ilustrado prefecto del departamento, don Bernardo Bermúdez, encomendó a don Esteban Bravo, hombre activo y emprendedor.

(1) *El Perú*, t. III, *Historia de la geografía*, cap. XII.

Esta expedición salió del Cerro de Pasco el 9 de octubre de 1859; bajó a Huancabamba y el 16 de aquel mes subía al majestuoso cerro Yanachaga; el 19 llegaron a la orilla de un río que tiene sus primeras vertientes en el mismo Yanachaga y forma allí una vistosa cascada; luego llegaron a un lugar denominado Tingo-Buenaventura situado en la confluencia de los ríos; construyeron un puente para atravesar el río, pasaron por un lugar peñascoso que llamaron Despeñadero, llegando después a un lugar donde el río choca contra una peña y se arremolinan las aguas, y el día 23 llegaron al paraje donde el río tiene una calle de ancho y es navegable, distinguiéndose a larga distancia el curso del río en medio de una vasta llanura.

El jefe de la expedición, Bravo, creyó que este río era el Palcazu, pero no era sino un afluente de él, Chuchurras, punto a donde se dirige hoy la ruta Botger y término también del camino del padre fray Bernardino González.

---

## CAPITULO XXVIII

### Quinta expedición del padre Calvo: al Tamaya y Cayaría.—Fundación de Cayaría.

### 1859 - 1860

**SUMARIO: 1.—Motivos de la exploración del Tamaya. 2.—Datos sobre este río. 3.—Exploración del Callaría. 4.—Los Shipibos se establecen en este lugar. 5.—Suerte de esta fundación.**

1.—El esforzado padre Calvo, que se multiplicaba tan prodigiosamente, atendiendo a las más heroicas exploraciones, sin detrimento del ministerio sacerdotal a favor de sus hijos, los neófitos, deploraba la escasez de coadjutores para la extensa labor que le correspondía en los llanos amazónicos.

La falta que deploraba el buen superior de las misiones quedó remediada en parte aquel año de 1859, en que se reunió en el Ucayali un número regular para atender a varios

centros de misiones. Contando con esta oportunidad el celoso misionero determinó realizar una idea que ya tenía formada desde antes, que era, por una parte proteger a los Remos y Amahuacas contra las atrevidas y crueles incursiones de los Cunibos y Shipibos, que por tiempos los perseguían, robándoles mujeres y niños, y por otra, con una fundación intermedia entre Sarayacu y la boca del Pachitea, tener un punto seguro adonde acudir para los recursos necesarios en los largos viajes.

El padre Calvo habló de la fundación a los misioneros que le acompañaban, quienes aprobaron por unanimidad tan excelente idea.

Habló también de las misiones a los Cunibos, infieles que se ofrecieron muy gustosos a coadyuvar con el padre Calvo en la fundación; pero no tardó en comprobar que procedían con dolo y no querían la fundación que les coartaba sus licenciosas correrías.

2.—El padre Calvo había ideado hacer la fundación en las márgenes del Tamaya, donde residían los Remos y Amahuacas.

Al volver de su expedición al Mairo para abrir la senda al Pozuzo, descansó algunos días en Sarayacu y emprendió luego su viaje para explorar el Tamaya, que desemboca en la márgen derecha del Ucayali, no lejos de su confluencia con el Pachitea.

Algunos Cunibos se humanaron para acompañarle en la exploración, y aun se ofrecieron a poblar la fundación que se proyectaba; pero no lo decían con sinceridad ni con ánimo de ejecutarlo.

El padre Calvo, con el propósito de saber a qué atenerse respecto a las condiciones del río Tamaya, emprendió una exploración en regla de este río. Navegó por él por espacio de tres días, al cabo de los cuales los Cunibos que le acompañaban le señalaron un terreno inundable donde podía hacer la fundación del pueblo, consejo que los Cunibos daban de mala fe, y que no fué aceptado por el padre Calvo.

Agrega en este lugar Antonio Raimondi: "En esta exploración, el inteligente P. Calvo no sólo recogió algunos datos interesantes sobre el río Tamaya, sino que formó un croquis de su curso de toda la parte que había navegado, anotan-

do el nombre de las numerosas lagunas y ríos tributarios, y señalando en el mismo plano los lugares en donde se encuentran tierras elevadas, que no están sujetas a las inundaciones periódicas que cubren en las márgenes del Tamaya grandes extensiones de terreno".

"Según los datos que me suministró personalmente el P. Calvo, dice Raimondi, en la ocasión de mi viaje para el Ucayali en 1859, el río Tamaya tiene mucha agua y muy poca corriente, de modo que puede ser navegado por lanchas de vapor, sin ninguna dificultad. Este río tiene un curso muy tortuoso, principalmente cerca de su desembocadura en el Ucayali, adonde forma unas grandes vueltas. No ofrece playas de arena, sino que la vegetación se extiende hasta las orillas del río, y cuando se desborda, se inundan los bosques inmediatos por una grande extensión".

"En las inmediaciones del río Tamaya el P. Calvo no pudo encontrar matas de Yarina (*Phitelephas macrocarpa*), de cuyas hojas se sirven los indios para construír en las canoas aquella especie de techado que llaman *pamacari*, y que sirve para abrigarse del sol y lluvia cuando se navega".

"Las lagunas que tienen su escape de agua al Tamaya, empezando desde la boca de este río, son: *Mailutuya, Pedrococha, Ralanojia, Aguanchumia* (que dista del río y desagua en él en la margen derecha por un riachuelo), *Laguna de la Luna, Chizintica, Mapuzitia, Mapotai, Huenacha* y otras tres sin nombre".

"Los infieles Remos habitan en los afluentes secundarios, llamados *Aguanchumia e Inunapuya*, donde los terrenos son poco elevados: sin embargo el P. Calvo observó algunas tierras elevadas cerca del río, en tres puntos distintos".

"El río Tamaya según el croquis del P. Calvo desagua en el Ucayali con dirección de Sur a Norte. En toda la parte que navegó cuatro días, la dirección general de este río es de Sursudeste a Nornordeste, y sólo en el último punto que alcanzó, donde recibe otro río llamado por los indios Ividia, el Tamaya parece venir del Este".

El padre Calvo, después de haber hecho en el Tamaya las observaciones que quedan indicadas y que Raimondi tomó de los apuntes del mismo misionero, no quedó satisfecho de sus condiciones para la nueva fundación que proyectaba.

3.—Terminada la exploración de aquel río, emprendió su viaje a Sarayacu, y al llegar a la boca del río Callaría se hospedó en la choza de un indio Shipibo, y durante la estada en la choza supo de boca del mismo indio que en las márgenes de aquel río vivían también muchos indios Remos. Entonces el padre Calvo indagó del Shipibo si en aquellas márgenes había un paraje a propósito para fundar un pueblo, con terrenos adecuados para hacer buenas plantaciones; el buen Shipibo dijo que sí, y que él mismo tenía allí casa y chacra, a la cual se retiraba en la época de las crecientes del río, cuando las riberas del Ucayali quedan inundadas.

El padre Calvo manifestó al indio deseos de visitar aquel lugar, y al otro día salió en su compañía para verla y examinarla, navegando por las aguas del Callaría como hasta las cuatro de la tarde; quedando el padre complacidísimo del pintoresco paisaje en que se hallaban la casa y plantaciones del indio. Descansó en esta casa un día, y al siguiente recorrió los frondosos bosques de la inmediación para escoger el lugar conveniente para la nueva población.

Contento el padre Calvo de haber hallado un lugar que tan de lleno satisfacía su deseo, regaló al Shipibo infiel algunas hachas, machetes, cuchillos y otras herramientas, a condición de que él y sus parientes fuesen derribando los árboles del monte e hiciesen una gran plantación de yucas y plátanos, para que los fundadores del nuevo pueblo tuviesen siquiera lo más indispensable para alimentarse.

Con esto, el padre Calvo volvió a Sarayacu para los preparativos de su viaje al Mairo y cumplir la palabra que había dado al prefecto de Junín de realizar una exploración del Cerro de Pasco al Palcazu, con el fin de abrir un camino desde aquella capital al Mairo sin pasar por Huánuco.

Realizada aquella exploración, como lo veremos muy pronto, estaba de vuelta el padre Calvo en las márgenes del Callaría, por septiembre de 1860.

Las disposiciones del misionero para que los Shipibos hiciesen plantaciones no se habían cumplido; por lo cual volvió a instarles que no dejasen de hacerlo; que les daba como término para llevarlo a cabo el espacio de dos lunas, y cuando lo hubiesen hecho, pasasen a Sarayacu a buscarlo.

4.—Esta vez lo cumplieron los Shipibos al pie de la letra; después de dos lunas llegaron a Sarayacu, diciendo al padre Calvo que ya podía venir, pues las plantaciones se habían hecho. Con lo cual el padre Calvo se puso en marcha en noviembre con otros diez Shipibos más para empezar con ellos el nuevo pueblo; y a los doce días de navegación, aguas arriba, estaban ya en el terreno escogido y preparado en las márgenes del Callaría.

Sin tardanza se construyó una casa para habitación del misionero, con paredes de caña y techo de palmeras, a que se agregaron algunas chozas para el resto de los pobladores, que se construyeron a la ligera, pues urgía guarecerse bajo techo durante las lluvias que ya eran torrenciales.

Al pueblo se llamó Callaría, y sus primeros pobladores fueron algunas familias cristianas que llevó allí el padre Calvo, veinte familias de Shipibos y unas doce familias de otros indígenas que llegaron de Tierra Blanca y Santa Catalina.

"Al P. Calvo se deben los primeros datos sobre el río Callaría, en cuyas márgenes se fundó el pueblo. Este río tiene una regular cantidad de agua, tres veces mayor que la que lleva el río de Santa Catalina, y según el P. Calvo es navegable por grandes canoas. Su curso es tortuoso, como el de casi todos los ríos que bañan la hoya del Amazonas. El río de Callaría es alimentado por varios caños que vienen de lagunas".

"En el croquis que hizo el P. Calvo de la parte del río que navegó durante un día, se notan cuatro de dichas lagunas, de las que la primera, empezando de la boca del río, se llama *Tontestepuc,* la segunda no lleva nombre, la tercera se llama *Mapuya* y la cuarta figura con el nombre de *Pucroya*".

"Este río parece tener un curso bastante largo, puesto que algunos indios de Sarayacu, que han ido a buscar casa en la quebrada de Callaría, dicen haberlo surcado sin dificultad por dos semanas y haber encontrado en los últimos días de navegación muchas familias de infieles Remos, que viven retiradas allí, para evitar las invasiones de los otros infieles que habitan las orillas del Ucayali".

"El río Callaría desemboca en el Ucayali por la margen derecha, un poco más arriba de la confluencia del río Aunaitia en este último (1)".

(1) Raimondi, t. III, cap. XII.

5.—Ateniéndonos a la descripción del padre Pallarés, en Callaría se levantó una hermosa iglesia, tal como no había otra igual en el departamento de Loreto. Dicho padre temía sin embargo la total destrucción del pueblo de Callaría, por los tropiezos originados de algunos gobernadores. Asimismo, las intrigas de un viajero bastaron para que los Shipibos abandonaran aquella población. Ciento setenta Remos, que se quedaron a vivir en el sitio llamado Pamaya, fueron destrozados por los Shipibos, soliviantados por los comerciantes, después de haber sacudido el yugo del misionero. Algunos pocos de dichos Remos se refugiaron en el interior de Piyuya.

Callaría ha corrido varias suertes desde la fecha descrita por el padre Pallarés; pero aún no ha sido abandonada, y por temporadas es todavía residencia de un misionero que atiende espiritualmente a no pocas personas que residen allí y en las comarcas vecinas.

---

## CAPITULO XXIX

### Sexta expedición del padre Calvo: de Sarayacu y del Cerro de Pasco al Palcazu, pasando por Yanachaga y Chuchurras.

### 1860

**SUMARIO: 1.—De Sarayacu al Palcazu. 2.—Del Cerro de Pasco al Mirador. 3.—Del Mirador al Palcazu por el Chuchurras. 4.—Por el Palcazu al Mairo. 5.—Expedición San Miguel.**

1.—El año de 1859, al hallarse de paso en el Cerro de Pasco, el padre Calvo dió la palabra al prefecto del departamento de Junín, de volver al Cerro en el año próximo en la buena estación en que cesan las lluvias, para reconocer la exploración llevada a cabo por don Esteban Bravo, que creía haber llegado a un punto navegable del río Palcazu, donde como señal taló el monte y colocó una cruz.

Para cumplir con la palabra ofrecida, salió el padre Calvo de Sarayacu el 22 de mayo de 1860, y con navegación muy buena llegó al puerto de Mairo el veintitrés de junio.

El padre Calvo tenía en sus manos una copia del diario de la expedición Bravo, que le había remitido oportunamente el prefecto.

Descansando un día en el puerto de Mairo, entró el padre Calvo con sus canoas en el río Palcazu, navegando aguas arriba durante tres días; al cabo de los cuales se halló en la desembocadura del río Chuchurras. Aunque el padre Calvo sospechaba fundadamente que el río descubierto por el señor Bravo era el Chuchurras y no el Palcazu, sin embargo, quedándole alguna duda en la materia, determinó explorar el Palcazu, dejando el Chuchurras a la derecha.

Continuando su navegación, llegó por la tarde de aquel mismo día a la confluencia de otro río, que llamó de San Vicente. En este punto los dos ríos tenían casi la misma cantidad de agua, de modo que no se podía resolver cuál de ellos debía llamarse Palcazu.

Si se avanzaba por cualquiera de los dos afluentes, ambos tenían la corriente impetuosa, venían estrechados entre cerros, con escasa agua, haciéndose casi imposible la navegación por ellos.

Así por estas dificultades, como por la incertidumbre de cuál de los afluentes que tenía a la vista sería aquel en cuyas márgenes colocó una cruz el señor Bravo, el padre Calvo juzgó prudente desistir de la empresa y volver al Mairo, para continuar su viaje al Pozuzo y a Huánuco, siguiendo el camino mandado abrir el año anterior.

Así lo hizo, dejando las canoas en el puerto de Mairo, y haciéndose acompañar de toda su gente pasó al Pozuzo; de aquí escribió al prefecto que creía imposible la navegación a vapor del río Palcazu, por tener reducido su caudal de agua, y que a su llegada al Cerro de Pasco le informaría más minuciosamente.

Del Pozuzo se dirigió a Huánuco, con cinco hombres de Sarayacu, dejando a los demás en la colonia alemana del Pozuzo, recientemente establecida. De Huánuco pasó al Cerro de Pasco, donde informó de lo actuado al prefecto y aceptó de nuevo el compromiso de realizar un segundo viaje de exploración al Palcazu, para salir de la duda de si el río descubierto por el señor Bravo era el Palcazu.

2.—Para realizar esta nueva expedición, el padre Calvo pidió al prefecto que le acompañasen una o dos personas inteligentes, que hubieran formado parte de la anterior expedición, tanto para facilitar la llegada al término del viaje ya antes recorrido, como para que diese a su regreso los informes de lo ocurrido, pues él continuaría su viaje a Sarayacu, sin volver al Cerro de Pasco.

Quien se ofreció gustoso a compartir con el padre Calvo las fatigas y penalidades inevitables en semejantes empresas, fué don Pedro Dominguez, joven ilustrado y entusiasta, autor de una preciosa obrita de geografía y que voluntariamente había visitado ya aquellas regiones en otra expedición.

Conociendo por experiencia que en las expediciones trabajosas y arriesgadas en la tupida región de la montaña, más valen unos pocos hombres prácticos y decididos que las numerosas comitivas, los dos exploradores, a pesar de los ofrecimientos de las autoridades, no aceptaron sino los cinco hombres de Sarayacu, que debían seguir después su viaje con el padre Calvo, y cuatro hombres que acompañarían al señor Domínguez en su regreso.

Cuatro días después de su salida del Cerro de Pasco, se hallaba la expedición en la hacienda de Chilache, situada en el comienzo del valle de Huancabamba, cuyo dueño era gobernador del valle; quien, dándose cuenta de la importancia de la expedición, puso a las órdenes del padre Calvo y del señor Domínguez quince hombres, que les ayudaron a cargar los víveres necesarios; pero estos hombres fueron despedidos a los pocos días, por juzgarlos innecesarios.

Pasando en la hacienda de Chilache dos días, para alistar lo necesario, el veintiséis de agosto emprendieron su marcha hacia las cumbres que tenían al frente. A los tres días de viaje se hallaban las exploradores en un punto del alto Yanachanga llamado Mirador, sitio de donde se domina, si el día es claro, el interminable horizonte de verdura que se abre ante los ojos en la región de las pampas, bañadas por el Palcazu y sus tributarios.

En el momento que la expedición llegó al Mirador una densa niebla impedía distinguir aún los objetos situados a corta distancia; mas, felizmente, momentos después se rasgó el denso velo que cubría lo que tanto deseaban ver, y por

unos pocos minutos pudieron contemplar el esplendoroso panorama y orientarse para la dirección que debían tomar.

3.—Del Mirador hubieron de emprender un descenso muy difícil, por terreno muy inclinado, asiéndose de los arbustos y raíces salientes, para evitar que rodasen por la pendiente.

Siguiendo este fatigoso método, llegaron por fin a la orilla de un río, aunque con los pies y las manos ensangrentados. El río que tenían ante la vista reconocía su origen en el Yanachaga, y prosiguiendo el viaje, comprobaron que era el Chuchurras.

Durante tres días siguieron el curso de este río por un terreno quebrado, y el día veintinueve observaron que del Oriente venía un afluente caudaloso, al que denominaron Paucarmayo. Viendo en este punto que el río con el caudal que le suministraba el Paucarmayo era suficiente para sostener una balsa, el padre Calvo mandó a los Sarayaquinos que cortasen palos y construyesen una balsa que les ahorraría su fatigosa marcha a pie.

Embarcada toda la expedición en la balsa, seguían contentos y sin fatiga, llevados por la corriente del río, cuando de improviso se dieron cuenta de que la embarcación era arrastrada con asombrosa velocidad y violencia incontenible por una *rápida* del río, de modo que todos sus esfuerzos para desviarla de la corriente y acercarla a la orilla resultaron inútiles. Aquí el padre Calvo, con voz de mando gritó a su gente con todas sus fuerzas que tomasen los *botadores;* mas, aunque los bogas cumplieron sin demora la orden, resultó su esfuerzo impotente, pues la corriente era demasiado impetuosa para poderla vencer, y por tanto el naufragio parecía inevitable.

En circunstancia tan crítica el padre Calvo se puso en pie sobre la balsa, estudiando con la mirada el medio de salvarse a nado; cuando afortunadamente el camarote o *pamacari* de la balsa tropezó violentamente contra la rama de un árbol que se prolongaba sobre el río, y la embarcación sufrió un choque tan fuerte, que por el fué lanzada fuera de la corriente, quedando los expedicionarios libres del peligro por tan inesperada casualidad; no teniendo que lamentar otra desgracia que una fuerte contusión que sufrió el padre Calvo en una mano que tenía apoyada en el camarote.

Este desagradable percance hizo a los arriesgados expedicionarios un poco más prudentes; de modo que cuando oían el ruido que hace el agua en las llamadas *rápidas,* saltaban en tierra, quedando en la balsa sólo dos hombres, y los demás seguían por la orilla, sujetando la embarcación por medio de sogas.

Al día siguiente de haberse escapado del naufragio llegaron a un paraje, donde hallaron cerca de la margen del río unas grandes piedras. El señor Domínguez reconoció aquel lugar, que fué el punto más lejano adonde llegó la expedición anterior, de la que formaba parte. Algunos instantes después, ambos viajeros experimentaban una satisfacción singular, estando en las corrientes de otro río, que el padre Calvo conoció ser el Palcazu, que él navegó algunos meses antes.

Entonces tuvieron la certidumbre de que el río cuya corriente habían seguido hasta ese momento era el Chuchurras, caudaloso tributario del Palcazu; de suerte, que la expedición anterior, aunque había llegado a muy corta distancia del río Palcazu, no había alcanzado a verlo; y el río que don Esteban Bravo había creído ser el Palcazu, no era sino el Chuchurras.

4.—Una vez entrados los expedicionarios en las aguas del Palcazu, ya el padre Calvo no tenía temor alguno de llegar felizmente al término de su exploración, puesto que conocía el curso de este río, desde el puerto del Mairo hasta más arriba de la desembocadura del Chuchurras.

Sin embargo en la navegación del Palcazu tuvo la expedición que experimentar un pequeño incidente, que no dejó de asustar a los indios del Cerro de Pasco, que no estaban acostumbrados a esta clase de viajes. Fué el caso, que entre las diez y once de aquel día tuvieron que pasar por un punto donde el Palcazu forma como una pequeña cascada, y pasando la balsa por un lado donde había muy poca agua, varó de manera que no podía moverse atrás ni adelante. En estos casos los bogas acostumbrados resuelven la situación aligerando el peso de la balsa, para lo cual ellos suelen saltar al agua y mover la balsa; operación a la cual se negaban los indios del Cerro, a pesar de que el agua apenas daba hasta las rodillas, por lo cual el padre Calvo, para dar ejemplo, saltó al agua para que los indios mencionados hiciesen otro tanto.

Una vez en el agua, levantaron la balsa por medio de palancas hasta ponerla a flote.

Luego siguieron la navegación sin tropiezo alguno hasta el puerto del Mairo, donde llegaron la tarde del día siguiente.

Dos días pasaron juntos los intrépidos exploradores para descansar de sus fatigas; después de los cuales, el padre Calvo continuó su viaje a Sarayacu, y el señor Domínguez pasó del Mairo al Pozuzo, y luego, siguiendo la cuenca del río Huancabamba, regresó a la hacienda Chilache, desde donde participó al prefecto el resultado de la expedición.

Este inteligente explorador hizo un croquis del territorio que recorrió y que da una idea bastante clara de aquella región (1).

5.—El entusiasmo por las expediciones al Oriente no se reducía al Cerro de Pasco, donde había el interés de tener ruta propia para entrar a la montaña, sin dar la vuelta por Huánuco, Muña y Mairo; el entusiasmo existía también en Huánuco, a pesar de que allí tenían la ruta franqueada por el genio del padre Calvo, sin dar ya la enorme vuelta del Huallaga.

En Huánuco se formó una expedición, compuesta del más selecto personal, como don Antonio San Miguel, subprefecto de la provincia, el presbítero don José Basilio Soto en condición de capellán, el médico doctor Alejandro Alvarez Gil, don José Manuel Pinzás, encargado de redactar el diario juntamente con el doctor Alvarez Gil, el ingeniero don Eugenio Schreiner, el dibujante don Manuel Ayllón, los señores Simón Gómez, Manuel Soria, Marcelo Mazmera, Francisco Resurta, Sebastián Pardaré y el subteniente Faustino Benavides, con siete individuos de tropa y cincuenta hombres pagados para cargar los víveres.

Esta expedición tenía el propósito de abrir un camino de Muña al Mairo, en línea recta, evitando el retroceso al punto denominado Pozuzo en el mapa del padre Sobreviela.

La expedición fué bastante feliz, aunque no faltaron las penalidades consiguientes al recorrido en el bosque montañoso, donde no haya una senda previamente abierta.

(1) Esta expedición fué publicada en el diario "El Peruano", el 14 de noviembre de 1860.—Véase Raimondi, t. III, cap. XIII.

Llegaron a dar con el camino abierto por el padre Calvo, arribaron al Mairo a cuyo puerto denominaron *Puerto Castilla*, en memoria del Presidente de la República, navegaron sucesivamente las aguas del Palcazu, Pozuzo y Pachitea, formando idea de ese hermoso y encantador sistema fluvial, digna introducción al hermosísimo y arrebatador Ucayali.

---

## CAPITULO XXX

### Exploraciones en todo el Oriente peruano

### 1860 - 1870

**SUMARIO: 1.—Influencia del padre Calvo. 2.—Serie de expediciones: trabajos de exploración del padre Mancini. 3.—A las montañas de Huanta: exploraciones de Raimondi. 4.—Civilización de Chanchamayo.**

1 —Parece que el padre fray Vicente Calvo hubiera tenido el privilegio de despertar en el Perú el espíritu de empresa, para dar principio a una era de exploraciones de valor científico y de utilidad incomparable para la geografía nacional.

A la verdad, después de las peligrosas expediciones llevadas a feliz término por el padre Cimini, tributándole la prensa peruana el homenaje de admiración que le correspondía, no puede negarse que fué ejemplo admirable el que dió el padre Calvo a la faz de la República, realizando seis expediciones a cual más penosas y arriesgadas, en el espacio de cuatro años, desde 1857 hasta 1860.

Tuvo el padre Calvo la suerte de comunicar cierto encanto atrayente a sus empresas, con la modestia que le acompañaba; abrazando además los más increíbles trabajos cual si estuviera obligado a ellos en su condición de misionero.

El hecho es que del año 1859 datan en el Perú los más importantes descubrimientos, sin incluir entre ellos los que ya llevaban realizados los misioneros franciscanos en el espacio de más de dos siglos.

2.—En 1859 el Iltmo. Obispo de Chachapoyas, don Pedro Ruiz, organizador de la Sociedad "Patriotas del Amazonas", empleó sus rentas en llevar a cabo una expedición que pusiera en comunicación el departamento de Amazonas con un punto navegable del Marañón.

En 1860 se reiteró la expedición a órdenes de don Baltasar Eguren, a fin de que el camino saliese a un punto más bajo que el peligroso Pongo de Manseriche.

En 1861 el coronel don Víctor Proaño exploró por primera vez el río Morona, y en 1864 un intrépido explorador inglés, M. Chandless, hizo otro tanto con el Purús y sus afluentes.

En el mismo año don Faustino Maldonado emprende una expedición al Madre de Dios.

Mas, quien se lleva la palma de explorador, si nos atenemos a las apreciaciones de Antonio Raimondi, en esta región del Madre de Dios es un padre de la Orden de San Francisco, el ilustre padre fray Samuel Mancini, sucesor del padre Piqueira en las expediciones geográficas.

Aquí escribe Raimondi: "Si hasta estos últimos años se ignoraba completamente la geografía de aquella apartada comarca, no es menos cierto, que mientras que en el mundo científico continuaba la oscuridad respecto de la hoya del río Madre de Dios, un intrépido misionero italiano, el P. Fr. Samuel Mancini, desde algún tiempo se ocupaba en explorar y recorrer en todos sentidos aquellas solitarias selvas, entrando en amistosas relaciones con las distintas tribus de salvajes que se habían mostrado, hasta ahora, intratables y refractarios a toda civilización".

"Sin otra arma que la Cruz y su voluntad, este intrépido misionero, después de haber visitado las misiones del Beni, dirigió sus pasos hacia Occidente, penetrando en una región enteramente desconocida, y recorriendo una gran extensión de territorio atravesó, en su dilatado camino, diferentes países donde habitan varias tribus de salvajes".

"Muy largo sería seguir a este infatigable misionero en todas sus peregrinaciones. Es digna de notar la que hizo hacia las montañas del Perú, saliendo a la población de Sandia, de la provincia de Carabaya, marchando por varios días al

través de los bosques. El activo e inteligente P. Mancini trazó un mapa de toda la región que había explorado".

"Los trabajos de este valeroso misionero son dignos de citarse en la Geografía del Perú, por ser él quien ha proporcionado los primeros datos sobre una región enteramente desconocida y difícil de explorar, por la ferocidad de los muchos infieles que en ella habitan, como lo es la extensa hoya del célebre Madre de Dios (1)".

3.—En esta época emprendió también sus heroicas exploraciones el benemérito señor Antonio Raimondi, a quien tanto deben la historia y la geografía del Perú. Nuestros misioneros especialmente le merecieron los más sinceros elogios, tributados por este hombre de ciencia a sus viajes y expediciones, con las cuales buscaban ellos un medio de hacer el bien a los indígenas por la predicación del Evangelio, pero que resultaban a un mismo tiempo un gran servicio a la geografía del Perú.

Raimondi exploró en 1864 la provincia de Carabaya, y en 1866 emprendió la exploración de las montañas de Huanta, teatro de tantos y tan heroicos esfuerzos de nuestros misioneros. "Visité, dice Raimondi, uno tras otro los lugares habitados de la quebrada de Chogmucota, y planté mi campo en la hacienda de Monte-rico que es la última, y que se halla situada en el límite del territorio habitado por los salvajes de la tribu de los Campas".

"Como estos salvajes son los mismos que en 1852 asesinaron al P. Cimini y compañeros, que intentaron bajar por el Apurímac al río Tambo y segir su camino a Sarayacu por este último río y el Ucayali, era preciso marchar con prudencia para no exponerse a tener un fin tan desgraciado como aquel entusiasta y abnegado misionero".

"Llegué a la playa del Apurímac, viendo con alegría deslizarse delante de mí, sin ruido alguno, las tranquilas aguas de aquel célebre río, que en aquel punto había perdido enteramente el carácter que le había valido su nombre (2)".

(1) Raimondi, t. III. cap. XVI.

(2) El nombre de Apurímac que tiene este río, se deriva de dos nombres quechuas: *Apu*, que quiere decir *grande*, y *Rímac*, *hablador*, haciendo alusión al ruido que hacen sus aguas, por la fuerte corriente que tienen en ciertos lugares. (*Nota de Raimondi*).

Agrega Raimondi: "El río Apurímac, en la parte que lo navegué, aunque tiene sus correntadas, no ofrece ningún peligro. En cuanto al Mantaro, en su desembocadura tiene mucha corriente pero un poco más arriba ofrece sus remansos. Sin embargo no se puede navegar este río en canoa, sino por un trecho de 6 a 7 leguas, desde su desembocadura hasta un punto que los salvajes denominan Masangaro; porque más arriba el río Mantaro corre entre escarpadas peñas (1)".

4.—Por estos años se tomó también la posesión de los fértiles terrenos de Chanchamayo, en forma segura y para no perderlos más hasta nuestros días.

Ya en 1847 hizo publicar don Mariano Eduardo de Rivero, prefecto de Junín, el celebrado *Informe* del intendente Urrutia, cuya lectura indujo al gobierno del Mariscal don Ramón Castilla a proteger la posesión y cultivos de dichos terrenos, para lo cual se construyó en aquel año el fuerte San Ramón, en la confluencia de los ríos Tulumayo y Chanchamayo, como base para arrojar de allí a los infieles que se hallaban dueños de todo el valle de Chanchamayo.

En 1864 se trató de unir por un camino el Cerro de Pasco con Chanchamayo; y en 1869 se arrojó a los indios hostiles más allá de Nijandaris, dando lugar a que las personas civilizadas aprovechasen aquellos terrenos para el cultivo.

En la expedición que encabezó el coronel Pereira a nombre del gobierno, se comprobó que los indios Campas habían utilizado en beneficio propio la industria y civilización que floreció en Chanchamayo en épocas anteriores, descubriendo varias herrerías provistas de fuelles y otros instrumentos, y que los Campas forjaban hachas, machetes, cuchillos, martillos, etc.

Por esta razón, dichos Campas, bien hallados en aquel territorio donde no les faltaba nada, oponían seria resistencia a la colonización de aquella comarca tan fértil, que ofrecía a la nación verdadera fuente de riqueza.

Para consolidar la posesión tranquila del valle de Chanchamayo, se procedió en 1870 a la fundación de un pueblo, denominándole La Merced, donde concurrieron luego no pocos industriales y agricultores; de suerte que al año de su es-

(1) Tom. III, cap. XIX.

tablecimiento tenía una iglesia, un cuartel, talleres de carpinteros, aserradores y herreros, y un nutrido vecindario.

Con el fuerte San Ramón y la población de La Merced ha sido fácil dominar el río Colorado, el Paucartambo y el Perené, y se ha establecido en toda aquella región la industria agrícola en condiciones ventajosas.

---

## CAPITULO XXXI

**Prosigue el gobierno de las misiones por el padre Calvo: dificultades: muerte de misioneros.**

**SUMARIO: 1.—El explorador. 2.—El espanto de las viruelas y los estragos de la calumnia. 3.—La desolación en Sarayacu: muerte de tres misioneros. 4.—Enfermedad del padre Calvo: su viaje a Ocopa, donde es reelegido Prefecto de misiones.**

### 1860 - 1861

1.—Los lectores habrán formado una idea aproximada del mérito del padre Calvo como explorador incansable, con la lectura de los capítulos anteriores, que narran sus expediciones más dificultosas y de mayor utilidad para la nación peruana. Las dos expediciones que realizó más tarde serán descritas en su oportunidad, siguiendo el orden de los años para mayor claridad de la narración.

Vimos la felicidad con que el padre Calvo complació al prefecto de Junín, realizando en compañía del joven Domínguez su viaje al Palcàzu, partiendo del Cerro de Pasco, atravesando el Yanachanga, navegando el Chuchurras y llegando en aguas del Palcazu al puerto del Mairo.

Aquí se despidió el padre Calvo de su amable compañero de fatiga, y con sus abnegados sarayaquinos emprendió su marcha al Ucayali, siguiendo el curso de las aguas.

Nada hacía presumir al celoso misionero un cambio de semblante en sus misiones del Ucayali, pero la realidad era que no estaban como las había dejado; y más sensible era que el remedio del mal no estaba en su mano, y que dependía de

una causa más alta y poderosa, como es la divina Providencia, que permite grandes males en la familia humana para sus secretos fines.

Los males más graves que a la sazón afligían a las conversiones del Ucayali eran la viruela que grasaba en proporciones alarmantes y la intervención de hombres funestos, poco afectos a los misioneros y que contaban con medios para atraer malamente a su devoción a los neófitos, retrayéndoles de la sumisión y obediencia a los padres.

2.—Cuando el padre Calvo bajaba del Pachitea en 1860, al entrar en el Ucayali y pasar por delante de las primeras casas de Shipibos que vivían en las márgenes del río, hizo dirigir hacia ellas su canoa, pero no encontró allí sino silencio y desolación. Entró en una de las chozas, y vió cinco sepulturas recientemente abiertas.

Estos Shipibos murieron de viruela contraída en la ocasión siguiente. Uno de los peones del padre Calvo se sintió atacado de la enfermedad en el Pozuzo, y avanzando hasta el Mairo como pudo, se hizo conducir en una canoa por otros dos peones hasta el Ucayali. Los dos indios que conducían al desdichado moribundo temían el contagio; y cerca ya del Ucayali, construyeron una pequeña balsa, se refugiaron en ella, y abandonaron al enfermo solo en la canoa a merced de la corriente.

Cuando esta canoa pasaba sola por delante de las casas de los Shipibos, éstos quisieron aprovecharla, y fueron dos indios a recogerla; pero viendo en ella un enfermo, lo acercaron a la orilla, donde el enfermo pidió agua para refrigerar su abrasadora sed, y se la alcanzaron rápidamente para evitar el contagio; luego dieron un empuje a la canoa, que siguió aguas abajo, sin que nada se supiera de la suerte que corrió.

Bastó este ligero contacto con el enfermo para que toda aquella gente se sintiese atacada del contagio, muriendo todos, aun los que tuvieron la precaución de alejarse del centro de la infección.

De los indios que abandonaron al enfermo con tanta falta de caridad, el uno murió en el monte sin socorro humano, y el segundo atacado del mal, contagió a su mujer, que murió a los pocos días.

Continuó el padre Calvo su viaje por el Ucayali, causándole honda tristeza la ignorancia de la situación en que se hallaría Sarayacu; pues las personas que podían informarle sobre este punto huían de él, no le acogían en sus casas, ni se ofrecían a socorrerle.

A medida que se iba acercando a Sarayacu crecía su angustia; pues aquellas playas que en el verano de aquel mismo año se hallaban sembradas de chozas de indígenas y pobladas de cristianos y de infieles, se hallaban convertidas en un desierto, y no reinaba por todas partes más que el silencio.

Llegado al puerto de Sarayacu, parecióle hallarse en un cementerio: no se oía una sola voz, ni se veía una sola persona; hasta los animales domésticos habían emigrado con sus dueños y en el pueblo había crecido la yerba como en un prado.

¿Quién pudo causar tanta desolación? ¿Quién tuvo la habilidad de borrar del ánimo de los neófitos el amor al Padre Calvo? ¿Quién pudo determinar la emigración de los indígenas de aquellos barrios, antes llenos de encanto a la dulce sombra del misionero, que es padre y providencia del pobre neófito y del salvaje?

Todo esto fué efecto por una parte del terror que los indios tenían a la peste de las viruelas que grasaba, pero sobre todo de la hostilidad artera de los llamados comerciantes, desde algún tiempo instalados en las riberas del Ucayali, y que necesitaban de los indios para sus viajes a Nauta y otros puntos, y para esto era preciso tenerlos alejados de los misioneros.

3.—El padre Calvo abrió la puerta del convento, y lo primero que vió fueron dos espectros, los religiosos Guiú y Portoles, que eran imagen de la muerte. El padre Guiú se abrazó al instante con el padre Calvo, exclamando: *¡Gracias a Dios, ya muero contento!*

En el convento no había indios de servicio, sino sólo dos muchachitos que no podían otra cosa que traer agua y leña. El resto había abandonado a los padres, por el espanto de las viruelas de que estaban enfermos.

El padre Bargas era el único que asistía a los dos compañeros enfermos, pero también lleno de achaques y con-

sumido por la debilidad. Contribuía a aumentar la pena la prolongada ausencia del padre Calvo.

Agréguese que se les habían acabado los víveres y que no tenían médicos ni medicinas.

El padre Calvo, sano y robusto al llegar al Ucayali, no tardó en enfermarse ante aquella situación no imaginada y desoladora. Los indios que le acompañaron al Cerro de Pasco y Palcazu con tanta abnegación, al ver a los padres enfermos y el pueblo sin moradores, se fueron a buscar sus familias.

Un sueco y un inglés que debían algunos favores a los padres, tuvieron modo de socorrerlos, contribuyendo su bondadoso concurso a mitigar un poco sus penalidades.

Pero esto no impidió que la enfermedad de fray Enrique Portoles siguiera su curso, agravándose y entregando su alma en manos del Creador el 26 de enero de 1861.

El padre Comellas que, enfermo y casi sin fuerzas, había querido hacer un recorrido hasta Yanayacu, para que los neófitos cumpliesen con la confesión anual, fue traído en una hamaca a Santa Catalina, y desde allí lo llevaron en canoa a Sarayacu, donde exhaló su último aliento, habiendo empleado los mejores años de su vida de abnegado misionero en bien de los pobres indios.

El padre Guiú entró también en suma gravedad, muriendo a principios de marzo de aquel año de 1861, lleno de merecimientos por su ardiente caridad y celo de misionero.

4.—No le quedaban al padre Calvo más compañeros que los padres Bargas y Batellas; y apoderándose de él un abatimiento a que no podía resistir, cayó gravemente enfermo. Llegó a dominarle un delirio que no le permitía guardar cama, siendo imposible sujetar entre muchos hombres aquel cuerpo extenuado. En este estado recibió los últimos sacramentos.

Sin embargo, quiso Dios que mejorase, y aun emprendió su viaje a Ocopa, adonde no pudo llegar para la época del capítulo y donde de nuevo fué nombrado Prefecto de misiones.

Antes de partir de Sarayacu tuvo el consuelo de ver que algunos indios volvieron a aquel pueblo, tal vez desengañados de las ilusorias promesas de los especuladores. Especialmente se comprobó la adhesión de los Panos al misionero, de lo cual dieron pruebas inequívocas aun en años posteriores.

## CAPITULO XXXII

**Gobierno del padre Calvo: siguen las dificultades en las misiones: abandono de Sarayacu y refugio en Callaría: fundación de Cashiboya por los Panos.**

**1861 - 1865**

**SUMARIO: 1.—Nuevos misioneros. 2.—Abandono de Sarayacu. 3.—Los Panos pasan a Cashiboya. 4.—Un modelo de Gobernador. 5.—Un tipo de libertinos. 6.—Es calumniado el padre Calvo.**

1.—El padre Calvo creyó que era una obligación estricta permanecer en Ocopa el tiempo necesario para recobrar la salud y las fuerzas perdidas. Por otra parte le atravesaba el alma el recuerdo de la triste situación en que dejaba sus misiones, con tres misioneros sepultados en las soledades de Sarayacu, el padre Bargas cargado de achaques y el padre Batellas insuficiente para atender a aquellos centros de misión, tan distantes los unos de los otros, sin más medio de trasporte que la endeble canoa.

Expuestas las cosas del Ucayali a la comunidad de Ocopa, no faltó en aquel seminario de héroes quienes se sacrificasen para reemplazar a los misioneros muertos en el campo de combate: a lo cual se ofrecieron dos dignos sacerdotes y venerables religiosos, los padres Lucas Martorell e Ignacio Sans y el hermano lego fray Manuel Cornejo.

El padre Calvo delegó sus facultades en el padre Martorell.

Salidos de Ocopa a últimos de agosto de 1861, no tardaron en llegar el padre Martorell a Sarayacu y el padre Sans a Callaría.

Con los bríos que inspira una labor primeriza, ambos misioneros empezaron su sagrado ministerio con abnegación y entusiasmo, y lograron hacer revivir en ambas conversiones el espíritu de sus mejores tiempos: había contento en los indios, fervor en las funciones sagradas, aprovechamiento en las escuelas que reabrieron, y una perspectiva que nada dejaba que desear.

Sin embargo, no tardó en venir la época de los sinsabores, cuando se comprobó que se echaba mano de comentarios calumniosos y anónimos arteros contra los padres.

Llegó el hastío de sus ánimos a tal extremo, que escribieron al padre Calvo que deseaban dejar toda aquella tierra ingrata, que no producía para sus almas sino espinas y abrojos; y de hecho el padre Manuel Vargas y el lego fray Manuel Cornejo abandonaron el Ucayali y se redujeron a Ocopa.

El padre Calvo, así por las cartas de los que se quedaban como por la exposición verbal de los que llegaban a Ocopa, formó la idea más lamentable del estado de las conversiones, y viéndose restablecido en la salud, determinó pasar lo más rápidamente que le fuera posible a Sarayacu.

Llegado a este lugar, se convenció de que no era exagerada la pintura que le habían hecho del estado de las misiones. Llegaron las cosas al extremo de que los misioneros no merecían la confianza de nadie: todos se recataban de ellos, aun los que más favores habían recibido de la bondad de los misioneros. Todo lo referente a los padres se comentaba desfavorablemente y con espíritu hostil. Y una gran parte de la indiada estaba de parte de los calumniadores; los indios que todavía eran afectos a los padres llevaban una vida tímidamente retirada.

Los tristes misioneros que veían desbaratada su obra secular por manos de unos cuantos inescrupulosos comerciantes, estaban tentados de abandonarlo todo; pues doquiera que iban y doquiera que llegaban a amansar la fiera rudeza del salvaje, concurrían aquellos especuladores a aprovechar los brazos del indígena para sus faenas de lucro.

2.—No animándose los padres al abandono total de las misiones del Ucayali, pues como pastores de almas no dejaban de sentir un amor profundo y un cariño intenso hacia aquellas ovejas aún no reducidas al redil del Pastor de los pastores, Jesucristo, consintieron, sin embargo, en salir de Sarayacu y retirarse a Callaría, donde por la distancia a que se hallaba de Sarayacu, punto central y de movimiento, aún no habían concurrido los forasteros, y de donde podrían visitar en su oportunidad a los neófitos de Sarayacu, Sta. Catalina y Tierra Blanca.

Como lo pensaron así lo ejecutaron en el año de 1863.

La salida de los padres produjo impresión profunda en los indios de Sarayacu: era verdad que estos indios no respetaban a los padres como en la época en que se hallaban gustosos bajo su gobierno paternal; era verdad que los indios prescindieron con reprensible indiferencia de aquellas consideraciones a los ministros del Señor a que los habían acostumbrado, como justa exigencia de la educación social y religiosa; era verdad que los dicterios arrojados contra los padres, por personas blancas que decían hallarse a un nivel nada inferior a los misioneros, turbaron no poco el espíritu de los indios; pero eso no llegaba a arrancar del todo aquella estimación íntima a los misioneros, adquirida por el indio en hora solemne, cuando se regeneraba por la doctrina del Evangelio y las aguas bautismales.

Y no sólo fué profundo el sentimiento de los indios al saber la determinación de los padres de abandonar Sarayacu, sino que no pudiendo resignarse a vivir lejos de su compañía, resolvieron salir juntamente con ellos y establecerse donde ellos se establecieran.

A esto se opusieron resueltamente los padres, pues en este caso caía sobre los misioneros la indignación de los émulos, que los acusarían de haber alejado de Sarayacu los brazos que necesitaban.

3.—Sin embargo, la prohibición de los padres quedó sin efecto en los indios Panos ó Setebos, que formaban la mayor y más sana parte de los pobladores de Sarayacu. Esta tribu, de historia legendaria desde los sucesos del Manoa, y cuyas reliquias aún se conservan en las vecindades de Cashiboya, se distingue por la reflexión y seriedad de sus actos y por la rectitud de sus fines, conservando en un grado más sensible que otras agrupaciones indígenas el reconocimiento de los bienes recibidos.

Los Panos salieron pues de Sarayacu, sabedores de la diferencia que había entre servir como esclavos a las autoridades poco decorosas, o atender a los benévolos misioneros que no pensaron nunca en absorber al indígena; salieron de Sarayacu porque no podían acostumbrarse a las molestias no interrumpidas que les ocasionaban los comerciantes, empleándolos sin cesar de bogas, yendo y viniendo de Nauta y otros puntos, bajo los rayos de un sol tropical, sin poder volver a sus

casas, durante cuatro, cinco y diez meses, y debiendo descuidar el cultivo de sus tierras y no pudiendo disfrutar de la paz de sus hogares.

Los Panos tenían conocimiento del punto tranquilo y encantador de Cashiboya, no muy distante de Callaría; donde no les faltaría buen pescado de los vecinos lagos, y terrenos para sus plantíos de yuca y plátanos. Cosa que no hallaban a satisfacción en Sarayacu, donde por haber servido a una multitud de moradores, la tierra se hallaba cansada y la subsistencia era dificultosa.

Por éstas y otras razones muy justas, a pocos días de la salida de los padres misioneros, los Panos entraron en la iglesia de Sarayacu, se apoderaron de las imágenes que mejor les pareció, se hicieron con los ornamentos de la sacristía y con las campanas menores, y se fueron a vivir a Cashiboya.

Aquí empezaron su vida descansada, como lo desea el indio, viviendo a poco costo con el riquísimo pescado de la laguna y con las producciones de un terreno virgen que se hallaba a buena altura y no era inundable.

4.—Hemos insinuado que los Panos deseaban mucho sacudir el yugo de las autoridades ominosas que había en Sarayacu. En 1864 tuvo el padre Calvo un disgusto con el que a la sazón era gobernador de dicho lugar, quien por no entenderse con el padre frustró indecorosamente los designios del Prefecto, violando la correspondencia del dicho funcionario dirigida al padre Calvo.

El lector querrá saber cómo eran aquellos gobernadores, en aquellas soledades aún poco pobladas, donde no abundaban hombres para esta clase de cargos.

Daremos aquí una muestra de aquellos hombres, bajo cuyas órdenes tenían que manejarse los padres misioneros. Era la cuaresma del año de 1865, y el padre Calvo emprendió la visita de las conversiones con el padre Sans, para que los fieles cumpliesen con el precepto pascual.

Después de emprendido el viaje les cayó una nota del gobernador, que a la letra era del tenor siguiente: "R. P.: Gobernación del distrito de Sarayacu, 18 de Enero de 1865.—Al M. R. P. Prefecto Fr. Vicente Calvo.—M. R. P.—En esta fecha la gobernación en cumplimiento de sus deberes prebiene a S. P. para que desde que toque esta a sus manos deje de

suministrar en lo espiritual, como manda su sagrada misión, de la embocadura de la quebrada de Callaría para bajo, que, dando V. P. y los demás padres Misioneros, con él campo libre de trancitar por todas las tribus que se considera su mayor necesidad, para su redimición en el Ucayali arriba del punto prelucido que lo es de otra embocadura Callería.—Dios G. a V. P. (firmado)".

Según informaciones que dejaron los misioneros, los gobernadores de Sarayacu, con excepción de dos o tres, eran de la calidad del que escribió esta nota.

¡Viril apoyo podían prestar autoridades de esta clase al progreso de las misiones!

5.—Los dos misioneros se dirigieron a Sarayacu para oír de la boca del gobernador con alguna más claridad el contenido de su nota; pero no le hallaron en Sarayacu, sino que precipitadamente se había huído a Tierra Blanca, por temor a las amenazas de muerte del *Italiano.*

Así llamaban por aquellos días a un joven, cuya característica describe la *Historia de las Misiones de Ocopa,* en los términos siguientes: "Era éste uno de aquellos jovenes libertinos, de pasiones desenfrenadas, sin temor de Dios, ni de las autoridades (aunque sólo de las que suelen haber en Sarayacu), de aquellos en una palabra que todo lo atropellan con tal de conseguir sus fines. Este joven, aunque cobarde en extremo, no dejaba de amenazar con revólver y puñadas a cuantos conocía que no le opondrían resistencia; no así empero con los que se le oponían, como aconteció con el señor Calixto, Gobernador de Santa Catalina, ante quien se arrodilló pidiendo mil perdones. El fué el primero y el que más incitó al señor Saudi, su paisano, para que escribiese cuanto ha publicado contra los Padres".

"Por aquellos días se había alborotado el pueblo de Sarayacu con el objeto de echarle de allí; pues conocieron los indios que los padres no iban a visitarles con la frecuencia que ellos deseaban, a causa de aquel italiano. Viéndose éste en un trance apurado, no tenía más remedio que mal vender todas las cosas y marcharse para siempre del Ucayali. Escribióle a un comerciante que llegó a Cashiboya, donde a la sazón se hallaba el P. Prefecto, diciéndole que si quería entrar en partes para comprarle sus bienes acudiese a Sarayacu. Dió el comer-

ciante a leer esta carta a dicho Padre, quien movido a compasión al ver las pérdidas que el italiano iba a experimentar, olvidando cristianamente los agravios recibidos, envió al P. Felix Padró a Sarayacu, para que apaciguase a los indios, prometiéndoles que los padres irían a visitarles cuantas veces pudieran. Calmáronse con esto los Sarayaquinos y no incomodaron más al italiano; pero éste, lejos de agradecer tan marcados favores, olvidó las promesas que había hecho, no perdiendo ocasión de calumniar a los Padres de la manera más vil".

"Este italiano se cree que era *judío* de religión, y estaba en Sarayacu amancebado públicamente con dos cristianas, madre e hija, etc., de cuyas hazañas se jactaba. Muerta su manceba sin confesión, fué sepultada en la iglesia de Sarayacu por el mismo italiano".

Este era el que escribió al padre Calvo una carta muy humilde, "dándole gracias por las reprensiones que le daba, proponiendo vivir con más cautela en lo sucesivo. Prometióle no tener más contiendas en adelante y corresponder a la amistad con que le brindaba, deseando darle pruebas de ser buen amigo y buen católico, y por último le daba las gracias por el interés que le había merecido, enviando a Sarayacu al P. Padró para salvar sus intereses que estaban seriamente amenazados".

Este mismo era el que "al P. Calvo guardaba algunas consideraciones de respeto, a lo menos en lo exterior y cuando se hallaba en su presencia; pues cuando no le tenía delante ya era otra cosa (1)".

6.—El lector comprende que con autoridades como la que hemos visto y con libertinos como el que aparece descrito en los párrafos que preceden, colocados al frente de una conversión de infieles de escaso criterio, no era posible hacer fruto alguno ni evangelizar en buena forma a los indígenas.

Y por desgracia un buen número de hombres de esta laya se había introducido en aquella época a las márgenes del Ucayali. Y no tardó en caer una sombra negra también sobre el manso y bondadoso padre Calvo.

Era el caso que el gobierno del Perú había empleado algunos caudales para habilitar el puerto de Iquitos como centro

(1) Tom. II, cap. XX.

suministrar en lo espiritual, como manda su sagrada misión, de la embocadura de la quebrada de Callaría para bajo, que, dando V. P. y los demás padres Misioneros, con él campo libre de trancitar por todas las tribus que se considera su mayor necesidad, para su redimición en el Ucayali arriba del punto prelucido que lo es de otra embocadura Callería.—Dios G. a V. P. (firmado)".

Según informaciones que dejaron los misioneros, los gobernadores de Sarayacu, con excepción de dos o tres, eran de la calidad del que escribió esta nota.

¡Viril apoyo podían prestar autoridades de esta clase al progreso de las misiones!

5.—Los dos misioneros se dirigieron a Sarayacu para oír de la boca del gobernador con alguna más claridad el contenido de su nota; pero no le hallaron en Sarayacu, sino que precipitadamente se había huído a Tierra Blanca, por temor a las amenazas de muerte del *Italiano.*

Así llamaban por aquellos días a un joven, cuya característica describe la *Historia de las Misiones de Ocopa,* en los términos siguientes: "Era éste uno de aquellos jovenes libertinos, de pasiones desenfrenadas, sin temor de Dios, ni de las autoridades (aunque sólo de las que suelen haber en Sarayacu), de aquellos en una palabra que todo lo atropellan con tal de conseguir sus fines. Este joven, aunque cobarde en extremo, no dejaba de amenazar con revólver y puñadas a cuantos conocía que no le opondrían resistencia; no así empero con los que se le oponían, como aconteció con el señor Calixto, Gobernador de Santa Catalina, ante quien se arrodilló pidiendo mil perdones. El fué el primero y el que más incitó al señor Saudi, su paisano, para que escribiese cuanto ha publicado contra los Padres".

"Por aquellos días se había alborotado el pueblo de Sarayacu con el objeto de echarle de allí; pues conocieron los indios que los padres no iban a visitarles con la frecuencia que ellos deseaban, a causa de aquel italiano. Viéndose éste en un trance apurado, no tenía más remedio que mal vender todas las cosas y marcharse para siempre del Ucayali. Escribióle a un comerciante que llegó a Cashiboya, donde a la sazón se hallaba el P. Prefecto, diciéndole que si quería entrar en partes para comprarle sus bienes acudiese a Sarayacu. Dió el comer-

ciante a leer esta carta a dicho Padre, quien movido a compasión al ver las pérdidas que el italiano iba a experimentar, olvidando cristianamente los agravios recibidos, envió al P. Felix Padró a Sarayacu, para que apaciguase a los indios, prometiéndoles que los padres irían a visitarles cuantas veces pudieran. Calmáronse con esto los Sarayaquinos y no incomodaron más al italiano; pero éste, lejos de agradecer tan marcados favores, olvidó las promesas que había hecho, no perdiendo ocasión de calumniar a los Padres de la manera más vil".

"Este italiano se cree que era *judío* de religión, y estaba en Sarayacu amancebado públicamente con dos cristianas, madre e hija, etc., de cuyas hazañas se jactaba. Muerta su manceba sin confesión, fué sepultada en la iglesia de Sarayacu por el mismo italiano".

Este era el que escribió al padre Calvo una carta muy humilde, "dándole gracias por las reprensiones que le daba, proponiendo vivir con más cautela en lo sucesivo. Prometióle no tener más contiendas en adelante y corresponder a la amistad con que le brindaba, deseando darle pruebas de ser buen amigo y buen católico, y por último le daba las gracias por el interés que le había merecido, enviando a Sarayacu al P. Padró para salvar sus intereses que estaban seriamente amenazados".

Este mismo era el que "al P. Calvo guardaba algunas consideraciones de respeto, a lo menos en lo exterior y cuando se hallaba en su presencia; pues cuando no le tenía delante ya era otra cosa (1)".

6.—El lector comprende que con autoridades como la que hemos visto y con libertinos como el que aparece descrito en los párrafos que preceden, colocados al frente de una conversión de infieles de escaso criterio, no era posible hacer fruto alguno ni evangelizar en buena forma a los indígenas.

Y por desgracia un buen número de hombres de esta laya se había introducido en aquella época a las márgenes del Ucayali. Y no tardó en caer una sombra negra también sobre el manso y bondadoso padre Calvo.

Era el caso que el gobierno del Perú había empleado algunos caudales para habilitar el puerto de Iquitos como centro

(1) Tom. II, cap. XX.

comercial, desde donde partieron vapores fluviales a distintos puntos de industria, y se movieron al Pachitea y al Palcazu, para establecer una línea de comunicación con la capital de la República.

Con estos fines se organizó una expedición a bordo del vapor Putumayo, con el desgraciado éxito que referiremos en el capítulo siguiente, con la muerte de dos oficiales por los Cashibos del Pachitea.

A la salida de la expedición, se había agregado a ella en Sarayacu el célebre italiano de quien hablamos, para servir de intérprete a un barón alemán que iba también en el buque y que ignoraba el español. Dicho joven italiano, para dar salida al odio irreconciliable que guardaba contra los padres, procuró persuadir a fuerza de chismes y calumnias que aquéllos habían tenido la culpa de la desastrosa muerte de los dos oficiales. Que por no haber salido al encuentro de la expedición para saludar a los que de ella formaban parte, no sólo habían faltado a la política, sino que por esta sola circunstancia se hacían sospechosos de aquel crimen (1).

La especie se extendió y tuvo resonancia en el Ucayali, y hasta llegó a oídos del Supremo Gobierno de Lima; y habría seguido propagándose con visos de verdad, a no haberla desvanecido la rectitud y prudencia de don Benito Arana, prefecto del departamento.

(1) Historia de las Misiones de Ocopa, t. II, cap. XXI.

## CAPITULO XXXIII

**Navegación a vapor de los ríos Ucayali, Pachitea y Palcazu hasta el puerto de Mairo: el padre Calvo interviene en la expedición.**

**1866 - 1867**

**SUMARIO: 1.—Expedición del señor Vargas: muerte de los oficiales Távara y West por Cashibos del Pachitea. 2.—Expedición de don Benito Arana: forma parte de ella el padre Calvo. 3.—En el Pachitea: el bote de los oficiales Távara y West. 4.—El combate con los Cashibos. 5.—Hasta el Mairo por el río Palcazu.**

1.—En 1866 se realizó la primera expedición a vapor en los ríos Ucayali y Pachitea, en la lancha fluvial Putumayo, dirigida por el mayor de órdenes don Adrián Vargas.

El señor Vargas hizo un recorrido minucioso del Ucayali, explorando las bocas del Tapiche, Santa Catalina, Cushiabatay, Pichsque, Aguaitía, Callaría y Tamaya, y los puntos poblados por los neófitos de las conversiones.

Entró también en el Pachitea, donde el vapor luchó en vano con las *empalizadas,* viéndose precisado a varar para salvarlo.

"El día 14 de Agosto, hallándose ausente el señor Vargas, dos oficiales, Távara y West, accediendo inocentemente a la insidiosa llamada de algunos salvajes de la feroz tribu de los Cashibos, fueron hacia ellos en una canoa. Cuando desembarcaron en la playa, había solamente tres o cuatro infieles, los que con engaños fueron llamando a los dos oficiales, llevándolos lejos del bote, hasta que, juzgándolos segura presa, les dispararon una multitud de flechas, que los hicieron caer desfallecidos y, echándose sobre ellos, los acabaron de matar. Los marineros que cuidaban el bote, huyeron y, viéndose perseguidos por un gran número de salvajes, abandonaron la embarcación y se echaron al río atravesándolo a nado".

"La avería del vapor y esta horrible desgracia produjeron un gran desaliento en todos los demás, y frustraron enteramente el viaje por el río Pachitea, pues se determinó no seguir adelante y regresar a Iquitos (1)".

(1) Raimondi, t. III, cap. XIX.

2.—La segunda expedición se llevó a cabo con más elementos que la anterior: la encabezaba don Benito Arana, que era el prefecto del departamento. Iban en la expedición tres vapores: el Morona al mando de don Eduardo Raygada; el Napo comandado por don Ruperto Gutiérrez, y el Putumayo a órdenes de don Darío Gutiérrez: los tres marinos eran jóvenes resueltos a llevar a debido fin la empresa.

La expedición salió de Iquitos el 12 de noviembre de 1866.

Antes de llegar a Tierra Blanca recibió a bordo don Benito Arana al padre Vicente Calvo, deseoso de tener un puesto en las filas de los expedicionarios, y, como él decía, anhelando emplear su vida entera en beneficio de la Religión y en bien de la nación peruana.

"El 22 visitó el Señor Arana, en compañía del P. Calvo, la decadente población de Sarayacu, la que desde que se retiraron los Padres Misioneros, para establecerse en el nuevo pueblo de Callaría, había sufrido una baja considerable en el número de sus habitantes, pues casi la mitad de ellos habían emigrado, de manera que en aquella fecha contaba solamente con 500 almas (2)".

Don Benito Arana quiso también contemplar la pintoresca conversión de Cashiboya, a seis millas del Ucayali, adonde se dirige por un canal y dos hermosas lagunas. Así lo hizo, siendo respetuosamente agasajado por los misioneros.

3.—El tres de diciembre penetraron los tres vapores en el Pachitea; y después de haber navegado como unas tres millas, mientras se procuraba el combustible para los vapores, don Benito Arana ganó la voluntad de unos indios mansos que moraban allí y que agregados a unos Cunibos que le acompañaban, podrían servirle de guías en el castigo que deseaba ejecutar en los antropófagos Cashibos, que quitaron la vida a los oficiales Távara y West.

Don Benito Arana organizó el castigo con las precauciones necesarias: llegados al paraje del desastre, dió orden para que los tres vapores estuviesen a su tiempo en el puerto de embarque; y él, con 40 individuos de tropa armados de rifles, 40 indígenas armados de flechas y diez personas de su comitiva entre oficiales y el padre Calvo, se adelantó sigilo-

(2) Id. id.

samente en botes hasta Chontaisla, donde se desembarcó la gente para internarse en el bosque.

"Por los datos que tenía de los indios, creía que las casas de los Cashibos distaban de la playa unas dos leguas; de manera que pensaba sorprenderlos en sus casas antes de las tres de la mañana, y hacerles de este modo prisioneros sin efusión de sangre. Pero las noticias que le habían dado eran erróneas; pues habiendo caminado los expedicionarios casi toda la noche, a través de un espeso bosque, sin camino alguno, guiados por los infieles, no hallaron otra cosa que unas punzantes estacas de madera de chonta, plantadas artificialmente en el suelo por los Cashibos para destrozar los pies de sus enemigos".

"A las cuatro de la mañana tuvieron la felicidad de descubrir en medio del bosque el bote en que fueron los desgraciados oficiales Távara y West, quedando los expedicionarios admirados de ver cómo habían podido los salvajes arrastrar a tanta distancia, en un bosque tan espeso y casi impenetrable, una embarcación tan pesada y voluminosa como aquel bote".

"El hallazgo del bote infundió nuevo valor a los expedicionarios, para continuar su penosa marcha en medio de aquellas frondosas selvas. Ya eran las siete y media de la mañana, cuando descubrieron unas habitaciones, las que hallaron completamente desiertas; pues no eran sino las chozas que habitan en la estación de verano, cuando los infieles se acercan a la playa para pescar".

"Lo peor era, que desde este lugar ni aun los guías conocían el camino para llegar al paraje donde vivían los feroces Cashibos que buscaban".

"Sin embargo, como en este punto se divisaban algunos caminos que partían en distintos sentidos, el señor Arana dispuso que se siguiese la marcha por el central que parecía ser el principal y que ofrecía mayor anchura que los demás. Continuaron los expedicionarios por este camino, que atravesaba un platanal, hasta las diez de la mañana, sin poder descubrir otras señales de los salvajes, que una especie de trampas o mejor dicho de pequeñas chozas de forma alargada, enteramente cubiertas y con unas aberturas o pequeñas troneras. Estas extrañas construcciones sirven a los Cashibos para cazar con más facilidad; pues imitando estos sal-

vajes con gran perfección el grito de todos los animales del bosque, ocultos en estas pequeñas chozas, acechan la caza, la atraen con maña, y disparando sus flechas por las dichas troneras, matan de un golpe certero a los distintos animales que han sido víctimas del engaño".

"Sumamente fatigados por esta penosa marcha y sin víveres para recuperar las fuerzas perdidas, se hallaba la expedición ya a 17 millas de la orilla del Pachitea; y juzgando el Señor Arana poco prudente el internarse más, pues le podrían faltar hasta las municiones, determinó regresar, a pesar de que tenía el gran sentimiento de no haber realizado el principal objeto de tomar presos a los autores del asesinato de los dos oficiales".

"Antes de emprender la retirada, quiso sin embargo dar un poco de descanso a la gente, y para no ahorrar esfuerzo alguno en buscar a los enemigos, mandó mientras tanto un piquete de soldados para que recorrieran en distintos sentidos el interior del bosque, y ver si podían descubrir alguna otra señal de la proximidad de los Cashibos".

"No había pasado una hora, cuando regresó la avanzada, diciendo que habían descubierto un grupo de salvajes en una completa orgía, celebrando tal vez la muerte de alguno de sus parientes. A esta noticia mandó luego el Señor Arana poner la fuerza sobre las armas, para dirigirse a ese lugar, que distaba muy poco del sitio donde estaban".

"Serían las once y media, cuando en efecto descubrieron unas casas y como 40 o 50 salvajes con muchas mujeres y niños, que estaban celebrando alguna ceremonia funeraria, en la que parece que tienen la rara costumbre de embriagarse y beber las cenizas del difunto".

4.—"Apenas los feroces Cashibos descubrieron a los expedicionarios, se lanzaron sobre ellos con furia, disparando sus flechas y dando espantosos gritos, haciendo resonar la tranquila atmósfera de aquellos solitarios y taciturnos bosques. En este ataque de parte de los salvajes, se distinguía por su denuedo el terrible Yanacuna, indio conocido ya por ser el principal autor de la muerte de los desgraciados oficiales. El Señor Arana, a pesar de que había deseado tomar presos sin efusión de sangre a los autores del asesinato, al verse atacado con tanta saña por ellos, se vió obligado, en de-

fensa de los suyos, a mandar hacer fuego sobre estos encarnizados enemigos; los que, sorprendidos y espantados por la detonación de las armas de fuego, huyeron precipitadamente, dejando tres mujeres adultas y catorce muchachos de ambos sexos y diferentes edades, los que fueron hechos prisioneros".

"Entre las mujeres hallábase la esposa del caudillo Yanacuna, mujer feroz y sanguinaria, que echaba espuma de cólera por la boca, la que, interpelada sobre la muerte de los dos marinos, no sólo confesó el crimen, sino que por un acto de venganza fué a un rincón de la habitación y sacando una pequeña sarta de dientes algo calcinados, los arrojó a los pies de los expedicionarios, mostrándoles los restos de las víctimas como para despertar en ellos el recuerdo de la sangrienta escena que había tenido lugar pocos meses antes; increpándoles al mismo tiempo el haber penetrado en sus tierras y haberles derribado algunos pies de plátanos".

"Cumplido el castigo que merecían estos sanguinarios salvajes, empezó la expedición su retirada. Mas no habían recorrido una media legua, cuando una infernal gritería se oyó en el bosque, apareciendo luego en mayor número los arrojados Cashibos, disparando una lluvia de flechas sobre los expedicionarios y buscando medio de arrebatarles los prisioneros. Una nueva descarga de rifles causó entre ellos varios muertos y heridos, lo que, lejos de espantarlos, pareció infundirles mayor valor. Por todas partes veíase al terrible Yanacuna animando a los suyos, siendo realmente digno de admirar la actividad y arrojo de este salvaje, que al fin le costaron la vida, pues en el momento de disparar su certera flecha sobre un individuo de la expedición, recibió una bala que le tendió sin vida en el campo".

"A medida que los expedicionarios iban adelantando, iba también aumentándose el número de los salvajes y su algazara, y cuando a las 5 de la tarde llegó el Señor Arana con su gente a la playa, ésta hallábase ya invadida por 400 o 500 salvajes; y sin duda alguna todos los miembros de la expedición hubieran sucumbido, ante el número de los feroces Cashibos, que de todas partes acudían al campo de batalla, a no ser por la protección de los vapores, cuyos comandantes, cumpliendo la orden que habían recibido, hallábanse listos en el lugar del desembarco".

"Los salvajes, en su ignorancia, no conociendo los poderosos medios de destrucción que tenían los vapores, y viéndose en número muy superior a los expedicionarios, creían sin duda alcanzar la victoria, juzgando ya a toda la expedición como una presa segura; cuando a una señal del Señor Arana los vapores se pusieron en línea y dispararon su artillería sobre los salvajes apiñados en la playa, causando entre ellos un gran número de muertos y heridos, tanto por la proximidad, cuanto por la gran cantidad de los indios Cashibos que se habían reunido allí, formando casi una masa compacta, en medio de la cual la metralla debía naturalmente causar los más horrorosos estragos".

"Esta sangrienta escena puso término al combate; pues todos los salvajes que salieron con vida huyeron despavoridos, y pocos minutos después reinaba en aquel lugar un silencio sepulcral (1)".

Hemos querido narrar los hechos que anteceden siguiendo la relación de Antonio Raimondi, especialmente en lo referente al asesinato de los dos oficiales Távara y West, para apoyarnos en pluma tan autorizada sobre hechos que, como hemos visto, han sido tergiversados con detrimento del buen nombre del esclarecido padre Calvo.

5.—La flotilla de que hablamos tuvo la suerte de avanzar por el Pachitea hasta la confluencia del Pichis y Palcazu, y de penetrar por las aguas de este último río.

Sin embargo, al Putumayo se le rompió en el Pachitea la excéntrica de una rueda, haciendo paralizar la marcha por tres días; pero tuvieron modo de componerla.

Al Palcazu sólo entraron los dos vapores menores Napo y Putumayo, y con mil precauciones llegaron al puerto de Mairo, donde en los primeros momentos hubo una explosión de entusiasmo y satisfacción de todos, al ver coronada por el éxito más halagador una empresa tan arriesgada.

(1) Raimondi, t. III, cap. XIX.

## CAPITULO XXXIV

**Viaje del padre Calvo a Lima: trabajos para abrir nuevo camino del Pozuzo al Mairo: el padre Calvo preside la expedición, que es la *octava* de este explorador.**

### 1867

**SUMARIO: 1.—En el Mairo y Pozuzo. 2.—En Lima. 3.—En el Mirador. 4.—Serie de imponderables trabajos. 5.—Enfermo en Ocopa y Lima.**

1.—Llegada al Mairo la expedición presidida por don Benito Arana, de que acabamos de hablar en el capítulo anterior, a las primeras impresiones de entusiasmo hubieron de seguir los cuidados imprescindibles de la subsistencia, pues en el viaje se les habían acabado los víveres y en el Mairo no los había tampoco; pues, aunque puerto hermoso y de abierto panorama, en aquella fecha se hallaba inhabilitado.

El padre Calvo fué el primero en adelantarse al Pozuzo a procurar los víveres indispensables: cuatro días empleó para llegar al Pozuzo. Antes de pasar el río Huancabamba dieron con la chacra de un indio, con abundancia de plátanos maduros, donde saciaron su hambre el padre Calvo y sus acompañantes. En el Pozuzo encontraron algunas arrobas de arroz y fríjoles, manteca, gallinas y otros comestibles, y dispuso el padre Calvo que sus peones los trasportaran al Mairo. El siguió recogiendo nuevas provisiones y remitiéndolas a los expedicionarios, a medida que los iba hallando.

2.—No tardó en llegar al Pozuzo el prefecto don Benito Arana, con quien el padre Calvo siguió el viaje a Huánuco. En Huánuco se produjo un entusiasmo sin límites con la presencia de los expedicionarios.

Luego siguieron su viaje a Lima, donde el presidente de la República organizó una comisión, para que se abriera un camino en debidas condiciones, para establecer el tráfico con el Mairo, desde donde creían entonces navegable el río Palcazu, y con más razón el Pachitea para entrar al Ucayali.

Para esto se veía la conveniencia de abrir un camino desde la cuenca del Huancabamba, en comunicación con el Pozuzo, hasta el puerto del Mairo, pasando por la cumbre

llamada *Mirador.* Este camino era ventajoso para los moradores del Cerro de Pasco y no perjudicaba a los habitantes de Huánuco.

Para la apertura de este ventajoso camino el presidente de la República nombró una comisión, compuesta de un ingeniero y cuatro auxiliares inteligentes, confiriendo la presidencia de la misma al R. P. Calvo, en vista de los informes que dió el Prefecto acerca de las circunstancias que concurrían en este Padre, quien, por razón de las muchas veces que había recorrido aquellos países, no tenía en toda la República otro que le igualase en el conocimiento de los cerros que el camino debía atravesar. No quería, sin embargo, él admitir el honor que se le dispensaba, y al efecto pidió al señor Presidente que nombrase jefe de la expedición al ingeniero; pero por más instancias que hizo, no se le admitió la renuncia (1).

3.—El Padre Calvo describe la serie de penalidades de esta expedición con la precisión y pormenores del que pasó por ellas. "Puestas en regla, dice, las cosas necesarias, emprendió su viaje la comisión, llegando al Pozuzo sin haber ocurrido ningún suceso notable durante el camino. Del Pozuzo pasó al río Huancabamba, desde cuyo punto empezó el reconocimiento del terreno, siguiendo el trozo del camino que el año anterior había hecho abrir el P. Calvo, hasta el sitio llamado el *Mirador*, como dejamos dicho ya. No dejaba de ofrecer graves dificultades la construcción de un camino por un sitio tan elevado, pero al fin era el que menos las presentaba, y por otra parte era el que más ventajas ofrecía. Desde aquel sitio dió principio el ingeniero a sus estudios, y creyendo el P. Calvo que muy poco o nada podría ayudarle por entonces en sus trabajos científicos, determinó, de acuerdo con dicho ingeniero, adelantarse a descubrir terrenos, en compañía del señor cura de la colonia alemana, que también quiso tomar parte en aquellos trabajos. Lleváronse diez hombres por lo que pudiese ocurrir, y salieron del Mirador, tardando cerca de dos días en llegar a la confluencia de dos quebradas que desde aquel sitio parecía no distar más de media legua; la causa de este retraso fueron los rodeos que tuvieron que hacer, para evitar los precipicios que continua-

(1) Historia de las Misiones de Ocopa, t. II, cap. XXII.

mente se les presentaban, y por los muchos palos y bejucos que habían de cortar, si querían dar un paso seguro. El estado atmosférico no les era tampoco muy favorable, siendo tan continuas las lluvias, que apenas se les secaba por cortos momentos la ropa que les cubría".

4.—"Dos días después de andar por aquellas malezas, encontraron por fin una pequeña pampa, en la que como sitio más apropiado se detuvieron para arreglar su rancho (tienda de campaña); y desde allí hacían sus investigaciones, volviendo siempre a descansar en el mismo sitio. Entretanto iban pasando los días y disminuyéndose las provisiones; en vista de lo cual, después de trascurridos unos once días, les fué preciso enviar cuatro hombres a buscar víveres al Mirador, pues el ingeniero tenía algunos, y en caso que le faltaran le era más fácil procurárselos en el Pozuzo. No habiendo regresado aún los peones con los víveres que se necesitaban, al cabo de tres días, el señor Cura tomó la escopeta, para ver si encontraba alguna pieza de caza; siéndole tan propicia la fortuna, que mató un gran mono *maquizapa*. No pudieron, sin embargo, saciarse con este refrigerio tanto como creían; porque los tres únicos indios que habían quedado en su compañía, pues los demás habían huído, viéndose con el mono, asaron más de la mitad y al día siguiente, antes de amanecer, cuando el padre y su compañero todavía dormían, se separaron, dejándoles abandonados en un sitio muy triste, en la profundidad de dos elevados cerros".

"No decayó por esto su ánimo, sino que procurando conservar sus fuerzas con el refrigerio que la Providencia les había deparado, se pusieron a hervir el pedazo de mono que los indios habían dejado, sin más aderezo que agua pura y poco de sal; pues las circunstancias no eran las más a propósito para apetecer exquisitos manjares. Comieron de este refrigerio aunque en corta cantidad, y resignados a lo que pudiera venir, esperaban tranquilos la llegada de las provisiones, cuando por desgracia aquella noche el señor Cura cayó enfermo de alguna gravedad, declarándose en el siguiente día la disentería. Mil reflexiones tristes les asaltaron entonces y en ninguna parte veían esperanza de alivio; cualquier rumor de las aguas y movimiento de los árboles les parecía señalar

que los indios regresaban ya, pero muy pronto se disipaban sus ilusiones".

"Trataban ya de irse solos, pero ¿cómo era posible hallar camino en medio de la espesura tan grande del bosque? Y ¿cómo podrían pasar sin alimento cuatro días a lo menos que necesitaban para llegar al Mirador? De este modo iban discurriendo al tercer día de hallarse en aquella soledad, cuando por la tarde se les presentaron los indios con algunas libras de arróz y un poco de carne salada. Al recibir aquel socorro que les venía como del cielo, no pudieron menos de dar fervientes gracias a Dios, que jamás desampara en la necesidad a aquel que en El espera".

"Pusieron luego a hervir una buena porción de carne y arroz; pero desgraciadamente el estado del señor Cura no le permitió pasar ni un pequeño sorbo de caldo; tal era sù postración. Con esta falta de alimento se iba agravando su enfermedad y no le quedaba ninguna esperanza de librarse de la muerte, careciendo como carecían de médico y de medicinas a propósito para curar sus dolencias. El día siguiente amaneció sereno el tiempo, y el enfermo haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se puso en camino para el Mirador en compañía del P. Calvo y de los dos indios, quienes dejaron en aquel sitio la tienda de campaña y otros efectos que habían llevado, seguros de encontrarlo todo en el mismo sitio cuando volvieran, pues no había por aquellos contornos, ni es fácil hubiese penetrado jamás en aquel punto, persona alguna".

"Penosísimo era el camino, atendido el modo como debían verificarlo, empleando todo el día para recorrer un trecho que a paso regular hubieran atravesado en media hora. El enfermo seguía sin apetito, no habiendo probado en todo el día sino dos cucharadas de arroz. De esta manera continuaron el día siguiente el camino, en medio de muchos precipicios, que atravesaron con suma dificultad. Como a las diez de la mañana, detuviéronse para arreglar un poco de comida, y mientras tanto el enfermo para refrigerarse descansaba sobre unas piedras, ya que no era dable ofrecerle más blando lecho en aquella soledad".

"Rendido del cansancio o por otras causas quizás, comió menos el señor Cura aquel día que el anterior, siguiendo el camino con tanta dificultad, que a cada diez o doce pasos

que daba tenía que pararse otros tantos minutos; era tanta su postración que aquel día parecía iba a expirar, de manera que afligido el Padre iba ya discurriendo en qué sitio enterraría su cadáver, pues no era fácil conducirlo al Pozuzo, atendida la larga distancia a que se encontraban. Tampoco se hacía ilusiones el enfermo, sino que sus pensamientos eran idénticos a los del Padre, según él mismo se lo manifestó después".

"No obstante, serían como las dos de la tarde, cuando se observó que el enfermo iba recobrando las fuerzas, no siendo necesario hacer tan frecuentes los descansos; pero como no convenía abusar de esta pequeña mejoría y por otra parte el tiempo amenazaba lluvia, resolvieron detenerse para hacer un rancho, a fin de pasar la noche al abrigo de los chubascos. Mientras los indios se ocupaban en cortar algunas hojas de palma, el padre se fué a buscar leña para encender fuego, pues el enfermo manifestaba tener alguna apetencia; y aunque los alimentos que podían proporcionarle no eran los más a propósito para su dolencia, a lo menos hacía concebir algunas esperanzas, si su estómago desfallecido podía reparar de cualquier modo que fuere sus abatidas fuerzas".

"La leña desgraciadamente estaba tan impregnada de humedad, que no había medio de hacerla arder, de suerte que el Padre hubiera desistido de buen agrado de su empeño, a no haber sido por la pena que le daba no poder proporcionar algún refrigerio a su pobre compañero. Dos horas, pues, hacía que estaba batallando, sin conseguir más resultado que hacer un poco de humo; pero al fin, a fuerza de cortar astillas secas, logró extraer la humedad de la leña que principió a arder. Arreglaron entonces la cena, teniendo la gran satisfacción de ver que el señor Cura comió un buen plato de arroz, con el desabrido caldo que hizo la carne salada, único alimento de que en aquella soledad podían disponer".

"A fin de que no se repitiera el trabajo que les había costado encender fuego, procuraron mantener toda la noche el que habían encendido; a cuyo efecto amontonaron bastante leña, que, aunque húmeda, se iba secando al calor de las brasas encendidas. Procuraron también dejar preparado el arroz que les sobró para poderse con él alimentar a la mañana siguien-

te, como en efecto lo hicieron así, adquiriendo de esta suerte el enfermo las fuerzas necesarias para emprender la larga subida, que es preciso hacer para llegar al Mirador".

"Indecible fué la satisfacción que experimentaron al llegar a aquel sitio, después de los gravísimos trabajos que habían sufrido, y cuando no creían de ninguna manera posible llegara con vida el señor Cura, visto el lastimoso estado en que le había puesto su enfermedad. A su llegada, el ingeniero mandó preparar una buena comida, que bien necesaria les era, después de lo mal alimentados que habían estado durante tantos días; pasaron allí mismo aquella noche, partiendo al día siguiente para el Pozuzo, porque el estado del enfermo no permitía pensar siquiera en seguir acompañando la expedición, y para evitar el difícil descenso del Mirador se internaron por detras del cerro *Monocanca*, para ver si por aquella parte había una pendiente más sueve y menos penosa. Gracias a la Divina Providencia, llegaron con felicidad a la colonia alemana, donde el señor Cura se restableció de sus dolencias, con las mayores comodidades que pudo encontrar en su casa (1)".

5.—El padre Calvo a su vez se vió atacado de tercianas en la misma tarde que llegó a Pozuzo. Esta enfermedad le impidió seguir explorando el terreno que debía estudiar el ingeniero, y se contentó con ir mejorando el camino que el año anterior había hecho hasta el Mirador, en los días que le dejaba respirar la enfermedad.

El ingeniero acabó de hacer sus estudios para noviembre, hallando una bajada más sueve del Mirador a la unión de las dos cuencas y continuando allí el trazo del camino hasta el Mairo.

En noviembre salió del Pozuzo la comisión, habiéndo terminado la obra encomendada por el gobierno: todos pasaron al Cerro de Pasco, y de aquí el ingeniero a Lima y el padre Calvo a Ocopa.

En Ocopa se realizó el capítulo trienal de elecciones correspondiente al año 1867, en cuya fecha el padre Calvo llevaba doce años en las misiones, pesando sobre sus hombros durante aquel largo período de años el difícil gobierno de las mismas.

(1) —*Historia de las Misiones de Ocopa*, t. II, cap. XXII.

Sin embargo de esto, volvieron a elegirle para el mismo cargo por un tercer sexenio; creyendo que, a pesar de sus enfermedades y excesivos trabajos soportados a costa de las fuerzas físicas, importaba mucho tener al frente de las misiones un religioso y explorador de su mérito.

En Ocopa se sintió mal el padre Calvo, desahuciáronle los médicos si no pasaba a un clima menos frío que el de Ocopa, y en consecuencia emprendió el penoso viaje a los Descalzos de Lima.

En Lima mejoró en poco tiempo y se puso en estado de volver a las misiones.

---

## CAPITUO XXXV

### Cartas de los misioneros al padre Calvo

### 1867 - 1868

**SUMARIO: 1.—Ordenes de don Benito Arana. 2.—Desconcierto y agitaciones en Callaría. 3.—Carta del padre Mayoral. 4.—Carta del padre Sans.**

1.—Don Benito Arana, que tuvo ocasión de comprobar el espíritu evangélico del padre Vicente Calvo, a pesar de llevar una vida en extremo activa, no la llevaba agitada ni azarosa. En las épocas de mayor movimiento sabía guardar la presencia de Dios, que caracteriza al varón justo, y en los días más afanosos pagaba a Dios el tributo sagrado del oficio divino, y a María Santísima, su madre y su consuelo, no dejaba de ofrecer el rezo devoto de la corona seráfica.

Por este método de vida el padre Calvo se exhibía siempre el varón de Dios; y por el espíritu apostólico que le animaba, no desfalleció su ánimo en circunstancias en las cuales un espíritu vulgar habría sucumbido.

Mas no dejó de comprender don Benito Arana la situación delicada en que se hallaban colocados los misioneros, obligados por una parte por su sagrado ministerio a trabajar en la reducción del indígena y a predicar a todos la mo-

ral incorruptible del Evangelio de Jesucristo; y cercados por otra de hombres sin conciencia, insidiosos, malévolos, calumniadores, traficantes, sin pudor ni pundonor, dispuestos a todo evento a denigrar la fama del sacerdote, porque es el único que puede poner obstáculos en el camino del maleficio al espíritu pérfidamente inicuo.

Por todo esto, aquel hombre público, que veía en los misioneros un elemento de saneamiento espíritual y de progreso, no dejó de recomendarles a las autoridades subalternas del Ucayali y sus afluentes y de exigir que se evitara con rigor el secuestro y venta de menores indígenas, fuente inagotable de desórdenes y crueldades.

Pero la palabra de aquella autoridad digna de encomio fué atendida sólo mientras él estuvo presente; después las cosas quedaron como siempre a merced de los más audaces.

2.—Vimos en un capítulo anterior que los misioneros abandonaron la residencia habitual de Sarayacu, y se redujeron a vivir en Callaría, visitando desde este centro los demás puntos de misiones, entre éstos Sarayacu. Vimos que el motivo que tuvieron los misioneros para no residir en Sarayacu fué el estado babélico y tenebroso a que lo redujeron hombres sin moral ni espíritu cristiano, que ponían en contingencia la honra misma de los misioneros.

Al reducirse los padres a su morada de Callaría, evitaron en gran parte los inconvenientes de Sarayacu, pueblo relativamente populoso y que acogió en su seno en los días de su prosperidad un enjambre de especuladores. No sucedía lo mismo en Callaría, donde los indios braceros eran pocos; habiéndose opuesto, por otra parte, algunos comerciantes por medios vedados a los progresos de Callaría.

Sin embargo de esto, no dejaron de acudir allí algunos especuladores, promoviendo escándalos, dándose públicamente a la bebida, llevando una vida nada honesta, etc., y haciendo amarga la vida del virtuoso padre Antonio Mayoral, que regentaba aquella misión. Aun envolvieron al misionero en una calumnia bochornosa elevada hasta el subprefecto de Tarapoto.

3.—El padre Mayoral cuidaba de sus neófitos con esmero y solicitud de padre, y aun tuvo tiempo de realizar excursiones muy útiles, de que dió cuenta al padre Calvo, escribiéndole en estos términos:.

"Callaría, a 7 de octubre de 1867: El día 11 del pasado agosto, después de haber consultado el parecer del P. Francisco, salí acompañado de ocho cristianos en dirección a la desembocadura del río Tambo, para entablar relaciones con los Piros que habitan por aquellos alrededores. Fuimos surcando el Tamaya por espacio de ocho días, durante los cuales intenté trabar amistad con los Amuehuacas, que viven diseminados por su contornos, mas viendo que no correspondían a lo que yo esperaba, fuí prosiguiendo mi viaje hacia el punto antes indicado. A los quince días de haberme puesto en camino, llegué a la desembocadura del Pachitea, donde tuve el gusto de saludar a los señores oficiales del vapor Morona, que estaban allí aguardando a una Comisión que debía llegar de Lima. Recibiéronme dichos señores con su acostumbrada benevolencia, mostrándose dispuestos a prestar cualquier servicio que se ofrezca a nuestras misiones".

"A las tres semanas de mi viaje me atacó una hinchazón y dolor tan molesto en la mejilla, que a poco que hubiese aumentado me ponía en muy apurado trance. En medio del desconsuelo que me causaba el pensar que a causa de esta dolencia se frustraría acaso mi expedición, acudí a la Virgen Santísima y a mi glorioso patrón San Antonio, sintiéndome repentinamente sin dolor, aunque la hinchazón fué bajando poco a poco. A los quince días, gracias a Dios, pude continuar mi camino sin otra contrariedad que las molestias inherentes a esta clase de viajes, y después de cuatro semanas y media de haber salido de nuestro Hospicio, tuve por fin el contento de llegar a la desembocadura del Tambo".

"Los indios Piros, con quienes pude avistarme, instruídos por la tradición acerca de los grandes servicios que los antiguos Misioneros prestaron a sus progenitores, me recibieron con las mayores demostraciones de alegría, y unánimemente me prometieron reunirse en población, tan pronto como yo me fuera a residir entre ellos. Animado con esta esperanza, bauticé a más de treinta chiquitos, por si acaso alguno moría antes de establecerse allí algún Padre. Conseguí también ponerme en relaciones con los indios Campas más inmediatos, quienes me hicieron igualmente concebir halagüeñas esperanzas; aunque tengo la dificultad de su idioma que no me es tan conocido como el de los Piros. Con estos resul-

tados, y con la confianza que llegué a abrigar de poder amansar a los fieros Campas del Tambo, regresé satisfecho de mi excursión, pasando otra vez a mi vuelta por la tribu de los Cunibos y parte de los Shipibos, haciendo mi viaje con mucha rapidez durante el día y con poco descanso por la noche, para poderme hallar en Callaría el día de San Miguel Arcángel, patrón de este pueblo, cuya fiesta deseaba celebrar en compañía de los otros padres".

"En todo el curso de la expedición, gracias al Señor, no hemos tenido novedad, aunque nos vimos amenazados de algunas desgracias. Entre otras ocurrencias, un día me encontré con una enorme serpiente, la que conseguí matar; tenía una vara bien cumplida de grueso, y como seis varas escasas de largo".

4.—El padre Ignacio Sans, a su vez, dió cuenta al padre Calvo de sus proyectos y de las dificultades con que se tropezaba para hacer el bien a los indios: "Callaría, 20 de noviembre de 1868: Mi amadísimo Padre: Por la cuaresma próxima, Dios mediante, iré a trabajar en la conversión de los Hiscis-Báquebu, que como sabe V. P. son una parcialidad de los Remos de Callaría, y espero en Aquel que me conforta, que esta empresa saldrá mejor que la expedición que hice a los otros Remos. He tenido a mi lado por espacio de más de un año a cinco neófitos de aquella tribu, y he enviado cuatro de ellos con el encargo de reunir a sus parientes, y de que una vez reunidos volviesen a buscarme; creo que cumplirán con fidelidad su cometido, porque hasta ahora me han dado pruebas de corresponder al amor que les profeso. Y no en vano lo hacen así, pues me deben el beneficio de la vida, por haber impedido yo que se la quitasen los bárbaros Shipibos. El resultado de su comisión confío saberlo por Navidad. Lo que ahora suplico a V. P., es que se digne auxiliarme con recursos y sobre todo con sus oraciones, para que Dios y la Virgen Santísima nos ayuden".

"Como el vecindario de Callaría es tan corto, como V. P. sabe, he redimido siete jovencitos Campas, cuatro varones y tres mujeres, que eran llevados a Nauta para ser vendidos como esclavos. Además, habiéndome dicho un comerciante de dicha ciudad, que tenía encargado a algunos de los que vagan por el país de los Piros que le proporcionaran hasta veinte, le dije que me los entregase y no los pusiera en venta,

por ser cosa detestable y contraria a las leyes de Dios y de la República; y que no temiese por la plata, porque cuanto antes se la entregaría, pues a este efecto iba a escribir a V. P., para que sin pérdida de tiempo me la mandase. Si con esto he obrado mal le suplico me perdone, pero la compasión que me causa ver a estos desgraciados sumidos en tal degradación, me ha movido a obrar de este modo; con esto me parece haber hecho un servicio a Dios y también a la República, rescatando de la esclavitud a estos infelices que algún día podrán ser útiles a la sociedad. Procure por tanto V. P. reunir alguna plata y mandármela a Huánuco para el mes de julio, que yo o alguno de los padres iremos a recibirla".

"Ya que estoy escribiendo, no puedo pasar en silencio, para que V. P. pueda denunciarlo a quién le convenga, el abuso que cometen algunas tribus del Ucayali, haciendo correrías a otras tribus, como son los Campas, Cashibos, Remos y Amuehuacas, que se van destruyendo. Mientras el Gobierno no tome un fuerte empeño en prohibir a los comerciantes la compra y venta de los jovencitos indios, los infieles del Ucayali no cesarán en sus hostilidades con las otras tribus, pues por este medio consiguen lo que les hace falta para atender a sus necesidades. Pero esto no es aún suficiente, pues debería además reprimir la audacia de los infieles amenazándoles con la esclavitud y con que serán trasportados a Lima para servir de soldados, que es lo que más temor les infunde; y si estas amenazas no son suficientes, convendría hacer algún escarmiento, que con poco bastaría, pues es sabido que la timidez es el carácter natural de los infieles".

"S. P. sabe mejor que yo, que ni uno solo de los que recorren el Ucayali con el nombre de comerciantes ha prosperado con este tráfico ni con el de la pesca salada; antes bien, al llegar a los meses de marzo o abril, todos han de recurrir a los comerciantes de Nauta; pero como éstos los tienen bien conocidos, no los habilitan sino con aquello que pueden ganar en un año. ¿Pero cómo es posible que prosperen, dejándose dominar por el juego y demás vicios que le son anexos? Las funestas consecuencias que de esto dimanan fácilmente pueden comprenderse; para satisfacer a sus acreedores compran los muchachitos de los indios, lo cual es causa de que éstos se ocupen en piraterías, que no cometerían si les falta-

ra aquel incitamento. Mientras tanto los hijos de la República Peruana, a pesar de la ley de abolición de la esclavitud, son vendidos para sostener los vicios de unos cuantos aventureros. ¡Ojalá que esta carta sirva para poner remedio a tamaño escándalo"!

. "En el río Ahuaitiya ya han acabado enteramenute con los Cashibos, no quedando ni uno solo de esta tribu. Los Shipibos que vivieron en este pueblo al principio de su fundación, tienen varios de estos salvajes en su poder, y si estas gentes de Callaría tienen tantos, ¿cuántos más tendrán los de otras tribus que son más astutos y atrevidos? Días atrás bajaban por el Ucayali cuatro o seis canoas y al pasar por delante de las viviendas de los Shipibos de estas cercanías, redoblaron los tambores, como tienen por costumbre practicarlo siempre que les ha salido bien alguna correría. ¿Cuántos, pues, de estos infieles llevarían en aquellas canoas?".

---

## CAPITULO XXXVI

### Santa muerte del padre Vicente Calvo en el convento de Ica.

### 1873

**SUMARIO: 1.—Vuelta a las misiones y despedida: llanto de los neófitos. 2.—El cura su hermano: amor a Ocopa, 3.—En Lima y en Ica: su santa muerte. 4.—Datos biográficos.**

1.—Cuando el padre Calvo se sintió mejorado de sus achaques en el convento de los Descalzos de Lima, volvió a mirar en espíritu desde aquella inmensa distancia a sus neófitos del Ucayali, y volvió a sentir para con ellos un amor de padre y una ternura de madre, y volvió a emprender esa jornada de héroes tantas veces mencionada, de Lima al Cerro de Pasco, del Cerro al Pozuzo, del Pozuzo al Mairo, y del Mairo a Callaría, que es un laberinto fluvial y lacustre en las márgenes del Ucayali.

Aquí asumió de nuevo las riendas del gobierno de las misiones, que en su ausencia había encomendado al celoso cuidado del padre Ignacio M. Sans.

Pasó algunos años dedicado a los sagrados deberes de su cargo pastoral, haciendo aquellos esfuerzos que él sabía realizar, exhibiéndose lleno de fortaleza espiritual en un cuerpo extenuado.

Ya iba a cumplir dieciocho años de oficio pastoral, cuando comprendió que sus fuerzas ya no estaban para más, que era preciso darse por vencido y prepararse en un conven-



**Un claustro de los Descalzos**

to para el último trance, que es recio aun para los grandes espíritus.

Volvió a dejar en manos de su viceprefecto de misiones, el padre Ignacio Sans, los asuntos de éstas, y se despidió en Callaría, así de sus hermanos los misioneros, como de los neófitos. Estos no se equivocaban al afirmar que se les iba un verdadero padre, en cuya bondad a toda prueba habían hallado confianza ilimitada, como hijos pobres y desvalidos, para quienes había reservado el padre Calvo sus finezas, y que habían colocado en el corazón de su buen padre todo su amor y cariño. Los neófitos no acababan de besarle sus

manos y su santo hábito, ni de desprenderse de él, sumidos en un mar de llanto y lágrimas.

2.—Antes de salir de Callaría había recibido una carta de un hermano suyo, cura párroco en España, ofreciéndole toda suerte de comodidades, posición brillante y ancianidad tranquila. Apenas se informó del contenido de la carta, cuando llamó a su lado a su estimadísimo padre Sans, y, *mire, mire,* le dice, *lo que me promete mi hermano;* leyéndole luego la carta. Y agregó: *¿Qué le parece, mi padre, de tales propuestas?* y exhalando un profundo suspiro, exclamó: *Jamás fray Vicente Calvo trocará el oro por el lodo, el cielo por el cieno, ni mucho menos malogrará la corona que por sus fatigas, sudores y trabajos espera recibir de manos del justo Juez, en el día de la retribución.* Y refiriéndose a Ocopa, agregó: *Haec est requies mea in soecculum soecculi, quoniam elegi eam: Este es el lugar de mi descanso eterno: así lo tengo elegido.* Y no pocas veces se le oyó decir que deseaba morir en Ocopa.

El padre Calvo llegó a su colegio muy rendido, sintiendo todos los efectos de los años, de las fatigas del viaje y del clima debilitante de la montaña.

En Ocopa se sintió mal y le llevaron al clima cálido y suave de Panahuanca, en compañía del padre Francisco Ballescá, donde a pocas semanas tuvo notable mejoría. Por lo mismo pensó el padre Calvo que todo buen religioso fuera del convento es como un hueso dislocado; y con este pensamiento se puso en camino para Ocopa.

En Ocopa volvió a enfermar, hasta agravarse, y se le trasladó al convento de los Descalzos de Lima.

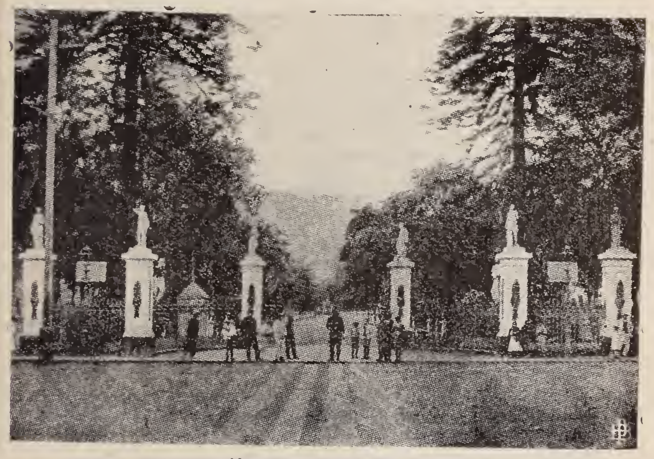
3.—La comunidad de los Descalzos recibió al padre Calvo con júbilo, como a campeón muchas veces laureado en los rudos campos de la montaña, y que venía cargado de merecimientos, en vísperas de recibir el galardón eterno. Y así prodigó al enfermo cuantos cuidados le fueron posibles.

Pero ni en Lima hubo mejoría en su salud, y por consejo de los médicos se le pasó a Ica, adonde viajó en compañía del comisario general, fray José María Masiá.

A pocos días de haber llegado a Ica se complicaron sus males, al extremo de tener que recibir los últimos sacramentos. Los recibió devotamente, y murió dando ejemplos de vir-

tud, entregando su espíritu en manos del Creador, el 12 de mayo de 1873. Fué enterrado en el panteón de Saraja.

4.—El padre Calvo era aragonés, natural de Saviñán, en el obispado de Tarazona, y había tomado el hábito franciscano en la provincia seráfica de Aragón. En la revolución demagógica española contra los religiosos en 1835 emigró a Francia, de allí pasó a Roma, y de Roma al Perú.



**Alameda de los Descalzos**

El celoso misionero, antes de pasar a territorio de infieles, predicó misiones en Lima, Jauja, Huancayo y Ayacucho, anunciando la palabra de Dios con mucha eficacia y virtud.

Fué el padre Calvo un héroe cortado en un todo por el molde franciscano: supo unir la sencillez de espíritu con empresas dificultosas y de alto vuelo; no le costaba violencia alguna la modestia en medio de los aplausos, ni al haber coronado expediciones atléticas con amplísima resonancia en la prensa y admiración en la República toda; no le fué difícil fundir en un mismo espíritu de Dios la fogosidad jamás in-

terrumpida con el recogimiento del anacoreta y del ermitaño; y en una palabra, poseía las más bellas cualidades, sin que la una embarazase a la otra, como eran humanidad y magnanimidad, actividad y recogimiento, afabilidad y modestia, debilidad corporal y austeridad no interrumpida, condiciones todas por las cuales se hizo amable a Dios y a los hombres, útil a sus semejantes, sin dejar de ser más útil a sí mismo.

---

## CAPITULO XXXVII

### Organismo político-religioso de las conversiones.

**SUMARIO: 1.—Autoridades o varayos: su número. 2.—Relaciones del misionero con la comunidad. 3.—Administración de justicia. 4.—Ocupaciones diarias. 5.—Fiestas religiosas y entierros. 6.—La casa del padre misionero. 7.—El comercio y el hospedaje. 8.—La enseñanza y la toma de estado. 9.—La transmisión del mando.**

1.—Antes de entrar en el Libro Sexto y en el gobierno del padre Ignacio Sans, daremos una idea del organismo a que se sometían los indígenas en la época del padre Calvo por costumbre tradicional.

Se comprende que realizado el ensueño del misionero de reunir en un punto un grupo homogéneo de infieles, el mismo misionero resultaba desde los primeros momentos la primera autoridad de aquella vida cívica tan especial, concentrándose en él la autoridad civil y la religiosa.

Pero, esta concentración de poderes tenía en la práctica graves inconvenientes; y por este motivo fué costumbre y uso en los centros de misiones conferir el ejercicio externo de la autoridad civil a uno de los indígenas, elegido generalmente por voto popular.

Las normas de gobierno se acomodaban a la condición o índole especial del indígena, y tenían por finalidad su bienestar temporal, armonizado con el bien espiritual de su conversión a la fe católica, su conservación en la guarda de los mandamientos y obligaciones del cristiano, y su formación para la

vida civilizada como preliminar para entrar el alma al morir en la ciudad celeste, el cielo.

Para el logro de esta finalidad combinada, se solían nombrar las autoridades siguientes:

En primer lugar el *Cacique*, que era la primera autoridad civil, y su nombramiento había de ser por elección y mayoría de votos, empezando la votación por los más ancianos.

Seguía como segunda autoridad el *Capitán*, y su nombramiento debía de realizarse en la misma forma que el del Cacique.

La misma forma electiva se empleaba para designar los *Mayordomos y los Alguaciles* de mujeres.

El padre superior de la misión, con consulta de sus compañeros, hacía el nombramiento del *Sacristán*.

Estas cinco autoridades constituían la *Junta*, que era a un mismo tiempo civil y concejal, y que solía hacer las elecciones de autoridades de segundo orden, como eran los *Comisarios y Fiscales*.

Los comisarios eran jóvenes de 18 a 20 años, nombrados por la Junta a propuesta del Cacique. Los fiscales y pequeños comisarios eran los muchachos destinados al servicio de los misioneros, nombrados por la Junta a propuesta del Mayordomo.

Los miembros de la Junta y los comisarios usaban el bastón en señal de autoridad; el Cacique con borla doble y con borla simple los demás.

El padre misionero usaba su bastón, con una cruz por remate en la parte superior.

Sólo la Junta dirigía los asuntos del pueblo; para cuyo gobierno y administración el padre misionero impartía sus órdenes al cacique, que tenía la obligación de visitar todas las tardes al anochecer al padre misionero, informándose de él al por menor de las cosas que se debían emprender, las cuales, si eran llanas y sin dificultad, el cacique comunicaba a la comunidad al día siguiente, terminada la misa del pueblo y el catecismo.

El capitán secundado por los comisarios era el llamado a mantener en el pueblo las sanas costumbres, la policía y limpieza, el orden y la paz, evitando desórdenes, especialmente el exceso de la bebida; y en caso de ausencia del cacique asu-

mía el mando con las mismas atribuciones y obligaciones que éste.

El mayordomo tenía la vigilancia, así del terreno y útiles del convento, como de los terrenos y útiles de la comunidad, exigiendo que todos tuvieran sus chacras limpias y cultivadas y cultivando la del padre misionero.

El alguacil de mujeres debía visitar las casas, con el fin primordial de saber si había enfermos en los diversos hogares, y, en caso de haberlos, dar aviso al misionero. El mismo debía reunir cada día a las mujeres y muchachas en los talleres de trabajo, donde las madres debían adiestrar a las hijas en las labores propias de su sexo, como tejer, hacer cestas, obras de alfarería, etc. Esta escuela taller funcionaba diariamente sólo por dos horas en la mañana.

Lo trabajado era en beneficio de las propias autoras.

También el padre misionero las visitaba durante el trabajo, les refería algún hecho edificante de la *Historia Santa,* que suele agradar mucho a las indias, y se retiraba cuidando de no ser pesado o mortificante a las mismas.

El padre, mediante el mayordomo y los comisarios, se tomaba el cuidado de exigir la limpieza y la higiene en las habitaciones; pues generalmente los indios son toscamente desaseados, originando la falta de aseo enfermedades epidémicas, que luego sembraban la devastación y la ruina en los pueblos, deshaciéndolos en poco tiempo.

Los misioneros tenían que entrar en esta labor en los comienzos con mucha sagacidad y por método de insinuación, para no hacer odiosa e insufrible la vida social a los que no conocían sino una holgada vida en la soledad de los bosques, sin testigos ni fiscales de lo que hacían o dejaban de hacer.

El alguacil hacía que las mujeres proveyesen de agua al convento, turnándose por semanas; y que los sábados trajesen algunas astillas cada una.

Cada sábado, el alguacil, las mujeres, los muchachos y niños barrían la plaza, limpiaban la iglesia y ponían flores en los altares; y se les dejaba que los adornasen a su gusto y manera, con el sacristán mayor, en lo cual hallan un gran placer.

El sacristán tenía bajo su cuidado los muchachos que servían en la iglesía durante la misa y funciones religiosas, y que son distintos de los fiscales que sirven al padre misionero.

El alguacil y sacristán tenían cuidado de que cada año, por Pascua de Resurrección, cada vecino pusiese una estera en la iglesia y otra en el convento, para sentarse ellos con el padre en las reuniones y visitas que le hacen.

2.—Era norma inviolable y absolutamente necesaria la igualdad que el padre conversor debía tener con todos, sin mostrar preferencia por ninguno de sus neófitos, hombre ni mujer, so pena de engendrar desconfianzas, recelos y separaciones desastrosas para la conservación de la comunidad; pues la delicadeza y los celos de los indios llegan en esta materia a un punto inconcebible.

Cuando no se tenía con qué agasajar a todos con medallas, dijes, herramientas, etc., no se daba nada a ninguno.

Era ley acariciar mucho a los niños, aunque estuvieran muy sucios: conversar siempre al igual con todos, sin olvidarse de chistes oportunos, pues nuestro indígena de las selvas orientales, iniciado en el compañerismo de la vida social, es jovial extremadamente, se ríe muy a gusto, discretea a su modo, distingue y repudia los chistes indiscretos o de mal gusto, y sobre todo no soporta por largo tiempo la seriedad meditabunda.

Y así las gracias y las sales del amable misionero les halagaban por todo extremo, y con ellos el padre llegaba a ser querido y popular.

3.—En ocasiones en que por algún acto delictuoso se acudía al padre misionero en demanda de corrección y remedio, con queja justificada, era obligación del misionero hacer reunir primero indefectiblemente al Cacique e informarle de lo ocurrido y convocar luego a la Junta.

La Junta debía funcionar luego y proceder al castigo pero no en presencia del padre; el cual no haría sino una discreta reconvención al culpado, recordándole además y haciéndole ver que toda autoridad viene de Dios, y que ninguna autoridad debe gobernar ni administrar justicia sino en nombre de Dios, procediendo con equidad y verdad; que además el que expía su falta en este mundo, paga el castigo eterno y obtiene el perdón de Dios.

El misionero estaba en el deber de encargar siempre a las autoridades que no traspasasen los límites de una lenidad prudente; y que no se podía proceder al castigo, sino constan-

do de un grave delito de inmoralidad o injusticia; para faltas menores como pereza, desobediencia, etc., debía bastar la reconvención.

Cuando el misionero disponía que viniese a verle alguna de las autoridades que componían la Junta, enviaba a su muchacho fiscal, llevando como comprobante el bastón del padre.

4.—Las ocupaciones diarias de los neófitos estaban marcadas con toda fijeza: levantarse de cinco y media a seis a toque de campana; salir luego a las puertas de sus casas para cantar las *Ave Marías;* recitación matutina del catecismo en su idioma y los domingos y jueves en castellano; misa diaria; saludo cariñoso del padre y de los neófitos en la plaza, donde el cacique habla al pueblo según las instrucciones recibidas en la víspera; exhortación del padre en orden al adelanto del pueblo en todo orden de cosas, repitiéndolo siempre para vencer la repugnancia innata del indio al trabajo y al progreso; luego todos a desayunarse en sus casas; de ocho a once de la mañana los hombres al trabajo y los niños a la escuela, y otro tanto por la tarde de dos a cinco; a las cinco catecismo a los niños en el portal de la iglesia.

De noche, después de cenar, los indios visitan al padre conversor, quién se sentará con ellos a la fresca. Terminada la charla, se despiden; y el padre da una vuelta por la plaza y las calles, acompañado de sus fiscales, y luego el toque de silencio.

Esta vida resultaba un cielo mientras los indios conservaban su espíritu tranquilo, y mientras ninguno de ellos revolvía ideas subversivas, impulsado de alguna pasión malsana. Esta vida resultaba una sorpresa incleíble para los distraídos comerciantes, que por primera vez la sorprendían en un centro floreciente de neófitos. Con esta vida mantuvieron nuestros misioneros una inviolable inocencia de costumbres sin un caso de amancebamiento y siendo rara la embriaguez.

Y un solo comerciante mal cristiano bastaba para desconcertar con sus calumnias y dicterios en poco tiempo aquella vida primitiva, y para dar margen a la disolución de costumbres y a los excesos y desórdenes de la bebida.

5.—En las fiestas permitían los misioneros que los indios bailasen sus danzas modestas de hombres, con vistosos adornos; cosa que les gusta mucho. Las fiestas eran la ocasión pro-

picia para las dádivas que el padre debía reiterar a sus neófitos, haciendo gala de cariñosas demostraciones. Las danzas deben terminar de noche con un cántico sagrado.

Agrada a los indios la fiesta de los finados, pero hay que verlas para que no la mezclen con supersticiones.

Era costumbre al morir un neófito, que luego el sacristán tocase a muerto, llevando inmediatamente el acetre de agua bendita a la casa del difunto.

Edifica a los neófitos el entierro hecho según el ritual, llevando el cadáver a la iglesia, cantando el nocturno de difuntos, diciendo misa, etc.; y luego todos los neófitos al panteón, a ver el entierro, a cuyo acto asistía el padre para evitar toda superstición.

A los infieles se les enterraba en lugar distinto, asistiendo el padre sin ceremonias ni ornamentos sagrados, sólo para evitar desórdenes; y al ver esta diferencia de entierros, no pocos se convertían a la fe católica.

Los panteones solían estar cerca de la iglesia.

6.—La casa del padre solía estar abierta como la de un padre para sus hijos. Se conciliaba la ley canónica de la clausura, construyendo las casas con patios en los bajos, abiertas y capaces, donde pudieran entrar de día aun las mujeres.

La misión presentaba el aspecto de una gran familia, en la cual los infieles son los niños, a quienes agrada verlo y tocarlo todo. Además, como el padre les predica virtudes que parecen imposibles, suelen hacer mil pruebas en esta materia Muchas veces mandan alguna mujer al convento con fútiles pretextos o a pedir algo; y ellas se encargan de dar cuenta de todo lo ocurrido. Es necesario que se cercioren de que el padre realmente es un ángel, lo cual le atraerá luego la estimación general, que se convertirá en ascendiente y garantía del misionero.

En el convento solían dormir siempre cuatro muchachos de catorce a dieciséis años, testigos de todo lo que en él ocurría.

7.—Nuestros misioneros habían prohibido que alguno comerciara con los neófitos sin la intervención del conversor.

Solían venderse los artículos disponibles de la misión en precios más baratos que en otras plazas de la comarca.

Los forasteros debían ser hospedados en el mismo convento del padre, como si fueran el mismo Jesucristo, con toda amabilidad y alegría; pero vedándoseles el ingreso en las casas de los neófitos. El mayordomo les conseguía todos los objetos que deseaban comprar: los pagos se hacían en dinero contante y delante del padre conversor.

Cuando se solicitaban indios bogas, se depositaba el dinero en la casa del padre, hasta que se cumplía lo estipulado.

8.—Se enseñaba a los indios el idioma nacional, desterrando los dialectos; comprobando que los indios aprenden con rapidez el castellano. Pero a su vez el padre trataba de hacerse pronto con el dialecto del lugar, como medio eficaz para lograr la instrucción de los indios. No usaban del dialecto en las conversaciones, sobre todo con los jóvenes, a fin de estimularles a hablar el idioma español.

No permitían que tomasen estado sin que la mujer supiese lo que le correspondía para formar un hogar feliz, examinándola el padre a este fin. El novio debía tener casa propia, en cuya construcción le ayudaba todo el pueblo, y a esta casa venían después de terminada la ceremonia de la iglesia.

9.—Las varas de autoridad se daban también en la iglesia, señalando al pormenor a cada uno las obligaciones de su cargo. Para esto, las autoridades depositaban sus varas en el altar el día de Ramos; y el día de Pascua, antes de la misa solemne, se procedía al nombramiento de las nuevas autoridades. Por regla general no se hacía cambio alguno, a no ser que una razón poderosa lo exigiese, con excepción de los comisarios, que convenía reemplazar, por ser cargo ocasionado a pesadumbres.



# LIBRO SEXTO

## Gobierno de los padres Prefectos fray Ignacio M.ª Sans, fray Tomás Hermoso y fray Juan Pallás

### 1864 - 1883

*Religiosos que intervinieron*: Ignacio María Sans, Domingo Burgués, Lucas Martorell, José María Batellas, Francisco Sagols, Buenaventura Amer, Ignacio Tapia, Manuel Vargas, Manuel Ortí, Buenaventura Martínez, Diego Falcó, Pablo Ibáñez, Luis Sabaté, José Magret, Agustín Alemany, Juan Pallás, Antonio Mayoral, Luis Torra, Francisco Samper, Diego Gutiérrez, Juan José Mas, Bernardino de San José, Francisco Herrero, Lucas Garteiz, Bernardino González, Tomás Hernández, Diego Plaza, Maximino Colina.

## CAPITULO XXXVIII

**Gobierno del padre Sans, Viceprefecto de Misiones.—Entrada que hace a los Campas de Quimirí.**

**1864 - 1869**

**SUMARIO: 1.—Elección de viceprefecto. 2.—Envenenamientos. 3.—Excursión del padre Sans a Quimiri. 4.—La merced que me hacía Dios. 5.—¡Adios! Estoy muerto. 5.—Exito feliz.**

1.—En uno de los capítulos del libro anterior narramos la entrada que hicieron al Ucayali en 1861 los padres Ignacio María Sans y Lucas Martorell, con el hermano lego fray Manuel Cornejo; los cuales animosamente se ofrecieron a reemplazar a los tres misioneros que murieron en Sarayacu de viruelas, aunque con algún indicio de haber sido envenenados.

Insinuamos también en dicho lugar los trabajos y sinsabores a que se vieron expuestos a poco de haber empezado sus labores de conversores con grande entusiasmo; dispersándose entonces los indios moradores de Sarayacu a diversos puntos en el río Ucayali.

El padre Calvo, ausente por su enfermedad, confirió sus facultades con título de viceprefecto al padre fray Lucas Martorell, quien estuvo en las misiones, ejerciendo este cargo, hasta el año de 1864; en cuya fecha, viéndose cargado de enfermedades, volvió a Ocopa, y recayó el cargo de viceprefecto en el padre fray Ignacio María Sans.

2.—Vimos también que en 1863 los misioneros abandonaron Sarayacu, para establecerse en Callaría. Así en Sarayacu como en Callaría, llevaban los misioneros una vida amarguísima, sin más consuelo que el de Dios. Antes de salir de Sarayacu, un gobernador de nacionalidad chilena, Wenceslao Jaña, hizo flagelar con sus gendarmes a un sarayaquino, y luego hizo disparar una bala de fusil a la canoa de los padres.

En Callaría uno de los muchachos de servicio quiso envenenar a los misioneros, a cuyo fin les preparó el desayuno mezclándolo con un veneno activo.

Quiso Dios que el padre Sans, contra su costumbre, fuera ese día a la cocina en momentos en que el muchacho ha-

bía preparado la pócima, y descubriese la asquerosa combinación, que luego se descubrió ser veneno.

Rara condición de los campeones de Dios, que no sólo deben pasar los trabajos físicos inherentes a su arduo ministerio, sino que también deben sobrellevar el odio y la persecución de los hombres, trayendo no pocas veces la vida colgada de un hilo.

3.—Para el año de 1869 organizó el padre Sans una entrada a los Campas de Quimirí, en combinación con la expedición del coronel Pereira, de la cual ya hablamos en otro lugar.

El padre Sans refiere con ingenuidad los lances de esta entrada en los términos siguientes:

"Con el designio de abrir un camino por el Chanchamayo, y al mismo tiempo convertir a la fe a aquellos pobres salvajes, sumidos aún en las tinieblas del error, fuíme al colegio de Ocopa, para llevar en mi compañía algunos religiosos que ocuparan mi lugar en las reducciones del Ucayali, poder yo internarme por el río Unini o recorrer todo el Chanchamayo, y salir después por el Tambo a dar un estrecho abrazo a mis hermanos por las fiestas de Navidad, si la Divina Providencia no me disponía antes la corona del martirio. El diez de julio del presente año de 1869 llegué a Huánuco, y habiéndome presentado al Iltmo. Sr. D. Manuel Teodoro del Valle, primer Obispo de aquella ciudad, le expuse el proyecto que había formado, de fundar en la desembocadura del Pichis una nueva población, con algunas familias de Sarayacu y otras de indígenas de la Sierra. Mucho le gustó a S. Iltma. mi plan; mas como por razón de la apertura del Santo Concilio Vaticano tenía que marcharse a la capital del mundo católico, no le fué posible por de pronto tomar una parte activa en su realización; prometiéndome no obstante su apoyo, publicando mis proyectos en los periódicos del Cerro de Pasco".

"Así que llegué a mi colegio de Ocopa, se ofrecieron a acompañarme los Reverendos Padres Fr. Domingo Burgés y Fr. Francisco Sagols, los cuales me concedió nuestro celoso Padre Guardián, Fr. Fernando Pallarés, con el venerable Discretorio, después de haberles examinado su vocación y suficiencia, conforme lo previene nuestra santa regla. A siete del mes de agosto salí de Ocopa con mis nuevos compañeros,

llegando felizmente a la ciudad de Tarma, en donde fuimos visitados por los señores Prefecto y Subprefecto de Junín, D. Bernardo Bermúdez y D. Luis Santamaría, e inmediatamente vino también a avistarse con nosotros el señor coronel don José Manuel Pereira, jefe de la expedición a Chanchamayo, quien me manifestó sus deseos de que le acompañase en su viaje. Contestéle que como yo era hijo de obediencia, no podía disponer absolutamente de mi persona; y por consiguiente que le escribiría al Rdo. P. Prefecto de Misiones, para que resolviese lo que estimara más conveniente al servicio de Dios nuestro Señor. Escribíle efectivamente, diciéndole que esperaría su contestación en la ciudad de Huánuco, en donde se nos había de reunir el Reverendo Padre Fr. Buenaventura Amer, religioso de los Descalzos de Lima. Este padre fué quien me trajo la contestación de dicho P. Prefecto, en la cual me decía, entre otras cosas, que si tenía yo algún nuevo plan de Misiones, podía pasar adelante, abandonando las antiguas e infructuosas que entonces teníamos; añadiendo que él, junto con el M. Rdo. Padre Comisario General, cuidaría de protegerme ante el Gobierno Supremo. Nada más necesitaba yo para obrar con libertad; y así conferencié con mis compañeros lo que debíamos hacer, conviniendo al fin en que les acompañara hasta el Pozuzo, en cuyo paraje nos aguardaban los dieciocho indios que vinieron conmigo en la surcada. Tiernísima fué la entrevista que con éstos tuve, y las lágrimas inundaban de tal manera nuestros ojos, que ellas más bien que las palabras expresaban los afectos de nuestros corazones. Cuando les repartía yo los regalitos que para ellos expresamente había traído, no sabían de qué palabras valerse para manifestar la estimación que me tenían: *Nato qucheyamay, Miabirez nubira quchey. Nato cupi ma Miabirez cupischama*, gritaban en su lengua: más vales tú que lo que nos das, por más que sea de precio, me decían; valiéndose de éstas y otras más tiernas expresiones".

"Después de haberse retirado nuestros queridos neófitos, me despedí de mis compañeros religiosos, dándoles un tierno abrazo de fraternal amor. El nueve de septiembre fué el día en que tuvo lugar nuestra separación, continuando los otros religiosos su viaje para el Mayro, Palcazu, Pachitea y Ucayali, mientras yo regresaba a Huánuco, donde dejé a

los comisionados que iban a buscar el imaginado oro del Cerro de San Matías; desde aquel punto pasé a Tarma, adonde llegué el día del Arcángel San Miguel, y pasada la fiesta de nuestro glorioso patriarca San Francisco, proseguí el día cinco de octubre mi viaje al Chanchamayo, a cuyo punto llegué felizmente el día después. Hospedéme en una hacienda llamada *Huacará*, cuyos dueños me recibieron con mucho cariño; y después de haber descansado otros tres días durante los cuales recibí las visitas de otros varios hacendados que viven en aquel hermoso valle, partí en compañía de algunos de ellos para el valle de Quimirí, atravesando el río por un puente de cadenas que antes había colgado el señor Coronel Pereira, seis o siete cuadras más abajo de la desembocadura del Oczabamba, internándome después hacia la montaña".

4.—"Con indecible gozo de mi alma daba fervientes gracias a Dios por la merced que me hacía, en disponer que fuera yo el que después de tantos años tuviese la dicha de poder visitar los sepulcros de nuestros hermanos, gloriosamente martirizados por la misma causa que me llevaba a mí a aquella región. Entretenido me hallaba con las reflexiones que me sugería el recuerdo de aquellos ínclitos atletas de la fe, cuando hé aquí que se me presentaron a la vista las ruinosas paredes del templo que había levantado en medio de aquellos desiertos el V. P. Fr. Francisco de San José en 1750 (1), cuando en nombre de Jesucristo lanzó a los demonios que tiranizaban las almas de aquellos infelices salvajes. Profundo dolor me causó aquel espectáculo de destrucción, que me enseñaba cuán estériles habían sido tantos desvelos, fatigas y sangre derramada, para fertilizar aquella tierra ingrata".

"Siguiendo mi derrotero, llegué por la orilla del río a otra hermosa pampa, en uno de cuyos extremos se dejaban ver varias casas de infieles, con sus chacras sembradas de yuca, maíz y hermosos plátanos; subí la cuesta llamada de San Bernando, desde cuya cumbre se presenta a la vista la pintoresca llanura del Carmen. Bajando un poco se encuentra otra pampa arenosa, un poco más elevada que la primera, en la cual fijó su campamento el señor Coronel je-

(1) El padre Sans padece engaño en cuanto a la fecha, que es muy anterior.

fe de la expedición, de que más arriba he hablado, poniéndole por nombre La Merced. En esta pampa del Carmen perecieron a manos de los salvajes tres soldados celadores y hubiera perecido también un ayudante, a no haber ido montado en una caballería. La naturaleza del terreno favoreció las agresiones de los indios, que podían resguardarse impunemente detrás de la maleza que todo lo cubría; por lo cual fué preciso reducirla a cenizas para despejar el terreno".

"Llegué por último al pueblo de La Merced como a las cinco y media de la tarde, sin sospechar que fuera aquel el sitio que me tenía reservado Dios nuestro Señor para el combate. El señor Pereira y toda su comitiva me recibieron con la mayor atención y respeto, prohibiendo que se disparase rifle alguno y que por más infieles que se presentaran, de ninguna manera se les hostilizase; sino que antes de entrar con ellos en relaciones de ninguna clase, me llamasen primero a mi, para que les hablara en su idioma y procurase el modo de amansar a aquellas naturalezas feroces, por todos los medios que la religión y la prudencia me enseñasen. De allí pase a Santa Rosa de Quimiri, donde por de pronto hube de contentarme con mirar alguna de las muchas casas que había en la parte opuesta del río; pero al día siguiente aparecieron frente al pueblo diez u once chunchos que iban a cultivar la chácara, que más tarde sería el teatro de mis sufrimientos. Avisáronme que en la orilla del mismo río, frente a la embocadura de la quebrada del Toro, había una casa; traté de dirigirme a ella para darme a conocer como amigo a sus dueños, y cuando estaba ya cerca vi que no era una, sino que más bien eran tres las que allí se encontraban. Llamé varias veces desde alguna distancia corta, pero nadie quiso responderme; por lo cual, viendo que eran inútiles mis esfuerzos de entrar en relaciones, con ellos fuíme de allí".

"El único móvil que me había animado a acompañar a la expedición era la esperanza de poder hablar y convertir a la fe a los infieles, pues de otra suerte no me hubiera puesto en camino; ya que por razón de mi instituto no quería ni podía ser capellán castrense. Poco a poco pude lograr el objeto de mis ansias, porque en los días trece, catorce, quince y dieciséis de octubre, conseguí tener una entrevista con tres salvajes del valle de Quimiri; aunque sólo hablá-

bamos de una a otra orilla del río. Desde aquella en que me hallaba yo les echaba algunas bujerías, a las que correspondían también con lo que su pobreza les suministra; en uno de los citados días les enseñé el Crucifijo que yo llevaba, y al verlo los salvajes, junto con la novedad de un hábito, les inspiró mucha confianza para conmigo; confianza que le subió de punto, al saber que yo era Padre y que por consiguiente nada podían temer de mí. Si algún otro se les presentaba separado de mi compañía, le rechazaban con amenazas, limitándose a preguntarle dónde estaba el Padre, y por qué iban sin él. Viendo yo esto y que por otra parte mi presencia era para ellos una señal inequívoca de confianza y amistad, el día diecisiete, que fué la tercera domínica de octubre, les prometí que por la tarde del mismo día pasaría a la parte del río en que ellos estaban, para vernos así y tratarnos más de cerca, y que al mismo tiempo les traería hachas, machetes, cuchillos y otras cosas".

"Por la tarde, pues, habiéndome encomendado a Dios, a la Virgen Santísima y a los santos patronos de nuestras Misiones, me embarqué en una balsa con cinco hombres que me habían acompañado ya en los días anteriores, y atravesamos el río, en presencia de un considerable número de personas, que elevaban sus oraciones a Dios, implorando su protección a favor nuestro; mientras nosotros llegamos con felicidad a una islita muy cercana al lugar donde se hallaban los salvajes. Hacíanme éstos señas invitándome a que acabase de llegar al sitio en que ellos estaban, pero no creí prudente entregarme de una vez en sus manos, teniendo como tenía antecedentes de las desgracias que habían sucedido a otros religiosos. Viendo ellos que yo no quería moverme de la isla y que les invitaba a reunirse conmigo, uno se arrojó al agua con el más decidido valor y, atravesando a nado el canal que le separaba de la isla, se quedó dentro del agua, sin atreverse a saltar a tierra, hasta que habiéndome metido yo también dentro del río y agasajádole con algunos regalos, logré disipar sus temores y llevármelo hasta la orilla, donde tuvimos largo rato de conversación. Después de todo esto se regresó cargado de herramientas, advirtiéndonos antes que no nos fuésemos; pues volvería luego para traernos algunas papayas, piñas, maíz y una yerba que ellos llaman

Chupischi, de la cual hacen mucho aprecio. Cumplió como lo había ofrecido, volviendo otra vez a nado cargado con sus regalos; y habiendo conversado otro rato conmigo, nos despedimos, dándonos cita para el día siguiente, en el que tuvimos nuestra entrevista como en el anterior, sin más diferencia que el mostrarse el salvaje un poco menos receloso. Sucedióme en este día que habiendo colocado sobre unas piedras el Crucifijo junto con mi sombrero, el pobre indio cautivado sin duda por la novedad que le ofrecían una y otra cosa, tuvo la debilidad de tomárselas, arrojándose al río con ellas; mas al oír las voces que le daba y al ver que yo me ponía triste, tuvo la generosidad de detenerse y restituírme lo que me había quitado. En los tres días siguientes, mis ocupaciones me impidieron acudir al lugar de nuestras conferencias, aunque los indios estaban aguardándome ya en la consabida isla; pero las reanudamos después, estrechándose cada día más nuestras relaciones e invitándome siempre el indio a quien primero había conocido, que fuese a su casa; añadiéndome que no tuviese recelo alguno, porque él no era chuncho sino *Cuyaco;* que quiere decir, sacado del Inga Cuyani, amante o amigo".

5.—"Por fin, el domingo día veinticuatro, que era precisamente el cumpleaños de mi promoción al diaconado, habiéndome encomendado a Dios y a los Santos mis protectores, tomé la resolución de pasar, no ya a la isla, sino a la misma tierra y posesión de aquellos infieles, que tan ingratamente habían de corresponder al interés que por ellos me tomaba. En este día fueron más abundantes los regalos por ambas partes, trayéndoles yo cuanto me habían pedido en el día anterior y además una hermosa hacha americana. Quedaron tan satisfechos con estos regalos que no sabían cómo expresar su alegría; y especialmente el que se quedó con el hacha, se la puso entre las manos, levantándolas al cielo, mientras dirigía algunas palabras a lo alto, lo que no dejó de afectarme e infundirme más valor para ir hasta su casa, que distaba poco de allí. Encaminábame al lugar determinado, bien lejos de sospechar que iba como un cordero a ser entregado a las manos del sacrificador; a poco de haber llegado a su casita y cuando tenía ánimo de retirarme, observé que el buen hombre se ponía triste y me hacía señas de que me

marchase; no aguardé a que me lo dijera otra vez, cuando he aquí que al volver yo la cabeza vi dos arcos y dos ataditos de flechas, arrimados al tronco de un árbol; al ver yo aquello pregunté al joven indio, qué era lo que significaba; a lo que pareció decir que no creía fuera preparado contra mí. No obstante, como los síntomas no eran nada tranquilizadores, traté de retirarme, haciéndome acompañar siempre del salvaje y dirigiendo la vista hacia todos lados, para evitar cualquier sorpresa; así llegué hasta donde el peligro no parecía tan evidente y, volviendo entonces la vista atrás, observé que un caballero que me acompañaba, se había detenido a hablar con un salvaje; llaméle varias veces gritándole que se apurase, porque había peligro; sin embargo él con sus demoras daba lugar a que se preparase una emboscada que, aunque todos ignorábamos, yo no obstante la recelaba. En vez de pasar adelante y ponerme en campo libre, me vino la idea de acercarme a él para llevármelo de una vez; después de lo cual regresé al lugar donde antes estaba; mas al volver la cabeza para ver si dicho señor me seguía, lo que vi fué salir de entre los matorrales, como una manada de lobos, a una multitud de bárbaros armados de arcos y flechas, que pronto hubieran acabado con la vida de este pobre misionero que poco ha les convidaba con la salud y vida, si Aquel que defiende a los que militan bajo la bandera de la Cruz, no le hubiera cubierto con el manto de su protección. Temé entonces la definitiva de escaparme; pero en el mismo instante una flecha de chonta dentada vino a traspasarme el codo de parte a parte por debajo del hueso, aunque sin lisiármelo, ni romperme ningún tendón, mientras otra se me clavó en la parte superior del brazo, rompiéndose dentro al tocar con el hueso. Al sentirme herido, levanté las manos al cielo exclamando: ¡Jesús! y he aquí que al dar las espaldas a mis perseguidores para escaparme de su furia, siento clavarse otra flecha en el espinazo con grande ruido. Peligrosa hubiera sido esta herida, pero gracias a la Divina Providencia, vino a dar contra una banda compuesta de cuatro sartas de cuentas como de rosario, que el mismo salvaje de que antes hemos hablado me había puesto, la que resistiendo a la penetrante punta de la flecha, la rechazó y rompió. Recuerdo que al oír el ruido y sentir la punzada, dije: *Adiós. Estoy muerto;* y caí sin poder dar un paso, por habérseme parali-

zado las piernas, a causa de una afección nerviosa; mas, contra lo que yo temía, observé que las fuerzas no se me disminuían; pasándome la mano por la espalda, no encontré la flecha que creí me mataba; y animado con esto, me puse a andar a gatas, hasta ponerme en medio de mis fieles defensores, Valencia y Aguilera. Este último que me defendía a pedradas, díjome: *"¡Ay, Padre, gracias a Dios!"* y llorando se abalanzó hacia mí, que me estaba con los brazos cruzados y los ojos al cielo, y colocándome sobre sus espaldas, me condujo hasta ponerme en la balsa".

6.—"En medio de este crítico lance, Dios me favoreció con una fortaleza muy superior a lo que podía esperar; quedándose maravillados los circunstantes, al oír las palabras de aliento que profería el que irremisiblemente habían creído muerto. Apenas estuve en la balsa, nos encaminamos a la otra orilla del río en compañía de los citados Aguilera y Valencia, del señor Relayse y de los otros dos individuos que nos habían acompañado. Cuando faltaban tres o cuatro varas para llegar a tierra, se arrojaron al agua dos de los balseros para contener la balsa, pero toda su fuerza fué poca para dominar la de la corriente, y viendo yo el riesgo de que fuéramos a chocar contra un pedrón que más abajo había, con lo cual corríamos peligro manifiesto de ahogarnos, herido como estaba, no tuve más remedio que arrojarme al agua; pero aunque no sabía nadar y las heridas naturalmente debían estorbarme, gracias a Dios alcancé felizmente la orilla. Cuando estuve en tierra, volvieron a llevarme cargado sobre sus espaldas mis buenos compañeros, y al llegar a la cuestecita del pueblo, dos de ellos, asiéndome de los brazos, formaron una especie de asiento, sobre el cual me llevaron como en una silla de manos. Así me condujeron hasta dejarme en medio de una multitud de personas, entre las que estaba el señor Coronel, que deshechas en lágrimas y sollozos se precipitaban sobre mí, para besarme el santo hábito, especialmente en las partes atravesadas por las flechas. Procuré consolarlos a todos, especialmente a dicho señor Coronel que estaba sumamente afligido".

"Después de haberme prestado los primeros auxilios, me hicieron guardar cama, sobreviniéndome una fuerte calentura que me duró unas veinte horas; mas no creo fuese ocasionada por las heridas, porque éstas, conforme a lo que

me había pronosticado ya el Dr. D. José Zapater, quedaron cicatrizadas a los tres días; sino que el golpe que me dió el señor Relayse, cuando estaba yo echado en tierra, cayó con todo su peso sobre mí al huír de la persecución de los bárbaros. Cuatro días estuve en cama, pero al levantarme apenas me podía sostener en pie; sin duda por la falta de la sangre que había perdido".

"Al concluír esta relación, puedo no obstante asegurar, que jamás he tenido ninguna llaga, ni contusión alguna que me haya dolido menos que los flechazos que recibí; sólo el hueso me dolía un poco, al mover el brazo. Así es como paga Dios a los que se exponen a los trabajos y sufrimientos, para trabajar en su santo servicio".

---

## CAPITULO XXXIX

### Gobierno del padre Sans.—Progresos de las misiones.

### 1869 - 1872

**SUMARIO: 1.—Vicisitudes de Quimirí. 2.—Elección del padre Sans como Prefecto de las Misiones: entrega de pueblos al Ordinario de Mainas. 3.—Reducción de los Remos. 4.—Ferocidad de los Cunibos y Shipibos. 5.—Expedición al Yavarí.**

1.—Justamente puede causar asombro al lector el saber que el Quimirí del que se habla en el capítulo anterior, sea el Quimirí histórico, llevado y traído tantas veces en la presente narración, y que después de afanosas tareas de misioneros y militares para conquistar su gente, aún se halla bajo la dominación de los impertérritos Campas.

Ese es el Quimirí que en 1635 fundó el lego fray Jerónimo Jiménez, dotándolo de una capilla y entablando en él una cristiandad ejemplar; pero que se pierde lastimosamente en 1674 en medio de una honda conmoción de todas las misiones del Cerro de la Sal.

Ese es el Quimirí recuperado en 1709 por el venerable padre fray Francisco de San José, y convertido durante al-

gunos años de heroica labor en una misión floreciente; así como también fué transformada la región de Chanchamayo hasta Huancabamba en un territorio cultivado y con producciones pingües, según los datos contenidos en el informe del intendente Urrutia. Mas desde el año de 1743 Quimirí quedó a disposición del rebelde Santos Atahualpa. a pesar de haberse puesto para su defensa militares españoles de alta graduación, y a pesar de haberse construído allí un fuerte para su defensa.

Desde aquella época Quimirí permanecía a la sombra de las flechas de los Campas, aun después de haberse levantado un fuerte en San Ramón durante la presidencia del Mariscal Castilla y a pesar de haberse iniciado la fundación de la Merced en los terrenos de Quimirí.

2.—Después del intento de entrada a los Campas de Quimirí, el padre Sans volvió a las misiones del Ucayali; siendo electo en 1870 prefecto y superior de las misiones, sucediendo en el cargo al benemérito padre Vicente Calvo.

En 1872 ocurrió en nuestras misiones un hecho previsto en la legislación canónica vigente en la fecha, pero que después, por el establecimiento de las prefecturas apostólicas, ha sido determinado en otra forma. El hecho fué el traspaso a la jurisdicción del Ordinario de Mainas, de algunos centros de misión formados bajo la jurisdicción del prefecto de misiones. Siguiendo las normas de la legislación vigente en aquel tiempo, el padre fray Ignacio M. Sans, en febrero de 1872, entregó al Ordinario: "Yanayacu y Leche, Sarayacu y Tierra Blanca, inclusos todos los que viven en Yarina, Paca, Chanchamayo e isla de Buepunao; de cuyos pueblos el padre Martorell había hecho ya dimisión ante el Iltmo. Sr. Ruiz en 1861, la cual no le fué aceptada".

"Sarayacu, cabeza de las misiones desde 1873, es población de mil a dos mil almas, según sus varias alternativas, compuesta de las tribus Pana, Umahua, Yami, Suchichi, Santoci, Setteba, Rema, Amahuaca, etc. Situada en la orilla izquierda del río del mismo nombre, dista una legua del Ucayali. A un cuarto de legua, con dirección al Ucayali, estaba, en la misma izquierda del río Sarayacu, el pueblo de Belén. A un poco más de una legua, encontrábase la ranchería de Yarina: a un día, Ucayali arriba, la del antiguo pueblo de Chanchahuaya; y a un día de surcada, la de Paca.

Buepuano se halla como a unos dos días. Esto por lo que mira subiendo de Sarayacu a las orillas del Ucayali. Bajando, a una legua de Sarayacu, en la izquierda del Ucayali, está Tipiscoca, donde vivía alguna gente; no lejos de aquí Cruz-muyuna; y aunque ha habido otras rancherías, las omitimos. Tierra Blanca se hallaba en la izquierda del Ucayali, a un día de bajada de Sarayacu y dos y medio o tres al su-



**Padre Ignacio Sans**

bir regresando; forman este pueblo los de la nación Pana, que tuvieron después que trasladarse más arriba a la derecha del Ucayali, por haberse inundado el sitio primitivo".

"A un día y parte de una noche más abajo, vivían los fugitivos de Sarayacu en Tipischa de los Negritos y Pucacuru; si bien algunos otros vivían cerca de Nauta en Puynahuas. Catalina dista como once leguas, por tierra, de Sara-

yacu; mas, por el río, algunos días. Yanayacu dista de Catalina, siguiendo la misma dirección hacia el Huallaga, como unas seis leguas; y de Yanayacu el pueblecito de Leche sólo está apartado tres o cuatro leguas".

Así describe la posición e importancia de estos pueblos la *Historia de las misiones de Ocopa* (1), los cuales desde la fecha mencionada quedaron bajo la jurisdicción del Obispo de Mainas, hasta que al establecerse la *Prefectura Apostólica de San Francisco del Ucayali* volvieron a formar parte de esta prefectura.

3.—Los indios Remos vivían en la cuenca del Callaría, y desde el año 1862 se mostraban benévolos con los misioneros, y deseosos de abrazar la Religión cristiana.

Mas para su reducción en las riberas de aquel río se presentaban obstáculos físicos casi insuperables.

En primer lugar, las condiciones del río, pues en las crecientes bajan sus aguas tan impetuosas, que es imposible vencerlas con los remos; y al menguar las aguas en la época en que no llueve, se halla la superficie del río llena de palos que embarazan la embarcación, retardando mucho los viajes. Se agrega que las márgenes del río abundan en pantanos y ciénagas.

Además, existe allí un gran número de boas de gran tamaño. El padre fray Manuel Vargas hirió en una ocasión desde la canoa a una de estas boas que se hallaba enrollada a pequeña distancia, recibiendo en su cuerpo toda la munición de escopeta; y, a pesar de eso, la boa se puso en línea recta instintivamente dirigiéndose a la canoa, viéndose el misionero obligado a huír y defenderse con el *botador,* que es un palo grueso y largo.

En los bosques inmediatos al río hay también tigres, que por épocas tuvieron en zozobra al pueblo de Callaría, habiendo devorado a algunos Remos que emprendieron el viaje por el arbolado, deseosos de ver y tratar a los padres misioneros y no tuvieron la precaución de colocar sus hamacas a una altura suficiente entre las ramas de los árboles.

Hay asimismo en el río lagartos de gran tamaño, que siguen a la canoa deseosos de hallar presa y matar su hambre.

(1) T. II, cap. XXVIII.

Por estos motivos indujeron los misioneros a los Remos a dejar las cabeceras del río en que vivían, a gran distancia del pueblo de Callaría, y a establecerse en un punto intermedio llamado Shunumaná, donde previamente se les había cultivado el terreno y hecho plantaciones. Allí vinieron gustosos así los que vivían en Piyuya, como los que moraban más distantes, llamados Isis baquebu.

4.—En Shunumaná empezaron los misioneros su labor de cuidar de aquella grey nueva, deseosos de formar allí una buena cristiandad, a lo cual se dedicaron durante algunos años; mas, cuando menos lo pensaron, cayeron sobre los pobres Remos los indios Cunibos, bien armados, matando a unos, dispersando a otros, y robando las mujeres y los niños.

Estos Cunibos sanguinarios miraron con desagrado la fundación de Callaría, que les cerraba la puerta para sus irrupciones a los Remos de aquel río. Hacía tiempo que ellos habían perdido todo respeto a los misioneros y aun llegaron a burlarse de ellos en público. Dióse el caso de que intentaran caer sobre los Remos, atropellando juntamente a los padres; y en ocasión en que el padre Comellas quiso impedirles un viaje de piratas, le apuntaron con las flechas, de que escapó ocultándose detrás de la puerta de casa.

Los Shipibos seguían una conducta análoga a los Cunibos, aprovechando también las ocasiones que se les presentaban para sus *correrías*, cuyo botín era el robo de mujeres y niños.

5.—Por esta misma época ensayó el padre Ignacio Sans una expedición al río Yavarí, por informes que tuvo de que vivían muchos indios en sus orillas. Hallaron ser los bosques que conducen al Yavarí breñas enredadas y tupidas como en ninguna otra parte, que hacían casi imposible la marcha, y más cuando se dieron cuenta de que se les había fugado el guía que se había comprometido a conducirlos.

Consumidas en esta jornada todas las provisiones, sufrieron lo indecible, especialmente en la retirada, alimentándose de frutas silvestres.

## CAPITULO XL

**Gobierno del padre Hermoso.—Misión a los Amahuacas del Tamaya.—Naufragio y muerte del Padre Tapia.—Sublevación de los indígenas.**

**1872 - 1878**

**SUMARIO: 1.—El padre Tomás Hermoso es elegido prefecto. 2.—A los Amahuacas del Tamaya. 3.—Inconstancia de los Amahuacas: naufragio fatal del padre Tapia. 4.—Soledad del padre Ortí: se sepulta vivo. 5.—Sublevación de los Amahuacas, profanación de ornamentos, incendio de casas.**

1.—En el capítulo que en 1876 se celebró en Ocopa fué elegido prefecto de misiones el padre fray Lucas Martorell, quien renunció el oficio por la enfermedad que aún padecía, contraída en la montaña.

Aceptada su renuncia por los capitulares, fué luego elegido para este cargo el padre fray Ignacio María Sans, quien hizo también renuncia del cargo y le fué aceptada.

En seguida salió electo para superior y prefecto de misiones el padre fray Tomás Hermoso, misionero de Bolivia, que en el Perú había realizado viajes penosos, recorriendo Arequipa, Cuzco, Las Pampas del Sacramento, Nauta, Iquitos, Moyobamba, Cajamarca y Lima.

Aceptó el padre Hermoso el dificultoso cargo que le dieron, y con los padres Ignacio Tapia y Agustín Alemany entró al centro de las misiones, viajando de Lima a Cajamarca y Moyobamba, luego a Iquitos, desde donde el vapor Putumayo le condujo a Cashiboya.

2.—El padre Hermoso, sabedor de las tentativas hechas en vano, para evangelizar a los Remos del río Callaría, creyó conveniente emprender la conversión de los Amahuacas del Tamaya.

Los misioneros anduvieron cosa de seis días río arriba, al fin de los cuales llegaron a Pacahusumaná, lugar que eligieron para hacer la fundación del nuevo pueblo.

Los Amahuacas recibieron a sus visitantes, de los cuales no tenían noticias, con arcos y flechas, resueltos a tras-

pasarlos y matarlos. Evitaron el estrago los guías que conducían a los padres, que eran marido y mujer, los cuales entendían el amahuaca y se lanzaron a los aguerridos indios, para abrazarlos e impedir que disparasen; dándoles además noticias de quiénes eran los padres, qué vida profesaban y a qué venían.

Mientras tanto los misioneros se acercaron a los indios y les regalaron herramientas que traían para este fin, con lo cual se amansaron y dieron lugar para entrar en convenio con ellos. Conocida la voluntad de los padres, los Amahuacas no se negaron a reunirse en aquel lugar, formando un pueblo que se llamó San Pedro, despejando desde luego el sitio donde debía levantarse la iglesia y el convento. Dijéronles los padres que sin pérdida de tiempo reuniesen allí todas sus familias que se hallaban diseminadas y que ellos volverían de allí a dos lunas.

Los padres estaban de vuelta a fines de julio de 1877 en Cayaría, y en agosto cumplieron la palabra dada a los Amahuacas, visitándolos el padre prefecto Tomás Hermoso, acompañado del padre Manuel Ortí.

En esta coyuntura el padre fray Buenaventura Martínez y fray Diego Falcó volvieron a Ocopa; el lego fray Pablo Ibáñez hizo un viaje a Lima a buscar recursos, y el padre prefecto hizo su viaje a Pará en el Brasil, para obtener lo necesario para las misiones.

3.—Los padres fray Manuel Ortí y fray Ignacio Tapia se hallaban en San Pedro por el mes de abril de 1878, ocupados activamente en la construcción de la iglesia del nuevo pueblo, y notaron con desagradable sorpresa que los indios empezaban a entregarse a la indolencia y ociosidad y que habían perdido del todo los primeros fervores, al extremo de no querer dar la mano en la obra de la iglesia.

Estos dos misioneros tenían orden de salir a las bocas del Tamaya después de abril, para encontrarse allí con el padre prefecto y recibir los objetos que traía de Pará destinados a la nueva fundación. Suplicaron los padres a los indios que les acompañasen en este viaje, pero éstos se negaron a ello dominados por la pereza.

Angustiados los buenos padres por una parte por el deseo de cumplir lo mandado por el prefecto, y por otra por

la dificultad de viajar solos por un río poco conocido, al fin resolvieron dejarse en las manos de Dios y entregarse a las aguas del Tamaya, para cumplir el mandato de su superior.

Entregados a la corriente del río en una pequeña canoa bajaban los dos religiosos con la serenidad del justo, cuando a poco de haber salido pegó la canoa contra un tronco, dió vuelta de campana, yendo al agua cuanto llevaban: fiambre, escopeta, breviarios, etc. Pudieron los náufragos asirse de la canoa y utilizarla para salvarse.

Mojados, desprovistos de todo, pudieron haber retrocedido al menos para aprestar lo necesario; pero no lo hicieron así, sino que continuaron su viaje, no escarmentados con tan gran acaecimiento, no tardando en presentarse un peligro mucho mayor, que era una corriente impetuosa, que arrastrando la canoa sin poderla desviar ni contener, chocó en otro palo con tal violencia que cayeron los dos misioneros al agua, que corría con gran caudal y fuerza, llevándose la canoa y envolviendo en sus agitadas ondas a los pobres náufragos.

Ambos fueron al fondo, y empezaron tremenda lucha por salvar la vida; el padre Tapia tenía la desventaja de no saber nadar, y asido al padre Ortí, se vieron ambos en peligro de ahogarse. El ímpetu de la corriente se encargó de separarlos, trayéndolos de una parte a otra, juguetes del caudaloso elemento, hasta que el padre Tapia fué a dar a un hacinamiento de palos y piedras donde quedó enredado, no tardando en ahogarse. Ya difunto, una recia avenida arrojó su cadáver a la playa, donde algunos días después bajaron los infieles Amahuacas, y le encontraron muerto y destrozado el cuerpo por los golpes que había recibido de los palos, y lo sepultaron en una pequeña loma cerca del mismo río. "Yo mismo he visto (1) el lugar donde está enterrado, y hubiéramos llevado el cuerpo a Callaría, sino que apenas hacía un mes que estaba enterrado, por cuyo motivo no lo hicimos; sin embargo, para saber dónde está, plantamos una cruz grande, por señal, a fin de trasladarlo más tarde al pueblo de Callaría".

(1) Habla el padre fray Agustín Alemany.

Así terminó su carrera este religioso ejemplar y edificante, cuya obediencia habrá galardonado el Altísimo.

El padre Ortí fué desprendiéndose de la ropa, y nadando con felicidad, pudo poco a poco ganar la orilla y ponerse en salvo, pero enteramente desnudo.

"Solo en aquella playa desierta, donde le arrojó la corriente del río, desnudo, sin auxilio humano, y llorando la muerte de su buen compañero, aunque sin canoa, siguió como pudo la orilla del temido río, en la imposibilidad de volver al pueblo de San Pedro; confiando poder llegar al punto desde donde se tomaba el camino por tierra para ir a dicho pueblo, alimentándose solamente de gramalote y frutas silvestres hasta cerca de dos semanas. Al fin, desfallecidas sus fuerzas, persuadido que se le acercaba su último instante, preparó como pudo en la playa arenosa un hoyo, dentro del cual se metió, enterrándose, digámoslo así, vivo y haciendo actos fervientes de resignación y cuanto debe hacer el fiel cristiano en ese trance, esperando que Dios le mandara la muerte".

"Mas, estando en ese conflicto extremo, y pareciéndole oír por la parte del río un ruido como de gente que llegaba, se levanta de aquella sepultura fabricada por sus propias manos, y divisa una canoa con gente. Era la canoa en que fray Pablo Ibáñez había llegado a aquel punto el día anterior, después de haber buscado en vano el dicho camino de tierra, para llegar más pronto a San Pedro, que buscaba también el agonizante padre Ortí, según hemos referido".

"Los bogas de la canoa al ver un hombre desnudo en esa distancia, juzgaron que sería un *chuncho* (indio) bárbaro, y recelando alguna emboscada de otros ocultos que pudieran asaltarlos traidoramente, como suelen hacerlo tales infieles, preparaban ya sus arcos y flechas para defenderse y ofender a los imaginados enemigos, cuando, al asomarse Fr. Pablo en el *pamacari* desde dentro de la misma canoa, fué visto del padre Ortí, y púsose éste a dar voces en cuello, como suele decirse, llamando a Fr. Pablo, hasta que fué de él reconocido y con él de todos los que se hallaban en la canoa. Volaron al momento a fuerza de todos los remos hacia donde estaba el extenuado Padre, y Fr. Pablo, quitándose el hábito, quedándose con la túnica interior, veló su vista como vir-

tuoso y honestísimo religioso, y vistiéndoselo, con él cubrió la lacrimosa desnudez del P. Ortí".

"Infinitas gracias sean dadas a la Divina Clemencia, que así libró de una muerte inminente a ese buen Padre, el cual, si algún exceso cometió, no fué otro que el de haber entendido con rigor estricto el precepto de la santa obediencia, en ese caso tan excepcional, y de haberse entregado como un infante en manos de la Divina Providencia, la cual no le faltó en esa su extrema necesidad, permitiendo para socorrerle la equivocación de Fr. Pablo, en no poder dar con el camino de tierra, y obligarle a seguir su ruta por el río (1)".

He querido dar la descripción de este último cuadro tan lastimoso con palabras del misionero fray Agustín Alemany, que escribió con la emoción que producen los hechos recientes, pues el padre Alemany visitó el lugar de la catástrofe al mes de haberse realizado.

Del lugar de estos tristes sucesos volvió el padre Ortí con fray Pablo a Callaría, donde trató de recuperar las fuerzas perdidas, aunque no sin gran dificultad por los efectos inevitables de su extrema debilidad.

5.—Mas, no terminaron aquí las calamidades que originó la empresa de fundar una misión entre los Amahuacas del Tamaya: aún hay más horrores que contar.

El padre fray Tomás Hermoso hizo un viaje a Lima, para dar cuenta a los superiores de los acontecimientos del Tamaya y pedir nuevos obreros evangélicos. Y de vuelta de Lima entró en San Pedro, acompañado del padre Agustín Alemany. Halló el convento saqueado, profanados los sagrados ornamentos, rotos los libros, robadas las herramientas, quemadas las casas del pueblo y fugados sus moradores.

Al lector le parecerá que entre aquellas ruinas del pueblo y convento, los misioneros darían por terminada su misión en el Tamaya y se volverían para no retornar.

Mas, no fué así: acordáronse ambos padres de las amarguras padecidas en este viaje último, que era el quinto, y en los anteriores; y deducían que ellas no podían quedar frustradas, que era preciso recabar aquella fundación y hacer el bien a los indios aunque lo rechazaban.

(1) *Historia de las Misiones de Ocopa*, t. II, cap. XXX.

Dan río arriba en buscar aquellas ovejas descarriadas, las encuentran por fin, y las reducen a vivir, ya no en San Pedro, sino en Huaytaza, a cuatro días de Pacahusumaná, y consiguen formar con la misma gente un nuevo pueblo.

Aquel año se agregaron a los misioneros los padres Buenaventura Martínez y Luis Sabaté y el lego fray José Magret; y pudieron intervenir en la última fundación los padres Juan Pallás y Buenaventura Martínez. Procedióse con los Amahuacas de Huaytzaya con la mayor generosidad, regalándoles herramientas en abundancia y agasajándolos con esmero.

Esta distinción que se tuvo con los indios reducidos en Huaytzaya fué la ocasión de la última ruina en el Tamaya. Los que no fueron favorecidos, llenos de rencorosa envidia, van al bosque donde los huytzayanos construían una canoa para los padres, los asaltan con furor, los matan, sólo porque son amigos y bienhechores de los padres. Los asesinos pasan del bosque al nuevo pueblo, amotinan toda la gente y la llevan al primitivo lugar de San Pedro.

Un grupo de aquellos traidores vuelve aquella noche de San Pedro a Huaytzaya, se reunen en una casa próxima al convento, y empiezan a dar golpes con hachas, machetes y machetones, dando a comprender que preparaban macanas, palos, clavos y otras armas contra los padres, quienes hubieron de pasar toda aquella noche desvelados. Sólo porque les constaba a los indios que los padres tenían algunas armas de fuego se contuvieron para no sacrificar a los misioneros y saquear el convento.

Estos indios eran los que en San Pedro profanaron los ornamentos, destrozando las casullas y sirviéndose de ellas para sus ridículos bailes.

Consumados estos sucesos lamentables, los padres procedieron a sacar cuanto tenían en Huaytzaya; y para colmo de males, al dirigirse a Callaría, se encontraron con centenares de canoas de los indios Shipibos y Cunibos confederados, que con algazara sarcástica contra los padres, iban a hacer presa de los Amahuacas huídos a Pacahusumaná, permitiendo la Divina Justicia que una barbarie fuese castigo de otra barbarie.

Este fué el trágico final de los ocho viajes realizados para establecer una misión en el Tamaya.

---

## CAPITULO XLI

### Intento de restablecer la misión de los Piros en Lima Rosa: entrada a los Campas de Unini y Amahuacas de Unuya.

### 1879 - 1881

**SUMARIO: 1.—El padre Hermoso resuelve restablecer Lima Rosa. 2.—Los Piros vienen en busca de misioneros. 3.—Oposición de los Shipibos y Cunibos. 4.—En Tahuarapa y Sicotza. 5.—En Pucaní. 6.—En Lima Rosa. 7.—Abandono de la misión. 8.—Entradas al Unini e Inuya.**

1.—Mala fama han tenido los Piros del Ucayali por su conducta desleal, especialmente con los misioneros, sus verdaderos bienhechores. De ellos se ha escrito, "que el Piro en el Cuzco, en Miaría, en Lima Rosa, en Buepoano y otros muchos lugares por donde trafica, siempre es el mismo, esto es, interesado, pendenciero, astuto e hipócrita".

A pesar de ser verdad todo esto, nuestros abnegados misioneros quisieron establecer la antigua misión de Lima Rosa, cerca de la confluencia del Tambo con el Urubamba, a cuya empresa destinaron al padre Agustín Alemany, quien relata el suceso según lo verán los lectores en las páginas que insertamos.

"A mediados del mes de febrero de 1879, dice el padre Alemany, partió el Prefecto Fr. Tomás Hermoso con el P. Fr. Buenaventura Martínez de las Pampas de Ucayali, y después de un largo y penoso viaje, por haber salido en tiempo de aguas, al pasar por el valle de Huancabamba hizo una entrada a los Campas Amueschas de *Oczapampa*. El buen recibimiento que éstos le hicieron hizo que pensara en su reducción, para lo que pidió al venerable Discretorio de Ocopa las debidas licencias legales, así como los PP. que necesitaba. Ob-

tenida la venia, el P. Francisco Samper de Ocopa salió para esa nueva misión, acompañando a dicho P. Prefecto, y bajando por orden de éste al Ucayali, en Callaría".

"Había el P. Prefecto ordenado a los PP., al ausentarse de ellos para la sierra, que al presentarse los Piros de Santa Rosa o *Lima Rosa*, colocados entre el río *Unini* y el *Tambo*, a tres leguas de distancia de uno y otro, fuese allá el que escribe estas noticias con Fr. Pablo Ibáñez, a fin de restablecer aquella antigua misión, y ver si de algún modo podrían recuperar algunos de los infieles Amahuacas, de los que se ha hablado largamente arriba; pues la tribu de los Amahuacas se extiende hasta por el Urubamba, viviendo los infieles de dicha tribu casi en todas las cabeceras de los ríos y quebradas de ese lado del Ucayali; desde el Tamaya, que es la primera, hasta tres quebradas o más, que tributan al Urubamba; y se extienden hasta el río Yahuarí, según noticias de los mismos infieles Amahuacas, y lo mismo me dijeron algunos Piros".

"Muchos y grandes fueron los sentimientos que manifestaron muchos de los Piros, pues que lloraban al ver que los dejábamos; y más de una vez me han mandado recado o aviso para que volviese a vivir con ellos. Y ciertamente creo que ahora sería tal vez más fácil que perseverase el que se fundase un pueblo cerca de la boca del Tambo, puesto que ahora se ha establecido en aquel lugar el Sr. D. Benigno Samanez, el cual desea mucho que los PP. Misioneros vayan a fundar un pueblo allá cerca".

"Algún tiempo hacía que se pensaba ya en nuevas conquistas o en abrir nuevas misiones entre infieles, pero ya por falta de personal suficiente, y de recursos pecuniarios, ya también porque se hallaban un tanto afligidos los pocos Padres que servían las antiguas conversiones de Cashiboya y Callaría, por el triste y funesto desenlace que tuvo la misión de los Amahuacas del Tamaya, de que dí noticias en mis anteriores correspondencias".

"Estábamos, sin embargo, aguardando una ocasión oportuna para llamar al empedernido corazón de los salvajes y atraerlos al dichoso aprisco del Divino Pastor, cuando he aquí que en el momento menos esperado se presentó al de Callaría una comisión de infieles Piros, solicitando, en nombre de los de su tribu, a los Padres, para que fuesen a vivir con

ellos, según decían; pues estaban todos decididamente resueltos a reunirse en el antiguo pueblo, que había sido ya de la Misión, y vivir en sociedad bajo la dirección de los Padres Misioneros. Las personas que han leído algo sobre estas montañas del Ucayali saben muy bien que los indios salvajes, que en ellas habitan, no viven en pueblos formados, sino que cada familia, aun entre los de una misma tribu, busca lugar que más le acomoda y que más ventajas le trae para la caza y pesca, y vive allí aislada por tiempo indeterminado, hasta que se cansa; y a veces sin motivo ninguno dejan la casa y chacras que tenían, y se trasladan a otro punto; guardando, empero, siempre amistosas relaciones con la gente de su tribu, con quienes se reunen en los días de sus borracheras más solemnes, en las épocas de las correrías y en alguna otra ocasión. Fácil es comprender que esta vida errante que llevan los salvajes es uno de los mayores obstáculos que se presentan para su reducción a la fe; pues es casi imposible que los Padres Misioneros los vayan catequizando de familia en familia, viviendo como viven tan distantes una de otra, y siendo tan difícil el viajar por estos ríos y quebradas".

2.—"Volviendo a mi narración, decía, que los Piros se presentaron a éste el 20 de junio de 1879 en número de ocho hombres y algunas mujeres, que tripulaban todos juntos tres canoas, que es la única embarcación que ellos acostumbran. Nos manifestaron mucho respeto, que el objeto de su venida era llevarse algún Padre a su tierra, para que los reuniese en pueblo y les hiciese cristianos, pues ellos y los de su tribu lo deseaban vivamente. Quien no conociera a fondo el carácter de los indios, fácilmente se dejaría sorprender de sus halagüeñas simulaciones, al parecer formales promesas; mas nosotros, que por una larga experiencia palpamos las artimañas de estas gentes y su connatural inconstancia, comprendimos al momento que el objeto y fin principal, por no decir único, por que nos llamaban los Piros era para conseguir con más facilidad y menos costo las herramientas, ropas y bujerías que tanto apetecen. No por esto desatendimos sus ruegos, antes al contrario, confiando que por medio de nuestros regalos los reduciríamos tarde o temprano al conocimiento de la fe verdadera y a la práctica de las virtudes cristianas, aprestamos prontamente todo lo necesario para el viaje y para la

nueva fundación, y nos pusimos en manos de aquellos salvajes, para que ellos mismos y en sus mismas canoas nos condujesen al lugar señalado para el pueblo que se iba a fundar".

"Era el 24 de junio, día memorable en toda la Cristiandad por celebrarse en él la Natividad del Preclaro San Juan Bautista, celebramos y oímos respetuosamente el santo Sacrificio de la Misa, y después de haber implorado fervorosamente las bendiciones del cielo, en favor de nuestros proyectos, alegres y resignados, emprendimos el mismo día el viaje Fr. Pablo Ibáñez y el que suscribe, que éramos los señalados por el P. Prefecto Fr. Tomás Hermoso, que en aquella sazón se hallaba en Lima, por negocios concernientes a las Misiones. Bajamos la pequeña quebrada de Callaría y sus tranquilas aguas, agitadas tan sólo por el choque con alguna empalizada, y por el vivo remar de nuestros conductores, y llegamos en poco menos de medio día al gran Ucayali, que ya no habíamos de abandonar hasta el término de nuestra navegación fluvial".

"Ningún percance digno de mencionarse nos aconteció durante la larga y penosa surcada de este inmenso río, al que una infinidad de quebradas rinde el tributo de sus aguas, de las cuales muchas encontramos en el trayecto de nuestro viaje, que no las especificaré todas por no juzgarlo de importancia, ni necesario al objeto de esta correspondencia. Lo que sí no pasaré en silencio, es la guerra que desde luego nos hizo el demonio para frustrar nuestros santos designios".

3.—"Vive en ambas riberas del Ucayali una multitud de infieles Shipibos y Cunibos, cuyos antepasados y aun algunos de ellos han sido apóstatas de la Religión cristiana, y como no viven ni quieren vivir en sociedad con los Padres Misioneros, hacen todo lo posible para disuadir a los demás salvajes de las quebradas afluentes del Ucayali que reciban a los Misioneros. Saben muy bien que una vez que se conviertan a la fe algunas de esas tribus, sus vecinas, ya no podrán valerse de ellos para que les acompañen a hacer correrías, ni los Padres les permitirán jamás que las haya en los lugares de sus Doctrinas y Conversiones; de aquí que no lleven a bien el que los pobres indios se conviertan a la fe, y que hagan todo lo posible para impedírselo. Temiendo pues el espíritu del mal que los Piros sacudiesen su oprobioso yugo, y que quizá se

disiparían también las sombras de muerte en que desde remotos siglos los tiene sumidos, se valió de los dichos Shipibos, Cunibos y Settebos, que íbamos encontrando de paso, para que disuadiesen a nuestra gente el que viniesen con nosotros. Pero en esta ocasión no salieron con la suya, como cuando nos echaron a perder el pueblo de Churumaná, de indios Remos en la quebrada de Callaría, y últimamente en la del Tamaya el pueblo de Amahuacas, que poco ha habíamos establecido. Como los Piros por su carácter se creen ser de una condición superior a la de los demás salvajes, de aquí es que oyeron con desprecio los malignos consejos de sus seductores, y siguieron adelante con su empeño".

4.—"Teníamos ya 19 largos días de surcada cuando llegamos a Tahuarapa, donde principia ya la tribu de los Piros. Es éste buen lugar para formar un pueblo, pues tiene una pampa o llanura de gran extensión, que no la inundan las aguas ni en tiempos de lluvias copiosas y grandes crecientes, y cuya tierra es muy buena para el cultivo de chacras o haciendas; un poco más abajo hay una laguna que abastece de abundante y exquisita pesca a los moradores de Tahuarapa. Dieciséis poco más o menos eran los salvajes Piros que allí encontramos; nos recibieron con satisfacción suma, y en prueba de ello, nos obsequiaron para proseguir nuestro viaje, participándonos también un buen retazo de carne de Danta (gran bestia o vaca del monte, semejante a un mulo) que recién habían cazado. Debo notar, aunque sea de paso, que la Divina Providencia nos iba proveyendo oportunamente de todo lo necesario para nuestro sustento, como lo hizo en otro tiempo con los israelitas, que viajaban por el desierto, y lo ha hecho y lo hará siempre con los que en ella depositan su confianza. En efecto, aun cuando al salir de Callaría apenas hicimos provisión ninguna, para tan dilatado viaje, sin embargo, nada nos faltó; pues al sentir que el hambre llamaba a la puerta de nuestros estómagos, parábamos las canoas, y los indios con sus anzuelos y flechas y nosotros con la escopeta conseguíamos en pocos momentos caza y pesca más de lo suficiente para nuestro cotidiano sustento".

"No harían aún dos horas que nos habíamos despedido de los infieles de Tahuarapa, cuando llegamos al desaguadero de Sicotza, río poblado de Campas en la parte superior, mas

en la inferior, cerca de la boca, sólo viven unas cuantas familias de Piros. Serán éstos entre todos como unas treinta almas, las cuales obedecían a un anciano llamado Narciso Undeno, quien me prometió que iría cuanto antes con toda su gente a vivir con nosotros a Santa Rosa: y así fué, pues a los pocos días abandonaron sus casas, sus chacras y la lindísima posición en que estaban con el buen terreno y agua cristalina, y se presentaron a la nueva fundación. Llegaba ya el sol a su ocaso el día 14, cuando aportamos en una isla denominada Consaya, poblada tan sólo por unas veinticinco almas, y hubiéramos pasado la noche en su compañía, si a nuestra gente no les hubiera gustado más la playa opuesta a dicha isla. De noche casi nunca viajábamos, ya porque el ejercicio del remo es muy pesado, y la gente necesita descanso, ya también porque, no obstante su habilidad en manejar la canoa, pudiera acontecer que, merced a la oscuridad, diese ésta contra algún palo, y se fuesen a pique todas nuestras cositas, quedando nosotros anegados, quizás en la profundidad de las aguas".

"Lo que hacíamos, pues, era buscar antes que cerrase la noche una buena playa, y después de haber cocinado y comido a la ligera lo que el Señor nos había proporcionado durante el día, entregábamos nuestros cuerpos al descanso sobre mullidos colchones de arena. Para el efecto, los indios, sin necesidad de que les insinuáramos nada, corrían presurosos a cortar hojas de una caña brava llamada Pinto, que abunda mucho en ambas partes del Ucayali, y entretejiéndola en algunos palos, preparados para eso, nos improvisaban un pequeño rancho, que aun cuando no nos hubiera defendido de un aguacero recio, nos preservaba, sin embargo, del fuerte rocío, que comienza a caer en estas montañas, apenas el astro del día abandona el horizonte. Los días domingos, antes de levantar los reales y tiendas para proseguir el viaje, me preparaban los mismos indios un altar, y yo celebraba en él el santo Sancrificio, que oían ellos con mucha atención y silencio".

5.—"Decía, pues, que la noche del 14 pasamos frente a Consaya, y el siguiente día, en pocos momentos, nos pusimos en Pucaní, en donde encontramos un viejo Piro con muchos Campas que nos prometieron todos ir también a Santa Rosa.

Nos ofrecieron liberales de lo que tenían para comer, y después de habernos manifestado mil demostraciones de afecto y cariño, seguimos adelante y dimos luego con Apuenchua, pequeña quebrada, por la cual apenas puede surcar una canoa en tiempo de verano. Este fué el motivo porque no entramos a visitar unas familias Piras, que viven un poco arriba en un terreno muy a propósito para hacer pueblo, según me dijo el mayoral de nuestra gente, llamado Benito Canayo. Pasamos pues de largo, hasta encontrar el río Unini, en cuya boca hicimos noche. Esta quebrada del Unini está poblada de Campas, los cuales, por estar colindantes con los Piros, conservan con éstos amistosas relaciones. Ya deseábamos poner término a nuestra tan penosa navegación; así que el día siguiente, apenas amaneció, entramos a la canoa, y antes de medio día avistamos felizmente el tan suspirado lugar de Lima Rosa. Disparamos algunos tiros de escopeta en señal de alegría y para llamar la atención de los moradores del lugar, quienes apenas se cercioraron de que eran los Padres los que estaban llegando, cuando todos con sumo regocijo salieron al puerto a recibirnos. Era el día 16 de julio, día en que se celebra en todo el orbe cristiano la solemnidad de la Virgen del Carmen; por manera que bajo sus auspicios nos instalamos en la nueva fundación a los 20 días de haber salido del pueblo de Callaría".

"Cargaron al momento los indios con nuestro equipaje y nos condujeron a uno de sus ranchos o casas, en donde arreglaron dos barbacoas para que nos sirviesen de cama. Después de haber refocilado un tanto nuestros estómagos con las salvajes comidas que nos obsequiaron, y después de haber dado mil gracias al Altísimo y a su Santísima Madre la Virgen María del Carmelo, por habernos conducido sanos y buenos al término de nuestra expedición, entregamos nuestros molidos cuerpos al refrigerio del sueño, que lo tuvimos dulce y placentero aun en medio de tantos infieles, pues no teníamos ningún motivo de recelar alguna traición de su parte, supuestos el afecto y cariño que siempre nos habían demostrado".

6.—"El lugar de Lima Rosa donde hicimos pueblo está situado en una regular llanura que termina con el Ucayali de un lado y del otro con una pequeña cordillera. Existe

allí una quebradita que aun cuando contiene pocas aguas, son frescas y cristalinas y jamás se agotan o secan por completo. El fin que nos movió a estacionarnos en dicho lugar, dejando otros mil quizá más sanos y de mejores condiciones, fué por ser el mismo sitio en donde nuestros Padres antiguos tenían una Conversión o Doctrina; según consta por documentos que obran en el archivo de Callaría y por la tradición que aún entre los Piros se conserva. Ahora nos cercioramos más de esta verdad habiendo visto con nuestros propios ojos el lugar donde existía el Convento e Iglesia antigua, y el sepulcro de un Padre que murió en Lima Rosa, como afirman los Piros viejos. Encontramos por último una gran tenaza que sería sin duda de la herrería que nuestros Padres antiguos allí habían tenido. Por estas razones así como también porque nuestra gente allí nos condujo, resolvimos quedarnos en Lima Rosa, cuyo nombre los Padres antiguos, según consta de sus documentos, lo pusieron, aunque vulgarmente hablando se dice Santa Rosa.

"La noticia de que habían llegado Misioneros corrió muy pronto hasta el Unini y excitó la curiosidad de los Campas, para que vinieran a vernos. Subieron también a los pocos días todos los Piros que vivían diseminados desde Tahuarapa hasta el local de nuestra residencia, y para tenerlos a todos contentos y atraerlos poco a poco a la fe, les obsequié herramientas, anzuelos, ropas y algunas bujerías para ellos muy apreciables".

"El día dos de agosto fuí yo a visitar a unas familias Campas que viven en una quebrada cercana llamada Sapani, quienes me recibieron y trataron muy bien conforme a su posibilidad".

"Algunos días después de nuestra llegada a Santa Rosa me pareció que ya sería bueno nombrar autoridades que velasen el orden, paz y seguridad del pueblo. Así que el 10 de agosto reuní a toda la gente, y entresacando de entre ellos los que más racionales me parecieron, les dí las varas de la justicia y constituí Curaca o Gobernador al viejo Benito Canayo, que es quien goza de más autoridad y prestigio, no sólo entre los Piros sino entre los demás infieles".

"Debíamos también pensar cuanto antes en construír un edificio que nos sirviera de Iglesia y Convento a la vez,

pues habitábamos todavía la casa que nos proporcionaron desde un principio y ella no ofrecía las comodidades necesarias. Estando, pues, los Varayos o Justicias, les llamé y les propuse nuestro plan, al que ellos accedieron gustosos, diciendo que así convenía y que era indispensable; les señalé el lugar que me pareció más oportuno, les demarqué las dimensiones que debía tener el nuevo edificio, y al momento llamaron a toda la gente; y todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, pusieron con entusiasmo manos a la obra. Trabajaron con tanto empeño, que el 30 de agosto, día de Santa Rosa, Patrona del pueblo, aun cuando la casa no estaba del todo concluída, ya pude empero celebrar la Misa en ella sobre un altar de tapial que había hecho construír. Lo restante del edificio lo hicieron con maderas escogidas del monte; los palos o varas que sostienen el techo son de una palma llamada *tarapoto*, y encima, en lugar de tejas, de una hoja de otra clase de palma que se llama en idioma keshua *Yarina*, y el cerco en lugar de paredes, de caña brava llamada *Pinto*, que son los únicos materiales que emplean para la construcción de esas casas, y todo lo terminaron a últimos de septiembre. Más tarde hicimos una casita aparte, pero contigua al convento, la que nos servía de cocina y refectorio o comedor. Los indios se iban construyendo también sus casas, y de este modo, poco a poco, aquel paraje iba tomando el aspecto de verdadero pueblo".

"Aun cuando la gente estaba ocupada en sus trabajos materiales que acabo de indicar, no por eso dejé de poner los cimientos al edificio espiritual de la fe, que íbamos a levantar, mediante los auxilios de la gracia, a medida que se fueron removiendo los escombros de la barbarie y superstición que grasa entre toda clase de salvajes. Al efecto, reunía el pueblo a toque de campana todos los días mañana y tarde, y me dedicaba por el espacio de media hora larga a enseñarle la doctrina cristiana, el rezo de las oraciones más comunes, y algunos cánticos sagrados en castellano".

"Al principio tenían mucha satisfacción, especialmente los muchachos y muchachas, mas como no se fijaban mucho en lo que les enseñaba, tardaron como cuatro o cinco meses en saber contestar un poco regular a los cantos y al rezo del

Santo Rosario, y esto no todos, sino los que habían sido más puntuales en la asistencia a las distribuciones cotidianas".

"Los domingos y días festivos los llamaba a oír Misa, a la que casi todos asistían, y yo aprovechaba aquella ocasión para exponerles algún punto del Catecismo, o para predicarles alguna verdad de nuestra santa fe. En cuanto los primeros meses me servía de intérprete para hablar a la gente el tal Benito Canayo, después ya les hablaba en su propio idioma, pues puse sumo cuidado o empeño en aprenderlo y formarme un pequeño vocabulario, y lo conseguí aunque no con perfección. Con estas prácticas piadosas de que acabo de hacer mención, con los consejos y saludables avisos que les daba y sobre todo con los poderosos influjos del cielo, se iban moralizando las costumbres del pueblo, por manera que ya no se veían tantas borracheras, ni tan escandalosas como antes, ya no había aquellas riñas y peleas que al principio hacían del pueblo un remedo del infierno; en una palabra, íbanse despojando de sus hábitos salvajes y brutales y revistiéndose, aunque con lentitud suma, de las costumbres cristianas y civilizadas".

7.—"No tardaron sin embargo en disiparse las lisonjeras esperanzas que habíamos concebido sobre los progresos de esta nueva Conversión, y pronto llegaron a confirmarse nuestros fundados temores de que si los Piros habían llamado a los Padres Misioneros, era tan sólo con miras meramente materiales o de interés temporal. Aún no había trascurrido un año desde su fundación, cuando ya se resfriaron muchísimo de su primitivo fervor y entusiasmo; y llegó a tan alto grado la negra ingratitud de aquella gente, que antes de los dos años, no sólo no hacían caso la mayor parte de ellos de mis consejos y sermones, sino que también hubo quien atentó contra nuestra vida".

"En vista pues del estado de decadencia en que se vió esta conversión de Lima Rosa, desde mediados de 1880 para adelante, de los peligros y dificultades en que nos hallábamos continuando por más tiempo en dicho pueblo, escribi varias veces al P. Prefecto Fr. Juan Pallás, dándole cuenta de todo lo que ocurría; y habiéndose constituído en Lima Rosa dicho P. Prefecto a últimos de agosto de 1881 y enterado perfectamente del estado lamentable de esta conversión,

resolvimos mutuamente retirarnos de dicho pueblo y dejar suspendida aquella doctrina, hasta mejor ocasión por las causas siguientes:

1.ª—Porque la mayor parte de la gente han abandonado el pueblo para establecerse en otros lugares, quedando los Padres solos con unas pocas familias.

2.ª—Por no querer dejar las correrías a pesar de nuestra prohibición, ni la venta de criaturas, apresadas en dichas correrías, cuya venta la hacen a los blancos que van por ellas.

3.ª—Porque habiendo el que suscribe bajado a Callaría con cinco Piros, al regresar con ellos a Lima Rosa, dejaron una noche la canoa mal amarrada, y se la llevó la corriente, y después por nada quisieron acompañarme a buscarla, sino que tuve que ir solo con peligro de mi vida.

4.ª—Por haber intentado matarme sin motivo ninguno, cuyos agresores, al menos tres de ellos, los tengo bien conocidos.

5.ª—Por no querer trabajar chacras para los Padres, ni limpiar las existentes, según es costumbre, ni querer en fin buscar mitayo (comida de caza y pesca) para el convento, ni nombrar siquiera mitayeros para nuestros servicios.

6.ª—Por ser un tanto malsano el lugar donde el pueblo está fundado, pues en cosa de dos años y un mes han muerto 55 personas entre grandes y chicos, y casi siempre hay enfermos.

7.ª—Por no tener el P. Prefecto otro Padre disponible que acompañe al P. Conversor de aquel pueblo, ni poder tampoco proporcionarle los auxilios necesarios oportunamente a causa de la gran distancia en que está de Callaría.

8.ª—Por la repugnancia que tenía la gente de Callaría a hacer viajes a Lima Rosa, cuando había necesidad, y también por la escasez de gente en aquel pueblo.

9.ª—Por hallarse las Misiones exhaustas de recursos, y sin entradas de ninguna clase para sostener dicho pueblo, pues la limosna de la Misa que decimos nos la dan en billetes que en el Ucayali carecen de todo valor.

10.ª—Finalmente, por la oposición y malignidad de los blancos y comerciantes que desde un principio comenzaron a sobornar a los Piros contra los Padres, excitándolos a las

correrías y venta de muchachos y a que no hiciesen caso de nuestros consejos.

Estas son las causas que nos han obligado a retirarnos de dicha Misión".

8.—"Durante esta misión de los Piros, se hicieron también dos visitas a los Campas del río Unini. La primera vez fué Fr. Pablo con el fin de traer piedra de yeso, que abunda mucho en ese río, para blanquear la Iglesia o capilla de Lima Rosa: fué muy bien recibido por los infieles. La segunda visita la hizo el P. Prefecto Fr. Juan Pallás, a quien recibieron también con manifestaciones de mucha alegría. En ese río hay muchos infieles Campas diseminados, con los cuales se podría hacer un gran pueblo. Desde ese río tienen una trocha o camino hacia los Pajonales, según ellos mismos cuentan".

"Durante este tiempo hicimos también dos entradas a los Amahuacas, que viven en un río llamado Ynoya. Este río dista de Santa Rosa poco más de dos días de surcada, a la derecha bajando. Estos Amahuacas en lengua pira se llaman *Ipetineris*, así como también suelen llamarlos con el nombre de Sayacas; y los Campas llaman a los Piros *Simirinchis*".

"La primera entrada al Ynoya la hizo el P. Prefecto, y lo recibieron con demostraciones de mucha alegría".

"Más tarde fuí yo con el permiso del P. Prefecto; también me recibieron con alegría indecible. La cosa estaba ya adelantada; tenían preparado ya el lugar para pueblo; y me suplicaron con instancia que me quedase con ellos, que les señalase el lugar para hacer la casa para los Padres. No me fué posible quedarme con ellos; y sólo para contentarlos nombré uno de Curaca o Gobernador, prometiéndoles volver en otra ocasión".

"Pero con el abandono de la Misión de los Piros quedó todo sin efecto alguno".

## CAPITULO XLII

**Gobierno del padre Pallás.—Restauración de la misión de Oxapampa.—Dificultades en Ucayali.**

**1879 - 1883**

**SUMARIO: 1.—Fundación de Quillasú u Oxapampa. 2.—Penalidades del padre Colina. 3.—Las misiones del río Ucayali. 4.—Conclusión del tomo.**

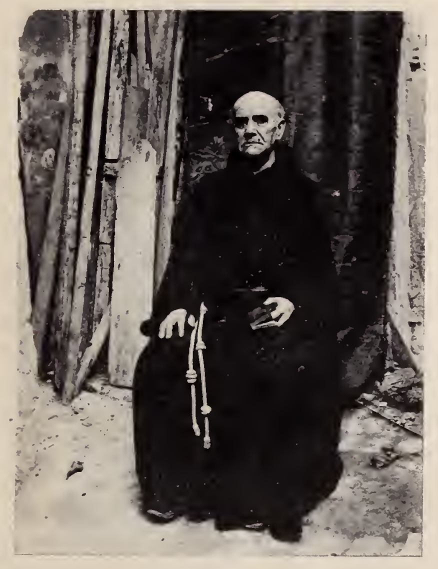
1.—El benemérito y virtuoso padre fray Juan de la Concepción Pallás fué electo prefecto de misiones en el capítulo celebrado en Ocopa el 23 de octubre de 1879. Como ya lo hemos visto en la narración del capítulo anterior, el padre Pallás se puso en movimiento para darse cuenta del estado de las misiones que se le habían encomendado, palpando las dificultades con que tropezaban, sobre todo en la región del Ucayali, debido a la inconstancia de los indígenas y a la malevolencia de autoridades de muy escasa nobleza de alma.

Comprobadas aquellas dificultades, acarició el padre Pallás la idea estudiada por su antecesor el padre Hermoso, de restaurar la misión de Huancabamba, aunque no en el valle de este nombre, a la sazón cultivado y accesible por el Cerro de Pasco; sino en el valle inmediato, llamado de Oxapampa, a orillas del pequeño río Quillasú, punto no lejano de Chanchamayo y del Cerro de la Sal.

Con las conveniencias que los misioneros hallaban en realizar esta fundación, coincidían las de los hacendados de Chorobamba, Huancabamba y Paucartambo, para quienes era una garantía de paz la presencia de los misioneros en aquella región, pues podían con el ministerio sacerdotal acabar de ganar la voluntad de los Amahuacas y Campas de la vecindad, que se mostraban asequibles, desde que en 1864 vieron pasar por aquella ruta al padre Vicente Calvo y su compañero.

Esta fundación fué un hecho desde el 21 de abril de 1881, llevada a su último término por el padre Pallás, con el nombre de la *Asunción de Quillasú.* Para el principio y progresos de la fundación intervinieron sucesivamente y según disposi-

ción de los superiores, los misioneros padre fray Buenaventura Martínez, fray Francisco Herrero, fray Maximino Colina, fray Lucas Garteiz, fray Luis Torra, fray José Más, fray Tomás Hernández, fray Diego Plaza, fray José Magret y el hermano Diego Gutiérrez.



**Padre Pallás**

2.—El primer misionero que estuvo al frente de la nueva fundación con jurisdicción y cura de almas, fué el padre fray Maximino Colina, para quien no fué propicia aquella coyuntura de los meses que corrieron desde junio de 1881; pues, además de quedar aislado por largo tiempo, varios viajes que realizó le resultaron penosísimos, e inútiles las ges-

tiones que hizo para tener compañero. Los mismos hacendados de la vecindad se veían en gran dificultad para franquearle propios que le llevasen cartas; pues siendo época de guerra entre el Perú y Chile, no había seguridad ni de personas ni de caballos de montar.

Por lo que hace a los Amueshas y Campas de la zona, no tuvo que sufrir nada adverso el padre Colina, pues los Amueshas han observado por regla general buen comportamiento con los misioneros, y los Campas no son allí en gran número. Pero tuvo que lamentar la licencia de costumbres en las haciendas, con no poca extrañeza de los indios, para quienes era difícil coordinar la profesión cristiana con semejante libertad en los profesores.

3.—En cuanto a las Misiones del Ucayali fueron azarosos y desplorables aquellos años, hasta el de 1883: desmandáronse en forma inconcebible los gobernadores y tenientes, haciendo imposible la vida de nuestros conversores en aquellas lejanas playas. Cualquier atrevido se arrogaba el título y atribuciones de gobernadores; se repetían las amenazas e intentonas de encarcelar a los padres misioneros; se remitían informes calumniosos a las autoridades de Moyobamba e Iquitos; y por este orden seguían los procedimientos arbitrarios y los modos groseros e insultantes, al extremo de causar desesperación a los abnegados misioneros, enredados en una serie interminable de tramoyas y sin poder emplear su tiempo en evangelizar las tribus salvajes de la región. Uno de los que más de lleno saboreó estas amarguras fué el benemérito padre fray Luis Sabaté, de quien hablaremos en el siguiente volumen, al dar publicidad a su *Viajes*.

A tal extremo llegaron las cosas, que aun se pensó en concentrar a los obreros evangélicos del Ucayali en un punto del río Pichis o en las márgenes del Palcazu, para atender desde allí en buena paz a los demás centros de neófitos.

Y en una palabra: lo de siempre, esfuerzos heroicos y constancia evangélica, pero obstáculos formidables capaces de doblar la valentía de espíritu del mejor y más acerado temple.

4.—Y con este breve capítulo pondremos fin a este tomo noveno de nuestro relato histórico, cuyas páginas van ador-

nadas con nombres que no desdicen al lado de los que figuran encabezando los tomos anteriores.

Y con el gozo que nos acompaña al emplear la pluma sobre los hechos de hermanos de hábito tan ilustres, como los padres Colomer, Carvallo, Plaza, Cimini, Calvo, Pallarés y sus compañeros de labor, continuaremos la tarea que nos hemos impuesto, dedicando algunos volúmenes más a la veneranda memoria de otros hermanos, cuyos nombres no debe empañar el desdeñoso olvido de las generaciones que pasan.



Padre Maximino Colina





# APENDICES

---

Primero: Censo de la Provincia de Mainas por el Obispo fray Hipólito Rangel.—1814.

Segundo: Estadística eclesiástica de Mainas por el obispo José M.ª Arriaga.—1848.

Tercero: **OBEDIENCIA** que otorga el P. Manuel Plaza al P. Jerónimo Lezeta.—1810. (Arch. Gen. de Ind., cot. 115, c. 6. l. 23: Aud. de Lima).

---

"1814.—*Censo de la Provincia de Mainas.*—Entre los documentos que prueban del modo más irrefutable la anexión de la antigua provincia de Mainas al Virreinato de Lima, que se hallaron en el archivo oficial de la Subprefectura de Moyobamba, se encontró un censo de dicha provincia, formado según las observaciones del Iltmo. Dr. Fray Hipólito Antonio Rangel y Fayas, primer obispo de Mainas, y es como sigue:

## CENSO DE LA POBLACION DE LA PROVINCIA DE MAINAS

| PUEBLOS | Ciudadanos | Ciudadanas | Religiosos | Tropa de mar y tierra | Esclavos | Esclavas | Total de almas |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Ciudad de Moyobamba . . | 1,665 | 1,817 | 2 | 64 | 8 | 8 | 3,564 |
| Hacienda de Jepelacio . . | 71 | 66 | ..... | ..... | ..... | ..... | 137 |
| „ „ Abana . . . | 95 | 104 | ..... | ..... | ..... | ..... | 199 |
| „ „ Calzada . . . | 131 | 145 | ..... | ..... | ..... | ..... | 276 |
| „ „ Soritor . . . | 88 | 117 | ..... | ..... | ..... | ..... | 205 |
| „ „ Yantaló . . | 74 | 88 | ..... | ..... | ..... | ..... | 162 |
| Ciudad „ Lamas . . . | 996 | 143 | ..... | ..... | ..... | ..... | 2,039 |
| Pueblo „ Tabalosos . . | 205 | 214 | ..... | ..... | ..... | ..... | 419 |
| „ „ San Miguel . | 47 | 88 | ..... | ..... | ..... | ..... | 162 |
| „ „ Tarapoto . . | 992 | 1,041 | ..... | ..... | ..... | ..... | 2,033 |
| „ „ Cumbasa . . | 222 | 238 | ..... | ..... | ..... | ..... | 460 |
| „ „ Morales . . | 70 | 83 | ..... | ..... | ..... | ..... | 153 |
| „ „ Chasuta . . | 245 | 249 | ..... | ..... | ..... | ..... | 494 |
| „ „ Saposoa . . . | 599 | 569 | ..... | ..... | ..... | ..... | 1,169 |
| Pachisa, Pajaten y Solapachi (pueblos unidos) . . | 1,500 | 1,504 | ..... | ..... | ..... | ..... | 3,004 |
| Valle de Apichunchu . . . | 115 | 161 | 1 | ..... | ..... | ..... | 277 |
| Pueblo de Sion . . . . . | 93 | 111 | ..... | ..... | ..... | ..... | 204 |
| „ „ Balsayacu . . . | 40 | 45 | ..... | ..... | ..... | ..... | 85 |
| „ „ Tocachi . . . . | 99 | 86 | ..... | ..... | ..... | ..... | 185 |
| „ „ Huchisa . . . . | 120 | 130 | ..... | ..... | ..... | ..... | 250 |
| „ „ Playa Grande . . | 80 | 90 | ..... | ..... | ..... | ..... | 170 |
| „ „ Chico Playa . . | 90 | 110 | ..... | ..... | ..... | ..... | 200 |
| „ „ Chaglla . . . . | 65 | 55 | ..... | ..... | ..... | ..... | 120 |
| „ „ Muña . . . . . | 55 | 45 | ..... | ..... | ..... | ..... | 100 |
| Yurimaguas y Muniches . . | 234 | 281 | 1 | ..... | ..... | ..... | 516 |
| Pueblo de Chayabitas . . . | 490 | 517 | ..... | ..... | ..... | ..... | 1,007 |
| „ „ Camapanas . . . | 234 | 233 | 1 | ..... | ..... | ..... | 468 |
| „ „ Santiago . . . | 90 | 91 | ..... | ..... | ..... | ..... | 181 |
| Ciudad „ Borja . . . . . | 40 | 48 | ..... | ..... | ..... | ..... | 88 |
| Pueblo de Barranca . . . . | 100 | 117 | ..... | ..... | ..... | ..... | 217 |
| „ „ Laguna . . . . | 600 | 515 | ..... | ..... | ..... | ..... | 1,115 |
| „ „ Chamicuros . . | 60 | 62 | ..... | ..... | ..... | ..... | 122 |
| „ „ Jeveros . . . . . | 845 | 920 | 1 | ..... | ..... | ..... | 1,765 |
| „ „ Urarinas . . . . | 105 | 100 | ..... | ..... | ..... | ..... | 205 |
| „ „ San Regis . . . | 67 | 75 | ..... | ..... | ..... | ..... | 142 |
| „ „ Omaguas . . . | 78 | 86 | 1 | ..... | ..... | ..... | 164 |
| „ „ Iquitos . . . . . | 51 | 29 | ..... | ..... | ..... | ..... | 80 |
| „ „ Orán . . . . . | 40 | 45 | ..... | ..... | ..... | ..... | 85 |
| „ „ Pevas . . . . . | 90 | 85 | ..... | ..... | ..... | ..... | 175 |
| „ „ Cochiquinas . . | 55 | 45 | ..... | ..... | ..... | ..... | 100 |
| „ „ Loreto . . . . . | 60 | 50 | ..... | ..... | ..... | ..... | 110 |
| „ „ Santander . . . | 20 | 21 | ..... | ..... | ..... | ..... | 41 |
| „ „ Pinches . . . . | 20 | 30 | ..... | ..... | ..... | ..... | 50 |
| „ „ Andoas . . . . | 100 | 105 | ..... | ..... | ..... | ..... | 205 |
| „ „ Canelos . . . . | 70 | 75 | 1 | ..... | ..... | ..... | 146 |
| „ „ Archidona . . . | 203 | 207 | ..... | ..... | ..... | ..... | 410 |
| „ „ Napo . . . . . | 302 | 328 | ..... | ..... | ..... | ..... | 630 |
| „ „ Napotoa . . . . | 20 | 21 | ..... | ..... | ..... | ..... | 41 |
| „ „ Santa Rosa . . . | 108 | 152 | ..... | ..... | ..... | ..... | 260 |
| „ „ Co'a-pino . . . | 21 | 30 | ..... | ..... | ..... | ..... | 51 |
| „ „ Concepción . . . | 181 | 190 | ..... | ..... | ..... | ..... | 371 |
| „ „ Avila . . . . . | 120 | 130 | ..... | ..... | ..... | ..... | 250 |
| „ „ Loreto . . . . | 270 | 271 | ..... | ..... | ..... | ..... | 541 |
| „ „ Payamino . . . | 91 | 99 | ..... | ..... | ..... | ..... | 190 |
| „ „ Suno . . . . . | 27 | 33 | ..... | ..... | ..... | ..... | 60 |
| „ „ San José . . . | 80 | 91 | ..... | ..... | ..... | ..... | 171 |
| „ „ Capucú . . . . | 70 | 80 | ..... | ..... | ..... | ..... | 150 |
| | | | | Total de almas . . . . . . | | | 25,461 |

"Está sacado de las observaciones del Ilustrísimo señor Obispo de Mainas, por los Padrones que ha podido recoger, y por los apuntes de las confirmaciones que ha hecho su Señoría Ilustrísima en toda la Diócesis.—Se despacharon por duplicado.—*José María Padilla*, Secretario".

"Es copia sacada de orden superior.—Chachapoyas, agosto 7 de 1860.—*Manuel Obando.*—Notario Mayor y de Gobierno".

"NOTA.—De los trece pueblos que se enumeran desde Canelos hasta Capucú ha sido despojado el Perú por el Ecuador".

"En el precedente documento se ven todos los pueblos que, por la cédula real de 1802, pertenecen al Perú y en realidad le pertenecieron desde la época de la citada cédula hasta la de la Independencia, como se puede comprobar por los *Almanaques peruanos y Guías de forasteros*, en que aparecen hasta el año 1822 no sólo el nombre del Gobernador de Mainas, sino también el del Gobernador de Quijos, autoridades nombradas por el Gobierno de Lima".—(Tomado de don Antonio Raimondi. Historia de la Geografía, T. III, C. III, pág. 43-5.)

**Estado que manifiesta los nombres de parroquias, vice-parroquias, ayudas de parroquias, capillas, sacerdotes, pie de altar, primicias, diezmos, número de almas de la provincia de Mainas, formado por el obispo de Chanchapoyas, don José María Arriaga.—1848.**

---

## Vicaría de Moyobamba

### *Curato de la ciudad de Moyobamba*

Iglesia Parroquial la de la ciudad de Moyobamba: Ayuda de Parroquia la de Soritor: Capillas, las de Belén, del Perdón de la Ciudad, y las de los asientos de la Calzada y Habana: Sacerdotes dos: Pie de Altar setecientos setenta y cinco, pesos: Primicias, cuarenta y cinco: Diezmos, ochenta y nueve: Número de almas, seis mil novecientas diez y nueve.

### *Curato de Lamas*

| | |
|---|---|
| Parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquias | 2 |
| Capillas | 2 |
| Sacerdotes | 1 |
| Pie de Altar | 256 |
| Primicias | 25 |
| Diezmos | 25 |
| Número de almas | 4.977 |

### *Tarapoto*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquia | 1 |
| Sacerdotes | 1 |
| Pie de Altar | 256 |
| Primicias | 25 |
| Diezmos | 30 |
| Número de almas | 6.174 |

*Chasuta*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquia . . . . . . . . . . . | 1 |
| Sacerdotes . . . . . . . . . . . . | 1 |
| Pie de Altar . . . . . . . . . . . | 40 |
| Primicias . . . . . . . . . . . . . | 12 |
| Diezmos . . . . . . . . . . . . . . | 20 |
| Número de almas . . . . . . . . . | 1.274 |

TOTAL:

| | |
|---|---|
| Parroquias . . . . . . . . . . . . | 2 |
| Vice-parroquias . . . . . . . . . . | 2 |
| Ayudas de Parroquia . . . . . . . | 4 |
| Capillas . . . . . . . . . . . . . | 6 |
| Capillas . . . . . . . . . . . . . | 6 |
| Sacerdotes . . . . . . . . . . . . | 5 |
| Pie de Altar . . . . . . . . . . . | 1.327 |
| Primicias . . . . . . . . . . . . . | 107 |
| Diezmos . . . . . . . . . . . . . . | 164 |
| Número de almas . . . . . . . . . | 19.344 |

VICARÍA DE HUALLAGA

*Saposoa*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquia . . . . . . . . . . . | 1 |
| Ayudas de Parroquias . . . . . . . | 1 |
| Sacerdotes . . . . . . . . . . . . | 1 |
| Pie de Altar . . . . . . . . . . . | 150 |
| Primicias . . . . . . . . . . . . . | 20 |
| Diezmos . . . . . . . . . . . . . . | 25 |
| Número de almas . . . . . . . . . | 2.392 |

*Valle*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias . . . . . . . . . . | 1 |
| Ayudas de Parroquia . . . . . . . | 1 |
| Pie de Altar . . . . . . . . . . . | 12 |
| Primicias . . . . . . . . . . . . . | 6 |

| | |
|---|---|
| Diezmos | 7 |
| Número de almas | 444 |

*Pachisa*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquia | 2 |
| Pie de Altar | 30 |
| Primicias | 10 |
| Diezmos | 5 |
| Número de almas | 958 |

*Tocachi*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquias | 2 |
| Pie de Altar | 4 |
| Primicias | 16 |
| Diezmos | 10 |
| Número de almas | 616 |

*Tingo María*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Capillas | 1 |
| Sacerdotes | 1 |
| Pie de Altar | 10 |
| Primicias | 150 |
| Diezmos | 7 |
| Número de almas | 429 |

*Chaglla*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquia | 1 |
| Sacerdotes | 1 |
| Pie de Altar | 80 |
| Primicias | 120 |
| Número de almas | 299 |

## Total

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 6 |
| Ayudas de Parroquias | 7 |
| Capillas | 1 |
| Sacerdotes | 3 |
| Pie de Altar | 286 |
| Primicias | 321 |
| Diezmos | 54 |
| Número de almas | 5.138 |

## Vicaría de las Reducciones y Misiones de Mainas

### *Balsa-Puerto*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquias | 2 |
| Número de almas | 2.309 |

### *Jeberos*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Número de almas | 1,900 |

### *Barranca*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquia | 1 |
| Número de almas | 457 |

### *Andoas*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquia | 1 |
| Sacerdotes | 1 |
| Número de almas | 371 |

### *Yurimaguas*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquia | 1 |

| | |
|---|---|
| Sacerdotes | 1 |
| Número de almas | 472 |

*Laguna*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayuda de Parroquia | 3 |
| Número de almas | 1.709 |

*Nauta*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayuda de Parroquia | 2 |
| Número de almas | 1.174 |

*Omaguas*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquia | 1 |
| Número de almas | 388 |

*Pevas*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Ayudas de Parroquia | 1 |
| Número de almas | 491 |

*Loreto*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 1 |
| Número de almas | 60 |

TOTAL

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias | 10 |
| Ayudas de Parroquia | 13 |
| Sacerdotes | 2 |
| Número de almas | 9.331 |

## MISIONES DEL MARAÑÓN

1.ª—Santa María de los Yaguas, población recién formada de infieles de este nombre al interior de Pevas, a cua-

tro leguas de distancia y al cargo de los Sacerdotes don José de la Rosa Alba y don Siverio Mori, con trescientos sesenta y cinco conversos.

| | |
|---|---|
| Capillas . . . . . . . . . . . . . . . | 1 |
| Sacerdotes . . . . . . . . . . . . . . | 2 |
| Número de almas . . . . . . . . . . | 365 |

Otra reducción de los Orejones al cargo de los mismos con el número de 80. Estos mismos sacerdotes cuidan de la iglesia y habitantes de Pebas y Cochiquinas.

2.ª—Caballo-cucha, otra reducción de infieles Ticunas al cargo del Presbítero don Pedro Celestino Flores con noventa neófitos.

| | |
|---|---|
| Sacerdote . . . . . . . . . . . . . . . | 1 |
| Número de almas . . . . . . . . . . . | 90 |

Este mismo sacerdote cuida de su iglesia y Loreto.

Dichos tres misioneros tienen una media congrua que les pasa el Obispo, y para la provisión de estos neófitos y fábrica de las iglesias se proveen con algunas limosnas.

En las Vice-parroquias restantes de este Vicariato no hay sacerdotes por falta de congrua con que puedan mantenerse. Existen únicamente en Yurimaguas el Vicario, que es un sacerdote secular anciano, y se mantiene con los restos de peculio que la habían quedado de su dotación habida en el antiguo Gobierno y se ayuda con algunas Misas y limosnas que le vienen de afuera. En Jeveros hay otro sacerdote religioso también de los antiguos conversores, quien por su enfermedad y ancianidad está inhábil hasta para decir misa, y por lo regular se mantiene en cama comiendo de las producciones de una huerta y cubriéndose con tocuyos y otras telas semejantes que se proporciona con los restos de sus haberes anteriores. En Andoas hay igualmente otro religioso que entró el año anterior y se mantiene también con limosnas.

Las parroquias de Santiago y Borja han desaparecido, ya por la insalubridad del clima, ya por la insurrección de los bárbaros, y ya en fin, porque los que sobreviven se han acogido a varios puntos de la misma montaña.

## Misiones del Ucayali

### *Vice-parroquia de Sarayacu*

| | |
|---|---|
| Vice-parroquias . . . . . . . . . . | 1 |
| Ayudas de Parroquia . . . . . . . | 1 |
| Capillas . . . . . . . . . . . . . . | 2 |
| Número de almas . . . . . . . . . . | 1.249 |

Estas Misiones están a cargo de los Padres de Ocopa, los que en ellas han mantenido en calidad de Prefecto al Padre Plaza, a quien por su exaltación a la dignidad episcopal, viene a reemplazar el Padre Fray Crisóstomo Cimini miembro de dicho Colegio.

El Diocesano concedió al citado Padre Plaza para el buen régimen de estas Misiones las facultades de Vicario General y para el desempeño de la parroquia visitada y reconocida ya, fué nombrado Cura conversor el mismo Padre, lo cual sucederá también respecto del Padre Cimini.

## Resumen

| Vicarías | Parroq. | Vice-Parroq. | Ayudas Parrq. |
|---|---|---|---|
| Moyobamba . . . . | 2 | 2 | 4 |
| Huallaga . . . . . . | | 6 | 7 |
| Reducciones . . . . | | 10 | 13 |
| Misiones del Marañón | | | |
| Misiones del Ucayali | | | |

| Vicarías | Capillas | Sacerdotes | Pie de Altar | Primicias | Diezmos | No. almas |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Moyobamba | 6 | 5 | 1.327 | 107 | 164 | 19.344 |
| Huallaga . | 1 | 3 | 286 | 321 | 54 | 5.138 |
| Reducciones | 1 | 2 | | | | 9.331 |
| Misiones del Marañón . | | 4 | | | | 535 |
| Misiones del Ucayali . . | 2 | 2 | | | | 1.249 |

Total

| Parroq. | Vice-Parrq. | A. de P. | Cap. | Sacer. | P. de A. | Prim. | Diezm. | Nº. de A. |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 2 | 19 | 25 | 10 | 16 | 1.613 | 428 | 218 | 35.597 |

Chachapoyas, Julio siete de mil ochocientos cuarenta y siete.

*José María,*
Obispo de Chachapoyas.

Es copia del tanto de los datos relativos a la Provincia de Mainas remitidos al Supremo Gobierno en trece de Junio del año próximo pasado; la he sacado en cumplimiento del Superior Decreto de su Señoría Ilustrísima el Obispo mi señor, fecha quince del mes actual.

Chachapoyas, Enero diez y siete de mil ochocientos cuarenta y ocho.

*Juan de Santillana,* (1)
Notario mayor y de gobierno.

(1) Documento del archivo del ministerio de justicia y culto, hoy en el archivo especial de límites.

*Fray Manuel Plaza, de la Regular Observancia de N. P. S. Francisco, Predicador General Apostólico, Comisario. Prefecto de todas las Conversiones de Propaganda Fide del Colegio de Santa Rosa de Ocopa y siervo, &. a Fray Jerónimo Leceta salud y paz en N. Señor Jesucristo.*

---

Atendiendo a la mucha utilidad que se puede seguir a los pueblos de estas conversiones de Manaos, viviendo en cada uno de ellos dos religiosos de vida ejemplar, y de fervoroso celo y deseando que los infieles no se dispersen, ni retiren a sus madrigueras con notable y lastimoso perjuicio de muchas almas, cuyo daño suele resultar de las ausencias precisas e indispensables que frecuentemente se ofrecen a los PP. conversores de dichos infieles; constándonos por verídico informe que en V. R. concurren las cualidades necesarias para el desempeño de este ministerio, me ha parecido necesario el suplicarle se venga a este departamento y en caso de que atendiendo a la mayor gloria de Dios y al mayor provecho del prójimo, resuelva condescender a esta nuestra súplica, en virtud de las presentes firmadas de nuestra mano y nombre, selladas con el mayor de nuestro oficio, refrendadas de nuestro secretario, concedemos a V. R. nuestra bendición y licencia, para que presentada ésta al R. P. guardián y obtenida la facultad de S. P. R. se ponga en camino luego, que el río Huallaga se pueda navegar, y para mayor mérito le imponemos el de santa obediencia, encargando a todos los religiosos de nuestras Misiones, por donde V. R. transitare, le reciban con entrañas de caridad, y procuren aviarlo con toda comodidad posible, y correspondiente a nuestro pobre estado.

Dadas en este pueblo de la Purísima Concepción de Sarayacu en 28 de octubre de 1810.

Es copia de que certifico.—*Cuesta.*

Rúbrica

Arch. Gen. de Ind. 115, 6, 23.

---

# INDICE DE MAPAS Y FOTOGRABADOS

**MAPAS:**



**FOTOGRABADOS:**

# INDICE

## LIBRO I

Págs.

**Historia de las Misiones bajo el régimen de los padres fray Luis Colomer, fray Alonso Carvallo y fray Manuel Plaza.—Independencia del Perú: lamentable eclipse de las Misiones.—Grata memoria del P. Andrés Herrero (1785 - 1849).**

## LIBRO II

**Historia de las Misiones bajo el régimen de los padres fray Manuel Plaza y fray Crisóstomo Cimini.—Heróicas exploraciones del Pachitea, Palcazu y Pozuzo. (1834 - 1852).**

## LIBRO III

**Viaje practicado desde el Callao hasta las Misiones de las tribus de infieles Záparos y Jíbaros, explorando el Pastaza, el Bombonaza y las cabeceras del Tigre y Napo, por el párroco de Andoas, Padre fray Manuel Castrucci de Vernazza, de la Orden de San Francisco (1845-1849).**



## LIBRO IV

**Historia de las Misiones bajo el régimen del Padre fray Fernando Pallarés.—Descripción del Ucayali (1843 - 1855).**

---

## LIBRO V

**Historia de las Misiones bajo el régimen del Padre fray Vicente Calvo.—Ocho abnegadas y útiles exploraciones de este impertérrito misionero. Navega el Palcazu; abre el camino al Mairo; explora la región del Yanachaga y el río Chuchurras; exploración y estudios de las cuencas de Callaría y Tamaya (1855 - 1873).**

Págs.

## LIBRO VI

**Gobierno de los Padres Prefectos fray Ignacio María Sans, fray Tomás Hermoso y fray Juan Pallás (1864 - 1883).**